FRAY PACIFICO DE POBLADURA, O.F.M.Cap.

HEROES

50 Años de Trabajo Misionero y Promoción Humana

FRAY PACIFICO DE POBLADURA
FRANCISCANO - CAPUCHINO

HEROES

CINCUENTA AÑOS DE TRABAJO MISIONERO Y PROMOCION HUMANA

DELEGACION DE PROPAGANDA DE MISIONES CAPUCHINAS
LEON

© by Delegación de Propaganda de Misiones Capuchinas
Jardín de San Francisco, LEON
Reservados todos los derechos.
Depósito legal: LE- 636/1976
I.S.B.N. 84-241-9953-7

EVERGRAFICAS, S. A. - Carretera León-Coruña, Km. 5 - LEON (ESPAÑA)

HEROISMO:

VIRTUD, ESPIRITU DE SACRIFICIO, ESFUERZO, ABNEGACION QUE LLEVA AL HOMBRE A REALIZAR HECHOS SUBLIMES POR *DIOS,* POR LA *PATRIA* O POR SUS *SEMEJANTES.*

(Diccionario de la Lengua Española)

LARGOS EN FACELLAS
Y CORTOS EN CONTALLAS

RECUERDO
ADMIRACION
HOMENAJE

A LOS QUE FUERON «ARMADOS CABALLEROS MISIONEROS» CON EL «ESPALDARAZO» DEL CRUCIFIJO PARA

- **HACER EL BIEN**
- **PROTEGER AL DEBIL**
- **DEFENDER LA JUSTICIA**
- **ANUNCIAR EL EVANGELIO**
- **EXTENDER LA IGLESIA**

EN CONMEMORACIÓN DE LAS «BODAS DE ORO» DE LA FUNDACION DE LAS MISIONES CAPUCHINAS DE LA PROVINCIA DE CASTILLA EN VENEZUELA.

PARA QUE CASTIELLA NO FAGA SUS HEROES E LOS GASTE

A ANDRES y BENITA

AQUELLAS BENDITAS PERSONAS QUE FUERON MIS PADRES, CRISTIANOS Y PATRIOTAS EJEMPLARES.
POR LOS QUE NACI ESPAÑOL Y ME HICIERON CRISTIANO.
Y QUE YA LLEGARON A DIOS.

ELLA:

ME PREGUNTO UN DIA:
—Y TU, HIJO, ¿QUE QUIERES SER?
—MADRE: YO MISIONERO CAPUCHINO.
—HIJO MIO: ¡DIOS TE OIGA!

EL:

(LA UNICA VEZ QUE LE VI LLORAR, POCOS DIAS ANTES DE SU MUERTE)
—HIJO, LO UNICO QUE SIENTO —ANTES DE MORIR—, ES NO VERTE CANTAR MISA.

Desde esta bendita España en que vivo, con coraje de lucha y voluntad de perfección, al servicio de un gran ideal misionero que vale más que mi vida

Fr. Policarpo Pobladura
Misionero Capuchino

LA GRATITUD ES UNA OBLIGACION QUE NO TERMINA NUNCA

DONDE SE PLANTO LA CRUZ COMENZABA LA CIVILIZACION Y EL EVANGELIO

Monumento a los Misioneros Capuchinos. Cueva del GUACHARO (Venezuela).

Obra en mármol de *Fray Germán de San Sebastián,* Capuchino. (Antonio OTEIZA).

EL MISIONERO

CONTINUADOR DE LA OBRA DEL PADRE Y DE LA REDENCION DEL HIJO PARA GLORIA DEL ESPIRITU SANTO

PODER **SABIDURIA** **AMOR**

TU PODER MULTIPLICA
LA EFICACIA DEL HOMBRE
Y CRECE, CADA DIA, ENTRE SUS MANOS
LA OBRA DE TUS MANOS.

NOS SEÑALASTE UN TROZO DE LA VIÑA
Y NOS DIJISTE: —*VENID Y TRABAJAD.*

NOS MOSTRASTE UNA MESA VACIA Y NOS DIJISTE: —*LLENADLA DE PAN.*

NOS PRESENTASTE UN CAMPO DE BATALLA Y NOS DIJISTE: —*CONSTRUID LA PAZ.*

NOS SACASTE A LA SELVA CON EL ALBA
Y NOS DIJISTE: —*LEVANTAD LA CIUDAD.*

PUSISTE UNA HERRAMIENTA EN NUESTRAS MANOS Y NOS DIJISTE: —*ES TIEMPO DE CREAR.*

RECIBE, PADRE, EN ESTE «CINCUENTENARIO»
EL TESTIMONIO DEL TRABAJO CON QUE EL
MISIONERO SE AFANA EN TU HEREDAD.

¡SOBRE LAS RUINAS DEL ODIO, EDIFICAREIS CON EL AMOR!

RUINAS DE LAS ANTIGUAS MISIONES

—¡Estas, Fabio, ay dolor,
que ves aquí,
ruinas en soledad, selva invasora,
fueron un día
famosa MISION DEL CARONI!

Cerca de cuarenta años llevaban trabajando los Misioneros Capuchinos catalanes en la extensa región de Guayana. Fue en 1724 cuando fundaron la Misión de la PURISIMA CONCEPCION DEL CARONI, que figura la primera entre las TREINTA POBLACIONES que tenían a su cargo y que ellos habían hecho nacer.

Con tesonera constancia y abnegación sin límites, lograron a un tiempo dominar la selva y dominar la ferocidad indígena. Abrieron caminos, construyeron pueblos, sembraron cristiandades, civilizaron al salvaje, introdujeron la ganadería y las industrias para el progreso humano y social... ¡Hicieron HIJOS DE DIOS...!

Y levantaron este formidable templo, dedicado a la PURISIMA CONCEPCION DE MARIA. Sólida construcción y artística concepción: arcos y columnas de estilo toscano, decoración interior con pinturas al fresco, amplitud, consistencia y elegancia... Gran visión de futuro. ¡Una obra formidable!

MATANZA DE MISIONEROS EN CARUACHI

En 1817, con ocasión de la guerra de la independencia de Venezuela, se produce la tragedia misional —¡crimen de lesa Patria!— del asesinato de los Misioneros Capuchinos en Caruachi. «El gran pecado de Venezuela», según expresión del escritor venezolano Antonio Ignacio Picón.

El Caroní y el Orinoco se tiñen en rojo-sangre cuando los Misioneros son asesinados y sus cuerpos arrojados al río. Las Misiones desaparecen. Los pocos Misioneros que quedan, son expulsados. Los indios vuelven a su misterio de la selva en la vida salvaje. Se produce el abandono, la desolación... ¡LA MUERTE DE LAS MISIONES!

Testimonio trágico, que aún hoy perdura, son estas ruinas. Sin palabras al oído, pero con gritos que el alma escucha y vocean a la Historia. Ruinas que esperan... RESURRECCION. Testigos materiales de HEROISMOS que exigen JUSTICIA y esperan CONTINUACION.

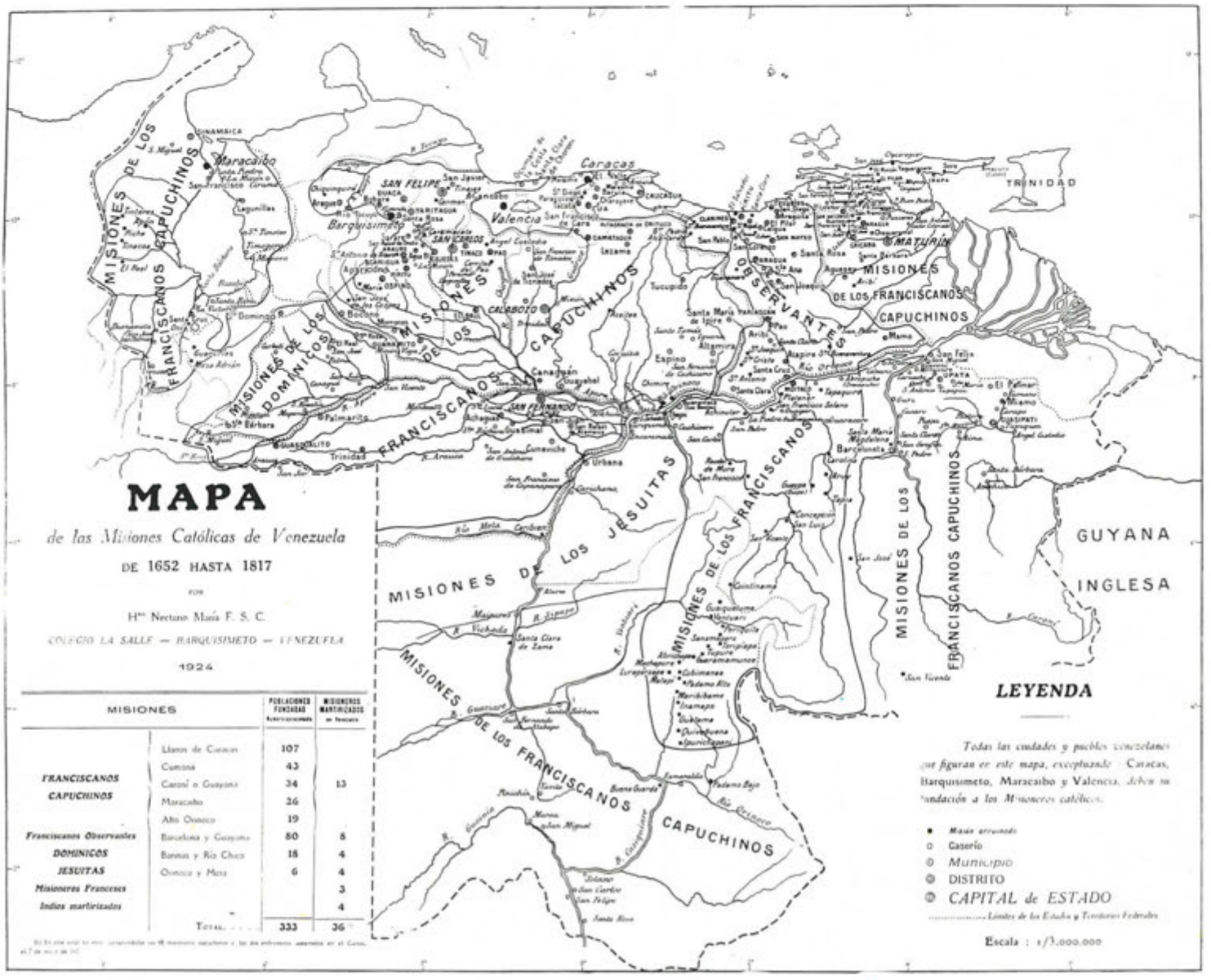
Pero esta CONTINUACION no llegaría hasta NOVENTA Y SEIS AÑOS MAS TARDE de que Simón Bolívar, reconociendo su trágico error, diera el DECRETO ESPECIAL para que fueran RESTAURADAS LAS ANTIGUAS MISIONES CAPUCHINAS.

Y LA NOBLE Y HEROICA HERENCIA EXIGE:

¡SOBRE LAS RUINAS DEL ODIO, EDIFICAREIS CON EL AMOR!

ANTIGUAS MISIONES EN VENEZUELA

MISIONES ANTIGUAS	ESTADOS ACTUALES QUE COMPRENDIAN	KILOMETROS CUADRADOS	PUEBLOS FUNDADOS
Los Llanos de Caracas. (PP. Capuchinos)	Lara, Yaracuy, Cojedes, Apure, Barinas, Guárico, Aragua, Carabobo, Miranda y Distrito Federal.	276.000	123
Maracaibo y Santa Marta. (PP. Capuchinos)	Zulia, Mérida, Táchira, Trujillo (1/3 de cada uno.)	93.000	29
Cumaná (PP. Capuchinos)	Sucre y Monagas.	40.700	45
Caroní (PP. Capuchinos)	Guayana venezolana y parte de la inglesa, Territorio Delta Amacuro y Trinidad.	155.000	46
Píritu. (PP. Observantes)	Anzoátegui.	43.500	45
Alto Orinoco. (PP. Capuchinos)	Territorio Amazonas y una parte de Brasil y Colombia.	91.000	19
Caura. (PP. Capuchinos)	Territorio Amazonas y Estado Bolivar.	154.000	14
	TOTALES:	853.200	321



SIMON BOLIVAR Y LAS MISIONES

«Que la destrucción de las Misiones, a causa de la dilatada guerra de la Independencia, trajo consigo la dispersión de los indígenas, el abandono de sus poblaciones y la sumersión en los bosques, cuando antes estaban *«reducidos a poblados por los cuidados constantes de los Misioneros.»*

«Que es de absoluta necesidad restablecer cuanto antes las antiguas Misiones de Colombia, para *reedificar las poblaciones de los indígenas e instruirlos en la religión, en la moral y en las artes necesarias para la vida.»*

«Que esto no puede hacerse sino por medio de las *Ordenes Regulares,* que *es necesario conservar y aumentar para que haya ministros que sirvan las Misiones,* y que también prediquen y enseñen a los demás pueblos la religión y la moral.»

(DECRETO del 11 de julio de 1828)

LAS MISIONES Y LOS GOBERNANTES VENEZOLANOS

...«Es un deber de humanidad procurar la reducción y civilización de las tribus de indígenas que vagan en el territorio de la República.»
...«El Poder Ejecutivo nombrará el número de Curas Doctrineros que estime necesarios para las poblaciones de indígenas, pudiendo hacerlos venir de país extranjero...»

JOSE ANTONIO PAEZ. 1 mayo 1814.

...«Atraer a los indígenas a poblado; instruirlos en la práctica de la vida civil; enseñarles la lengua castellana y la doctrina cristiana; administrarles los sacramentos...»

CARLOS SOUBLETTE. Año 1845.

...«Auxiliar a los sacerdotes, cuando los hubiere, en el lugar de su jurisdicción, en todo lo concerniente a la reducción y civilización de los indios...»

JOSE TADEO MONAGAS. Año 1856.

...«Por los abusos que allí se cometen contra los indígenas y que es preciso a todo trance extirpar; y que vaya un sacerdote a cada una de las Prefecturas... donde se edificarán las capillas correspondientes... La religión y su sacerdocio son los resortes que la historia nos presenta como más eficaces para reducir tribus salvajes, así como la imprenta es el único para ilustrar y moralizar las sociedades ya formadas.»

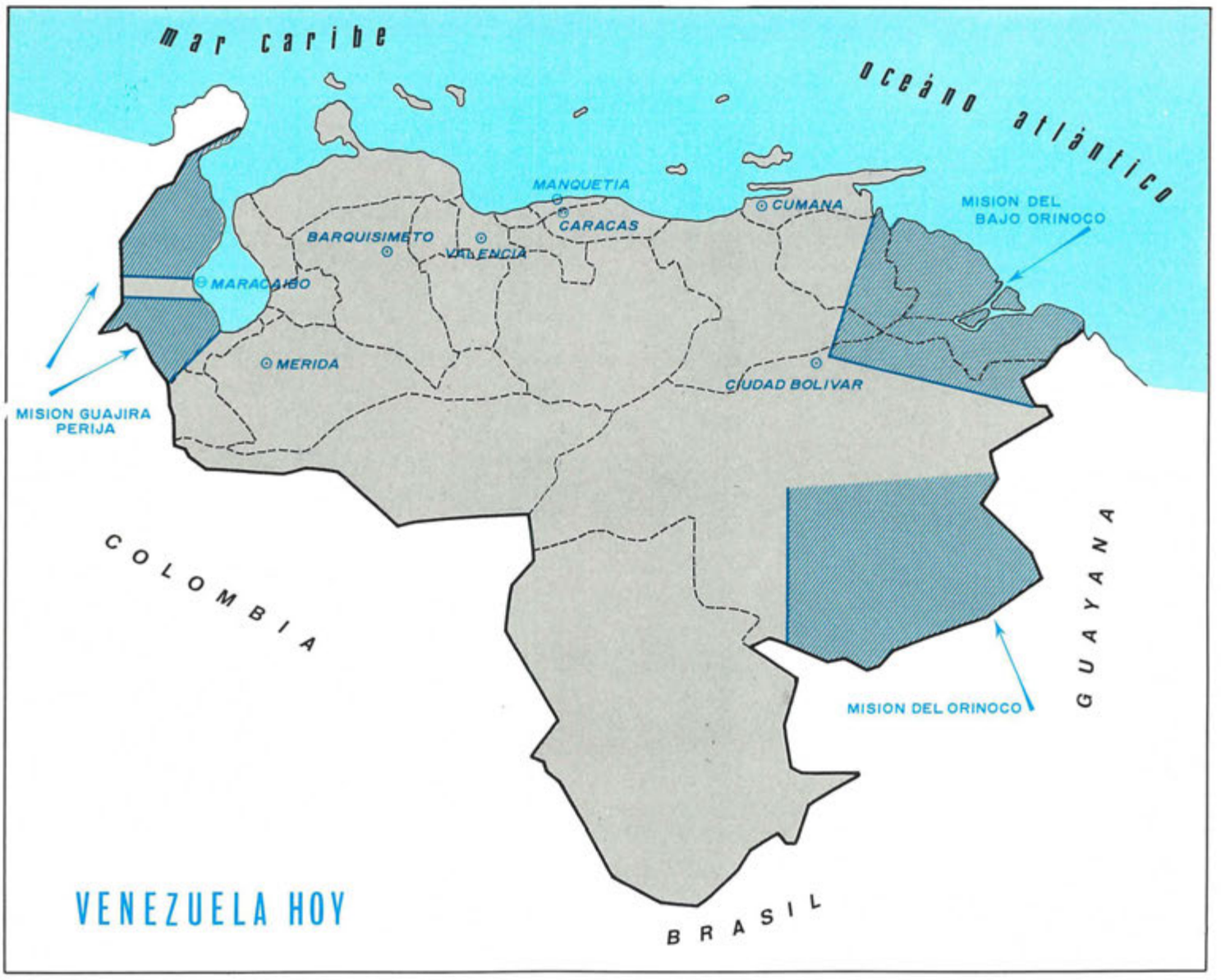
GUZMAN BLANCO. Año 1876.

«Se declaran las regiones Delta y Caura y el Territorio Amazonas región de Misiones Católicas para la reducción y civilización de los indígenas, encargando de dichas Misiones a Religiosos Capuchinos, cuyo número podrá ascender a cincuenta Padres.»

JOAQUIN CRESPO. 12 mayo 1894.

«LOS MISIONEROS: HE AHI NUESTROS MEJORES COLONIZADORES.»
ANTONIO JOSE DE SUCRE. Mariscal de Ayacucho.

Rincón patriótico del Centro Misional Santa María de Guana.



RAFAEL CALDERA Y LAS MISIONES

«Cualquiera que sea la posición ideológica que se tenga, no es posible negar los magníficos aspectos positivos de la obra de los Misioneros. Por lo pronto, es la única obra sistemática de mejoramiento de nuestros indígenas. Por otro lado, es una empresa que se realiza con un costo increíblemente pequeño para el Estado. Estoy seguro de que los propios Misioneros verán con simpatía, como tiene que verlos el Patronato Nacional pro indígenas, todos los esfuerzos que se sumen a la obra asimiladora del indio a la gran comunidad nacional, aunque ejerzan métodos diferentes y estén animados por diversas preocupaciones.

Pero asimismo, cualquiera que sean las reservas criteriales que otras personas interesadas en el bienestar de los indígenas pudieran formular desde sus puntos de vista personales, no creo que nadie pretenda desesperanzar a los Misioneros, amenguar su entusiasmo ni restar méritos a la labor abnegada, tenaz y redentora, de quienes hoy suman sus obras en el monumento de realizaciones que desde el primer día del descubrimiento comenzaron a levantar los primeros evangelizadores de América.»

(Presidente del Patronato Nacional pro indígenas, 1946. Años después Presidente de la República de Venezuela.)

Grupo de los primeros misioneros del año 1925.

ESTOS SI HICIERON SEMENTERA

En 1754 don José Solano, que fue uno de los más ilustres gobernadores de Venezuela, vino desde España a recorrer el río Orinoco y a establecer las fronteras con los dominios portugueses. Las dos cosas le resultaron imposibles. De «agigantada nube» califica al Orinoco.

El Cacique de los indios Guypunavis les acompañó ladinamente en los viajes de reconocimiento. Le acusaron de que sus indios habían matado y devorado a otros hombres. El Cacique lo negó. Pero cuando le comprobaron ser cierto que habían matado a varios indios Guahibos, el Cacique Cruzero dio la siguiente explicación: *«Esos no son hombres. ¿No ves cómo viven? ¿No ves que no hacen sementera?»*

Los que atravesaron el río y se internaron en la selva fue en una transitoria empresa de rapacidad, en busca de la Manoa resplandeciente del siglo XVI, o más tarde, del oro, de la sarrapia, del balatá, de los diamantes... Gentes de caravana y de aventura que remontaban ríos intrincados y abrían caminos en la selva en busca de las más fabulosas y violentas formas de riqueza.

El Cacique Cruzero no hubiera podido llamarlos hombres. Entraban para regresar pronto, con riquezas o con desilusiones, o con los primeros elementos de nuevas fábulas alucinantes. Lo que hubo poco fue *gente que hace sementera.*

Esta queja del escritor venezolano A. Uslar Pietri se tiene que convertir en reconocimiento de justicia y testimonio de admiración, ante la presencia, permanencia y trabajo a todo riesgo que en estas zonas del Orinoco y de la selva llevaron a cabo —y allí siguen— nuestros Misioneros Capuchinos.

ESTOS SI HICIERON SEMENTERA
Porque conocieron,
amaron
y trabajaron por el cuerpo y el alma de VENEZUELA.

VENEZUELA: INDIGENA Y MISIONERA

Señores: ha llegado la hora de que cante
a aquellos que me hicieron del Poniente al Levante,
del Norte al Mediodía. Porque yo, VENEZUELA,
he nacido entre ruidos de espadas y de espuelas.

Y de flechas y lanzas... Mi cara se hacía hermosa
con la hidalga Caracas y la Coro suntuosa.
Pero mi cuerpo era una masa inhumana
desde Guajira y Mérida hasta Apure y Guayana.

La conquista española tenía un solo brazo:
el brazo del soldado. Para darme el abrazo
que yo quería, ESPAÑA encontró, al fin, el modo.
Junto al brazo de hierro iría el otro... Todo

armado de bondades, fuente de bendiciones:
ERA EL MARAVILLOSO BRAZO DE LAS MISIONES.
El brazo más ciclópeo que ha conocido América,
capaz de hacer, sin armas, la sin par conquista homérica

que nunca habrían logrado ni espadas ni arcabuces.
La MISION fue sembrando mis espaldas de cruces:
cruces de santuarios protegiendo los bohíos,
señalando verdades a los espíritus vacíos.

Señalando piedra de límite en la futura frontera
la «PAZ Y EL BIEN» brotaban de la andanza frailera
con gracia, con poesía: cual brotaría de Cristo...
Yo encontré en estos hombres lo que nunca había visto.

Es justo que lo cante... Es justo que lo diga.
Es justo que, por siempre, su memoria bendiga,
porque fueron mis padres, los que me dieron el alma.
Mi historia debe enlazarse de comprensión y calma.

Yo, de mi parte, digo a la tierra y al cielo
que, lejos de humillarme, me causa gran consuelo
el sentirme ceñida con los blancos cordones
de quienes fueron HEROES sin par de las MISIONES.

FR. ZACARIAS DE ROZADAS. O.F.M. Cap. = Román Parrafa Díaz

UN «JOVEN» MISIONERO DE SETENTA Y SEIS AÑOS

UNICO SUPERVIVIENTE DE LOS TIEMPOS FUNDACIONALES (1924)

HA SUPERADO DOS INFARTOS. CASI CIEGO, RECUPERA LA VISTA DESPUES DE UNA OPERACION. REVENTADO POR EL TRABAJO HA TENIDO QUE SER OPERADO NUEVE VECES DE HERNIA. SOLO SE SIENTE DERROTADO CUANDO PERIODICAMENTE LE ATACA EL ASMA HASTA ANULARLO FISICAMENTE...

¡Y AUN SIGUE EN LA BRECHA MISIONAL...!

—Padre Romualdo, ¿dónde está el Padre Félix?

—Vete al cerro de Marewa, que allí le encontrarás con un pico, una pala y una mandarria, haciendo el camino con unos indios en la selva para que puedan bajar más fácilmente a la Misión.

—¡Santo Cristo! ¿Pero es posible...? Yo esperaba encontrarle retirado ya de esas faenas. Después de todas las enfermedades y a su edad, ¿cómo es posible que tenga esa resistencia...?

—Tú has olvidado, Pacífico, que el P. Félix de Vegamián es más fuerte que las rocas de la montaña de León. Más que el Susarón o Peñacorada.

Terminaba de llegar aquella tarde del 29 de diciembre de 1974 al Centro misional de Los Angeles del Tukuko, cuando hice esta pregunta al P. Romualdo, superior de la Misión, al no encontrar en ella el P. Félix de Vegamián. Había pasado unos días con el P. Adolfo de Villamañán en su estación misional de Ayapaina, en el puro lomo de la sierra de Perijá con los indios Yucpas. Aún me dolían las costillas de la solemne costalada que me había propinado la mula del indio Napoleón. Pero como el tiempo disponible no era mucho, tenía que aprovechar los días para apurar los trabajos que traía entre manos. Era para mí un

P. Félix de Vegamián recién llegado a Venezuela.

empeño singular el conseguir grabar la entrevista con el P. Félix, una de las figuras misioneras más excepcionales. Unico en su especie: por el tiempo que lleva en zonas misionales y único superviviente de los tiempos fundacionales. Unico también en su carácter y temperamento, en sus andanzas y aventuras misionales, en su capacidad de trabajo y en su resistencia física inimaginable...

—Mire, P. Pacífico, déjeme de monsergas de entrevistas. El que quiera saber, que venga a trabajar, pero aquí, a la Misión.

—Ya está el P. Félix con una de sus «espantás». Pues sepa que yo soy también cazurro, y cuando me propongo una cosa no me doy por vencido fácilmente antes de conseguirla.

Iglesia misional de Tucupita y grupo de los primeros seminaristas indígenas en Upata.

—¿Para qué fin quiere vuestra Caridad esa entrevista?

—Para la Prensa y Radio de España, particularmente en León, y para un libro que estoy preparando sobre nuestras Misiones en Venezuela.

—Mire, cuénteme y cánteme algo de nuestra querida España. Aunque sean las marchas del Frente de Juventudes; ya sabe que a mí me encanta todo lo que se refiera a nuestra Patria.

—Para contarle algo de España ya tendremos tiempo, P. Félix. Para cantarle, lamento decirle que no sé cantar yo solo, y las marchas del Frente de Juventudes las oirá, con fenomenal estilo juvenil, si acepta mi invitación de ir a Campamentos cuando regrese a España.

Tengo entendido de que usted, que ha sido casi toda su vida Superior, era un poco mandón. (No se enfada, ¿verdad?). Déjeme que ahora le mande yo. Y le mando como acto de servicio a las Misiones, a nuestros Misioneros y a todos los entusiastas y numerosos amigos de nuestras Misiones. Usted me va a conceder la entrevista. Pero ya mismo.

—Bueno, pero le pido, P. Pacífico, que me deje comenzar, antes de contestar a sus preguntas, en esta oportunidad, primera y única en mi vida, saludar con mi afecto entrañable de español y de Misionero, a mis hermanos todos, los hijos de nuestra querida España con estas frases:

¡VIVA FRANCO!
¡ARRIBA ESPAÑA!

(Nos quedamos después en silencio los dos. Nos dimos un gran abrazo sin palabras...)

* * *

—P. Félix. ¿cuándo llegó usted a América, concretamente a Venezuela, como misionero?

—Llegué al puerto de La Guaira el 12 de noviembre de 1924. Venían también los Padres Luis de León y Tomás de Grajal, y los hermanos Fr. Severino de Olea y Fr. Anselmo de Valduvieco.

Habíamos salido de Bilbao el 17 de octubre. ¡Qué amargo aquel último adiós a la Patria! Es verdad que todos veníamos voluntarios a nuestra recién fundada Misión del Caroní —yo acababa de estrenar mi sacerdocio con mis veinticinco años—, pero todo el entusiasmo juvenil no aminoraba el sentimiento de abandonar la Patria y la familia para siempre, porque tal eran las circunstancias de entonces. Aún tengo grabados en la memoria y en el corazón los parpadeos del faro de La Coruña en la última noche de aquel «adiós»...

—¿Y no contrarrestaba la pena y el sentimiento el aliciente de su nueva aventura en la travesía del Atlántico...?

—Esa fue otra, amigo. En cuanto salimos a alta mar nos encontramos con una tempestad horrorosa. Nos quedamos solos en cubierta, porque la casi totalidad de los pasajeros se retiraron obligados por el mareo. Era impresionante la lucha de nuestro «CRISTOBAL COLON» con sus 16.000 toneladas y las olas gigantes que le azotaban... Una lucha que duró cuatro días. Al fin, cuando los tres mil pasajeros que llevaba a bordo comenzaron a dar señales de vida, con sus rostros macilentos, pálidos y desencajados, parecían seres de otro mundo.

—P. Félix, ¿antes de incorporarse a las zonas indígenas, trabajó algún tiempo en otra República? ¿Dónde fue?

—Con el fin de aclimatarnos un poco, antes de ir a la selva, los Superiores nos destinaron al P. Tomás y a mí a Puerto Rico, con el fin de ir acostumbrándonos al trópico y entrenarnos en el apostolado rural. Yo estuve en Utuado hasta septiembre de 1925. Recuerdo con afecto a aquellos queridos «jíbaros» puertorriqueños, infatigables trabajadores, saturados de

Seminario indígena de Upata.

religiosidad y de amor a nuestra España, a pesar de la propaganda adversa de Norteamérica.

—Denos, padre Félix, una síntesis de las zonas misionales donde ha trabajado en estos cincuenta años.

—Como afirmación general puedo decir que he trabajado en todas las zonas misionales que los Capuchinos tenemos en Venezuela. Siguiendo el orden cronológico de los lugares donde he permanecido por algún tiempo, esta puede ser la síntesis:

1) En *SAN JOSE DE AMACURO.* (Bajo Orinoco). Aquí inicié mi noviciado misionero abriendo un camino en la espesura de la selva, a pico y pala y con un carretillo, a fin de dar acceso a la Misión situada en la cumbre del Cerro Guauza. Entre otras tareas agrícolas, imprescindibles en los comienzos de esta clase de Misiones, tuve que poner en práctica las lecciones que había aprendido de niño al ver a mi santa madre cómo ordeñaba a las vacas. Y para que los animales estuvieran más quietos, empecé a inventar canciones que les iba cantando mientras duraba la faena. Pronto las aprendieron mis discípulos los indios y con ellos las cantaba a coro. Lo gracioso es que estas mismas canciones los indios se las cantaban a las Hermanas Misioneras, como si ellas fueran de la misma tribu vacuna.

2) En *TUCUPITA.* Aquí me tocó sudar tinta china, japonesa y... de todas las nacionalidades en la construcción de la iglesia parroquial. Me tocó continuar los trabajos iniciados por el P. Nicolás de Cármenes y el P. Tomás de Grajal, y en ella tuvo que intervenir también el P. Isaac de Mondreganes durante alguna de mis ausencias.

Después de trabajar durante el día, con los muchachos que hacían de obreros, teníamos que salir, río arriba, a buscar arena para el trabajo del día siguiente. En estos trabajos llegaba la una de la madrugada. A las siete de la mañana ya estábamos en pie de guerra en la construcción. La tarea del día era fuerte y agotadora, a pleno sol y en este clima del trópico... Esta casa bendita sí que está amasada con nuestros sudores... y ¡hasta con sangre de nuestras venas!... Más de una vez nos sucedió que al tener cargada la curiara hasta los topes y tratar de emprender el regreso, la encontrábamos varada, lo que nos obligaba a descargarla y empujarla hasta donde la profundidad del agua nos permitiera cargarla nuevamente.

3) En *EL SEMINARIO INDIGENA DE UPATA.* Aquí me tocó hacer de todo. Desde preparar los planos, tomar parte en las obras, hasta las clases de las asignaturas que me correspondían. Quiero consignar aquí a dos beneméritos Hermanos que trabajaron con denuedo y entusiasmo a toda prueba: Fr. Patricio de Molina y Fr. Darío de Renedo.

4) Casa-Misión de la *DIVINA PASTORA DE AYAPA.* Después de construida con indecibles sacrificios por el P. Juan Evangelista de Reyero, que tuvo que recoger a mano la arena entre las piedras, y llevarla en sacos, a lomo de mula, desde una distancia de dos horas de viaje, llegamos el P. Fidel de San Feliz y un servidor Nos pasamos más de un año en exploración incesante por toda la sierra circunvecina haciendo el camino por los lugares menos difíciles, a través de aquellos precipicios de miedo, con el fin de poder dar entrada a los materiales que necesitábamos para la construcción del Internado indígena... Esto es intraducible en palabras...

Y cuando ya teníamos varios kilómetros abiertos a pico y pala, el cemento para los puentes, las alcantarillas metálicas, pólvora, dinamita y compresor para volar las rocas, y camioneta para el transporte, vino la trampa a escondidas, ignominiosamente, y se lo llevó todo... Nuestro señor Obispo se vio obligado, bien a pesar suyo y de los Misioneros, a suprimir aquel centro Misional.

—P. Félix, estoy enterado de eso que usted benevolamente llama «la trampa». ¿Por que no lo dice por su nombre...? ¿No fue la presión de los ricos civilizados y los intereses creados de algunas firmas industriales que querían instalar allí mismo un hotel y una residencia de diversión por el clima agradable y las bellezas naturales de aquella zona...?

—Mire, Padre Pacífico, me arde la sangre de indignación con sólo recordarlo. No me haga dar más explicaciones..., porque aún me resiento del infarto y mi corazón podría explotar...

—Entendido, Padre Félix. Pero usted no se dio por vencido, y de allí se fue a emprender otra obra de envergadura. ¿A dónde fue...?

5) *A SAN JOSE DE PERIJA.* Aquí el P. Isaac había comenzado los preparativos para levantar la iglesia parroquial. Pero la falta de salud le obligó a retirarse del frente misional, y me tocó a mí proseguir la obra. Con la colaboración infatigable de Fr. Marcos de Yudego, y la protección del Sagrado Corazón de Jesús, pudimos levantar en un tiempo mínimo la iglesia en honor del bendito San José. A esto siguió el Colegio «SAGRADO CORAZON DE JESUS», donde tuvimos bien probada su ayuda y protección. Sin ayuda alguna del pueblo, se realizó la obra de más de 150 metros de construcción, y parte de ella de dos pisos. Puedo decir que, en tres o cuatro ocasiones, allí se dieron verdaderos milagros.

6) Por último, esta *MISION DE LOS ANGELES DEL TUKUKO.* Las graves vicisitudes por las que ha pasado me han obligado a ocuparme, en compañía de nuestros indígenas yucpas, de dos acueductos, tras larga exploración por montes tan abruptos como tupida es la selva, para proveer de agua a las rancherías de los indios separadas varios kilómetros de los manantiales.

Ahora tenemos interrumpidos varios caminos por cerros escarpados, a fin de comunicar varias rancherías con la Misión, ya que se encuentran en la zona fronte-

P. Félix de Vegamián, en una de sus visitas a tas rancherias de Perijá.

P. Félix de Vegamian en uno de los vuelos «Bombas de Paz».

riza con Colombia. Cuando me da permiso el asma vamos continuando la obra.

En el monte MAREWA estamos construyendo 25 viviendas para los indios Yucpas. Aunque intervíene el Ministerio de Sanidad, tenemos que costearlas totalmente nosotros.

—Aquí también mi palabra, Padre Félix, es completamente ineficaz, y no quiero disminuir su obra con los pobres adjetivos que en el léxico humano tendría que emplear. Cómo se sabe mirar hacia arriba desde estos trabajos misionales... Y cómo se ve más allá del firmamento...

—Padre Félix: Usted fue también director del seminario indígena de Upata. ¿Qué resultado dieron los indios que pasaron por este seminario...?

—Voy a responder con brevedad. Hay que tener en cuenta que estos muchachos procedian de familias criollas y de diversas tribus indígenas (taurepanes, arecunas, guaraunos y araucos). Estudiaban con gran ilusión y su comportamiento era bueno. Pero sólo uno, LUCIO FIERRO, de la Gran Sabana, Llegó al sacerdocio. Ahora trabaja en el apostolado misionero en nuestro centro de KAMARATA. De la conducta observada posteriormente de los restantes, me consta que su paso por el Seminario Indigena dejó huellas profundas en su vida humana y profesional.

—Por su experiencia personal y trato directo con ellos, ¿cuáles son los problemas principales y las mayores dificultades que tienen que afrontar estos indios en relación con el sacerdocio...?

—Es una pregunta importante, pero un poco compleja para una breve contestación. A mi modo de ver es excesivamente grande el salto que estos indígenas tienen que dar: ¡DE LA SELVA AL SACERDOCIO! Para llegar con éxito al Sacerdocio y permanecer en él con fidelidad, se requieren unas cualidades y unas exigencias que estos indígenas no poseían: el aporte personal, la herencia familiar, todo el proceso educativo... Por lo mismo, forzosamente tenian que echar de menos estos datos influyentes, lo que determinó el consiguiente fracaso. Les faltaba la base de una riqueza humana, imprescindible, un núcleo intimo muy personal, un algo superior con el que se identificaran plenamente...

El P. Félix de Vegamián conversando con unos amigos de las misiones.

—Padre Félix, al trasladarse a esta misión Guajira-Perijá, usted reanudó la famosa campaña aérea para preparar la entrada a la tribu de los indios motilones. ¿Cuáles fueron los principales obstáculos que retrasaron la entrada de nuestros misioneros en esta tribu...?

—Intervinieron en esta etapa preparatoria factores bastante complejos, y hasta dispares y contrarios. Puedo decir que «todavía no había llegado la hora». «La hora de Dios». También se me puede interpretar esta expresión como una salida simplista y cómoda.

Esta campaña, ideada, comenzada y organizada con acierto y tesón por el P. Cesáreo de Armellada, hay que ser sinceros y reconocer que faltó el suficiente elemento humano y los medios económicos que ella requería. Si la ausencia de esa colaboración, y aun la oposición de quienes deberían habernos apoyado a banderas desplegadas, no nos hizo desistir, fue de verdad, de verdad, porque los Misioneros todos nos habíamos entregado como leones a las exigencias de esa campaña. Para más datos, pueden consultar mi libro «LOS ANGELES DEL TUKUKO».

—Usted conoce y ha tratado a todas las tribus de nuestras zonas misionales. Si le dieran a escoger, ¿con cuál se quedaría...? Explíquenos razones y motivos para esa posible elección.

—¡Ay, mi carísimo Padre Pacífico! ¿Qué madre, puesta en semejante trance, se atrevería a decir a cuál de sus hijos ama más, dejando atrás a los otros? Sin negar que unas tribus puedan tener, absolutamente hablando, más y mejores cualidades que las otras, es muy difícil ahondar tanto. Eso sería hacer una vivisección en el espíritu del Misionero. Todas tienen luces y sombras, cualidades y defectos... De mí puedo decir que, si me obligan a escoger... ¡ME QUEDO CON TODAS!

—Padre Félix, sé que la pregunta que voy a hacerle no puede tener una contestación exacta, pero le ruego que haga un esfuerzo de memoria y un cálculo global. En estos largos años de su vida misionera, ¿cuántos kilómetros habrá recorrido por tierra, agua y aire...? ¿Cuántos bautismos habrá administrado y cuántas predicaciones o catequesis...?

—Pues ¡vaya «berenjenal» en que me ha metido! ¡Como si fuera tan fácil alcanzar la luna con la mano! Un pequeño detalle de referencia: piense que sólo un viaje de ida y vuelta en los tiempos actuales, del Tukuko a Maracaibo, supone los 400 kilómetros. Y esta ruta la he tenido que recorrer muchos cientos de veces. Y en estos cincuenta años, ¿cómo calcular los miles y miles de viajes realizados por Guayana, Delta del Orinoco, Guajira, Perijá, y por toda la República...?

En diligencias misionales y en viajes de estudio he recorrido las fronteras de Venezuela, desde su extremo Sur-Este, colindantes con el Brasil, hasta el extremo Sur-Oeste, en los límites con Colombia, lo que pasa de los SEIS MIL KILOMETROS. Y los otros miles de viajes... ¡Imposible de calcular! Pero eso no me quita el sueño.

Bautismos y predicaciones, aunque pudiera ser más fácil, no tengo a mano los libros parroquiales. De las misas sí le puedo decir, con más aproximación, que oscilan sobre las VEINTE MIL. ¿Queda satisfecho ya, señor «preguntón»...?

—Pues todavía no, Padre Félix. Usted tiene mucha tela para cortar, pero no quiero cansarle y el espacio es limitado. Oiga, con tantos viajes y por parajes tan difíciles y arriesgados, ¿ha estado en peligro su vida en algún percance, accidente o enfermedad, durante estos años...?

—No es difícil adivinar que en esta nuestra vida misionera por estas selvas y con tantas dificultades, surjan los peligros y los reveses. Si con esta pregunta se refiere a un peligro de flechamiento como el de Fr. Primitivo o el del P. Clemente, tengo que decir que no. Pero en una ocasión me salvé de ser flechado por haber quedado dando gracias después de la celebración de la santa Misa. En los primeros tiempos del Tukuko, habían salido de mañanita cuatro de mis trabajadores. Les dije que yo iba inmediatamente detrás de ellos. Al pasar el río, a uno le cosieron el sombrero con la cabeza de un flechazo, a otro le atravesaron un muslo, al tercero le atravesaron el vientre de parte a parte, al cuarto sólo una leve herida en una mano. El quinto tenía que haber sido yo, pero mi retraso por la acción de gracias después de la santa Misa me libró de haber sido flechado.

En otra ocasión, navegando en curiara por el Orinoco, acompañado de varios indios guaraunos del Internado de Araguaimujo, me desvanecí y caí sin sentido al agua. Me fui al fondo, como una piedra. Sentí cómo una fuerza invisible me empujaba para arriba, y sin yo darme cuenta ni saber explicarlo, me encontré de nuevo dentro de la embarcación, empapado hasta los huesos, con un fenomenal susto. Y sin que los indios se inmutaran lo más mínimo. (El afirma que fue un milagro de su Angel de la Guarda).

Estando en plena «Campaña Motilona» y volando sobre la selva en los aviones que el Ministerio de la Guerra había puesto a nuestra disposición, me ocurrieron varios percances. Yo iba en la parte trasera del avión, para cuando me avisara el piloto con el timbre, arrojar los paquetes de las «bombas de paz». Al tirar por la puerta una de estas «bombas», saqué excesivamente el cuerpo y al choque con el fuerte viento perdí el equilibrio como para seguir con mi cuerpo detrás de la «bomba» hasta el suelo. «Algo» o «alguien» me empujó para el interior del aparato, donde caí casi sin sentido y tardé un buen rato en reponerme después del gran susto. En otro de los viajes de esta misma «Campaña», al coger la última «bomba» se corrieron las tablas sueltas que cubrían la escotilla del avión y me caí fuera del aparato hasta la cintura, quedando sostenido con los brazos abiertos en el suelo del avión. Hice un soberano esfuerzo hasta que conseguí meterme en el interior del avión, salvándome nuevamente.

—Esto es parte de los muchos accidentes en su vida misionera. Pero me parece que los médicos están un poco desconcertados con su rara resistencia de salud. ¿Cuántas enfermedades ha tenido que superar en estos años, Padre Félix...?

—Breve enumeración. En San José de Amacuro, me vi aniquilado —como todos los Misioneros y Misioneras que por allí pasaron— por un paludismo implacable. La falta de medicinas, la escasez de alimentación y lo excesivo del trabajo, hubieran terminado con todos nosotros, si aquella Misión no llega a suprimirse. En el Tukuko he superado un infarto. He tenido que ser operado de cataratas en

El P. Félix de Vegamián, infatigable, redactando sus escritos misionales.

ambos ojos. El asma, que con frecuencia me inutiliza por completo, es mi compañera inseparable desde hace varios años. Y el récord de operaciones lo he batido con la hernia, de la que he tenido que ser operado ¡NUEVE VECES! Como puede ver, nuestra vida misionera ha tenido de todo, menos miel y dulzura.

—No me extraña el que tenga desconcertados a los médicos. Pero en medio de este maremágnum de viajes, excursiones apostólicas, preocupaciones de gobierno, trabajos de toda índole y de todo tipo, ha buscado tiempo para sus trabajos culturales realizando varias publicaciones. ¿Qué obras tiene publicadas, Padre Félix?

—Mi querido Padre Pobladura, ya me voy cansando de tanto responder. Voy a tratar de complacerlo, siquiera por cooperar en su magna obra de propaganda misional que le viene trayendo por la calle de la amargura.

—Y lo que usted no sabe, Padre Félix. Pero bueno, eso es empeño mío porque estoy convencido hasta la entraña de que nuestros misioneros y su obra merecen esto y mucho más. Ya sabe que me he jurado a mí mismo que en esta empresa «si pueden, me romperán, pero que nadie ni nada me doblará». Perdone la interrupción, y siga con su relato de publicaciones...

—En el Seminario Indígena de Upata, ante la escasez de textos, publiqué «TEORIA DEL SOLFEO». Con ocasión de la X CONFERENCIA DE AGRICULTURA en Caracas nos pidieron algo sobre los Guajiros, y en colaboración con Monseñor Turrado, publicamos el libro «COMO SON LOS GUAJIROS». A raíz de esto, me pidieron ampliación sobre el tema, de manera especial en el aspecto geográfico. No tuve más remedio que echarme a recorrer toda la península de la Guajira venezolana, por agua y tierra, a pie, en jeep, y hasta en burro. De estos viajes nació el libro «COMO ES LA GUAJIRA».

Posteriormente publiqué en España el libro «EL ESEQUIBO, FRONTERA DE VENEZUELA». Con esta publicación hubo un pequeño «sabotaje». Tuve la confidencia extraoficialmente de que en las altas esferas había sido muy bien recibida la defensa y prueba documental que había hecho de los derechos de Venezuela a esta zona. Pero como defendía y demostraba también documentalmente la actuación de España en defensa de la Guayana contra sus eternos enemigos, una mano negra intervino para que al autor no se le concediera una condecoración para la que estaba propuesto por este libro. Algún historiador venezolano había dejado malparadas injustamente las realidades históricas en este punto, arrastrado por su fobia antiespañola. Y como mi obra ponía el dedo en la llaga, con demostración documental...

Finalmente, la publicada hace poco tiempo ha sido «LOS ANGELES DEL TUKUKO», preparada para celebrar el «Veinticinco» aniversario de la fundación de este Centro Misional.

—Pero hay algo más en preparación. Lo sé, Padre Félix. ¿Cuáles son esas obras...?

—Cuando el asma me tiene asediado, aprovecho el tiempo para ir recogiendo material y para ver de publicar el «DICCIONARIO YUCPA-ESPAÑOL» y «ESPAÑOL-YUCPA». Tengo recogidas y clasificadas SIETE MIL PALABRAS, sin contar las variantes de algunos grupos, lo que sumará unas DIEZ MIL. A esto hay que añadir los apéndices de antroponimia, toponimia, hidrografía y orografía, que ya rebasan varios centenares de vocablos.

—Padre Félix, antes ha hecho alusión a una propuesta para condecorarle cuando lo del libro sobre el esequibo. ¿Cuántas condecoraciones le han sido concedidas...? Y no me dé un «rezungo» por contestación... Y con un «rezungo» pretendió contestar a esta pregunta. Pero tenemos datos para informar.

—Me han concedido la ORDEN DE FRANCISCO DE MIRANDA por parte del Gobierno venezolano. Y ahora, con motivo de los CINCUENTA AÑOS de la restauración de nuestras Misiones, el Gobierno español me ha concedido la CRUZ DE CABALLERO DE LA ORDEN DE ISABEL LA CATOLICA.

—Pues pocos pechos con más méritos para poder ostentarla, Padre Félix, con tantos servicios y sacrificios... (Huuummm otro «rezungo» del P. Félix.) *Si no se enfada quisiera hacerle otra pregunta. Y aunque se enfade se la voy a hacer lo mismo. ¿Es verdad que cuando le concedieron la Orden de Miranda dijo usted que «mejor hubiera sido que se la cambiaran por sacos de cemento»...?*

—Y aquí interviene el P. Romualdo, porque el P. Félix inició un gesto de cara y un movimiento de manos que no fueron muy difíciles de interpretar. Y sí, parece que en aquellas circunstancias estaba muy apurado con la escasez de material para sus construcciones y afloró a sus labios esa gráfica expresión...

—Padre Félix, le voy a tocar una fibra sensible. ¿Qué impresión le causó en su primer regreso a España cuando no pudo visitar su pueblo de Vegamián, porque estaba cubierto por el agua del pántano...?

—Me hundí en lo profundo del alma pensando, pensando... Yo había salido de mi casa de Vegamián a los doce años... Ahora no podía identificar ni ver el lugar, el sitio, ni de mi casa, ni de la Iglesia, ni de la escuela... ¿Dónde quedaban las eras de la trilla, los valles por donde llevaba a pastar los corderos, las fincas que cultivaba mi familia...?

Aquellos 250 millones de metros cúbicos de agua embalsada, con setenta de profundidad, parece que todavía siguen oprimiendo y escondiendo en mi ser más íntimo los recuerdos y reliquias de mi infancia. Mi alma se elevó para dar gracias a Aquel que de mi niñez —como pastor de ovejas—, me convirtió en Sacerdote y Misionero —pastor de almas—, revestido con el hábito Capuchino.

—Y una última pregunta, Padre Félix. (Abre sus ojos mortecinos, y con asombro me dice: «¿De verdad», P. Pacífico, es la última?) *Si lo cortés no quita lo valiente, en el Padre Félix «lo misionero» nunca ha quitado «lo español». Aún más, creo que en él lo ha acrecentado en interés y recuerdo desde estas lejanías. ¿Cómo se siente y se recuerda a la Patria española desde estas misiones de Venezuela, Padre Félix...?*

—Mire, P. Pacífico, ha tocado una tecla muy delicada. A mí me importa un comino lo que otros puedan sentir, pensar o decir sobre este punto. Quiero reflejar los sentimientos de mi ser más íntimo. Le digo con toda sinceridad y nobleza de sangre leonesa que corre por nuestras venas que, para amar a ESPAÑA, es preciso salir de ella y recorrer algo de mundo. Entonces es cuando la emoción, el afecto entrañable por la Patria lejana se aquilata, se engrandece y se transforma en algo incontenible. Juzgo que quien, puesto en estas circunstancias, no siente muy al vivo el amor por su Patria, o es anormal o tiene el alma petrificada. Que Dios le perdone, porque es un pobre desgraciado. Estoy entregado plenamente, y de por vida, a mi empresa misionera aquí en Venezuela. Pero nada de esto obsta, sino que contribuye a que el amor a mi Patria española que me dio el ser, supere a todo COMO ALGO UNICO EN MI VIDA.

—Padre Félix... después de esta entrevista, mis palabras de agradecimiento están de sobra yo lo sé y usted me comprende.

Misión de
LOS ANGELES DEL TUKUKO
25 de marzo de 1975.
Fiesta de la Anunciación de la Virgen.
Día de los «Esclavos de María».

(Es voluntad expresa del Padre Félix de Vegamián, que así consigne la fecha de la entrevista.)

SINTESIS CRONOLOGICA DE LAS MISIONES CAPUCHINAS EN VENEZUELA

AÑO 1918. Del 10 de diciembre al 23 de marzo de 1919.

PRIMERA EXPLORACION a la zona del Caroní, realizada por los Padres Bienvenido de Carucedo —después Mons. Diego Alonso Nistal— y Arcángel de Valdavida. Visitan las regiones de Guayana y Delta Amacuro, presentando —por separado— sus informes a los Superiores.

AÑO 1920. PRIMERAS GESTIONES

Comienza a realizarlas, en el mes de febrero, el M.R.P. Félix de Vegamián (senior), como Visitador y Comisario General de la Custodia de Venezuela, Puerto Rico y Cuba. Estas gestiones resultaron largas y difíciles.

AÑO 1922. CONVENIO ENTRE EL GOBIERNO VENEZOLANO Y LA ORDEN CAPUCHINA.

El 21 de febrero se firma el Convenio en el que se fijan las bases y condiciones por las que debía regirse el nuevo Vicariato Apostólico del Caroní.

AÑO 1922. ERECCION CANONICA.

El 4 de marzo son firmadas por el Papa Pío XI las Letras Apostólicas de la erección canónica del Vicariato.

AÑO 1923. PRIMER VICARIO APOSTOLICO.

MONS. DIEGO ALONSO NISTAL.
P. Bienvenido de Carucedo.

Fue nombrado el 27 de noviembre, e investido con el carácter de Obispo Titular de Dorilea el 23 de diciembre de 1923.

Fue consagrado en la Iglesia de Las Mercedes de Caracas —PP. Capuchinos—, el 1 de mayo de 1924.

AÑO 1924. PRIMERA SEDE EPISCOPAL.

Hace su entrada oficial el nuevo Vicario Apostólico en UPATA, el 1 de julio.

AÑO 1924. PRIMERA EXPEDICION DE MISIONEROS.

El 2 de septiembre de este año sale la primera expedición de Misioneros del Caroní. Está integrada por las siguientes Padres y Hermanos:

MONS. DIEGO ALONSO NISTAL. Vicario Apostólico.—R.P. CRISOSTOMO DE BUSTAMANTE. Secretario.—V.H. FRAY DARIO DE RENEDO. «Familiar» del Obispo.

R.P. SANTOS DE ABELGAS.—R.P. SAMUEL DE SAN MATEO.—R.P. NICOLAS DE CARMENES.—R.P. ANGEL DE LIERES.—R.P. INOCENCIO DE LA ANTIGUA.—R.P. DIONISIO DE CURILLAS.—R.P. BENIGNO DE FRESNELLINO.—R.P. BONIFACIO DE OLEA.—R.P. JUSTINO DE VILLARES.

V.H. FRAY SATURNINO DE BUSTILLO.—V.H. FRAY BALBINO DE CARACAS.—V.H. FRAY ROGERIO DE VALDUVIECO.—V.H. FRAY FAUSTINO DE LIERES.

ZONA DEL BAJO ORINOCO

AÑO 1925. PRIMER CENTRO MISIONAL: ARAGUAIMUJO

Fue fundado el 19 de marzo de 1925 por el P. SANTOS DE ABELGAS, quien le dio el nombre de DIVINA PASTORA.

AÑO 1928. PRIMERAS MISIONERAS.

Llegaron a Araguaimujo el 13 de abril de 1928 las primeras Misioneras Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia:

MADRE MICAELA DE PAIPORTA.
SOR GENEROSA DE ALMOINES
SOR FRANCISCA DE VILLANUEVA.
SOR INOCENCIA DE ARAZURI.
SOR GLORIA DE PAMPLONA.

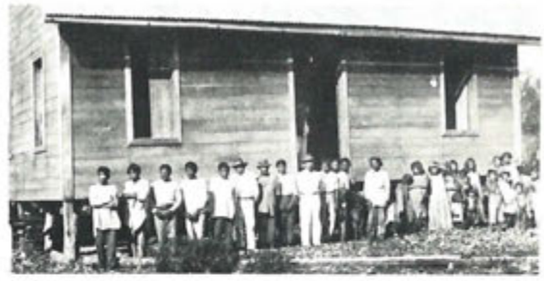
Primer rancho misional de Araguaimujo.

AÑO 1925. CENTRO MISIONAL SAN ANTONIO DEL BARIMA.

(Por las insuperables dificultades que surgieron, este Centro fue abandonado el 19 de diciembre de 1927.)

Fue fundado el 25 de diciembre de 1925. Los Misioneros fundadores fueron:

R.P. BONIFACIO DE OLEA.
R.P. BENIGNO DE FRESNELLINO.
V.H. FRAY ROGERIO DE VALDUVIECO.



Primer Centro Misional de San Antonio del Barima.

AÑO 1927. CENTRO MISIONAL SAN JOSE DE AMACURO.

Fue fundado a finales de noviembre de 1927. Los Misioneros fundadores fueron:

R.P. BENIGNO DE FRESNELLINO.
R.P. FÉLIX DE VEGAMIAN. (Junior).
R.P. BONIFACIO DE OLEA.

AÑO 1932. PRIMERAS MISIONERAS.

(Este Centro, por ser un «calvario» de enfermedades mortales, fue abandonado el 24 de febrero de 1940.)

Llegaron este año a este Centro las Misioneras Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia:

MADRE GLORIA DE PAMPLONA.
SOR GENEROSA DE ALMOINES.
SOR LEONOR DE CASASIMARRO.
SOR INOCENCIA DE ARAZURI.
SOR MARCELINA DE AZCONA.

Primer Centro Misional de San José de Amacuro.

AÑO 1943. SANTA CRUZ DE MEREJINA.

El domingo, 14 de enero de 1943, el P. BASILIO DE BARRAL erigió la Santa Cruz, con ánimo de realizar una reducción indígena. Poco después, ante la persecución mortal de que fueron objeto los Misioneros, tuvieron que desistir.

AÑO 1942. CENTRO MISIONAL SAN FRANCISCO DE GUAYO.

Fundador: R.P. BASILIO DE BARRAL.

Primeros Misioneros: R.P. RODRIGO DE LAS MUÑECAS.
R.P. CONRADO DE CEGOÑAL.

AÑO 1951. PRIMERAS MISIONERAS.

Llegaron a este Centro el 23 de septiembre, las Misioneras Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia:

MADRE AMALIA DE ARRAIZA. SOR MARIA DOLORES DE ARUKA.
SOR MARIA CONCEPCION DE CHOACHI.

ESTACIONES MISIONALES ESPECIALES:
AJOTEJANA y
NABASANUKA.

PARROQUIAS INTEGRADAS DENTRO DEL VICARIATO. (BAJO ORINOCO).
TUCUPITA, Sede del Vicario Apostólico.
CURIAPO.
PEDERNALES.

Estación de Merejina y llegada de los primeros misioneros.

ZONA DE LA GRAN SABANA

Primer Centro Misional de Santa Elena de Uairen.

AÑO 1930. DE PRIMEROS DE AGOSTO A PRIMEROS DE SEPTIEMBRE.

EXPLORACION DE LOS MISIONEROS MONS. DIEGO ALONSO NISTAL Y PADRE CEFERINO DE LA ALDEA.

Sólo llega el P. Ceferino de la Aldea a la región de Luepa, entrada a la Gran Sabana. Reúne los datos pertinentes para presentarlos a los Superiores.

AÑO 1931, 28 DE ABRIL. CENTRO MISIONAL «AKURIMA», SANTA ELENA DEL UAIREN.

Misioneros fundadores:

R.P. NICOLAS DE CARMENES.
R.P. MAXIMINO DE CASTRILLO
V.H. FRAY GABINO DE SAN ROMAN.

Primer Centro Misional de Luepa.

AÑO 1936, 21 DE JUNIO. PRIMERAS MISIONERAS DEL SAGRADO CORAZON.

Las primeras Religiosas Franciscanas de esta Congregación venezolana que llegaron a esta Misión fueron:

HNA. SAN BERNARDO.
HNA. CLEMENCIA.
HNA. ANGELA.
HNA. SANTAS LLAGAS.

Primer Centro Misional de Kavanayen.

AÑO 1933, 4 DE JUNIO. CENTRO MISIONAL SAN FRANCISCO DE LUEPA.

Misioneros fundadores:

R.P. MAXIMINO DE CASTRILLO
V.H. FRAY LUCIO DE MELLANZOS.

AÑO 1936, 11 DE JUNIO. PRIMERAS MISIONERAS DEL SAGRADO CORAZON.

Las primeras Religiosas Misioneras Franciscanas que llegaron a este Centro fueron:

HNA. CLARA.
HNA. MERCEDES.
HNA.CELINA TERESA.
HNA. CONSUELO.

(Algunos años más tarde, este Centro fue trasladado a Kavanayen.)

AÑO 1942, 5 DE AGOSTO. CENTRO MISIONAL SANTA TERESITA DE KAVANAYEN.

Fundador: R.P. CESAREO DE ARMELLADA.
Superior: R.P. EULOGIO DE VILLARRIN.
Director de obras: R.P. VICTOR DE CARBAJAL.

Primeras Misioneras: FRANCISCANAS DEL SAGRADO CORAZON.

HNA. CONSUELO.
HNA. CELINA TERESA.
HNA. SAN GABRIEL.
HNA. CLARA ISABEL.

AÑO 1954, 19 DE SEPTIEMBRE. CENTRO MISIONAL NUESTRA SEÑORA DE COROMOTO DE KAMARATA.

Primeros Misioneros:

R.P. VICTOR DE CARBAJAL.
R.P. FIDEL DE RESPENDA.
R.P. LORENZO DE CANSOLES.
V.H. FRAY SATURNINO DE VILLAHIBIERA.

AÑO 1963, 29 DE DICIEMBRE. Primeras Misioneras Dominicas:

PRIMERAS MISIONERAS DOMINICAS.

MADRE ANGELES PALACIOS.
SOR ANTONIA M.ª BELLIDO.
SOR ANTONIA ESTRADA.
SOR CARMEN LUNA.

AÑO 1957, NOVIEMBRE. PRIMER RANCHO PROVISIONAL.

AÑO 1959, 9 DE NOVIEMBRE. CENTRO MISIONAL DE SANTA MARIA DE WONKEN.

Fundador: R.P. FERNANDO ZAPATA. Sacerdote indígena del Vicariato.

Primer Centro Misional de Kamarata.

Primer Centro Misional de Wonken.

AÑO 1970, 22 DE AGOSTO. Primeras Misioneras Franciscanas de la Divina Pastora.

MADRE VICTORIA PADRON.
SOR PROVIDENCIA ESTEBAN.
SOR CELINA GARCIA.
SOR CAMILA FREIRE.

PARROQUIAS DENTRO DEL VICARIATO: (GRAN SABANA).

UPATA.
UPATA. Seminario Indígena. Fundado el 28 de abril de 1940.
SAN FELIX.
EL PALMAR.
GUASIPATI.
EL CALLAO.
TUMEREMO.
LA PARAGUA.

Seminario indígena de Upata.

Mons. Angel Turrado Moreno.

Primeros misioneros de Guajira-Perijá.

Primeros ranchos misionales del Tukuko.

VICARIATO APOSTOLICO DE MACHIQUES

ZONAS DE LA GUAJIRA-PERIJA-MOTILONIA

AÑO 1939. EXPLORACION DE LOS PADRES FELIX DE VEGAMIAN (junior) Y VICTORINO DE SAN MARTIN.

Por las complicaciones de la Segunda Guerra Mundial, esta Misión no se establecería hasta después de varios años de realizada esta exploración.

AÑO 1943, 26 DE MAYO. FUNDACION DEL VICARIATO APOSTOLICO DE MACHIQUES.

Con esta fecha, Pío XII da el decreto de la erección del Vicariato.

AÑO 1944, 17 DE MARZO. FIRMA DEL CONVENIO entre la Orden Capuchina y el Gobierno venezolano.

AÑO 1944, 12 DE SEPTIEMBRE. PRIMER OBISPO.

El Papa nombra primer VICARIO APOSTOLICO, con carácter episcopal, al R.P. GASPAR M.ª DE PINILLA, Misionero en el Bajo Orinoco, MONSEÑOR ANGEL TURRADO MORENO.

AÑO 1944, 17 DE DICIEMBRE.

CONSAGRACIÓN DE MONSEÑOR ANGEL TURRADO MORENO, en la Basílica de Nuestra Señora de la Chiquinquirá, en Maracaibo.

PRIMEROS MISIONEROS DE ESTE VICARIATO:

MONS. ANGEL TURRADO MORENO. Vicario Apostólico.
R.P. DIONISIO DE BARAJORES.
R.P. ALBERTO DE SOBRADILLO.
R.P. CLEMENTE DE VIDUERNA.
R.P. ISAAC DE MONDREGANES.
R.P. CESAREO DE ARMELLADA.
V.H. FRAY HONORATO DE VILLANUEVA.
V.H. FRAY ELEUTERIO DE ROZALEN.
V.H. FRAY PRIMITIVO DE NOGAREJAS.

AÑO 1945, 2 DE OCTUBRE. FUNDACION DEL CENTRO MISIONAL LOS ANGELES DEL TUKUKO.

Misioneros fundadores:
R.P. CESAREO DE ARMELLADA.
V.H. FRAY PRIMITIVO DE NOGAREJAS.

AÑO 1952, 1 DE ENERO.
Primeras Misioneras: Hermanas de la Caridad de Santa Ana.
MADRE BEATRIZ DIAZ, española.
HNA. VICTORIA MANSO, española.
HNA. IRENE ELESGARAY, española.
HNA. RAQUEL GONZALEZ, venezolana.
HNA. ALICIA SANCHEZ, venezolana.

AÑO 1945, FINALES DE JULIO. FUNDACION DEL CENTRO MISIONAL SAGRADO CORAZON DE JESUS DE GUARERO.

Misioneros fundadores:
- R.P. ISAAC DE MONDREGRANES.
- V.H. FRAY SANTIAGO DE PRIORO.

Centro Misional Sagrado Corazón de Guarero.

AÑO 1950, 13 DE MAYO. PRIMERAS MISIONERAS DE LA MADRE LAURA.

Son las Religiosas de origen colombiano,
- MADRE MARIA MAGDALENA.
- HNA. MARIA CARLOTA DE LA MEDIADORA.
- HNA. MARIA DEL RESUCITADO.
- HNA. MARIA SUSANINA DEL CALVARIO.

AÑO 1952, 23 DE ABRIL. FUNDACION DEL CENTRO MISIONAL DIVINA PASTORA DE AYAPA.

Misioneros fundadores:
- R.P. JUAN EVANGELISTA DE REYERO.
- R.P. FIDEL DE SAN FELIZ.
- V.H. FRAY EMILIANO DE CANTALAPIEDRA.

(Pocos años después este Centro tuvo que suprimirse por ignominiosas presiones ajenas a los Misioneros.)

Centro Misional Divina Pastora, de Ayapa.

Centro Misional San Fidel, de Aponcito.

AÑO 1957, MES DE MAYO. FUNDACION DEL CENTRO MISIONAL SANTA MARIA DE GUANA.

Fundadores: Misioneros Seglares.
- EZEQUIEL BONAL.
- JOSE PALOMO

Primer Superior, 1958. R.P. DOMINGO DE BILBAO.

AÑO 1960, 31 DE MAYO.
Primeras Misioneras Hermanas de la Caridad de Santa Ana.

MADRE PILAR ANDRES.
HNA. MARIA JIMENO.
HNA. AUREA OREJA.
HNA. ANA IRIS ARANA.
HNA. MARTINA GARCIA.

SAN FIDEL DE APONCITO.

Estación misional atendida desde Machiques.

PARROQUIAS INTEGRADAS EN EL VICARIATO.

MACHIQUES, Sede del Vicario Apostólico.
LA VILLA DEL ROSARIO.
SINAMAICA.
SAN JOSE-LAS PIEDRAS.
PARAGUAIPOA.
CASIGUA-EL CUBO.
CARRASQUERO.

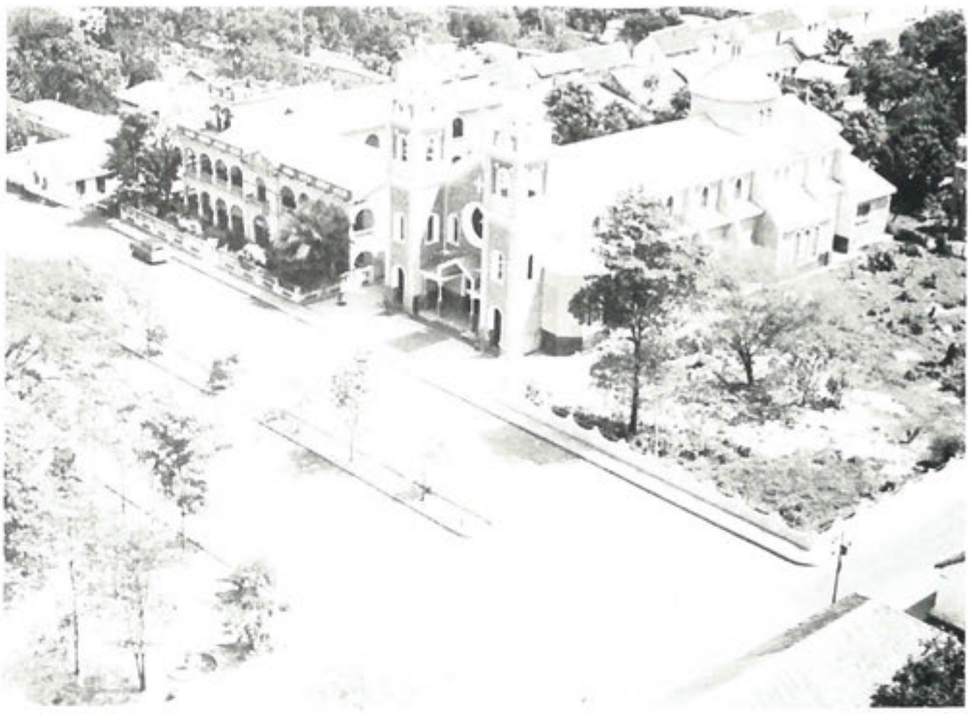
ZONA DE LOS INDIOS MOTILONES.

Después de la entrada en esta famosa tribu, tras muchos años de preparación, por los Padres Adolfo de Villamañán, Romualdo de Renedo, Vicente de Gusendos y Epifanio de Valdemorilla, se establecieron varias estaciones misionales. Hoy, los dos poblados más importantes de Motilones son:

BOGSI, y
SAYMADOYI.

La gran obra, con medios casi nulos, realizada en los primeros años por el P. Adolfo de Villamañán, es continuada en la actualidad por los Padres Licinio Luis Martín (Clemente de Viduerna) y Gregorio Alvarez (1).

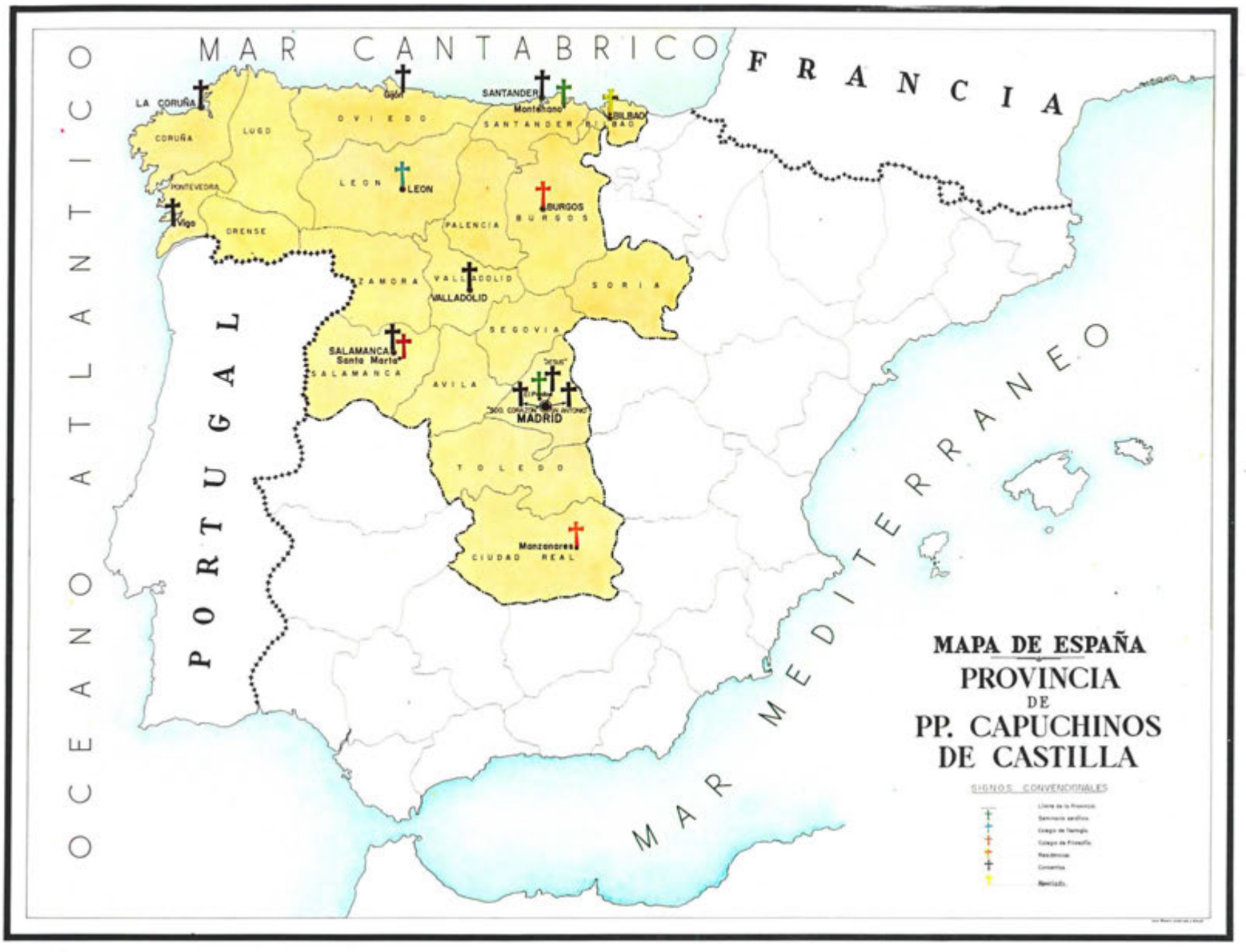
(1) Sobre la tribu de los Motilones y la empresa misionera de los Capuchinos, véase la publicación «En la selva triunfó el amor».



Casa central de las misiones de Guajira-Perijá.

Primeros misioneros que entraron en la tribu de los motilones: PP. Adolfo de Villamañán, Epifanio de Valdemorilla, Romualdo de Renedo y Vicente de Gusendos.

Estación misional de los motilones de Saymadovi.



¿DE DONDE VIENEN A VENEZUELA LOS MISIONEROS CAPUCHINOS? ¿DONDE SE FORMAN?

DE ESPAÑA: PROVINCIA CAPUCHINA DE CASTILLA

CARRERA DE UN MISIONERO:

Se realiza en las siguientes etapas de formación:

BACHILLERATO-HUMANIDADES, (6 años): Colegio Seráfico de Misiones. EL PARDO-MADRID. (BILBAO).

NOVICIADO-INGRESO EN LA ORDEN, (1 año): BILBAO. MONTEHANO. (SANTANDER).

ESTUDIOS FILOSOFICOS, (3 años), MONTEHANO-SALAMANCA. (LEON).

ESTUDIOS TEOLCGICOS, (4 años): LEON. (SALAMANCA).

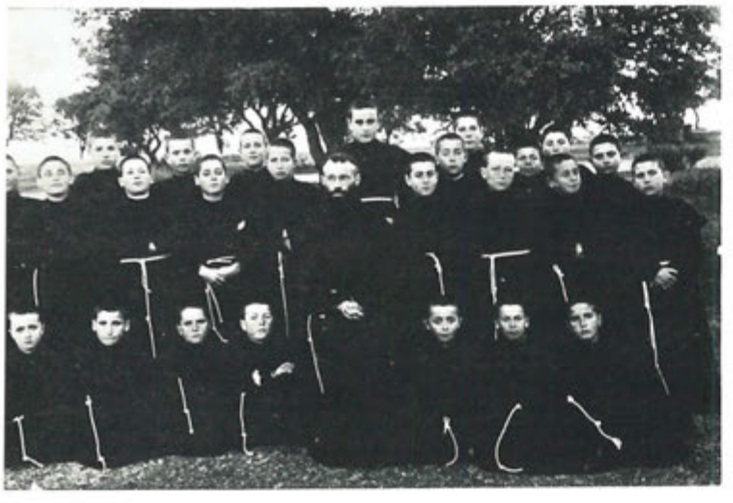
ELOCUENCIA-PASTORAL, (1 año): MADRID.

COLEGIO SERAFICO

Como el Padre Celestial,
yo, su hijo, he de ser bueno,
noble, piadoso y leal.
Al mal seré siempre ajeno,
y el bien será mi ideal.
Bien sé que esto es perfección
lejos de mí, por humano;
mas, por gracia, soy cristiano,
y aspiro a ser franciscano
de idea y de corazón.

NOVICIADO

¡Yo, llamado y elegido
para amar y hacer amar
a Dios, que yace en olvido,
y como el Pastor buscar
el alma que se ha perdido!
Ser Gracia, Martirio, Luz,
es mi glorioso destino.
Con humilde gratitud
emprendo, ¡oh Dios! mi camino
hacia la Gloria y la Cruz.



Colegio Seráfico Capuchino de El Pardo, y tres cursos de alumnos.

FILOSOFIA

Mi libro y mi profesor
y mi personal tarea
son campo donde alborea
el sol de gracia y fulgor
que da la ciencia mejor.
Así todo es importante
en mi vida cotidiana:
cada acción y cada instante
es una fuente constante
de perfección franciscana.

ELOCUENCIA

Mi Jesús me ha confiado
de Redención el legado,
que es su Evangelio de amor.
Mi piedad lo ha meditado,
y se encendió mi fervor.
Mi palabra franciscana
anunciará en nombre de El
la Fe y la Vida Cristiana
y el precio del alma humana
al mundo fiel y al infiel.

TEOLOGIA

Por Jesús, mi Rey de Amores,
joven Capuchino soy.
Del vivir en los albores
mi vida entera le doy
y a salvar el mundo voy.
Con tan fuerte compañero,
mi Verdad, Vida y Sendero,
seré feliz, siendo fiel.
Capuchino y Misionero
y Santo seré por El.

Grupo de novicios y estudiantes de Filosofía.

Curso de Teología fundadores de la Congregación «Zagales de la Divina Pastora».

Promociones de neosacerdotes y estudiantes de Elocuencia.

MISIONES

Mi madre España, te quiero
por madre, hermosa y cristiana;
por tu genio aventurero
que, al hacer el orbe entero
con la tierra americana,
lo rendiste ante la Cruz.
A tu historia y ante el sol
otorgó su misma luz,
y es una misma virtud
misionero y español.

(P. Begoña)

EXPEDICIONES DE MISIONEROS

(Los nombres de los integrantes de estas expediciones figuran en la página 232)

Expedición de misioneros, año 1926.

EL MISIONERO ENTRE ESPAÑA Y VENEZUELA

Todavía en los mares de las tres carabelas,
en las noches sagradas, hay espuma de estelas,
y se escucha el zumbido del moderno vapor.
O más bien por la altura, de la Fe mensajeros,
aviones de España, transportando luceros,
van buscando las almas por amor del Señor.

Se fundieron ha tiempo a la luz de la historia
las hazañas y el genio de la ibérica gloria
con que al orbe llenaron Isabel y Colón.
Mas hoy siguen marchando de todos los puertos,
la cruz en la mano y los brazos abiertos,
misioneros de España: *de* Castilla y León.

Expedición de misioneros, año 1929.

Expedición de misioneros, año 1932.

Más allá de los mares les espera una hermana
de la misma progenie hispanoamericana,
que es estirpe de sangre, de lenguaje y fe.
Venezuela es la hija fraterna de España
que comprende el esfuerzo de la ibérica hazaña
y en la cruz de sus frailes la misión de Dios ve.

Es su nombre recuerdo de Occidente y Oriente,
de ciudad de las góndolas, y le queda el ambiente
de sus ríos soberbios y sus llanos al sol,
su subsuelo sangrante con el oro moderno,
y la savia fecunda del hálito eterno
que dejó por sus tierras el cristiano español.

En sus campos mezclando heroísmo y sudores,
ya la Madre y la Hija se cubrieron de honores
con el nombre glorioso del gran Libertador.
Y se hicieron comunes el recuerdo y la historia,
y en la paz de las cruces de la santa memoria
Siete Estrellas subieron al azul triunfador.

De los viejos solares van aún misioneros.
Ellos son capitanes de ideales señeros
que desdeñan el mundo y se lanzan en pos.
Mas no olvidan al hombre ni su humano destino:
sin distingos de razas, saben bien que es divino
y que puede alcanzarse con la gracia de Dios.

Su capilla y su choza crecen luego en cultura:
de sabanas y deltas de salvaje hermosura;
van brotando ciudades de exquisito primor.
Y reinando sobre ellas aquel indio cristiano,
que es ser a un tiempo mismo hispano-venezolano,
llega a ser de su Patria ciudadano y honor.

¡Gloria, pues, a las Patrias hermanadas y audaces!
Con la cruz misionera refrendaron sus paces
y en el alma del indio se abrasaron de amor.
¡Y gloria al misionero de sayal capuchino
que, seráfico y pobre, ha trazado un camino
donde Dios y los hombres se comprenden mejor!

FRAY MAURICIO DE BEGOÑA

Expedición de misioneros, año 1940.

Expedición de misioneros, año 1942.

TODO VUELVE EN EL RECUERDO

(A mis hermanos misioneros de América)

Aquel mundo de ilusión
se refugió en el recuerdo.

Y por el camino en sombras
se van las cosas perdiendo
poco a poco, poco a poco,
en un aire suave y lento,
igual que en la duerme-vela
entre soñando y despierto.

Se van las costas azules,
perfil perfecto del cuerpo,
—montañas, ciudad, llanura—
que se queda tierra adentro.

La tierra ajusta su túnica
con el broche de sus puertos.

Se va el pueblecín lejano,
la casa blanca y el huerto,
la hermana de ojos azules,
y hasta el sonoro silencio
de los claustros medievales
del convento.

—Madre, las cosas que amamos,
¿por qué caminos secretos
se van marchando, marchando,
sin saber si las perdemos?

¿no me puedes tú decir
lo que es estar cerca y lejos?

—Hijo, las cosas que amamos
van al mundo del recuerdo
y en ese mundo ideal,
todo es joven, puro y bello.

Pobre Emperatriz, la loca
de aquel castillo roquero;
todo se ha vuelto en el mundo
doloroso, rudo y viejo,
pero ella sigue soñando
en su romántico ensueño.

Cuarenta años ha llorado
al joven marido muerto,
mientras le escribe sus cartas
de amor: «Mi amado, qué feo
es este mundo de ahora,
y sólo tú sigues siendo
siempre joven, barba rubia,
los ojos de terciopelo».
Hijo, las cosas que amamos
nos las va llevando el tiempo
por un camino de sombras
tierra adentro.
Pero nos vuelven al alma
por luminosos senderos
que llevan al corazón.
Todo vuelve en el recuerdo.
Hijo, senderos de Dios
que ha trazado El desde el cielo.

P. SOTIELLO, OFMC., Salamanca, octubre 1955.

Expedición de misioneros, año 1948.

Expedición de misioneros, año 1952.

Expedición de misioneros, año 1965.

Expedición de misioneros, año 1973.

PRESENCIA Y PROMESA

DESPEDIDA A UNOS HERMANOS MISIONEROS

Misionero que te vas...
¡Siempre presente, hermano!

Todos te recordaremos
en el «franco» sitio de El Pardo.
Llenos estén tus ojos
con soles de esperanza
que habrán de iluminar
tu luz de cada día.

En nombre de todos vengo a decirte:
¡Siempre presente, hermano!
Signar queremos con un abrazo
la pena-alegre de la despedida.

Amables te sean
—alas en ascensión, recuerdo en vuelo—
los indígenas paisajes que te esperan,
avanzadillas misionales por ti ansiando.

Paz y amor en tu sendero encuentres,
otros, en esfuerzo y agonía, los han sembrado.
Nuevas almas y tierras ya te esperan
porque Cristo —Evangelio de hoy—
te está hostigando.

He venido a decirte un adiós
que es hasta siempre, hermano.
Acaso tu sonrías —enigma o sello—
porque seguro estás o temes desconfiado.

Circunstancias hay que la semilla carcomida abonan
en un prejuicio incierto. ¡Y duele tanto...!
Pero «sobre-hay» Evangelio
antes que temporales contingencias.
En el fondo del corazón, inteligencia adentro,
un clamor imbatible dice ser verdad
lo que he expresado.

Emocionado contarás, cuando regreses,
cómo en una población
—corazón de España—
una sinceridad gritó
con gesto amigo
la verdad misionera
dura y real
en un salón de El Pardo.

Hoy y mañana,
aquí o en tu campo,
volverás a encontrar mi mano amiga,
—la voz, la proyección, el sonido
y la música hermanados—
para decirte —a todos digo—
que ni tú ni ellos, nunca-jamás,
fuisteis pobres equivocados.
Podrán en ruin pensar así
porque esclavos son
—y fuera escaparate—
de lo que todos sabemos
grueso interés creado.

Pero hay algo más, hermanos:
si son verdad la paz, el bien y el amor,
la justicia y la esperanza,
de lo que algunos quieren pensar
con alma chata y corazón enano,
con acento vibrante afirmo:
¡CON VOSOTROS VAMOS!

Misioneros que os vais...
No hay temor de olvido.
¿Adiós...? NO.
¡HASTA SIEMPRE, HERMANOS!

Fr. G. de C. y E.

A QUE ZONAS VAN Y A QUIENES TIENEN QUE EVANGELIZAR

MENSAJE: UNIVERSAL DE SALVACION, POR UN SENTIDO TRASCENDENTE DEL HOMBRE Y DE LA VIDA.

INICIATIVA: PARA ANUNCIAR EL EVANGELIO, EXTENDER LA IGLESIA Y ELEVAR LA DIGNIDAD HUMANA.

SERVICIO: TOTAL, INCONDICIONAL Y DESINTERESADO, AL PROJIMO MAS ABANDONADO Y DESCONOCIDO.

IMPULSO: VOLUNTAD, CONSTANCIA Y TESON, ANTE TODAS LAS DIFICULTADES DE LA VIDA.

OFRENDA: DE SU VIDA Y SU PERSONA, SIN ESPERAR RECOMPENSA ALGUNA HUMANA.

NEGACION: A LA COMODIDAD Y AL EGOISMO, EN HOMENAJE A UNA MAS ALTA IDEA DE SERVICIO.

ENTREGA: HACIENDOSE TODO PARA TODOS, A FIN DE GANARLES A TODOS PARA CRISTO.

RENUNCIA: AL «BIEN-ESTAR« DEL MUNDO, PORQUE ANHELA EL «BIEN-SER» DE ETERNIDAD.

OPTIMISMO: POR ENCIMA DE TODAS LAS CIRCUNSTANCIAS HUMANAS, PORQUE TIENE UNA SUPREMA ESPERANZA.

BAJO ORINOCO

INDIOS WARAOS

AMBIENTE GEOGRAFICO

EL LABERINTO DEL DELTA AMACURO Y EL ORINOCO «ABUELO DE RIOS»

El Delta propiamente dicho, o «desparramadero» del Orinoco, forma una especie de abanico de 18.000 km. de extensión-superficie, con una suave inclinación en dirección nordeste y un desnivel de 16,70 metros del vértice al litoral.

Es en este vértice —conocido con el nombre de «Boca-Grande»— donde el Orinoco adquiere una anchura de hasta 22 kilómetros. Y es aquí donde comienza a dividirse en multi-

tud de brazos para constituir un verdadero laberinto de ríos y de islas. Alguien ha calificado a esta zona como la «Micronesia venezolana», pues más que parte de un continente, semeja un apretado archipiélago de islas minúsculas que se hubieran corrido del mar hacia la costa.

«EL ABUELO DE RIOS»

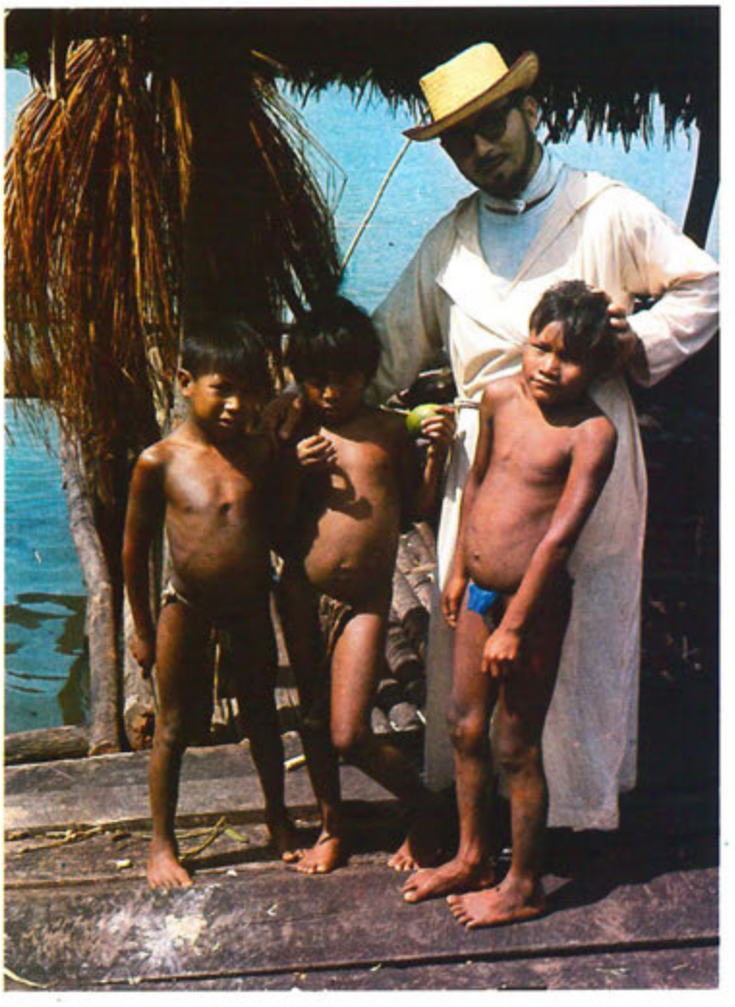
El Orinoco recorre un curso de 2.374 kilómetros, con una cuenca hidrográfica de más de un millón de kilómetros cuadrados. Desagua en el Atlántico por unas veinte bocas sobre una extensión de 278 kilómetros de costa, después de haber recogido el caudal de 2.436 ríos y riachuelos.

Colón descubrió sus bocas occidentales el 3 de agosto de 1498, en su tercer viaje. Pinzón y Ojeda recorrieron sus bocas al año siguiente, y Ordás fue el primero que lo remontó hasta 880 kilómetros río adentro.

En todo el Delta del Orinoco, propiamente dicho, no hay cerros ni colinas, ni montañas ni cordilleras. Ni por casualidad se encuentra una piedra rodada. A lo largo de los brazos se encuentra alguna veta de tierra alta, apta para la agricultura, cuya anchura varía de los cien a los mil metros. Pero de ahí para adentro, hacia el norte, no se encuentra tierra firme, sino terreno pantanoso, fango y más fango. Más exactamente: tierra cubierta de agua negra y corrompida, poblada de morichales, temichales y manglares. En cambio, cerca de las desembocaduras, todo el terreno es anegadizo por la subida del agua del mar con las mareas.

EL NOMBRE DEL RIO

Pinzón le denominó «Río Dulce». Los primeros exploradores, al ponerse en contacto con los indígenas, oyeron a los naturales denominarlo «Ibirinoco». Diego de Ordás, al remontarlo hasta el Meta en 1531, escuchó de labios de los indios «Tamanacos» que lo llamaban «Urinuco». Posteriormente los españoles adoptaron el término aborigen asimilándolo y convirtiéndolo en ORINOCO.



¿COMO SON LOS INDIOS WARAO?

PERSONAS. VIVIENDA. AMBIENTE

Los indios Warao son de raza cobriza. Tienen los ojos rasgados oblicuamente hacia la nariz; la frente pequeña, algo puntiaguda, cubierta, en la parte superior, de vello fino, y las orejas no muy grandes, aunque hay curiosas excepciones. La nariz corta y las ventanas nasales estrechas. Los dientes, por lo general y desde niños, podridos. El pelo castaño, tieso, duro, áspero y largo, pero no ondulado ni ensortijado, y la cara lampiña. Al llegar los hombres a la pubertad, les nace un vello fino y menudo, que se conserva en el mismo estado toda la vida en brazos, piernas, axilas y pubis. Las cejas y pestañas casi sin pelo.

Su estatura, por término medio, es regular, más bien baja. Las facciones son bien proporcionadas y agradables. Tienen el oído muy fino y una vista de lince. Las piernas un poco encorbadas, el vientre algo abultado, los pies grandes y anchos y los dedos desparramados.

Su voluntad es voluble y tornadiza, el entendimiento tardo y la memoria inculta. Son fáciles en olvidar y difíciles en aprender. Son aficionados al canto, a la música y pintura, para lo que demuestran buenas aptitudes.

VIVIENDA DE LOS WARAO

La casa del indio Warao no pasa de la condición de miserable rancho. No tiene paredes ni habitaciones, sin puertas ni ventanas ni división alguna. La fabrican siempre a la vera de los ríos, sobre pilotines de madera. En todo el armazón del rancho no se observan ni clavos, ni alambre ni soga. Sostienen todo el maderamen amarrándolo con bejucos o lianas. Para evitar las inundaciones lo elevan sobre el nivel de la subida de las aguas en el río. No hay distinción alguna entre los ranchos de los Caciques y de los indios ordinarios. No tienen adornos de ninguna especie ni muebles de ninguna clase. En el mismo rancho comen, duermen, bailan —excepto bailes rituales— juegan y se divierten. Un Misionero ha manifestado que en un rancho donde le tocó pasar la noche, era también cementerio, y sobre una sepultura tuvo que celebrar la Misa al día siguiente.

POBLADOS O RANCHERIAS

Cada ranchería consta, por lo general, de cinco a doce, o en caso excepcional veinte, familias. Siempre se considera ranchería principal, aunque no es la más numerosa, aquella en que vivé el «gobenajoro» o cacique, que suele ser el patriarca de la tribu.

Aunque los indios vivan en rancho común, cada familia tiene su fogón aparte con su respectiva despensa. Hay algunos alimentos que se reparten en común, como caza, pesca y gusanos.

MEDIOS DE SUBSISTENCIA

Los alimentos de que se proveían los indios Warao en su sistema ancestral, se los proporcionaban estas tres plazas de abastos: el río, el morichal y la selva. A la caza no le daban tanta importancia. El río les proporciona pesca buena y abundante, y entre los pescados merece especial mención el famoso morocoto. Sobre los sistemas que usan para pescar se hablará en la publicación a ellos especialmente destinada.

El morichal, según un Misionero que los conoció a la perfección, afirma que es «su centro, su fin y su cielo». De ella sacan harina para su pan, licor para su bebida, postre en sus frutas, plato exquisito en sus gusanos, techo para sus chozas, madera para sus curiaras... etc. Para ellos si es la palma de moriche el «árbol de la vida».

En el monte o en la selva completan sus dietas alimenticias hasta donde les es posible. Allí encuentran frutas silvestres, colmenas, retoños y cogollos de árboles, pájaros, animales de caza, y otra serie de elementos que cuando la necesidad obliga sólo ellos saben buscar y encontrar con una destreza francamente asombrosa.

En la selva talan algunos espacios para hacer su siembra como recurso de una agricultura rudimentaria: yuca, ocumo, plátano, y maíz en las zonas altas que no se inundan.

Todos estos elementos de agricultura y los instrumentos rudimentarios que tenían, serían ampliados y perfecionados por los Misioneros.

GRAN SABANA

INDIOS PEMON

CARACTERISTICAS OROGRAFICAS DE LA GRAN SABANA

Las características más notables de esta región son las abundantes mesetas y cuestas de bordes escarpados, que le dan una fuerte impresión de relieve tabular. Por tal circunstancia, los cursos de agua tienen frecuentes caídas en su trayecto, formando en algunas partes estrechos y profundos cañones de pendientes abruptas, y en otras, amplios valles casi planos, con numerosos meandros que presentan un contraste acentuado en el relieve general de la región.

En las cumbres de las mesetas se observan alturas de 2.400 y 2.800 metros sobre el nivel del mar. De estas cumbres se desciende por escalones o altiplanicies entre 1.200 y 1.500 metros de altura, hasta las llanuras entre los 450 y 800 metros sobre el nivel del mar.

Por su magnitud y desarrollo, el conjunto de formas topográficas arriba descritas es de una imponencia tal que solamente tendría paralelo, aunque con otras formas, en la región de los Andes. Meros detalles topográficos confundidos en la pintoresca variedad del paisaje sería de gran prominencia en cualquier otra región del país, mientras que las cascadas, macizos y acantilados de ésta difícilmente podrían ser rivalizados en cualquier otra parte del mundo.

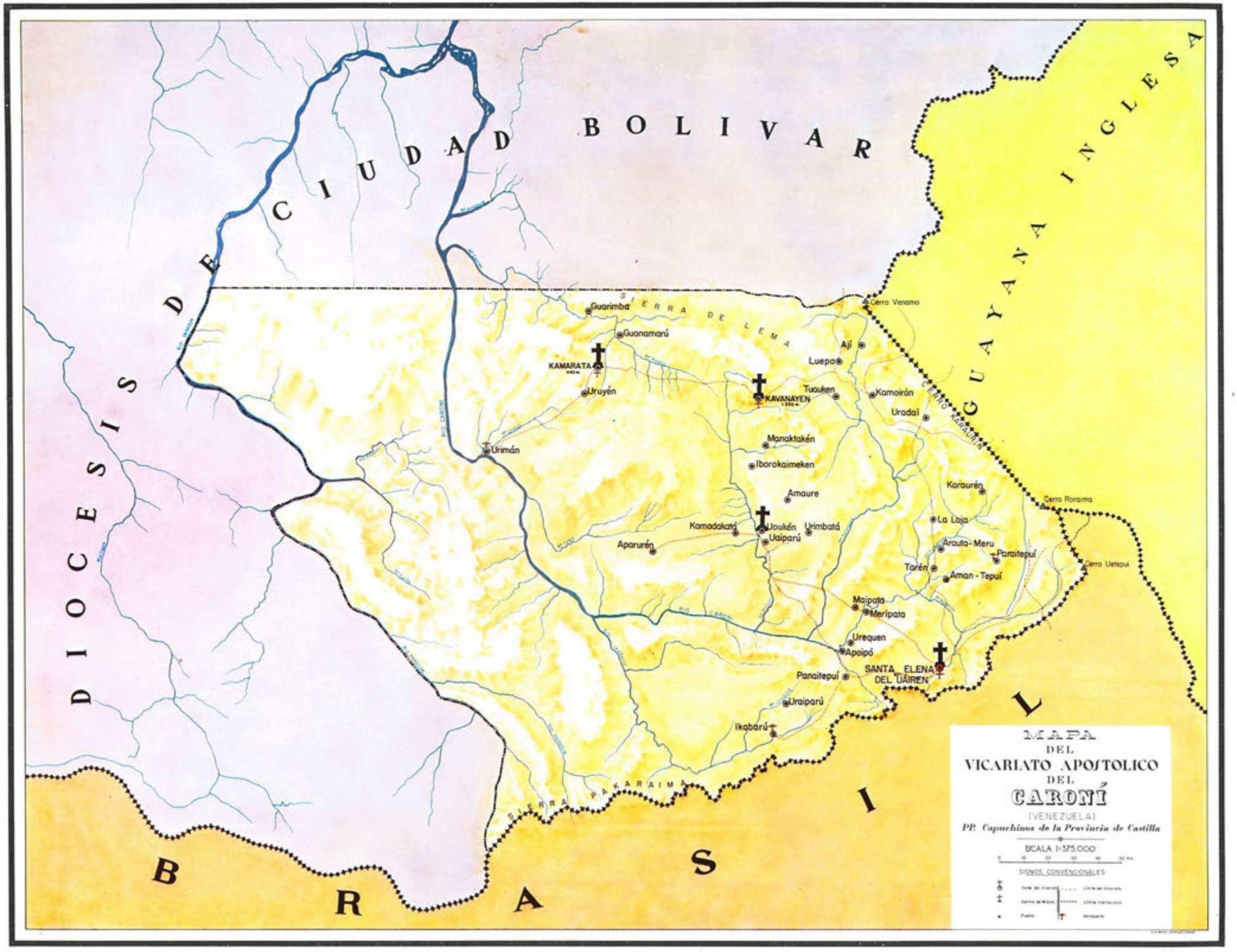
«REVISTA DE FOMENTO».

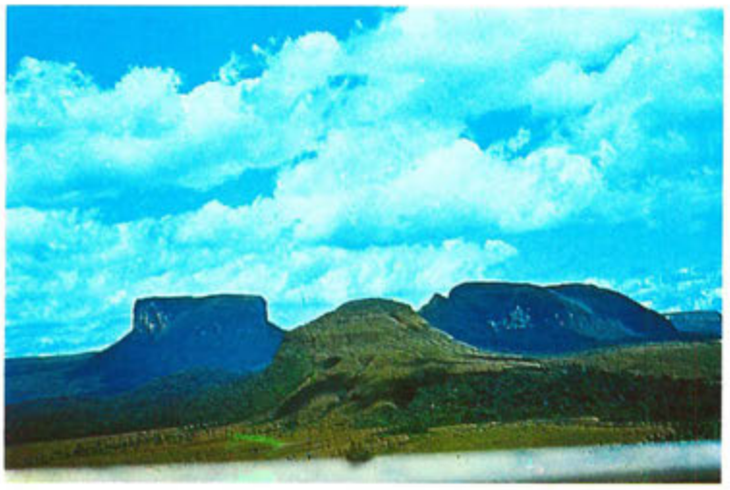
Caracas. Diciembre de 1939.

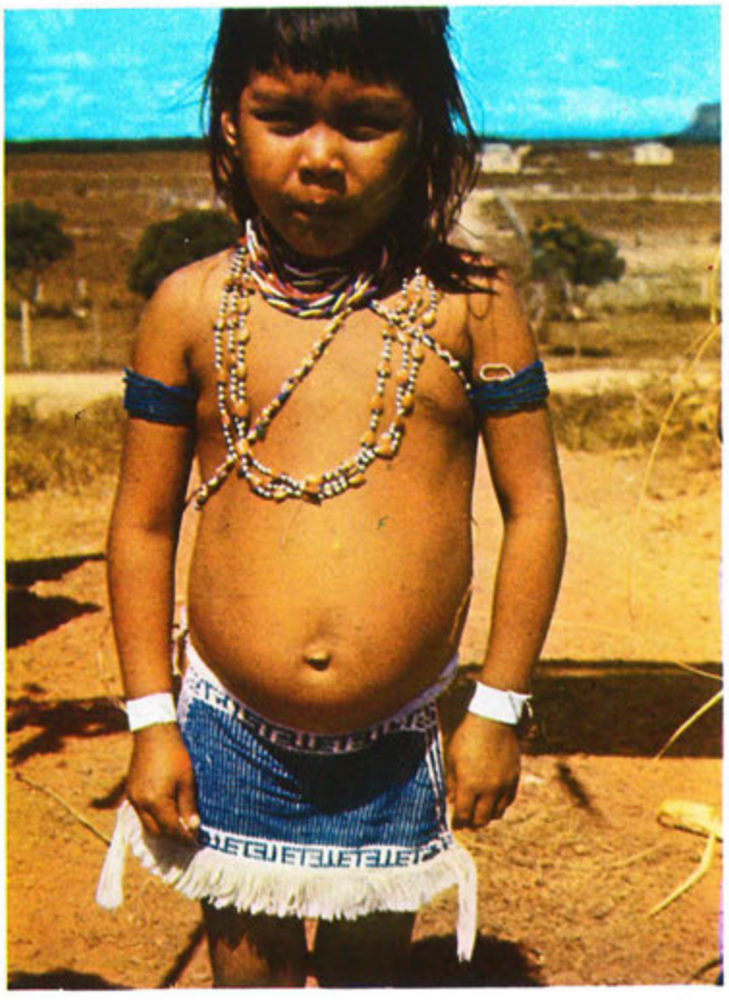
INDIGENAS DE LA GRAN SABANA

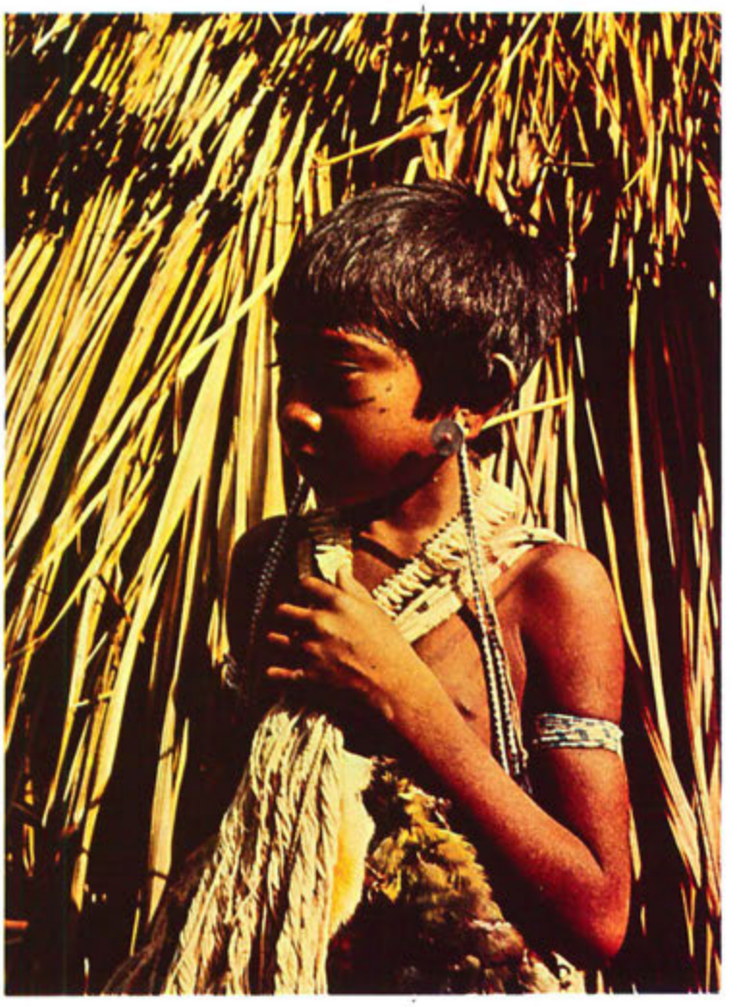
De estos indígenas escribió Koch-Grünberg: «Los Taurepanes y Arekunas son los más hermosos de los indios que yo he visto». El P. Baltasar de Matallana nos hace esta descripción de ellos: en ellos se encuentran los caracteres de la raza sudamericana, particularmente en color, ojos y cabello. Son, por lo general, de formas bastante llenas, especialmente las mujeres, y de estatura regular.

Son tímidos y cobardes en su trato, pero tan pronto como han cobrado algo de confianza son afables y hasta se muestran simpáticos y familiares. No son torpes de inteligencia, pues en la conversación se les ve cierta agudeza e ima-


DIOCESIS DE CIUDAD BOLIVAR
GUAYANA INGLESA
BRASIL
SIERRA DE LEMA
SIERRA PAKARAIMA
Guarimba
Guanamarú
KAMARATA
Uruyén
Urimán
KAVANAYEN
Tuauken
Luepa
Ají
Kamoirán
Uradal
Cerro Venamo
CERRO KARAUTARÚ
Manaktakén
Iborokaimeken
Amaure
Karaurén
Cerro Roraima
La Loja
Kamadakatá
Joukén
Uaiparú
Urimbatá
Aparurén
Arauta-Meru
Paraitepui
Cerro Uetepui
Tarén
Aman-Tepui
Maipata
Meripata
Urequen
Apoipó
SANTA ELENA DEL UAIREN
Panaitepui
Uraiparú
Ikabarú
MAPA
DEL
VICARIATO APOSTOLICO
DEL
CARONÍ
(VENEZUELA)
PP. Capuchinos de la Provincia de Castilla
ESCALA 1:375.000
SIGNOS CONVENCIONALES







ginación para las comparaciones, expresiones poéticas y chistes.

Les gusta la vida nómada y viajera, aunque tenga un punto como residencia más o menos fija. Suelen pasarse hasta meses enteros fuera de esta residencia, bien sea por causa de viaje o por motivo de caza y pesca.

TRABAJO. INDUMENTARIA. ADORNOS

El nivel de vida de estos indios es miserable. No tienen más que algunas reducidas haciendas o conucos, en los que plantan yuca, bananos, batata y algo de caña de azúcar. En la industria textil estos indios son verdaderos artistas, pudiendo afirmar que bordan tejiendo.

En un principio sólo usaban como vestido el guayuco —el vulgar «taparrabos»—, tanto los hombres como las mujeres. Ordinariamente andan descalzos, usando para los terrenos pedregosos unas sandalias rudimentarias de corteza de palma.

Se adornan profusamente el rostro y diversas partes del cuerpo con pinturas vegetales, y hasta se tatúan la cara, brazos y piernas. Para sus bailes típicos además del faldellín de hojas de palma de moriche, usan coronas, pinturas, brazaletes, ajorcas..., etc. Algunos se perforan los lóbulos de las orejas, introduciendo pendientes o palos hasta de veinte centímetros de largo, rematados en la punta con pequeñas plumas de colores. Su vivienda ancestral es la MALOCA, cuyo mundo describe maravillosamente el P. Cesáreo de Armellada.

LA MALOCA

VIVIENDA-CASA DE LOS INDIOS PEMON

«La «Maloca» es un microcosmos. Circular en su base de palos y barro, con su rasgadura hacia el Oriente, yérguese sobre cualquiera colina o montículo, cual si fuera un observatorio.

Cónica en su techumbre de paja o de palma, parece un receptor de todas las vibraciones del cosmos que la rodea y envuelve. Guarda la «Maloca» en su interior, los budares traídos de los cerros, las ollas de barro arrancado a las lagunas, casi todo el reino vegetal, desde las raíces hasta las hojas, transportado en los guayares pemones.

El reino animal, domesticado por el cariño de la mujer, que alegra los crepúsculos y amaneceres de cada día, aparece a nuestros ojos como una nueva «Arca de Noé», flotando en medio de la creación de este «paraíso» ignorado como un rústico templo levantado por la madre naturaleza.»

P. CESAREO DE ARMELLADA

TRATO DE NEGOCIOS ENTRE INDIOS PEMON

«Unas veces se sientan sobre los calcañares, se arriman a un árbol o a una piedra, y sin fijar nunca la vista en el interlocutor, o incluso poniéndose de espaldas, comienza el trato.

El que propone el negocio habla largo y rápido, y el que escucha contesta con monosílabos: «sí», «está bien».

Siguen algunas explicaciones de una y otra parte, hasta aceptar o rechazar la proposición. Ninguno se altera lo más mínimo: ni en la voz, ni en el rostro, ni en la mirada. Es absolutamente imposible conocer, por las señales externas, si han quedado disgustados o satisfechos.»

P. NICOLAS DE CARMENES

¿QUE ERA LA GRAN SABANA HASTA LA LLEGADA DE LOS MISIONEROS?

«Hasta el año 1931, ¿qué se sabía de aquella región —la más suroriental del Estado Bolívar—, y de los habitantes humanos que en ella moraban...?

Apenas teníamos los datos generales del Roroima y demás serranías, suministrados, casi todos, por exploradores extranjeros.

Los mapas decían que allí moraban los Arinagotos, Barinagotos, Cachirigotos, e infinidad de otros «gotos» o «kotos» (habitante) cuyos nombres se colocaban al desgaire, es decir, donde cayeran.

De estos habitantes se decía que eran unos idiotas, que poseían un dialecto reducidísimo, que hablaban casi sólo por señas, y que era una raza indigna de subsistir y de que nos esforzáramos por atraerlos a nuestra civilización.»

ELIAS TORO.
«Por las selvas de Guayana»

INDIOS YUCPA

«ALBORADA EN LA SIERRA»

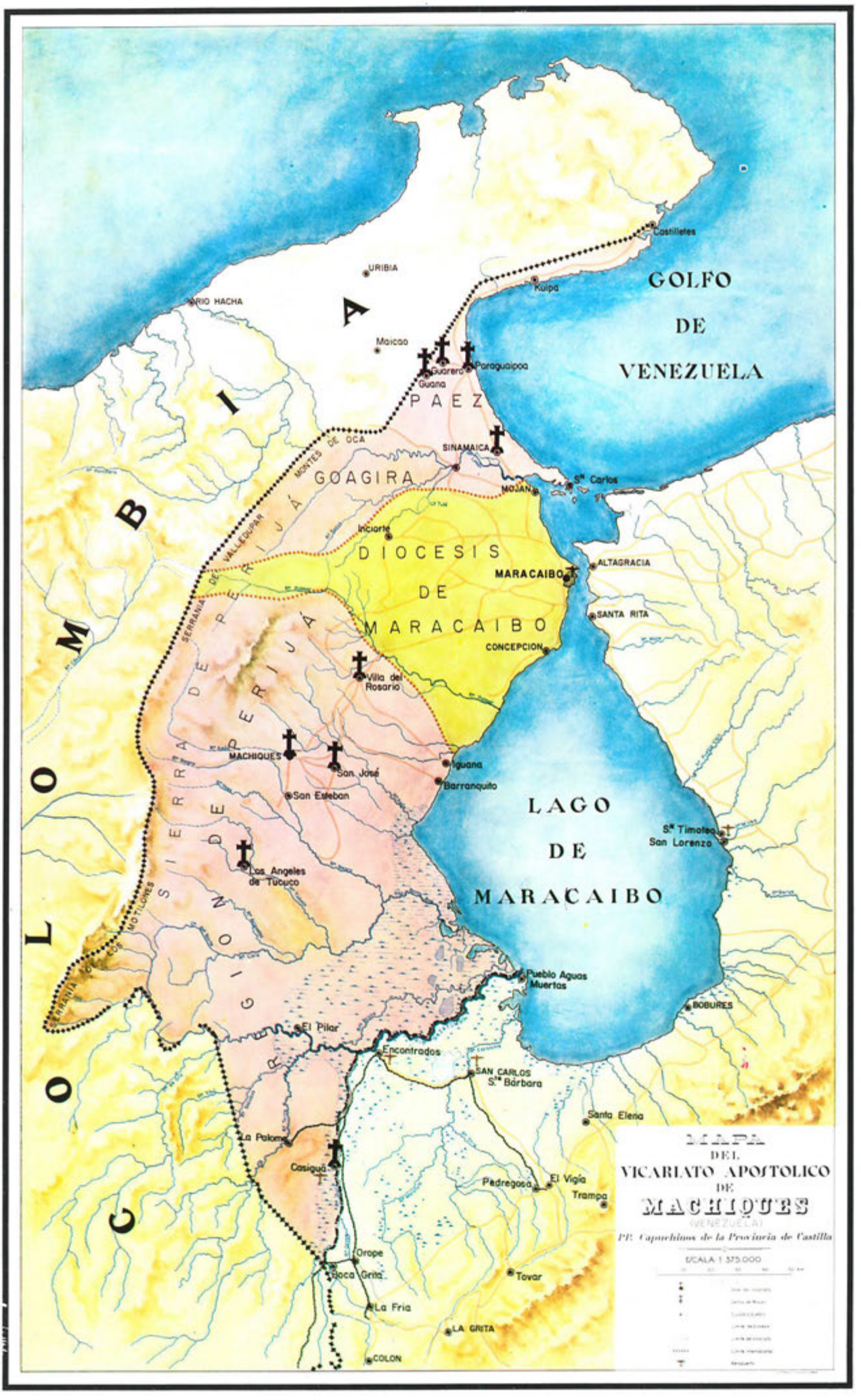
«...Visitamos a los indios en sus viviendas, tomamos notas geográficas, etnológicas y lingüísticas. Les regalamos sal, herramientas, vestidos y adornos... Y como remate final, logramos traer, a la Capital del Lago, cuarenta indígenas.»

P. CESAREO DE ARMELLADA

No cabe relatar, en breves páginas, las peripecias de esta excursión, en la que gastamos catorce días. El terreno era sumamente fragoso, y las subidas y bajadas, casi del todo verticales. En la mayor parte del camino —si así pueden llamarse aquellos senderos casi imperceptibles—, toda clase de calzado es un estorbo, casi como un patín que nos hacía dar caídas y resbalones sin cuento. Nada de altiplanicies. Aquello es una verdadera trama de canales y dientes de sierra.

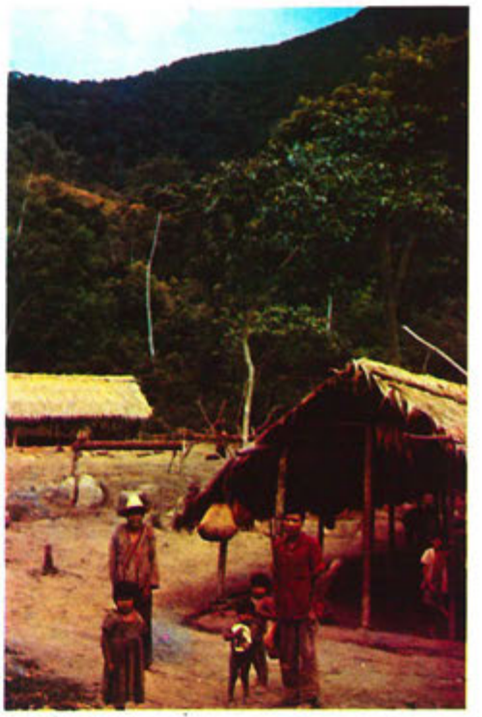
Hubo ríos que vadeamos más de cincuenta veces. Muchos kilómetros los hicimos por el mismo cauce de los ríos y brincando de piedra en piedra. Las subidas, que las hubo hasta los 1.720 metros, nos fatigaban grandemente; pero las bajadas nos hacían temblar mucho más las piernas. Muchas veces lamentamos no tener rabo para agarrarnos a los arbustos como los monos.

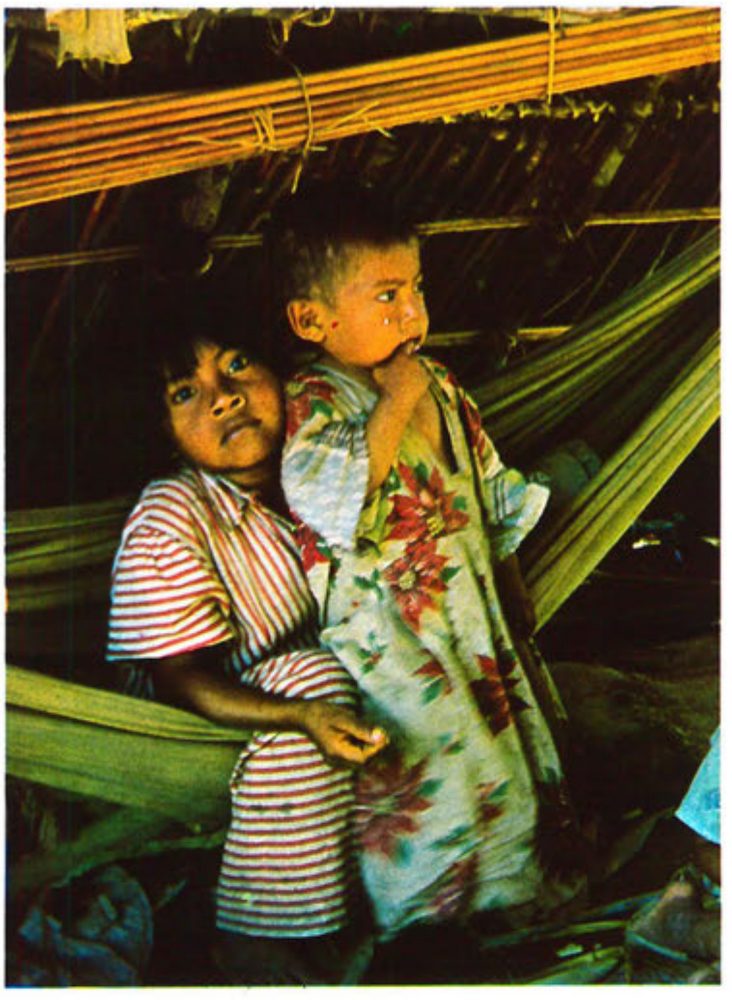
Los indios viven en una miseria espiritual y material nunca imaginada por mí, a pesar de haber visitado otras varias tribus en Brasil, Guayana Inglesa y sureste de Venezuela. Las míseras cabañas, casi siempre de una sola agua. Su durmienda, sobre pobres esterillas o sobre hojarasca. Su comida, casi exclusiva de bananos y tubérculos asados directamente sobre las brasas. Su apetito preferente por los caracoles. Su salud, afectada generalmente por el bofio, el raquitismo y el carate, del que apenas hay alguno libre.

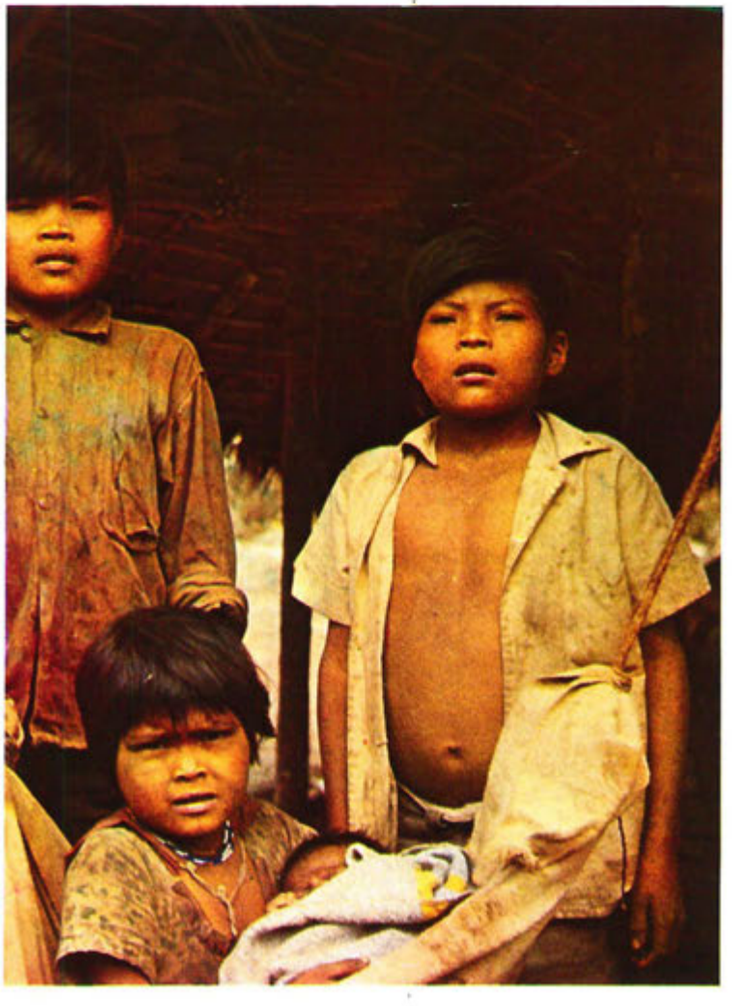

COLOMBIA
VENEZUELA
GOLFO DE VENEZUELA
LAGO DE MARACAIBO
Castilletes
URIBIA
Kuipa
RIO HACHA
Maicao
Guarero
Paraguaipoa
Guana
PAEZ
SINAMAICA
Sn Carlos
MOJAN
GOAGIRA
MONTES DE OCA
SERRANIA DE VALLEDUPAR
SIERRA DE PERIJÁ
Inciarte
DIOCESIS DE MARACAIBO
MARACAIBO
ALTAGRACIA
SANTA RITA
CONCEPCION
Villa del Rosario
MACHIQUES
San José
San Esteban
Iguana
Barranquito
Sn Timoteo
San Lorenzo
Los Angeles de Tucuco
SIERRA DE PERIJÁ
SERRANIA DE LOS MOTILONES
Pueblo Aguas Muertas
BOBURES
El Pilar
Encontrados
SAN CARLOS
Sn Bárbara
Santa Elena
La Paloma
Casiquá
Pedregosa
El Vigia
Trampa
Orope
Boca Grita
Tovar
La Fria
LA GRITA
COLON
MAPA
DEL
VICARIATO APOSTOLICO
DE
MACHIQUES
(VENEZUELA)
PP. Capuchinos de la Provincia de Castilla
ESCALA 1:375.000

Toda la respuesta que se obtiene al indagar el nombre de estos indios, es ésta: «AMO YUCPA» (YO SOY YUCPA).

La prensa de Maracaibo llamó a la excursión «Alborada en la Sierra», y desde el Presidente al último limpiabotas, clamaban por el pronto establecimiento de las Misiones Capuchinas que, en un futuro cercano, se asentarán como centro de irradiaciones del progreso sierra adentro...



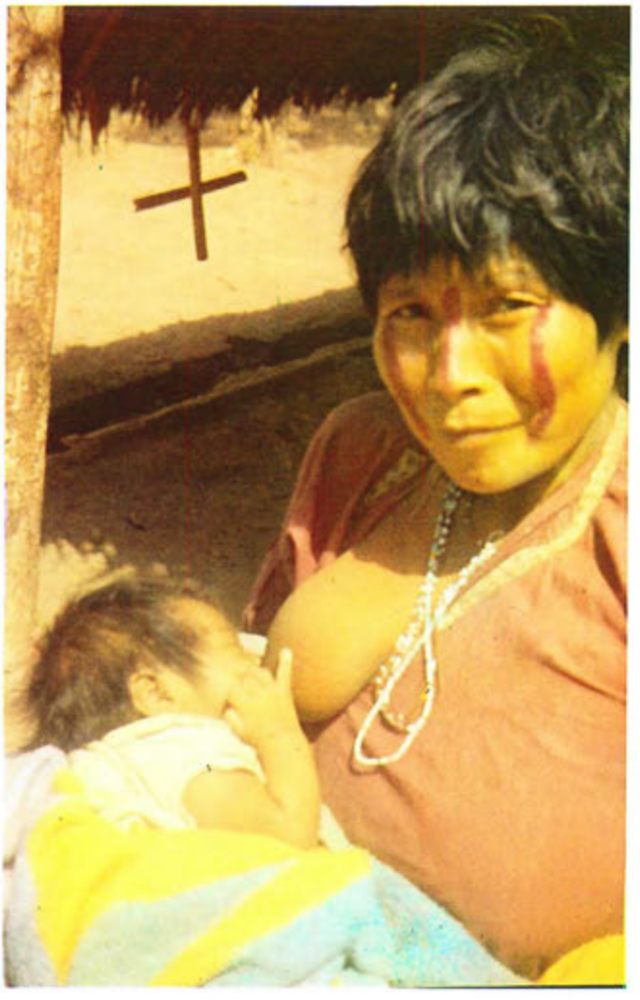




Nosotros también suspiramos porque muy pronto se dé este último y definitivo paso hacia la redención de los indígenas de Perijá, esclavos de la ignorancia y de la miseria.

FR. CESAREO DE ARMELLADA

Maracaibo, 14 de julio de 1943.



MURIO UN GRAN CACIQUE DE LOS YUCPA

Con más de 90 años de edad y 171 descendientes.
Amigo de los Misioneros.
Cada día a su labranza.
Se consideraba el Bolívar de Perijá.
Era una biblioteca ambulante.

El día 26 de junio de 1972, a la edad de más de noventa años se nos fue Cipriano. Su vida fue un compendio existencial del Antiguo y del Nuevo Testamento. Su figura rememora plenamente las figuras bíblicas de los patriarcas. Varón sereno y prudente, fuerte y comprensivo, paternal y exigente, mantuvo entre sus ideales la implantación de la justicia y del orden. De él ha nacido un pueblo. Todos los macoítas lo recordarán siempre como su más relevante cacique y SIRAPTA lo venerará como a su fundador.

Nació en Manastara, en una ranchería del río *Atapsi* (Río Negro). Durante una de las luchas tribales a que eran muy dados los yucpas, le mataron a su padre Calixto (Karetru). Pequeño aún, fue recogido por una familia de la Villa del Rosario, en la casa del señor Coriolano Romero. Muy joven, se volvió a los suyos de la sierra, para imponer entre ellos el orden y la paz. Le gustaba llamarse el segundo Bolívar.

Fueron sus mujeres: Constanza, María, Inés, otra María, Chiquinquirá y Alicia. De ellas le nacieron 30 hijos, de los cuales viven 19. Al tiempo de morir, tenía Cipriano 97 nietos, vivos 73; y 44 bisnietos, de los que viven 37. En total, hasta el momento de su muerte, tenía 171 descendientes, de los cuales 129 están vivos. El mayor de sus bisnietos tiene ya doce años.

Grandes fueron sus deseos de que los misioneros se estableciesen en Sirapta. De ellos esperaba la evangelización y el progreso. Después de la Misa de Navidad, que se celebraba por primera vez en 1970 en Sirapta, Cipriano, emocionado, como muestra de su agradecimiento, me regaló todas sus insignias de cacique. Sintió también una gran alegría al ver definitivamente reinstalado el acueducto. Tuvo la inmensa satisfacción de habitar la primera casa de cemento que se ha construido en Sirapta.

El último año de su vida, me pidió que le pusiera en regla, según las normas de la Iglesia, su matrimonio. Se casó canónicamente con la mujer de quien tuvo el último de sus hijos: Alicia. El 1 de enero recibía el sacramento de la confirmación y el 2 quedó santificado su hogar por el sacramento del matrimonio, recibiendo ambos esposos la primera Comunión.

Siempre fue diligentísimo en el trabajo. Era lo normal verlo salir muy de madrugada a su conuco. Los últimos meses de su vida, quebrantado por el peso de los años y por la fractura de un brazo del que nunca quedó del todo bien, tuvo que desistir, a la fuerza, de su tarea diaria. Comenzó en seguida a desmejorar sensiblemente, hasta que todos pudimos vislumbrar la cercanía del final de su vida.

El 9 de junio, Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, dije la misa en su casa. Se concentró todo el pueblo para orar por Cipriano. Durante la misa, le administré el Sacramento de la Unción de los Enfermos y le di el Viático de la comunión bajo las dos especies. Un grupo numeroso le acompañó en la comunión. Cipriano manifestó su gozo y su confianza en el Señor y dio los últimos consejos a sus hijos, nietos y bisnietos. Todos nos sentimos conmovidos. Al domingo siguiente, celebrada la Misa en la capilla, al final, llevamos en procesión al Señor Sacramentado,

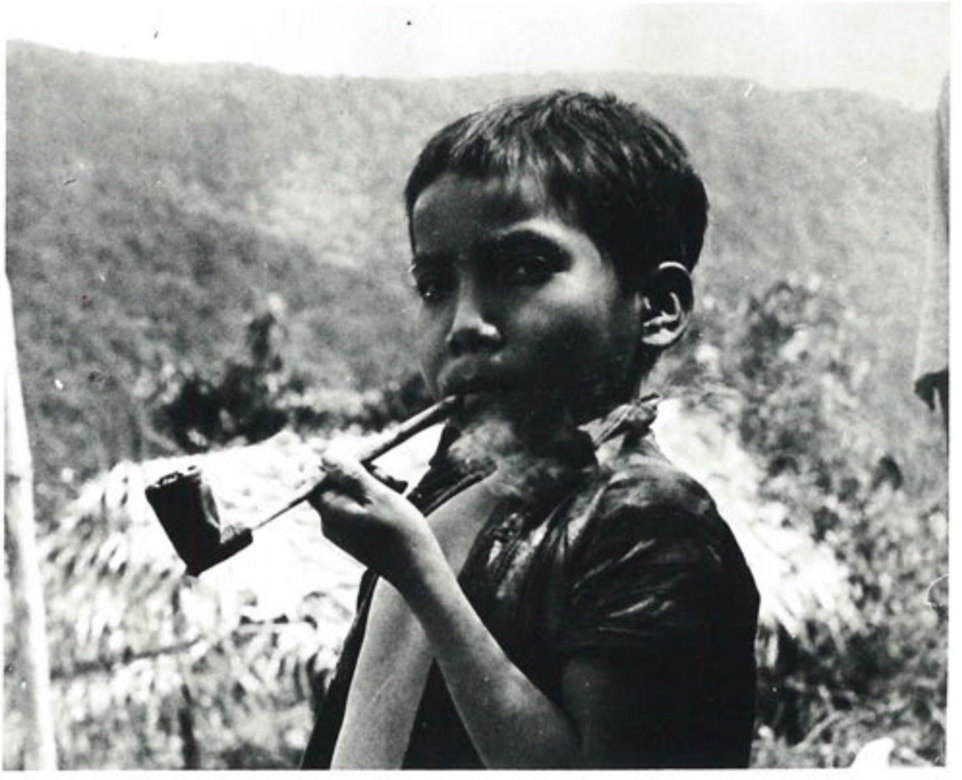
para entregarlo en comunión a Cipriano, pidiéndole que le prolongara algún tiempo la vida para nuestro consuelo y el suyo. Sus hijos, empeñados en salvarle la vida, lo trasladaron a Machiques. Esto sirvió para precipitar su deceso.

Inmediatamente fue trasladado el cadáver a Sirapta. El anuncio de su muerte se hizo por toda la sierra con las señales acostumbradas. Inmediatamente todos quedaron enterados, como avisados por teléfono, que Cipriano había muerto. Sus descendientes y sus amigos acudieron apresuradamente. El entierro resultó impresionante. Era el primer adulto de Sirapta, que recibía sepultura eclesiástica. La misa se tuvo de cuerpo presente y todos lo acompañamos al cementerio, para depositar allí sus restos mortales y recitar por su alma una oración.

Su sepultura será un monumento de recuerdo imperecedero para todos y una continua lección para sus 129 descendientes. Para mí, se me fue un buen amigo y mi mejor maestro, perdiendo con él una biblioteca ambulante para el estudio y conocimiento de la mentalidad y cultura de esta gente. Conseguí de él hacer varias grabaciones, pero me decía: «Aún quedan muchas cosas». Todas se fueron con él. Poco a poco iré estudiando sus lecciones, para irlas comunicando a mis lectores y perpetuar la memoria de Cipriano, que bien se lo merece.

FR. ADOLFO DE VILLAMAÑAN,
Misionero Capuchino.

Niño yucpa fumando su clásica pipa.



LA GUAJIRA VENEZOLANA

SITUACION GEOGRAFICA

La Península de la Guajira está situada en la parte norte-occidental de la República de Venezuela. Limita al Norte y al Oeste con Colombia, al Sur con el Distrito Mara, sirviendo de línea el cauce del río Limón. En el Este tiene por límite el golfo de Venezuela.

La extensión geográfica, según los cálculos más aproximados, es de unos tres mil ochocientos kilómetros cuadrados.

La Guajira admite la división de tres zonas perfectamente diferenciadas: la de los bosques, la predesértica y la desértica.

Parte de las tierras de la Baja Guajira, en las inmediaciones de la laguna de Sinamaica y las márgenes del río

Limón, son las más fértiles, donde los indios y criollos tienen sus plantaciones de caña de azúcar, pequeñas parcelas de plátanos y yuca, y grandes plantaciones de cocoteros.

La Alta Guajira es la parte predesértica, y algunas zonas son verdaderos desiertos. Está cubierta de cardones y cujíes. Es una zona misérrima en cuanto a la agricultura. Las posibilidades de vida están supeditadas a la cría de ganado: chivos, mesnadas de ganado vacuno, asnal y caballar.

EL GRAN PROBLEMA DE LA GUAJIRA: EL AGUA

El aprovisionamiento de agua potable, sea dulce o salobre (a veces solamente los animales la toleran), hay en la Guajira numerosas «CACIMBAS», «YAGUEYES», lagunas y ciénagas.

El agua de estas ciénagas es salada en verano, que les entra por el río Limón desde el mar y por la laguna de Sinamaica, de suerte que sólo la pueden aprovechar para pescar y la navegación. Otras ciénagas y pozas en el interior, se secan la mayor parte de ellas en verano.

El desequilibrio atmosférico de esta zona es origen de verdaderos problemas para los habitantes y para el ganado. En el verano la velocidad del viento es muy fuerte, levantando grandes nubes de arena, molestísima para viajeros y animales, llegando a cubrir extensas zonas de una capa de arena que penetra por todas partes, invadiendo incluso las habitaciones cerradas.

En invierno, que disminuye la brisa, es cuando en la Guajira se siente el calor sofocante, cuyas consecuencias las sufren también los habitantes y los animales. Los molinos de viento no sacan agua, se secan las cacimbas y las jaguyes... Los animales que están acostumbrados a beber en el mismo sitio, allí se pasan días y días esperando el agua, con el riesgo de morir muchos de sed.

GEOGRAFIA HUMANA DE LA GUAJIRA

Las tribus que pueban esta zona son los GUAJIROS y los PARAUJANOS. Según el doctor J. Wilbert, pertenecen al grupo Arawuak, de acuerdo con su filiación lingüística. Los Guajiros radicados en Venezuela suman unos trece mil, y los Paraujanos unos mil.

La cultura de los Guajiros y Paraujanos es marginal, en contraposición a la cultura de los Arawuak, que es «cultura tipo Selva Tropical». Hoy los Guajiros han adoptado la ganadería. Eso disimula su cultura original. Pero se sospecha que tuvieron una cultura original muy pobre.

La economía de los Paraujanos se reduce, aún hoy, a la pesca y a la recolección de algunas frutas silvestres.

RANCHOS Y VIVIENDAS

El rancho de los indios guajiros está construido, generalmente, en forma cuadrangular, con dos vertientes de agua. Estas viviendas son pobres casas de campesinos, cuya ocupación favorita es el pastoreo de ganados.

Según la categoría social de estos indios, así son también sus ranchos: ricos, medianos y pobres.

Los guajiros ricos tienen ranchos con piso de cemento, paredes de bahareque y techo de palma real o de «enea». La «enea» es una especie de junco fuerte, alto, aplastado, grueso y consistente, parecido a la espadaña que, bien doblada sobre el armazón de madera, resulta muy buena para tejados. Pero tiene la desventaja de ser guarida de alacranes, arañas y otras sabandijas.

El rancho del guajiro de clase media es, en todo, como el anterior, excepto el piso, que es de tierra o arcilla apisonada.

Los indios pobres viven bajo un armazón de horcones de madera, abiertos, sin ninguna habitación y sin ninguna cerca en su contorno. Los techos son más miserables todavía: una cubierta de tablillas del tronco de los cardones que abundan en la Guajira. Cortan con el machete o el hacha los cardones verdes para que puedan trabajarlos mejor, les quitan las largas y punzantes espinas, los descortezan y dividen en tablillas delgadas y estrechas, y con ellas recubren sus cabañas.

Los que habitan en las costas del golfo de Maracaibo y en las partes más secas de la Guajira donde existen grandes «médanos» que el viento lleva de un lado a otro continuamente, construyen sus chozas sobre estacas de madera, para preservarse del polvo y de la arena que les causa continuas enfermedades de los ojos.

Finalmente, los Paraujanos que viven en la laguna de Sinamaica, en las márgenes del río Limón y en las orillas del gran «Eneal», fabrican sus ranchos sobre pilotes de madera, estilo palafítico, para preservarse de las inundaciones durante el invierno, formando así poblaciones lacustres.

VESTIDOS DE LOS GUAJIROS

Por su estilo original, y algunos por su vistosidad, vamos a distinguir tres categorías en el vestido de los guajiros: el de las indias, el de los indios ricos y el de los indios pobres.

LA BONITA «MANTA» DE LAS GUAJIRAS

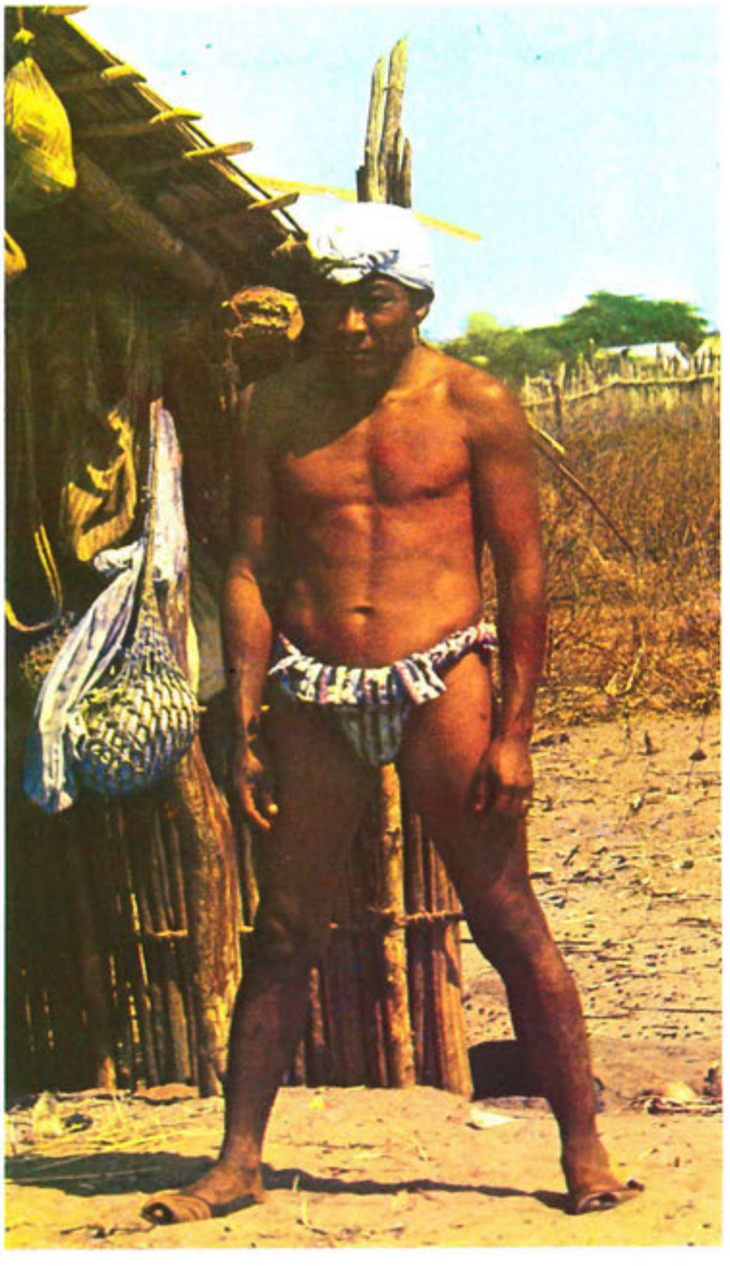
La «manta» de la india guajira es un camisón amplio, anchísimo, que llega a arrastrar por el suelo, de mangas largas hasta la punta de los dedos, adornado con ribetes al cuello, en la cintura y en el ruedo.

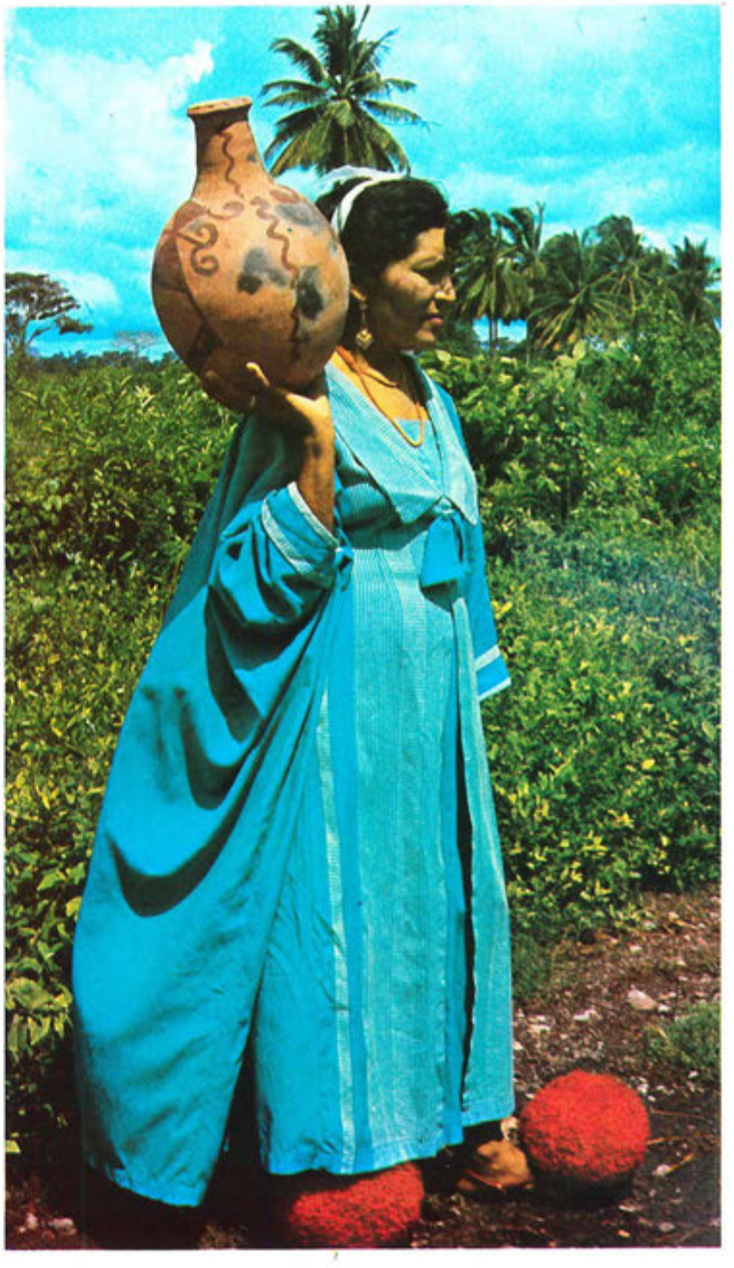
Para la verdadera guajira, la que lleva en la sangre el orgullo de su raza y de su pueblo, no hay nada más simbólico y elocuente que su vestido: su «manta» o túnica larga y ampulosa, de vistosos colores y llamativos adornos en el pecho y en la espalda, de mangas cortas o largas.

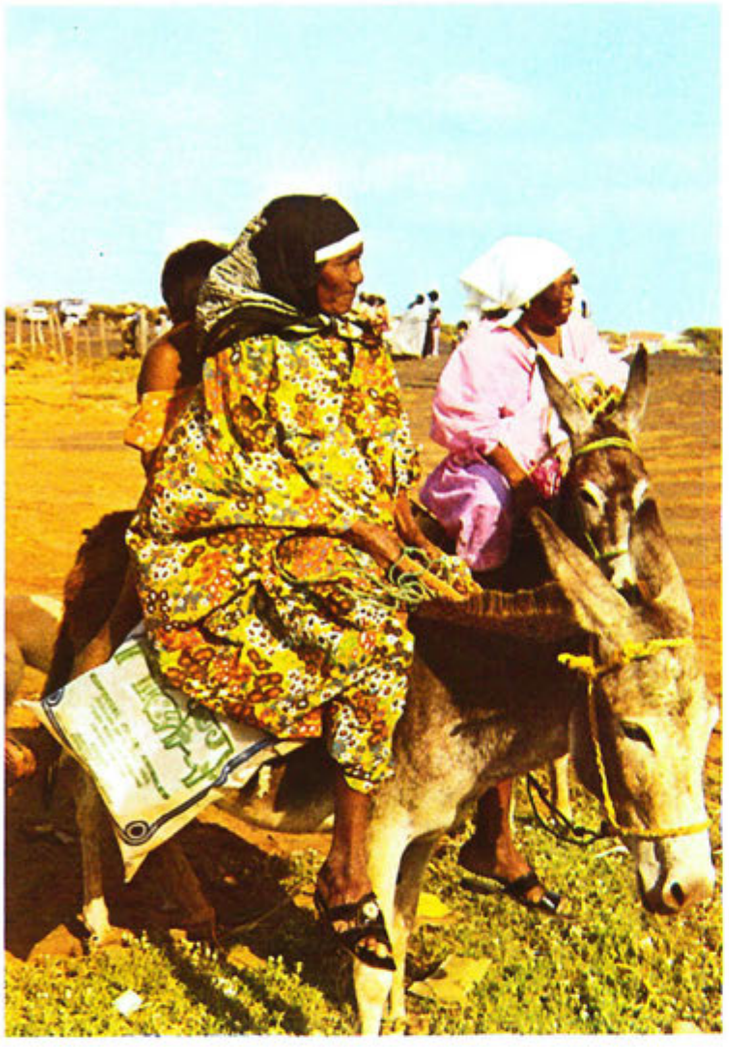
La «manta» guajira, a pesar de su línea única de corte, ofrece una rica variedad de formas y diseños, generalmente confeccionadas en telas estampadas, de colores vivos y llamativos.

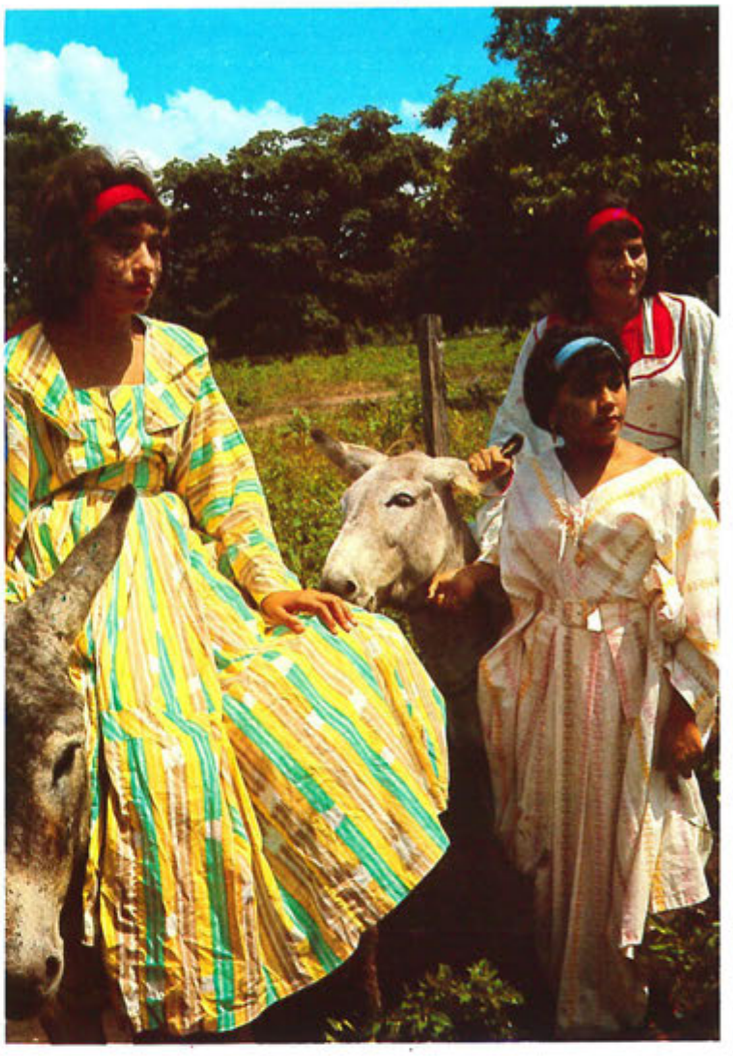
Complemento de la «manta» es el pañuelo, también de vivos colores, que la india lleva echado hacia atrás y anudado a la cabeza.

El calzado se limita a las «cotizas» o sandalias que fabrican de cuero curtido y que sujetan al pie con unas correas de piel fina o cordones de lana. Como adorno, las sandalias llevan unos borlones de algodón, que varían en colores y tamaños, según el rango social de la india que las lleva.









VESTIDOS DE LOS HOMBRES

El *indio rico* usa camiseta, camisa, chaqueta, corbata, cotizas, sombrero y la clásica «manta» de los hombres, que va de la cintura a las rodillas.

El *indio pobre* viste solamente una camiseta o blusa y un «guayuco» de tela blanca, sumamente pequeño que, a veces, suplen por una bolsa de algodón tejida por ellos mismos.

MURIO EL CACIQUE «EPIAYU» RAMONCITO RAMIREZ A LOS 104 AÑOS DE EDAD

«MARACAIBO. Junio, 26.
En la población guajira venezolana de MAJAYUPANA falleció esta mañana, después de penosa enfermedad, el cacique «Epiayú» RAMONCITO RAMIREZ, quien cumplió el mes pasado los 104 años de edad. A su muerte, este cacique deja CIENTO TRES HIJOS, TRESCIENTOS CINCUENTA Y SIETE NIETOS, y alrededor de OCHOCIENTOS SOBRINOS. Era considerado como uno de los caciques más poderosos y ricos de toda la Guajira.»

«Ramoncito Ramírez, según información suministrada por el guajiro Julio González —«El Chino» Julio—, fue junto con el aún vivo cacique Bartolo Jusayú, cuñado suyo, de los caciques que hace pocas decenas de años se encargaron de suministrar braceros guajiros a las ricas haciendas del Distrito Urdaneta y del Distrito Mara, obteniendo a cambio jugosas entradas que le convirtieron en el hombre más rico y poderoso de la Guajira.

Para los funerales del cacique «Epiayú» ha comenzado a salir de Maracaibo una numerosa cantidad de personas relacionadas en una u otra forma con él. Su fortuna personal, gran parte de la cual será gastada en los velorios y lloros, está calculada en más de un millón y medio de bolívares».

(Del periódico «El Universal», Caracas, del 27 de junio de 1954.)

EL MUNDO MISTERIOSO DE LOS INDIOS MOTILONES (1)

El Padre Misionero muestra el periódico con las primeras noticias de la entrada en la tribu de los motilones.

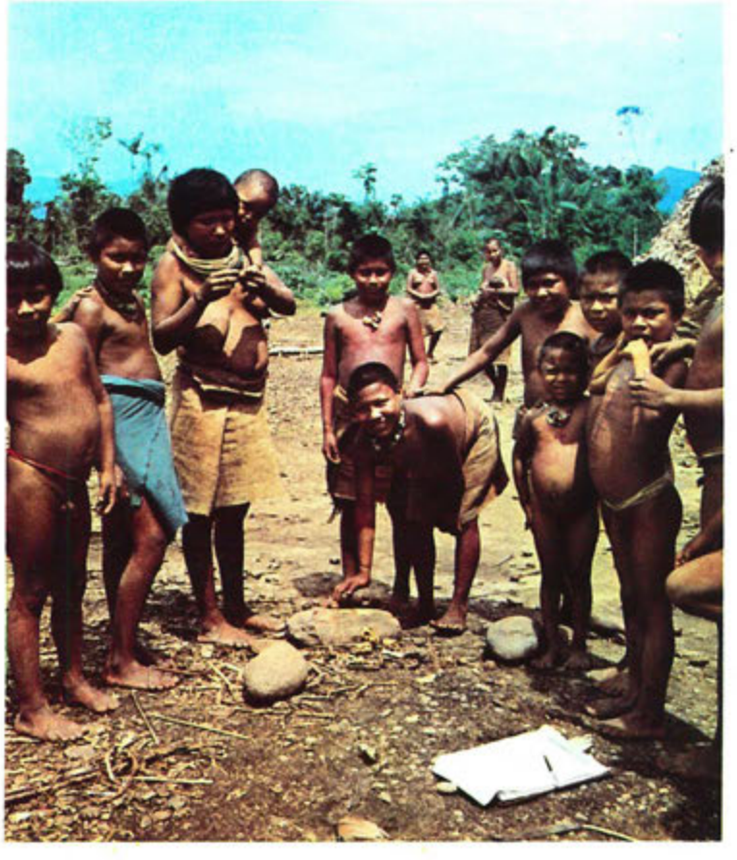
Desde los viajes de Alonso de Ojeda estos indios, denominados vulgarmente MOTILONES, habían entrado en el campo de la fantasía y de la imaginación desbordadas. El mes de octubre de 1945 se instalaron en una verdadera avanzadilla nuestros Misioneros con el fin de conseguir la entrada pacífica en esta zona que hasta entonces habría sido considerada poco menos que como un puesto de muerte a punta de flecha.

Como la historia y los datos de esta tribu los exponemos por extenso en la publicación a que hacemos alusión en la nota de este capítulo, nos limitamos aquí a ofrecerles alguna ilustración gráfica sobre esta tribu. Después de quince años de preparación, en campañas originales y con riesgo en todos los sentidos, el 22 de julio de 1960 se estableció el primer contacto permanente y la convivencia fraternal con estos indios, bravos e indómitos —y con razón— comúnmente llamados MOTILONES.

El misterio de la selva en que vivían acosados, el desconocimiento de su idioma, y el tejido de innumerables leyendas y relatos de fantasía, hizo que esta aventura misionera traspasase los límites de Venezuela para hacer noticia internacional.

Vean algunas de las panorámicas geográficas, algunos detalles de sus ranchos plurifamiliares, y algunos de los reportajes conseguidos en las primeras horas de convivencia con estos famosos indios.

(1) Véase la publicación «En la selva triunfó el amor», preparación, entrada y convivencia de los Indios Motilones.



El P. Romualdo abraza al motilón Uksuri quien los libró de ser asesinados la primera noche de la entrada en esta tribu.

India motilona finalizando sus estudios de Magisterio.

LA FLECHA DEL INDIO DEFIENDE SUS TIERRAS

Sobre las sierras asomó, impúber,
el Indio de la montaña,
persiguiendo al venado que en los riscos,
ante sus flechas, como el viento pasa.
Y la luz, del sol o de la luna,
el penacho de plumas en su frente tornasola.

Su cara, sorprendida ante el mundo de los blancos,
toma la rigidez de las estatuas.
Sobre las crestas perfiló su cuerpo de apostura hierática.
El Indio, que en las cuencas de las rocas,
escuda la soberbia de su raza.

Allí, desde la sierra,
impregna sus miradas abismáticas
del suave colorido de los bosques
que en la hoguera los indios evocaban,
cuando el recuerdo de las guerras grandes...
¡Y aún el recuerdo arranca de sus ojos lágrimas...!
Es un niño, retoño de Cacique, pero en él
el odio se incubaba.

Despertó del sueño
en que natura embelesó su alma.
Se inyectaron sus ojos de coraje,
alzó la frente y, en su lengua extraña,
maldijo la conquista de los hombres
que robaron las tierras de su raza.

De sus rígidas manos voló una flecha rápida...
Y veló su impotencia de vencido
tras las cortinas de las sierras altas..

PATRICIA DEL CASTILLO

EL MISIONERO

* **EXPLORADOR**

* **DESCUBRIDOR**

* **VIAJERO**

LOS VIAJES DEL MISIONERO

«Id por todo el mundo». (Cristo-Jesús.)

Aunque ya no queden tierras por conquistar, hay todavía muchos caminos por recorrer. Y con más urgencia cuando se sabe que al final de la ruta existen almas en espera de salvación.

Cuando se ha recibido una consagración al servicio de las empresas universales del espíritu, cuando se tiene la inteligencia clara, el alma en sintonía a lo divino, la voluntad decidida y el corazón abierto a todos los horizontes donde un alma aliente y espere, no puede haber lugar para la tregua y el descanso.

El MISIONERO, por imperativo divino y exigencia humana, ha de ser un incansable «CABALLERO ANDANTE DE CRISTO». Andante y peregrino. Tenéis derecho a pensar que es difícil ser peregrino. Pero también tenéis el deber de reconocer que es necesario peregrinar. Quizá esté en razón de la necesidad, la dificultad del noble empeño.

En acepción integral del término, el peregrino, el explorador y el viajero en este caso, debe serlo en alma y cuerpo; y su meta un lugar, una persona, o un ideal, signados por la Verdad, la Bondad y la Belleza de Aquel que es Autor de la vida y Señor de la Historia. Y esto, para el MISIONERO es una y la misma cosa.

Un experto en estos peregrinajes y aventuras, afirmó que MISIONERO rima perfectamente con VIAJERO. Si antes se decía que sólo viajaban, a costa de ingentes sacrificios, «los misioneros, los geógrafos y los fugitivos», no es nada exagerado el seguir afirmando que el viajar de los Misioneros es sencillamente heroico.

Suscribimos plenamente las frases de que «sin los Misioneros, muchos capítulos de la historia, de la geografía y de la cultura humanas no se habrían escrito».

«ALLA, A DONDE NADIE LLEGO TODAVIA NI CON LA IMAGINACION,
ALLA LLEGO UN MISIONERO».

Y DIOS DISPUSO CAMINO SOBRE EL AGUA

PIONERO EXPLORADOR:
P. SANTOS DE ABELGAS

«El Vicario Apostólico, Mons. Diego Alonso Nistal, echó mano, para llevar a cabo la empresa de la fundación del primer Centro misional, del *R.P. Santos de Abelgas* (León). Uno de los Misioneros más celosos y abnegados, más amante de los indios y más avezado a trabajos y privaciones.»

(CRONICA MISIONAL)
Año 1925.

TRADICION DEL PUEBLO ABORIGEN GUARAO

«Cuando veáis que llegan unos hombres con la barba blanca y la sonrisa en los labios, con las vestiduras de color de cacao, largas y ceñidas por cordones, salidles al encuentro y escuchar sus consejos... Ellos son nuestros Padres.»

(INDIA TAKORE. «Sacerdotisa» Guaraúna. Abuela de Pedro Krisólogo.)

LOS INDIOS GUARAOS:
UN MISTERIO EN LA SELVA

«...la lástima es que, con tener a un lado las Misiones de los Reverendos Padres Capuchinos de la Guayana y al otro las de los Reverendos Padres Capuchinos de Cumaná..., ni son ni pueden ser doctrinados estos indios (que se computan por cinco o seis mil cabezas), porque ni ellos quieren apartarse de sus islas, ni sus islas son habitables por europeo alguno, por la multitud intolerable de mosquitos de todos los caños y brazos del río, que brotan a millones aquellos anegadizos. Y lo peor, y lo que más obsta, es el no haber terreno donde sembrar frutos para mantener la vida, y ser aquella humedad continua muy perjudicial a todos, menos a los guaraúnos, nacidos y criados en ella.

Pero Dios dispondrá camino y dará algún arbitrio para que aquellos fervorosos operarios algún día logren en esta nación sus buenos deseos de salvar aquellas almas.»

P. JOSE GUMILLA, S. J.
«El Orinoco ilustrado». 1741.

PRIMER CENTRO MISIONAL ENTRE LOS INDIOS GUARAOS

«Hoy día, y desde hace siglos, en esta zona del Delta no habitan más que los indios GUARAO o GUARAUNOS, cuyas parcialidades (tribus, clanes, fratrías o rancherías), viven independientes entre sí, sin otros nexos que los que impone la raza, la sangre y la lengua, que a todos les son comunes.»

(CRONICA MISIONAL, 1925.)

El P. Santos de Abelgas con un grupo de los primeros indios llegados al centro misional.

El 10 de marzo de 1925 salían de Tucupita, en una lancha a remo, Monseñor Diego Alonso Nistal, Vicario Apostólico, el P. Santos de Abelgas y Fray Darío de Renedo, en dirección al caño Araguaimujo. Después de tres días de navegación por los caños del Orinoco, llegaron el día 13, sobre las once de la mañana, al caño Araguaimujo, haciendo alto en una plantación de cacao abandonada, donde había un pequeño rancho, sucio y destartalado.

El «Diario» del P. Santos de Abelgas lo consigna textualmente con estas palabras:

> «Así que llegamos y sacamos de la embarcación la caja de los ornamentos y otra cajita donde llevaba mi chinchorro, me fui con Fr. Darío por detrás del rancho de Torres, y cuando comprendí que nadie me veía sino el Hermano, me postré en tierra y la besé, dando gracias a nuestro Señor por haberme concedido la dicha tan grande de vivir entre infieles, de mí por tanto tiempo pedida y deseada.»

Antes de regresar Mons. Nistal y Fray Darío a Tucupita, quedó instalado el P. Santos de Abelgas provisionalmente en el rancho del indio Torres. Era este indio un hombre naturalmente bueno, unido a una india que le había dado cinco hijos, todos ellos bautizados por el P. Santos en una de sus anteriores giras de exploración por los caños del Orinoco.

Como una semana permaneció el P. Santos hospedado en el rancho del indio Torres y su familia. En este lapso de tiempo se dedicó, ayudado de algunos indígenas, a limpiar los alrededores de otro rancho que había de ser la primera vivienda misional y la primera casa de los Misioneros Capuchinos entre los indios Guaraos. El P. Santos de Abelgas sería la «piedra angular» de esta gran empresa misionera.

SOLEDAD, INCOMUNICACION Y SUFRIMIENTOS

Allí quedó el P. Santos solo, en su diminuta y solitaria choza, en medio de la tupida e impenetrable selva, límite entre los criollos y los indios, zona que muy raramente era visitada por curiaras a remo, y nunca por barcos o lanchas de motor.

A una distancia como de dos kilómetros del rancho del indio Torres, comenzó el P. Santos a construir la primera choza estrictamente misional. El 17 de marzo de 1925, estando el P. Santos trabajando como el primer peón, bajo un sol abrasador, cortando espinas, gamelote y maleza, cayó desvanecido entre el montón de maleza y ramas que había recogido.

Se dio cuenta uno de sus ayudantes, el criollo Julián González, quien corrió en su ayuda y dándole aire con el sombrero logró que recobrara el sentido y se incorporara. Tan entusiasmado estaba en el trabajo nuestro peón misionero y con tantas ganas de concluir la labor, que aquel día se había olvidado de desayunar, y eso que eran más de las doce de la mañana...

EL TORMENTO DE LOS MOSQUITOS

Uno de los tormentos más insoportables que hay en esta selva y que tuvo que afrontar nuestro Misionero, son las enormes plagas de mosquitos-zancudos, cuya picadura se hace intolerable. Así lo refiere en el relato de los primeros días:

«Era tantísima la plaga que no era posible aguantarla, por lo que no me quedaba otro recurso, para librarme de ella, que hacer candela (hoguera), colgar el chinchorro y acomodar el pabellón o mosquitero. Y así, dentro del mosquitero, pude rezar tranquilo las Vísperas de mi bendito San José.»

FUNDACION DEL «PRIMER CENTRO MISIONAL»

Fue el 19 de marzo de 1925. En la festividad de San José decidió el P. Santos

Primer Centro Misional de Araguaimujo.

de Abelgas inaugurar la rústica y diminuta choza de Araguaimujo. Media cinco varas de largo por cuatro de ancho.

Celebró la santa Misa al aire libre, en la inmensidad de la selva. Asistieron cinco indios. La parte musical estuvo a cargo de las aves de la selva. Por indicación del mismo P. Santos, a esta semilla del futuro Centro misional se le dio el nombre de DIVINA PASTORA DE ARAGUAIMUJO.

Y LOS INDIOS IBAN LLEGANDO...

Pronto corrió la noticia de la llegada del Misionero por las distintas rancherías indígenas de la zona. Muchos indios recordaban al P. Santos de tiempos anteriores, cuando, desde Tucupita, realizaba sus excursiones apostólicas por los numerosos caños del Delta.

El 21 de marzo, al atardecer, cuando el P. Santos se encontraba paseando junto a su rancho, percibe el ruido débil y acompasado de los canaletes que movían una escuadrilla de canoas que parecía navegar en formación por el río. Pensó el Padre que pasarían de largo. Cual no sería su grata sorpresa al ver que se acercaban y atracaban al lado de su desvencijado rancho.

Eran indios de las rancherías de Araguaimujo, Bisina y Jereína que, con sus mujeres e hijos, venían a hacerle una visita de amigos. Saltaron a tierra, y uno por uno, fueron saludándole todos, poniéndole la mano sobre el hombro y con visibles muestras de satisfacción pronunciaban todos su saludo indígena: «¡BAJUKAYA!»

«Me es imposible referer —escribe el P. Santos— la satisfacción tan grande que sentí en aquellos momentos, al verme rodeado de mis queridos guaraúnos en tanto número. Bendito sea Dios por todo.

Ellos, a porfía, comenzaron luego a regalarme de cuanto traían: unos, tortas de yuruma, otros, harina preparada para que yo hiciera más tortas, éstos me regalaban huevos de terecay; aquéllos, pescado asado hacía poco tiempo, para que entonces comiera de ello. Hasta me trajeron una gallina y un gallo...»

PRIMERA SEMANA SANTA EN ARAGUAIMUJO

Pasaban los días y se acercaba la Semana Santa. El P. Santos no tenía iglesia, ni capilla, ni «pasos». Se le ocurre hacer una gran cruz y colocarla delante de su choza.

Les da a conocer a los indios el proyecto que tiene, y éstos le traen los maderos más grandes que encuentran; los labran toscamente con machete y con ellos fabrican la cruz.

Durante los días de Semana Santa el P. Santos, desde la mañanita, se dedicó a enseñar cánticos a los indios. Les

El indio Torres y su familia, los primeros que recibieron al P. Santos. *El P. Luis de León con los primeros niños indios llegados a la Misión.*

gustaba mucho y eran ávidos en aprenderlos. Llegó el Viernes Santo y hubo gran concurrencia de indios y de criollos. Se esfuerza el Misionero en hacerles comprender los misterios religiosos que se conmemoran en ese día, y cuál es el motivo de la devoción del cristiano a la Santa Cruz.

Son las doce de la mañana. En medio de un silencio impresionante, el P. Santos procede a la bendición de la gran Cruz, labrada por manos indígenas, y la enarbola, clavándola en el corazón de la selva tropical del Delta del Orinoco. Mientras los indios pasan besándola, entona el cántico que ha acomodado para esta ocasión:

Venid, oh Guaraos,
la Cruz adoremos,
la Cruz ensalcemos
que al mundo salvó.
Amemos, Guaraos,
la Cruz del alzado
Jesús, que enclavado
en ella murió...»

EL PRIMER AGRICULTOR

El P. Santos tuvo que pensar en poner el fundamento material para el sustento del Misionero y de los indios que allí habrían de venir: la agricultura. Pero tenía que comenzar por hacerlo todo: talar la selva y preparar el terreno para las siembras.

Enterados los indios de los proyectos del Misionero, se ofrecen treinta y cuatro de los mayores para empezar el desmonte de la selva, pidiendo al Misionero que les diera solamente la comida.

El P. Santos es el primero que empuña el machete y poniéndose al frente de aquellas escuadras de trabajadores, comienzan a talar selva de sol a sol. Preparadas algunas hectáreas de terreno, arrojan las primeras semillas de maíz y arroz, iniciando también las plantaciones de plátanos, caña dulce y yuca.

ABRIENDO CAMINOS EN LA SELVA

El Vicario Apostólico, Mons. Nistal, había encargado al criollo Severiano Morales la construcción de una curiara para el servicio del P. Santos en Araguaimujo. El criollo se había comprometido en entregarla en un tiempo relativamente corto. Este era el único medio de transporte y comunicación que allí se podía usar, y era vital para que el P. Santos se pudiera comunicar con los indios y pudiera realizar su labor de apostolado. Pero el tiempo pasaba y la curiara no asomaba por ninguna parte. Esto le obligaba al P. Santos a permanecer aislado y sin ningún medio de comunicación.

Pero el Misionero no se resigna a permanecer aislado e inactivo en su choza. El solo decide abrirse camino en la selva. Talando maleza con el machete, logra abrir un sendero de varios kilómetros por las márgenes del río. Posteriormente, al ver el trabajo y el esfuerzo del Misionero, algunos indios le ayudaron para que pudiera llegar a sus rancherías. Y con ellos empezó el P. Santos a aprender el idioma guarao y a realizar la catequesis.

SOLO, EN SOLEDAD INMENSA. ¡PRIMERA VISITA!

Solo, en soledad inmensa, incomunicado, permaneció durante dos meses el P. Santos. El solo tuvo que hacer frente a todas las dificultades y peligros de aquella primera etapa de fundación.

El 21 de mayo, por la tarde, estaba el P. Santos lavando su ropa en el río. Le intriga una embarcación que ve acercarse por el río hacia donde él estaba. No sale de su asombro cuando distingue que en ella viene un fraile Capuchino... Al acercarse puede reconocer al veterano y benemérito misionero P. Luis de León, que llegaba para incorporarse a trabajar en aquella heroica avanzadilla con el P. Santos.

«Es difícil explicar la satisfacción que sentí —escribe el P. Santos— para el que no sepa lo que es estar solo, cuando se ansía vivir acompañado.»

PRIMEROS BAUTIZOS EN ARAGUAIMUJO

En estos primeros meses el P. Santos había preparado a seis indiecitos para bautizarles el día de la Ascensión. Era el 22 de mayo de 1925. Gustoso cedió el honor de bautizar a estos primeros indiecitos al P. Luis de León, llegado la víspera de este acontecimiento.

Y no menor fue la satisfacción con que aceptó el P. Luis este honor. Satisfacción que se vio aumentada al contemplar la cantidad de indios que con este motivo, había acudido al rancho del Misionero. Fue para él una inyección de optimismo, pues venía algo desanimado porque le habían dicho que en aquella zona había muy pocos indios.

Los mismos poco tiempo después.

El P. Santos navegando en curiara por el Orinoco.

ENTRE NUBES DE MOSQUITOS. CLASES A LA LUZ DE UN FAROL

Con la llegada del P. Luis de León —veterano misionero de 62 años de edad, curtido durante varios años en las islas Carolinas y Marianas—, se iniciaron nuevas tareas y nuevos trabajos. Amplían la choza misional y construyen un nuevo local, que, aunque rudimentario, servía de escuela donde daban las clases a un reducido número de indios, que por aquellas fechas no pasaban de quince, entre niños y niñas.

Decidieron abrir también una escuela nocturna ante el hecho de comprobar que hasta los criollos adultos que había en aquella zona eran completamente analfabetos. Así dice la crónica:

«Era de ver a los Misioneros, a la luz de un pobre farol, acosados por verdaderas nubes de mosquitos zancudos, enseñar las primeras letras, a leer, escribir y contar, a aquellos pobres trabajadores que, deseosos de salir de la gran ignorancia en que vivían, restaban tiempo al descanso de la noche para venir a la Casa-Misión para aprender como si fueran escolares de enseñanza primaria correspondiente a la infancia.»

PRIMER CENTRO MISIONAL

Los Misioneros tuvieron que pensar en un proyecto más ambicioso y de mayor envergadura material: la construcción de amplios edificios para dar acogida a los numerosos niños que habrían de formarse en los Internados. Este sería el elemento humano para la base de formación de nuevos pueblos en la selva.

De las rancherías de Jereína, Santa Rosa, Güiniquina y Araguabisi, llegan las primeras expediciones infantiles para el incipiente Centro misional. Con ello se aumentaba el trabajo, pero también multiplicarían su actividad los Misioneros.

Para finales de 1927 contaba el Internado misional con cuarenta niños, divididos en tres secciones, según sus conocimientos y adelantos culturales. La vida del Internado estaba regida por un reglamento en el que se señalaban las horas de estudio, las clases, los trabajos agrícolas y manuales, las comidas, el recreo y el descanso, la instrucción religiosa y las prácticas piadosas.

Habían iniciado la primera parte de lo que supone el programa de formación para un internado de niños. Pero quedaba la segunda, imprescindible e inaplazable: el Internado de niñas. ¿De dónde vendrían las Religiosas Misioneras para atenderlas...? Todavía había que esperar...

NUEVAS EXCURSIONES APOSTOLICAS

El funcionamiento y progreso de la escuela nocturna para adultos y la dedicación al Internado de los niños, no impidió a los Misioneros realizar frecuentes excursiones a las rancherías más apartadas del Centro Misional. El P. Santos de Abelgas era el más asiduo en estas arriesgadas excursiones.

EXPLORACION A LA ISLA DE MARIUSA

«La isla de Mariusa era mirada por los criollos como un antro embrujado. Allí moraban indios misteriosos, desconocidos, sobremanera forzudos y de sentimientos canibalescos.

Malas lenguas afirmaban que estos indios se complacían en matar y triturar a todo blanco que osara poner pie en el terreno fangoso donde ellos habitaban en sus miserables ranchos...»

¿CORRESPONDIA LA REALIDAD A LA FAMA...?

EL PADRE SANTOS VA A LA «ISLA MALDITA»

P. SANTOS: Padre, deseo ardientemente ir a visitar a los indios de Mariusa.

P. SUPERIOR: Me parece muy bien, P. Santos. Pero déjeme darle un consejo: antes de emprender el viaje, prepárese espiritualmente.

P. SANTOS: Todo está arreglado. Sólo falta su permiso y la Bendición seráfica.

P. SUPERIOR: Tiene el mérito de la santa obediencia, y reciba la Bendición para acometer esa arriesgada empresa misionera.

P. SANTOS: He puesto la confianza en el Señor. Partiré para hacer el bien que pueda a aquellos infelices salvajes. Si Dios me depara el martirio...

Es una pequeña y frágil curiara, tripulada por dos indiecitos, se hizo al río el P. Santos en dirección a la famosa y temible isla de los indios mariuseros. Al llegar al caño Macareo se hospedó en el rancho del criollo Lucas Palacios, quien nos relata este viaje.

PADRE, ¿PERO DONDE SE VA A METER...?

«Estaba yo alistando mi embarcación para salir de viaje, cuando veo llegar al puerto una curiara en la que viene el P. Santos. Subió a mi rancho, le ofrecí un café y le atendí lo mejor que pude.

—Y... ¿a dónde va el santo Misionero?

—Voy a Mariusa, hijo mío.

—¡Padre! y ¿así, usted solo se va a meter en esa isla...? ¿Sabe lo que es Mariusa y lo que son aquellos indios...?

—Sí, mi hijito. Y si Dios tiene dispuesto que yo muera en Mariusa, ¿por qué no voy a morir contento cumpliendo la voluntad de Dios y practicando la caridad con aquellos infelices?

A mí no me permitió mi corazón dejarle marchar solo. Aunque tenía muchas ocupaciones y un viaje pendiente, lo dejé todo para acompañarle. Fue para mí una de las mayores satisfacciones de mi vida el poder acompañarle en aquel viaje. Su afabilidad y delicadeza eran exquisitas. Su austeridad, impresionante.

Llevaba el P. Santos un cajón lleno de provisiones: conservas, leche condensada, galletas, etc. De todo di cuenta yo, pues el Padre no comía más que yuruma, jomo, gusanos de la palma de moriche.

Y me decía:

—Lucas: ¡si esto es lo más puro que hay...!

Fueron muchos los indios que se reunieron en torno al Misionero durante los nueve días que permanecimos en Mariusa. Todos venían en «guayuco» (taparrabos), hombres y mujeres, ya que vivían en verdadero estado salvaje y en la mayor miseria.

Necesité, en una ocasión, ver y hablar con el Padre, y me costó Dios y ayuda poder penetrar por entre aquella masa compacta de indios desnudos. Allí estaba rodeado de todos los jefes indígenas, tratando de darles a conocer cuáles eran sus planes de misionero.

Ellos le contestaron que todo lo que decía era muy bueno, pero que ellos «no salir de sus ranchos ni abandonar vida mariusera». El P. Santos les pidió que le construyeran un rancho para venir a vivir con ellos. Con gran satisfacción estos indios le prometieron hacer un rancho grande para dentro de dos lunas (dos meses); pero que el Misionero no les engañara, dejando de cumplir su promesa.

Dos cajas grandes, llenas de objetos, llevaba el Padre Santos para regalar a los indios: piezas de tela, vestidos hechos, espejos, collares, tabaco, etc. Pero todo le duró bien poco, pues el Padre les daba cuanto tenía. Y cuanto más les daba, más le pedían los indios.

En aquellas circunstancias me creí obligado a intervenir, y le dije al Misionero:

—Padre, a los indios ya les ha dado usted bastante. Ese rollo de tabaco lo necesito yo.

—¡Cómo no, amigo Lucas! Lo tienes a la orden, lo mismo que las cosas que han sobrado.

Deslié el rollo de tabaco y lo fui partiendo en varios trozos. Al poco rato se me acercó un indiazo en «guayuco» de corteza de palma, fantoche y valentón. Se puso a mirar el tabaco y señalando uno de los trozos mayores, me dijo:

—¿Por qué no me lo das?

—¿Cuánto quieres por ese guacamayo?

—Un fuerte. (Cinco bolívares.)

—Mira que es para el Padre Misionero que os ha regalado tantas cosas.

—Vale un fuerte.

—Está bien. ¿quieres tabaco...?

—Sí, lo quiero.

—Pues vale un fuerte también. Si me das el guacamayo, te doy el tabaco.

—Bueno, te doy el guacamayo. Pero dame tú antes el tabaco.

Le doy el tabaco, y nada más cogerlo el indio se escapó a esconderse entre los demás sin darme el guacamayo. Entonces se me subió la sangre a la cabeza, y... lo que tenía que suceder. Se dio cuenta de lo sucedido el P. Santos y se acerca a mí todo acongojado, suplicándome:

—Por Dios, Lucas. Ten cuidado con esos arrebatos. Mira que estamos en Mariusa, y estos bravos indios son muchos cientos.

Al regreso del viaje el Padre venía pensativo y muy preocupado.

—Qué, ¿todavía le dura el susto del indio del guacamayo? —le pregunto.

—Mira, Lucas. Me entristece el estado deplorable de estos pobres salvajes. Vengo discurriendo la manera de hacer algo por ellos. ¿Has visto que no se diferencian nada de los irracionales...?

—No se aflija por eso, Padre. Yo le voy a proponer un recurso único para civilizarlos. Todos los otros medios que usted tiene en la mente resultarán ineficaces.

—Está bien, Lucas. ¿Cuál es ese tu recurso infalible...?

—Muy sencillo. Tiene tres partes: la primera, sería reunir a todas las personas mayores, indios e indias. La segunda, ¡matarlos a todos sin compasión! La tercera, sería coger a todos los pichones —niños y niñas— y llevarles a la Misión.

—¡Asesino! —exclamó— el P. Santos riéndose a carcajadas. ¿Pero es posible que a ti, que tienes buen corazón, se te ocurran pensamientos tan criminales...?

—Para que vea, Padre, lo difícil que juzgo la empresa de civilizar a estos casi irracionales.»

Grupo de indios Mariuseros.

SAN ANTONIO DEL BARIMA

El 18 de diciembre de 1925 salen de Tucupita en plan de establecer una Casa-Misión en las márgenes del río Barima, Mons. Diego Alonso Nistal, Vicario Apostólico, el M.R.P. Crisóstomo de Bustamante, Superior Regular y el P. Bonifacio de Olea. En Araguaimujo se une a la expedición Fr. Rogerio de Valduvieco.

Cuatro días de navegación, entre selva, bajo el cielo y sobre el agua, para llegar el 22 al Faro de Barima con lancha estropeada. El 24 prosiguen la navegación, río arriba, en la falca del Faro tripulada por los bogas que generosamente les cedió el señor E. Arria. En la madrugada del día 25 —¡inolvidable Nochebuena!— echan pie a tierra junto al rancho de un criollo llamado Alejandro Marietti.

PRIMERA MISION: UN RANCHO QUE ES ¡EL ARCA DE NOE!

Deciden situar la fundación en la zona más elevada de la margen del río. Mientras se preparaba la Casa de los Misioneros, se alojaron en un rancho que les cedió el señor Marietti, contiguo al suyo. En él instalaron la capilla, la cocina, el dormitorio y el comedor. Todo en una pieza: ¡la única que tenían...!

En él habitaron cinco meses... Bueno, mejor es decir que en él se refugiaban en la noche durante cinco meses, porque durante este tiempo la vida la hacían al aire libre. El nombre del Centro se lo dieron por un cuadro de San Antonio que el señor Marietti les regaló para que hiciera de retablo para celebrar la santa Misa.

El 2 de febrero de 1926 llega de Caracas el P. Benigno de Fresnellino con el cargo de Superior de la nueva fundación. Con él comienzan las obras del Centro Misional, pues hasta entonces no disponían ni de las herramientas más indispensables. Empiezan a llegar obreros y peones y las obras progresan visiblemente. Pero el 3 de mayo tienen que ser suspendidas porque se han agotado los recursos económicos.

El P. Benigno se traslada a Upata en busca de recursos y regresa acompañado de un nuevo Misionero, Fr. Saturnino de Bustillo, que viene a suplir a Fr. Rogerio que ha tenido que salir enfermo. Al poco tiempo, el mismo Fr. Saturnino enferma de tal gravedad que le son administrados los últimos Sacramentos. Cuando mejora es trasladado a la casa de Tucupita.

Desde el 26 de septiembre de 1926, hasta el 1 de marzo de 1927, quedan solos en la Misión los Padres Benigno y Bonifacio, teniendo que atender personalmente los dos solos a todas las faenas y trabajos de la naciente Misión.

El 1 de marzo llega Fr. Patricio de Castrillo. Pero esta ayuda inapreciable bien poco les dura. El Hermano es atacado por un fuerte paludismo. Logra reponerse. Pero una recaída le agota y fallece el 2 de septiembre de 1927.

DRAMA Y TRAGEDIA DE LA AGRICULTURA

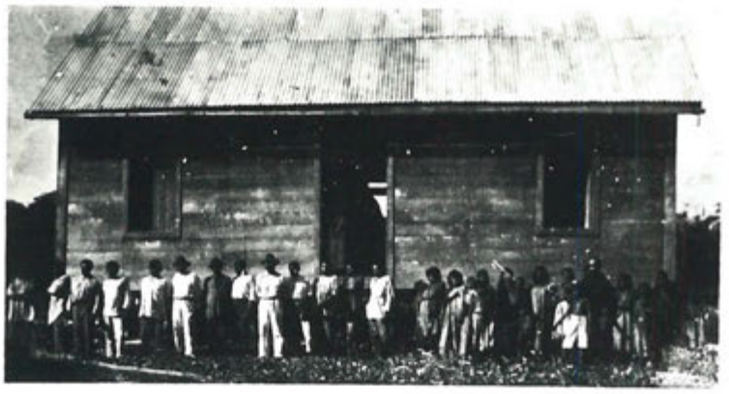
Los Misioneros comienzan a preparar terrenos para las siembras. Talan la selva, quitan maleza, hacen caminos, abren trinchas para el desagüe en las zonas pantanosas... Recogieron algunas primeras cosechas: batata, yuca, maíz, frijoles, auyama y sandía... Pero el terreno era poco consistente y el viento derribaba parte de las siembras.

El contratiempo para la agricultura eran las inundaciones causadas por las crecidas del río impulsado por las mareas. Las zanjas se cegaban, las válvulas de desagüe se atascaban, y el agua salobre inundaba todas las zonas de labranza. Ocasión hubo en que el agua llegó a la misma puerta de la casa. «Cuando regresé del viaje a Morajuana me encontré con la sorpresa de que, por la crecida de la inundación, tuve que atracar la lancha a la misma puerta de la Casa-Misión, y el recibimiento me lo hicieron las gallinas que habían invadido el corredor».

De estas inundaciones de aguas salobres procedía la insalubridad del terreno, anegadizo y pantanoso. Y aquí se estrellaron los esfuerzos agotadores de los Misioneros haciendo zanjas o trinchas para acondicionar los terrenos. Todo inútil. Tuvieron que desistir.

EL MEJOR REGALO: ¡UN GARRAFON DE... AGUA!

Una de las mayores dificultades materiales con que tropezaron los Misioneros, fue la escasez de agua potable. El agua de río Barima era siempre salada. El año 1927 esta zona padeció una enorme sequía. Cerca del rancho de Marietti había un pozo, pero de agua verdosa y nausea-



Primer Centro Misional de San Antonio del Barima.

bunda. ¡Y de ella tenían que abastecerse, no sólo para los servicios de limpieza, sino que de ella tuvieron que beber muchas veces, con la molestia de tener que hervirla para evitar posibles infecciones.

En su viaje a Morajuana —en la Guayana Inglesa—, solían traer un garrafón de agua potable que, en realidad de muy poco les servía, pues, por temor a que se acabara, se la racionaban en mínimas cantidades. Por eso, el mejor regalo que les podían hacer las Religiosas de la Guayana Inglesa cuando les visitaban, era traerles un garrafón de agua. En esta penuria estuvieron hasta que pudieron construir unos depósitos de madera para recoger el agua de lluvia que caía sobre los tejados de la casa.

POCOS INDIOS Y MUCHO PALUDISMO

Todas estas dificultades, y otras muchas que no se mencionan, no arredraron a los Misioneros, a pesar de que su salud no era nada robusta. En realidad no eran muchos los indios que habitaban en aquella zona, como para pensar en establecer un nuevo pueblo.

Algunos pocos vivían en ranchos miserables cercanos a la Misión y aun estos pocos no eran permanentes, pues emigraban con frecuencia a otros parajes. Según los cálculos realizados en esta época por el P. Bonifacio de Olea, afirma que, desde el Faro Barima hasta Morajuana en la Guayana Inglesa habría unos doscientos indios, «entre chicos y grandes».

El personal criollo quedaba reducido a la familia del señor Marietti y dos más: un negro, que se dedicaba al contrabando en la frontera con la Guayana Inglesa, y otro venezolano, de muy mala fama en todos los sentidos. Este vio en los Misioneros unos enojosos y peligrosos vecinos para sus fechorías y se dedicó a sembrar el temor y propalar calumnias contra ellos: que habían venido a esta zona para atrapar a los indios para llevarles a la guerra... Ante la versión de este indeseable, los pocos indios que había se pasaron a la vecina Guayana Inglesa.

LUCHANDO HASTA DESFALLECER ¡LA PRIMERA GRAMATICA DEL WARAO!

Los Misioneros, logran construir una nueva Casa-Misión y una escuela. Pero aquí se les presentaba otra enorme dificultad que restaba efectividad a su apostolado: el desconocimiento del idioma de estos indios.

El P. Bonifacio de Olea, que era el que regentaba la escuela indígena, se convirtió en discípulo de los mismos indios para aprender su idioma. Era «maestro» de castellano, y «discípulo» de warao.

A LA LUZ DE UNA VELA DE SEBO...

El P. Bonifacio tomaba apuntes durante el día, anotaba palabras, frases, formas..., en transcripción fonética. Por la noche, a la inquieta luz de una vela de sebo, comparaba, ordenaba, hacía conjugaciones, deducía reglas y excepciones, para preguntar de nuevo al día siguiente.

Este paciente y agotador trabajo dio por resultado, en poco más de un año, el ENSAYO GRAMATICAL DE LA LENGUA GUARAUNA. Trabajo que mereció los mejores elogios de los antropólogos más acreditados.

Con tal ánimo emprendió el P. Bonifacio su obra, que llegó en ocasiones a perder la vista, viéndose en precisión de suspender la escritura para dar descanso a sus ojos con el verde sedante de la selva.

ENFERMEDADES: VICTIMAS Y BAJAS. CIERRE DE LA MISION

De los tres Hermanos Misioneros que estuvieron trabajando en este Centro, dos tuvieron que salir gravemente enfermos, y otro murió, víctima del paludismo. El P. Bonifacio se vio afectado por una rara enfermedad, hinchado como un monstruo y con unas fiebres altísimas que le pusieron en inminente peligro de muerte.

Cuando regresó el P. Benigno, esperaba encontrarle muerto, pero las fiebres empezaron a ceder. Consigna la crónica misional: «poco tenían que hacer las fiebres en un cuerpo tan pequeño y tan flaco, pero con un alma tan grande...»

Ante este panorama y con perspectivas de futuro nada esperanzadoras, el Vicario Apostólico manda suspender todas las obras y trabajos y, con el beneplácito del Gobierno de Caracas, se dedice cerrar este centro y buscar otra zona para una nueva fundación.

Todo lo que pudo ser aprovechable se trasladó en la lancha a la incipiente Misión de San José de Amacuro. Era el 19 de diciembre de 1927. Dos años menos seis días existió S. Antonio del Barima.

Padre Benigno de Fresnellino.

Primer Centro Misional de Amacuro.

SAN JOSE DE AMACURO

El Miércoles Santo de 1939 me encontraba dirigiendo la procesión del Nazareno en Tucupita, cuando veo en el río la lancha de la Misión que venía a buscarme.

El corazón me dio un vuelco y con dificultad pude predicar el sermón que se me había encargado. ¡SAN JOSE DE AMACURO! ¡Lugar de paludismo y terror de los Misioneros...!

Apenas hubo uno que, al año de estar allí, no tuviera que salir más muerto que vivo... El paso de la Barra del Cangrejo, paso que no se podía evitar, donde tantas veces la lancha se vio perdida a punto de naufragio...!

¡Allí me enviaban a mí, nóvel Misionero, recién llegado de España...!

(Relato del P. Conrado de Cegoñal.)

FUNDACION EN EL CERRO «GUAUZA»

Ante el fracaso de la estación de San Antonio del Barima, el P. Benigno de Fresnellino y Mons. Nistal hicieron viajes de exploración por las márgenes del río Amacuro, en vista a la fundación de un nuevo centro misional. Se decide localizar la nueva fundación en el cerro GUAUZA. Eran los días finales de noviembre de 1927.

Por estas fechas regresaba el P. Benigno con el capitán poblador y varios indios. Traían el bastimento para comenzar los trabajos de la construcción del rancho para los Misioneros e iniciar las talas de selva para acondicionar los terrenos para la labranza.

El 19 de diciembre llegan los objetos más imprescindibles para la Misión. El P. Benigno y el P. Félix de Vegamián (Junior) activaron de manera extraordinaria todos los trabajos: construcción de la nueva casa, tala de selva y acondicionamiento del terreno para las siembras.

El día 29 se terminó la casa. Como en las obras habían trabajado varios indios, éstos construyeron sus ranchos en torno a la Misión, y aquí trasladaron a sus familias. Todo parecía que, por fin, aquella obra iba a consolidarse y que pronto surgiría allí un nuevo pueblo, como lo deseaban los Misioneros y el Gobierno.

SE CONSTRUYEN LOS INTERNADOS

Se planean los edificios para los internados a fin de atender mejor a la población infantil. Pero en agosto de 1928 enferma el P. Benigno de Fresnellino y tiene que ausentarse de la Misión. Queda solo el P. Félix de Vegamián hasta octubre, en que regresa el P. Bonifacio de Olea, que viene de imprimir su «GRAMATICA GUARAUNA» en Caracas. Traía material escolar en abundancia e inmediatamente abrió una escuela para los niños que vivían en aquellas cercanías.

Al regresar el P. Benigno, ya restablecido, se emprenden de nuevo las obras, construyendo otro pabellón grande para niños y niñas. Se activa la agricultura, que ya comienza a rendir frutos abundantes. Se traen varias cabezas de ganado vacuno y de cerda. Se cava un pozo en la parte baja del cerro para abastecer de agua potable a la Misión.

En vistas al establecimiento del internado femenino, visita esta incipiente Misión la Superiora de las Misioneras Terciarias Capuchinas de Araguaimujo, Madre Micaela de Paiporta. Estudia sobre el terreno las posibilidades de desplazar Religiosas a este Centro y da normas sobre la construcción de la nueva casa para ellas.

LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

El año 1931 comienzan a caer grandes dificultades sobre la Misión de Amacuro. Las enfermedades van atacando a todos los Misioneros. Las comunicaciones son lentísimas, agotadoras y sumamente arriesgadas. La escasez de medios de comunicación y de transporte son un obstáculo insuperable para el avance de los trabajos y de las obras.

A todo esto, los vecinos de la Guayana Inglesa declararon la guerra, más o menos abierta, contra los Misioneros y su obra. Viendo las facilidades que la Misión procuraba a los indios, empezaron a confluir en ella no solamente los venezolanos, sino también los del otro lado de la frontera. Los contrabandistas de Venezuela se opusieron a la obra misionera, porque veían en ella un freno a sus fechorías. Además, aquella zona de la frontera se convirtió en refugio de los más indeseables, los perseguidos por la Justicia, tanto por lo que se refería a Venezuela como por la parte de la Guayana Inglesa. En uno o en otro sentido, no tenían más que pasar la línea fronteriza para quedar a salvo. Por no haber convenio de extradición entre las dos naciones, los criminales podían, con toda facilidad, burlar la reclamación de la Justicia. Era éste un buen escotillón de escapada para los que huían de la Penitenciaría de Cayena.

Otra vista del Centro Misional.

Los misioneros devorados por el paludismo.

PROMESAS DEL GOBIERNO QUE QUEDARON SOLO EN EL PAPEL

Los Misioneros, a pesar de todo, seguían esperanzados con ilusión y esfuerzo en sus trabajos. Idearon nuevos planes para fomentar el agrupamiento de los indígenas en torno a la Misión, el Gobierno les prometió ayuda económica para favorecer a las familias que se establecieran al amparo de la Misión, y se consiguió la libre entrada de mercancías necesarias desde la Guayana Inglesa.

Para dar facilidades económicas a los indígenas, se creó un Sindicato y se construyó un centro común para almacenamiento del producto de sus cosechas. Se instala una planta eléctrica, una máquina peladora de maíz, una molturadora de caña de azúcar y un sistema de bombas para subir el agua al cerro donde está situada la Misión.

Para algunos de estos planes obtuvieron el apoyo «in scriptis» del Gobernador de la zona; pero todo quedó en el papel. Lo que en la difícil realidad se consiguió fue a base del esfuerzo personal y a costa de los ingentes sacrificios de los Misioneros.

¿UN NUEVO AMANECER...? NUEVAS TORMENTAS

El año 1932 regresa el P. Benigno de Fresnellino, ya repuesto de su enfermedad, y con él trae la mejor colaboración de personal para la Misión: LAS RELIGIOSAS MISIONERAS TERCIARIAS CAPUCHINAS DE LA SAGRADA FAMILIA. Son ellas las Madres GLORIA DE PAMPLONA, GENEROSA DE ALMOINES, LEONOR DE CASASIMARRO, INOCENCIA DE ARAZURI y MARCELINA DE AZCONA.

Con ellas se inicia una nueva época para la Misión con el establecimiento de los Internados. Esta había sido la gran ilusión de Misioneros y Misioneras. Pero esto habría de ser también, no tardando mucho, un gran calvario para ellos.

Por parte de los niños del Internado, se encuentran los Misioneros el día menos pensado con que se les han fugado otra vez a la selva o se han pasado a la Guayana Inglesa. No tienen más remedio que abandonar la Casa y marchar en su busca hasta que daban con su paradero.

Los trabajadores establecidos al amparo de la Misión, tampoco les dieron muchas satisfacciones que se diga. Todos querían vivir a cuenta de la Misión y trabajar lo menos posible. Cuando se les antojaba, se marchaban sin decir una palabra, sin pagar sus deudas y llevando lo que podían. Los pocos que quedaban intentaban apropiarse lo que no era de ellos, y lo que suponía una influencia nefasta para los indios: en su vida cristiana y en su conducta moral no eran nada ejemplares. Todos estos conflictos fueron comunicados a las Autoridades civiles, quienes no se daban por enterados, o a lo sumo, contestaban con buenas palabras..., pero nada más.

CALVARIO DE ENFERMEDADES

Todos los Misioneros y Misioneras que sucesivamente vivieron en Amacuro, tuvieron que salir agotados por las fiebres, el paludismo y la malaria. Algunos pagaron con su vida el heroísmo de esta empresa misionera.

El mes de agosto de 1932, gravemente enfermo, tiene que salir definitivamente de la Misión el P. Benigno de Fresnellino: activo, emprendedor, constante e ilusionado como ninguno de aquellas tierras de la Misión. Cuántas veces se le oyó lamentarse de aquellas circustancias con la frase que se hizo trágica realidad: «¡Hay, Amacuro, Amacuro... Tú acabarás con todos nosotros...!» Viene a sustituirle el P. Tomás de Grajal.

Al poco tiempo tiene que salir Fray Faustino de Lieres, y es sustituido por Fr. Casimiro de Paredes. En febrero de 1933, el P. Bonifacio de Olea, más muerto que vivo, tiene que ausentarse de la Misión, arruinado por la malaria. Los dos intrépidos fundadores de la Misión tienen que retirarse a retaguardia, si no vencidos, sí aplastados físicamente por el trabajo y las enfermedades. Les sustituye el P. Basilio de Barral, quien llega a Amacuro después de una odisea de antología.

No pasa mucho tiempo y cae enfermo el P. Tomás de Grajal. No quiere darse por vencido y resiste hasta el límite. Pero inútil: el médico ordena que con urgencia le trasladen si quieren que salve su vida.

MISIONERA Y VICTIMA

En la Casa de las Hermanas Misioneras Capuchinas el panorama es idéntico. La M. Gloria de Pamplona es nombrada Superiora de Araguaimujo, y con ella se va, enferma, la Hna. Inocencia de Arazuri. Sólo quedan dos Hermanas en la Misión, y una de ellas también enferma. No tarda mucho en agravarse la Hermana Anunciata y tiene que trasladarse urgentemente con el P. Tomás al Hospital de la Guayana Inglesa. Poco tiempo después les sigue la M. Generosa de Almoines y sólo queda, medio-sano, el Hermano Fr. Faustino de Lieres para atender a toda la Misión.

Este lamentable estado de cosas llega a conocimiento del Vicario Apostólico, quien decide suprimer el Centro para salvar el personal misionero.

Pero los Misioneros, en un lujo de heroísmo, logran convencer a los visitadores de que deben seguir en la brecha y permanecer en aquella avanzadilla misional, aunque les cueste la vida. Llegan dos buenos refuerzos de personal: el P. Alvaro de Espinosa, como Superior, y el abnegado Hermano Fr. Abundio de Jabares.

Pronto iba a surgir la prueba más dolorosa. La Hermana Inocencia de Arazuri enferma de tal gravedad que le son ad-

ministrados los últimos Sacramentos. Acompañada de la Superiora, M. Generosa de Almoines, en una escalofriante odisea de viaje, es trasladada al Hospital de la Guayana Inglesa... Pero ya es tarde. Allí muere a los pocos días.

El dolor y la pena de este suceso, y las circunstancias que en él concurren, afectan de tal manera a la Madre Generosa que sufre una depresión nerviosa que la pone al borde de la locura, por lo que tienen que trasladarla a Tucupita.

Las estaciones del calvario de las enfermedades siguen sucediéndose en las Hermanas Bernardina y Marcelina. Nuevos viajes para tratamiento en la Guayana Inglesa, y nuevas recaídas al poco tiempo. Queda una sola Hermana para atender a todo el Centro misional, hasta que en enero de 1936 llega de visita la Madre General y trae con ella dos nuevas misioneras: las Madres Pastora de Boñar y Sabina de Imbuluceta. Por añadidura, cae agotado por el trabajo y deshecho por las fiebres, el P. Basilio de Barral, quien tiene que salir a reponer su salud, viniendo a sustituirle el P. Isaac de Mondreganes.

ANTE EL PANORAMA DESOLADOR, ¡HAY QUE EMPEZAR DE NUEVO!

El año 1934 los Misioneros tratan de reorganizar la agricultura de la Misión, a fin de proveer a las necesidades sin tener que traerlo todo de fuera y con aquella penuria desesperante de medios de comunicación y distancias tan descomunales. El terreno que habían talado en la selva estaba perdido por el abandono que habían impuesto las enfermedades y ausencias del personal. La ganadería, desatendida, estaba esquelética y muchas reses habían muerto. ¡Había que empezar de nuevo...!

Para obviar las tremendas dificultades de viajeros y transporte adquieren una nueva lancha. Desecan un gran fangal cercano al centro misional. Recogen las cosechas de siembras y plantaciones que no compensan, ni mucho menos, los grandes gastos que se habían invertido.

Por añadidura a todas estas calamidades y contratiempos, siguen y persisten los indios con sus fugas del Internado, muchas veces influidos por los malos consejos de los trabajadores que hay en la Misión, y con los que tienen un trato excesivo...

Cuando los Misioneros se desplazan para traer nuevos indios al Internado, se encuentran con la mala voluntad del Capitán Poblador y de los jefes civiles. Dificultad y oposición que no cesaron hasta el final de la Misión.

¡EL CALIZ... HASTA LAS HECES! CALUMNIAS Y DIFAMACIONES

El año 1935 los Misioneros de los centros de Araguaimujo y de Amacuro son acusados ante el Gobierno de Venezuela y ante los Superiores Generales de la Orden. Son visitados estos Centros por el General José Francisco Machado, enviado por el Gobierno. La Orden Capuchina, por su parte, envía al M. R. P. Pascual de Pamplona en nombre del Padre General.

Ni uno ni otro encontraron ser verdaderas las acusaciones en contra de los Misioneros y su obra. Y sí pudieron comprobar personalmente la labor heroica de aquella abnegada y difícil empresa misionera. En 1936, los Misioneros de Amacuro son acusados nuevamente ante el Gobernador del Territorio Federal de que tienen muy atrasado el progreso de la población indígena, de que no han fundado ningún nuevo pueblo y de que perjudicaban el comercio de la población de Curiapo.

En medio de este calvario, los Misioneros siguen, con inaudito tesón, mejorando la vida de los indios con los escasos medios que tienen a su disposición en la ímproba labor de los Internados Y en éstos prosiguen los planes de fugas de los internos. Se registraron varios tristes casos de *muerte voluntaria* en algunos niños, causadas por *comer tierra* e *ingerir hierbas venenosas.*

Los Padres y las Hermanas están aplanados cada vez que se producen en algún muchacho los síntomas característicos de estos ataques. Varios fallecieron durante

Primeros alumnos de Amacuro.

Misioneros y misioneras con los primeros alumnos indígenas.

Todo esto era el Centro Misional.

El P. Bonifacio de Olea en su escuela misional.

P. Basilio de Barral.

El General Machado visita la misión de Amacuro.

el ataque, y si vuelven de él, es para morir a los pocos días. Y ante esta tragedia humana, los Misioneros no tienen médico que diagnostique ni medicinas para poder aplicárselas.

SOLOS, ABANDONADOS Y SIN ESPERANZA

En las crónicas de la Misión de Amacuro se refleja, por estas fechas, un ambiente de pesimismo sobre el futuro de la obra misionera. Se trabaja con esfuerzo sobrehumano y con denuedo titánico. No es el trabajo lo que preocupa y arredra a los Misioneros. Es el fruto de ese trabajo lo que se malogra.

El Gobierno quiere, a toda costa, que la Misión siga en pie y la ayuda económicamente. Pero todo eso se pierde amargamente por falta de ayuda moral, de estímulo y de reconocimiento. Las autoridades, que están en contacto directo con la Misión, no comparten las ideas civilizadoras del Gobierno Central de Caracas, y en consecuencia escatiman su ayuda, se cruzan de brazos o combaten, en disimulo o abiertamente, la obra de los Padres Misioneros.

Sin el apoyo de estas autoridades inmediatas, es imposible la recogida de los niños para el Internado. Imposible reducir a los fugitivos. Imposible salvar las dificultades que provienen de la frontera con la Guayana Inglesa.

Quieren que los Misioneros trabajen, y se les abandona a sus solas fuerzas, sin medios y sin protección. La realidad cruda, doliente y humanamente desesperante, se impone: ¡ABANDONAR LA MISION! o... ¡SACRIFICAR INUTILMENTE A TODOS LOS MISIONEROS...!

LUCHANDO HASTA LA ULTIMA POSIBILIDAD

Se hace una última tentativa solicitando al Gobierno una ayuda eficaz, clara y definitiva... El año 1938 se compromete el Gobierno a reconstruir los edificios de la Misión. Se levantan los planos y se calcula el presupuesto. En 1939, el P. Tirso de Escalante, Superior, es trasladado a Araguaimujo. Le suple el P. Basilio de Barral y llega de refuerzo, joven y entusiasta, recién venido de España, el P. Conrado de Cegoñal.

Para esta época se había saneado el terreno pantanoso que rodeaba a la Misión, construyendo un importante sistema de zanjas en una longitud de cinco kilómetros. Así el terreno sería más apto para la agricultura. Mientras se construyen los nuevos edificios proyectados, se sustituyen por paredes de madera las del dormitorio y escuela de los internos que, hasta entonces eran de bahareque —barro y cañas—. Con ello ganaron en ventilación, luz y alegría, los grandes salones del Internado. A ver si ahora se les quita a los muchachos la ocasión de comer tierra, vicio que tantos disgustos había dado a los Misioneros. Pero todo en vano. Este increíble vicio les hacía ir a buscar la tierra fuera de los edificios. ¡Inimaginable...!

SOLUCION RADICAL: TRASLADAR LA MISION

A último de julio de 1939, llegó de Visita Pastoral Mons. Gómez Villa, Vicario Apostólico. Después de DOCE AÑOS DE HEROISMO Y MARTIRIO FISICO Y MORAL, aquello no podía continuar así. Tanto dolor y sufrimiento, tantos trabajos agotadores e infructuosos en su mayor parte, tanto personal enfermo y casi inutilizado de por vida, obligaban a tomar una resolución radical y definitiva.

Se hizo un detallado y minucioso informe al Gobierno, y se pide su autorización para buscar otro emplazamiento a la Misión, donde pueda rendir mejores frutos el trabajo de los Misioneros.

El Gobernador del Territorio Federal Delta Amacuro fue comisionado para hacer el inventario y tasar las pertenencias de la Misión y tomar posesión en nombre del Gobierno central. El acto del traspaso se efectuó el 24 de febrero de 1940.

El personal indígena de los Internados fue trasladado a la Misión de Araguaimujo, igual que las Misioneras Terciarias Capuchinas que regentaban el colegio de las niñas.

En aquellas casas misionales, el Gobierno estableció un puesto de la Guardia Nacional para vigilar la frontera con la Guayana Inglesa. Pero estos nuevos ocupantes.... ¡LAS ABANDONARON AL AÑO SIGUIENTE! Los Misioneros habían permanecido DOCE AÑOS. Hoy, todo es allí soledad impresionante y selva muda.

BALANCE FINAL DE AMACURO

Durante los doce años que permanecieron en esta avanzadilla los Misioneros, cinco Padres y tres Hermanos tuvieron que abandonarla deshechos por las enfermedades. De las Misioneras Terciarias Capuchinas que en ella trabajaron, una murió. Otra, estuvo al borde de la locura, y cinco tuvieron que salir agotadas por las enfermedades del paludismo y la malaria. Las que en ella permanecieron, tuvieron que ser atendidas durante largas temporadas en el Hospital de la Guayana Inglesa.

MISION DE GUAYO

«El estado de absoluta ruina y abandono en que se encuentran los indios, causa impresión desoladora, y espontáneamente se subleva el alma contra aquellos desalmados rancheros, que consideran al indio en un plano inferior al animal.»

(Crónica de la exploración en 1940.)

Indios de la ranchería de Merejina.

Mons. Gómez Villa y el P. Basilio en la ranchería de Guayo.

EXPLORACION POR LOS BRAZOS DEL ORINOCO

Al cerrar el Centro Misional de Amacuro en febrero de 1940, comenzaron los Misioneros a realizar exploraciones para una nueva fundación. Mons. Gómez Villa, Vicario Apostólico, el P. Basilio de Barral y el Padre Isaac de Mondreganes, navegaron innumerables brazos del Orinoco en busca del lugar más apropiado. Cantidad de ríos e islas fueron visitadas hasta decidir comenzar una nueva reducción en la ranchería de Kuamujo. Queda encargado de poner las bases de esta fundación el P. Basilio de Barral.

LOS INDIOS COMO ESCLAVOS

La triste realidad con que se encontró el Misionero en las rancherías de Murako y de Kuamujo, igual que en las restantes de la zona, era la de que estos indios, desde tiempo inmemorial, estaban explotados por los abusos de los rancheros sin conciencia ni humanidad, los que hacían trabajar a los indios como esclavos. Vivían habitualmente desnudos, no les pagaban los jornales, y a pesar del trabajo duro e ininterrumpido a que los sometían, nada percibían los indios para remediar sus necesidades más perentorias. Llevaban una vida de verdadera e indignante esclavitud.

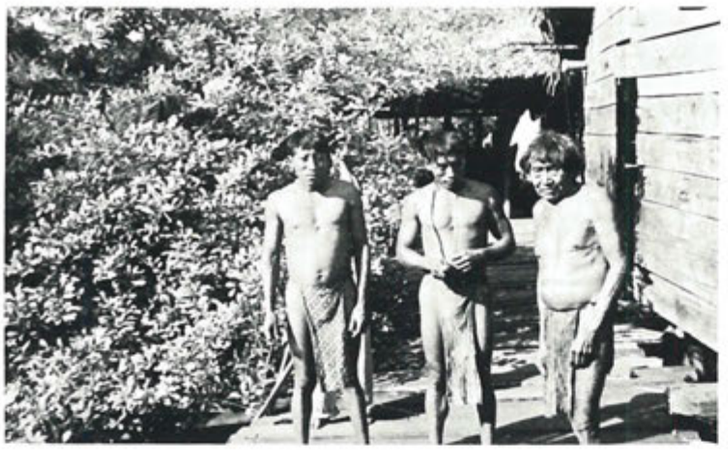
El P. Basilio, joven y emprendedor, pronto se dio cuenta de aquella situación que clamaba al cielo y a la tierra. Concibió la idea, con arrestos y valentía, de fundar un gran pueblo, reuniendo en una ranchería los habitantes de Kuamujo y de Murako, que entonces eran como unos doscientos indios. Y con este fin comenzó la construcción de una escuela capaz para cien niños.

Para resolver el problema económico, fomentó la agricultura como base imprescindible. Se iniciaron las talas de selva y comienzan las siembras colectivas de arroz, al mismo tiempo que se fomentan las siembras particulares para beneficio de las respectivas familias.

EL DRAMA QUE PUDO SER TRAGEDIA. PERSECUCIONES Y CALUMNIAS

Y aquí comenzó el drama del Misionero. Los indios, inconstantes y reacios a todo esfuerzo civilizador y enemigos de todo lo que suponga trabajo, abandonaron al Misionero y se volvieron con su antiguo explotador ranchero que les había explotado durante más de diez años. En ellos se cumplía el dicho ancestral:

«Huye el indio del trabajo,
busca la comodidad.
Donde le pegan, se queda,
donde le pagan, se va.»



Típicos indios Waraos.

Rancho, agua, selva e indios Waraos.

Allí comenzaron a llover calumnias y difamaciones sobre los Misioneros por parte de los explotadores de los indios. Veían en la obra misionera un obstáculo para sus bastardos intereses y se propusieron ahogar la Misión en sus mismos comienzos.

El antiguo ranchero, engañando a los indios, se había introducido en el mismo centro de las rancherías donde se pretendía fundar la reducción misional. Ante la campaña difamadora, y las amenazas y peligros a que estaba expuesta su vida, el Misionero, con gran dolor y pesadumbre, tuvo que abandonar el proyecto y buscar otro lugar donde trabajar con el mismo interés e idéntico esfuerzo, pero con más esperanza y menos peligro.

NUEVA FUNDACION. LOS INDIOS BUSCAN AL MISIONERO

Después de nuevas exploraciones y estudios de la zona, se decidió situar la nueva fundación misional en la ranchería de «Osibukajunoko» que, con el tiempo, habría de llegar a ser el gran Centro Misional de «San Francisco de Guayo». Era en el mes de junio de 1942.

¡Qué contraste! Los indios de esta zona habían llegado allí huyendo de los Padres Misioneros de Araguaimujo que intentaban civilizarlos. Ahora, eran los mismos indios los que buscaban al Misionero y le ofrecían su ayuda y colaboración para el desarrollo de sus planes.

El primer rancho ocupado por el Misionero fue una choza-palafito en las márgenes del caño «Guayo» que, por su proximidad al mar, sus terrenos estaban sujetos al flujo y reflujo de las mareas, siendo, por lo tanto, anegadizos y pantanosos.

NUEVA PERSECUCION. «NO QUEDARA NI UN SOLO MISIONERO...»

La Misión de Guayo, como casi todas, tuvo en sus principios el signo de la prueba difícil y la contradicción enemiga. Los empedernidos adversarios de la Misión que habían obligado al Padre a abandonar el primer emplazamiento de «Santa Cruz de Merejina», prosiguieron su campaña encarnizada para impedir la consolidación del nuevo proyecto en «Osibukajunoko».

Varios indios de las rancherías de Murako, Kuamujo y Jobure, previamente aleccionados y «envenenados», fueron llevados a Tucupita para presentar denuncias falsas contra los Misioneros. El P. Basilio es objeto de un cobarde y alevoso atentado del que salvó por verdadero milagro.

Llega, en visita de inspección, el señor Filomeno Castro, enviado especial del Gobierno Nacional. Este señor, mentalizado tendenciosamente por el Gobernador del Territorio Federal Delta Amacuro, enemigo declarado de la Misión y de los Misioneros, rindió al Gobierno un informe desfavorable. Este Gobernador del Territorio fue quien, en una reunión pública, afirmó que «no descansaría hasta lograr la expulsión del Territorio del último Misionero Capuchino».

Consecuencia de este falso e injusto informe, fue la salida de la Misión de Guayo de los Padres Basilio de Barral y Rodrigo de las Muñecas, por orden del Ministerio del Interior.

A PESAR DE TODO... ¡LA MISION ADELANTE!

Para sustituir a los Padres expulsados por el Gobierno, llega el P. Quintiliano de Zurita. Tiene que afrontar la dificultad de no conocer el idioma warao. Comienza por la construcción de un nuevo rancho para residencia de los Misioneros, con piso de tablas y paredes de ramas de temiche. Adosado a él construyó otros dos: uno para cocina y otro para depósito de víveres. Posteriormente levantaría otro que sería utilizado como capilla.

Tiempo después llegan a acompañar al P. Quintiliano, en sus penas y fatigas, el P. Bonifacio de Olea para hacerse cargo de la escuela indígena, y Fr. Camilo de Vega para atender a

las necesidades domésticas del Centro Misional.

El año 1944 es nombrado Superior de la Misión el P. Gaspar de Pinilla, quien con el P. Rodrigo de las Muñecas reemplazan a los Padres Quintiliano y Bonifacio. Es en esta etapa cuando se incrementa a gran escala la agricultura, es atendida la escuela con asiduidad y se realizan continuas excursiones y visitas apostólicas a las distintas y numerosas rancherías de la zona.

Inesperadamente, por estas fechas, el P. Gaspar de Pinilla es nombrado Vicario Apostólico de la nueva Misión de Guajira-Perijá. En su lugar quedó de Superior el P. Rodrigo y viene de compañero de labores apostólicas el P. Basilio de Barral. Dos figuras de primera división, que el odio y la venganza ruin habían expulsado, se hacen cargo en primera línea de la obra misionera de vanguardia. ¡Hay «algo» y «alguien» por encima y más allá de todas las ruindades humanas, aunque éstas sean ejecutadas por primeras figuras de la política y del gobierno...!

LA MISION CRECE Y SE AMPLIA

Se construye una nueva y más amplia Capilla. Se levantan nueve casas para otros tantos matrimonios educados en la Misión de Araguaimujo, como fundamento de un nuevo poblado civilizado y cristiano. Se levanta la nueva Casa de los Misioneros, y a los lados dos naves para servicios complementarios. Y una esperanza de siempre comienza a realizarse: la construcción de Casa e Internado para las Misioneras y las niñas.

Avenida de la Ranchería de Guayo.

EXPLORACION EN EL «INFIERNO VERDE» DESDE UPATA, POR LA SIERRA DE LEMA, A LA GRAN SABANA

Guayare a la espalda caminando por la Gran Sabana.

El 15 de diciembre de 1931, salen de Upata, en dirección a la Gran Sabana, el Vicario Apostólico Mons. Diego Alonso Nistal, el P. Ceferino de la Aldea y el P. Eulogio de Villarrín. El día 1 de enero de 1932 embarcan en el puerto de El Dorado para remontar el río Cuyuní.

«Habíamos navegado al compás de los remos nada menos que ocho días, con un sol de Dios y una plaga de mil diablos. Llegamos a un rancho donde encontramos cuatro indios que habían bajado de la Gran Sabana a pescar aimaras. Les invitamos a que nos acompañaran en el viaje. Su contestación rotunda fue: «Yo no yendo cuatro días».

Y allí tuvimos que esperar estos cuatro días, contemplando aquellos cuatro primeros ejemplares de indios de la Gran Sabana. Su única indumentaria era el «guayuco» rojo. Usaban pendientes como las mujeres. El labio inferior les servía de alfiletero. El rostro lo traían pintado de onoto, y con alguna otra sustancia negra habían dibujado —a manera de bigote— un punteado negro que les circundaba el rostro.»

P. Eulogio de Villarrín.

EN MARCHA POR LA SELVA

Comenzamos a penetrar en esta zona de la selva llamada, con justicia, el «infierno verde». Por aquella intrincada maraña y por un sendero no mayor que el de los bachacos, íbamos en caravana con los indios, y detrás, con sus casi setenta años, Mons. Alonso Nistal.

Varios ríos tuvimos que pasarlos montados en un árbol a la jineta, pero el caballo estaba quieto y el jinete era quien tenía que caminar. Después de dos noches pasadas en un continuo tiritar, y dos días de caminar casi tan fríos y oscuros como las noches, llegamos a acampar en lugar llamado La Laja.

Era un lugar sumamente pintoresco. Aquí pasamos el día lavando y secando la ropa. Pero lo que pensamos fuera un día de descanso, se convirtió en cinco. A mí me atacaron las fiebres tan fuerte como no recuerdo haberlas tenido en mi vida.

Más de una vez creí que el alma se me despegaba y se iba por el ventanal aquel de la selva. Al quinto día, algo mejorado, emprendimos la marcha, haciendo de tripas corazón y sacando fuerzas de la debilidad en que me había postrado el paludismo. Quedé apaleado por las fiebres y crujiéndome los huesos que parecía me iba a desarmar.

EL PASO TERRIBLE DE «LA ESCALERA»

Y llegamos a la subida, la gran subida del precipicio llamado «La Escalera». Este precipicio ha de ser famoso por los siglos de los siglos para todos los que tuvimos la terrible necesidad de subir y pasar por ella.

Me sería difícil describirla, pues es un artefacto fuera de todo arte, y además porque tanto el miedo que pasé, que como quien huye de la quema, apenas me detuve a mirarla. Lo único que recuerdo es que eran palos amarrados con bejucos que se cimbreaban como si fueran de goma y que un profundo abismo abría sus fauces a nuestras espaldas.

Pasado este abismo de «La Escalera» y remontando un cerro que

Primitivos indios Pemón.

Típica maloca de los indios Pemón.

por lo resbaloso podríamos llamar «cerro del Jabón», llegamos a un riachuelo con un bonito nombre indígena «Tukui-parú», que en castellano quiere decir «Chupa-flor», de aguas frescas y cristalinas.

Fue al noveno día cuando logramos salir de aquellos antros de la selva y dar vista al bello paisaje de la Gran Sabana.

TEMPERANDO EN AJI Y LUEPA

Llegamos al río Apanhuao, con agua de corriente impetuosa sobre piedras resbaladizas, y como no había canoa, muy en contra nuestra, tuvimos que pasarlo a pie, sumergiéndonos en aquel baño de agua tan fría que nos hacía dar diente con diente.

Para que la corriente no nos arrastrara, los indios tendieron un mecate (soga) para que pudiéramos asirnos y con la otra mano apoyada en el hombro de los indios pudimos vadear el río con el agua a la cintura. Y para que el baño fuera completo, durante la travesía nos obsequiaron las nubes con un espléndido chaparrón.

Después de tres horas de marcha llegamos al pueblo de Ají. ¿Pueblo he dicho...? Pues fue sólo por seguir la costumbre. Lo que allí encontramos fueron dos malocas de forma cónica y otro rancho completamente destartalado y en todos ellos no habría una quincena de indios.

Allí montamos nuestros reales, colgamos nuestros lechos pensiles y, sin consultar a nadie, nos proclamamos reyes de la miseria.

Despachamos dos indios embajadores con cartas para el P. Nicolás de Cármenes, que estaba en Santa Elena, anunciándole nuestra llegada y pidiéndole nos rindiera pleitesía con el envío de dos o más caballos.

Los indios nos obsequiaron con un guayare de casabe, bien recubierto de hojas de plátano, cual si se tratara de un tesoro. Y la realidad no era más que un nido de cucarachas que habían dado tantos besos a las tortas de casabe que nadie se atrevió a probar el obsequio. El remedio para el hambre era comer con toda parsimonia de las provisiones que llevábamos, ya que si no llegaba el remedio de Santa Elena, nos tocaría pasar verdadera hambre.

EN LUEPA, INDIOS INSACIABLES

El remedio para el frío nos lo proporcionaron un hacha que llevábamos nosotros y otras dos bien mohosas que tenían los indios. Al amanecer de cada día, armas al hombro, nos íbamos a cortar y rajar leña. Pero no fueron muchas las veces que pude repetir aquella hazaña, porque si «al que no está hecho a bragas, las costuras le hacen llagas», díganme ustedes lo que nos harían a nosotros en las manos aquellas hachas.

Monseñor Nistal, con su genio siempre activo, descubrió otra actividad a la que se dedicó estos días. Se fijó en el Capitán de la ranchería que, a través de los rotos del chaquetón que vestía como prenda única, tenía una gran herida en la espalda por donde cabía holgadamente el puño. Se dedicó, mañana y tarde, a curarle, cumpliendo el piadoso oficio del buen Samaritano.

Más al fin, aburridos de estar allí, ya que los indios nada nos entendían, ni nosotros a ellos, resolvimos trasladarnos a Luepa en busca de un rancho menos incómodo.

El nuevo rancho-palacio de Luepa estaba situado a unos diez kilómetros de Ají, en unas anchurosas sabanas que «el ojo no alcanza a ver». Los indios de aquí eran tan andrajosos y miserables como los de Ají. Monseñor les hizo algunos regalos de ropa y machetes. Pero aquellos indios parecían insaciables y querían todo lo que llevábamos. Uno de estos indios nos hizo comprender por señas de que nos iba a prender fuego al rancho para que se quemaran todos los corotos que teníamos guardados para ir repartiendo con otros indios durante el viaje.

Ranchería Pemón de la Gran Sabana.

Con el aparejo a cuestas atravesando los ríos.

INDIO MORDIDO POR SERPIENTE

Pero la actitud de este indio vengativo no quedó sin castigo. Al poco rato de este suceso, dicho indio salió a cortar leña y una serpiente le hincó sus envenenados dientes. Nos avisaron los otros indios por señas. A toda prisa fuimos a sus ranchos y encontramos al infeliz colérico retorciéndose en su chinchorro, con el pie hinchado y arrojando sangre por la boca.

Le dimos en varias tomas un frasco de bioforbina y un purgante de sulfato, hasta que escapó de la muerte. Pero ni por eso tuvo un detalle de agradecimiento para nosotros. Nos convencimos de que la ingratitud es una planta muy silvestre y nada extraño es que abunde entre estos salvajes.

Aquí permanecimos ocho días... Hasta que vimos asomar por el sur unos caballos que vinieron a sacarnos de nuestro embeleso. Eran los tres caballos que nos enviaba el P. Nicolás de Cármenes desde Santa Elena.

TRAVESIA DE LA GRAN SABANA

Iniciamos la nueva ruta a caballo. Apenas habíamos cabalgado media hora, cuando nos salió al encuentro el río Apanhuao. Pie a tierra. Los caballos lo pasan a nado y nosotros nos disponemos a hacerlo en curiara, por cierto bien agrietada.

Entra el primero Monseñor con un indio remador. Cuando están cerca de la otra orilla la curiara se voltea. El indio sale nadando como un pez, pero Monseñor, que iba con las botas de montar y el sobretodo, se fue al fondo del río como un plomo. El susto fue mayúsculo. A duras penas, agarrándose a las raíces de un árbol, pudo salir a flote. Cuando llegó a la orilla llevaba buenos buches de agua en el estómago.

Entre unas cosas y otras, perdimos allí más de dos horas. Repuestos del susto emprendimos la marcha y llegamos a pernoctar al lado de un río llamado Tandauken. En la mañana remontamos el pedregoso cerro Keré-potá y caminando sobre una altiplanicie caímos en unos campos atolladizos, que tuvimos que atravesar llevando a los caballos del ronzal.

MAS CAMINATAS, MAS CERROS Y MAS RIOS

Nos dimos cuenta de que, fuera de la temporada de verano, los caballos en esta zona en vez de ayuda son una carga, y que sólo el de «San Francisco» sirve incondicionalmente para todas partes.

Más días, más caminatas, más cerros y más ríos... La noche que pasamos a orillas del río Sakaika fue de las toledanas... El rancho que a toda prisa construyeron los indios no daba cabida más que para dos, y nosotros éramos seis. La lluvia, insistente y pertinaz, duró toda la noche.

Al reanudar la marcha al día siguiente, comenzamos a gozar con el cambio de paisaje. Ello contribuyó a aliviarnos del monótono caminar de estas interminables jornadas. Uno de estos días, al amanecer, nos dimos cuenta de que cerca del río Kamá donde nos encontrábamos salía una gran nube de espeso vapor de agua.

Picados por la curiosidad nos acercamos y vimos, con asombro, que el río se precipitaba en un soberbio salto de unos setenta metros de profundidad. Fantástica sorpresa del paisaje que guarda estas bellezas para el caminante y que espera el ojo fotográfico y la fantasía del poeta.

AGOTADOS Y SIN FUERZAS

De Kamá hasta el caserío Arauta-merú tardamos tres días. Todos estábamos para el arrastre: nos-

otros sin energías y los caballos sin fuerzas.

Las bellezas del paisaje eran encantadoras e indescriptibles: montañas, valles, ríos, cascadas..., con toda la variedad de colores y cambiantes de tonalidades.

La ranchería de Arauta-merú está situada en una loma pintoresca, en la misma orilla del río Yuruani, recibiendo el nombre de una cascada que significa «salto del araguato».

Bien simpáticos nos parecieron estos indios, sobre todo comparados con los otros, y las muestras de cariño y aprecio que nos dieron fueron bien recompensadas por Mons. Nistal. Después supimos que estos indios habían sido bautizados por el misionero católico de la Guayana Inglesa, P. Ignacio Cary Elwes. Los había bautizado en una Capilla próxima al Gran Roroima, y ellos conservaban sus partidas de bautismo como oro en paño.

La siguiente jórnada, y es la séptima, fue hasta el río Mapauri.El paisaje era encantador, el horizonte amplísimo, los cerros de formas fantásticas y caprichosas, la sabana cubierta de verdor. Y en medio de aquel mundo, sonriente como la esperanza, se alzaba una maloca solitaria. Tan solitaria que no encontramos en ella más que a un gallo haciendo de centinela. Pero la plaga que tuvimos que soportar no es para contada. Nada más amanecer ensillamos los caballos y marchamos de allí como alma que lleva el diablo.

LLEGADA A SANTA ELENA DEL UAIREN

Aún nos quedaba otro día de viaje. Pernoctamos en el rancho de Apiyai-yupué. Aquí nos sucedió el último percance. Casi al tiempo de acostarnos al joven palmerense que nos acompañaba, le picó una «araña mona». El dolor y la fiebre le hacían delirar. El pobre hombre pasó toda la noche arrepintiéndose de haber realizado aquel viaje: «¿Quién me mandaría a mí meterme en estos berenjenales?» Y nosotros, entre pena y rabia, nos pasamos toda la noche sin pegar el ojo.

Y por fin, al día siguiente, llegamos a Santa Elena del Uairén. Es decir, a tres ranchos que hay en una loma y otros tres medio escondidos en un recodo de la sabana, cerca de la frontera con el Brasil.

(Relato del P. Eulogio de Villarrín.)

Primitivo Centro Misional de San Francisco de Luepa.

MUERTOS DE SED EN PLENA SELVA

Vista parcial de San Francisco de Luepa.

DE LA GRAN SABANA A UPATA

Monseñor Diego Alonso Nistal necesitaba hacer una exploración de la zona de la selva donde se estaba construyendo una pica-camino atravesando la selva desde El Dorado a la Gran Sabana, a fin de presentar un informe sobre este asunto al Gobierno.

Por esta razón el viaje que teníamos que hacer habría de ser por esa zona de la selva y a pie. La escuadrilla de Misioneros exploradores la componíamos Mons. Nistal, el P. Maximino de Castrillo, un servidor (P. Félix M.ª de Vegamián) y tres muchachos indígenas de doce a quince años.

GUAYARES A LA ESPALDA Y EN MARCHA

El sábado, 17 de febrero de 1932, con nuestros guayares a la espalda, nos despedimos, de nuestros Hermanos Misioneros y Misioneras y emprendimos el viaje de regreso de Luepa a Upata.

Admirando siempre las bellezas del paisaje, pero sin nada especial que consignar, transcurrió el primer día. Pasamos la noche en plena selva donde, a fuerza de machete, abrimos un claro y colgamos nuestros chinchorros al amparo de una lona bien tirante para que, en caso de lluvia, nos defendiera del agua.

No estuvo mal tomada esta providencia, pero fue incompleta. A media noche cayó tal chaparrón que, a pesar del toldo, nos sirvió de baño a la fuerza. Durante el resto del viaje no volvería a llover, ni de día ni de noche. Y este habría de ser nuestro calvario: la falta de agua.

PESIMO CAMINO

La parte de la pica-camino que recorrimos en los cinco primeros días, era francamente pésima, por no decir infernal. No es fácil contar las caídas y golpes sufridos, debidos parte al exceso de carga que llevábamos sobre nuestras espaldas, pues no nos atrevimos a repartir con los muchachos indígenas, no fuera que se nos cansaran a la mitad del camino.

Luego, nos dimos cuenta de que nos habíamos equivocado, aunque ya era tarde. Su natural ligereza y la costumbre que, desde niños tienen de andar cargados por los montes, les facilita estos menesteres. Pero a nosotros, por falta de costumbre, nos rendían y nos dejaban deshechos al final de cada jornada. Daba pena ver a Mons. Nistal, con su avanzada edad, rodar por tierra con la carga a la espalda. Tanto Monseñor como el P. Maximino de Castrillo, que tantas veces han hecho estos viajes a pie por tierra a la Gran Sabana coinciden en afirmar que no han tenido ninguno tan duro y de tantas privaciones y trabajos como el que estoy relatando.

LAS «DELICIAS» DEL DESIERTO.

Al tercer día notó Monseñor que las provisiones, con ser de lo más rudimentario, eran insuficientes, con mucho, para los ocho expedicionarios. En consecuencia resolvimos comenzar a racionar, con bastante estrechez, por lo que pudiera pasar. Así y todo, el casabe se acabó al tercer día, la «fariña» (casabe en grano suelto) se terminó al cuarto. Como al principio teníamos mucha agua, ésta pagaba los gastos. Con unos polvitos que le daban color de leche o de chocolate se alistaba el desayuno o la comida.

Luego, como nos faltó del todo el agua, estos polvos nos duraron todo el viaje. Finalmente, traíamos carnes saladas, que los primeros días cocinábamos con arroz y ñames, pero después, en la etapa de sequía, los muchachos la asaban al fuego, y cada uno consumía su ración que siempre sabía a poco.

Así, recortando la ración y agotándosenos las fuerzas, al quinto día, al llegar la noche, estábamos materialmente rendidos, sin ánimo ni para colgar los chinchorros ni para echarnos a descansar. El excesivo cansancio no nos dejaba ni dormir. A todo esto añadan la odiosa compañía de las desesperantes garrapatas.

Tuvimos que regular los intervalos de descanso durante el viaje, ya que, temiendo se agotasen del todo las provisiones, no podíamos demorar el tiempo y había que apurar las jornadas hasta el último minuto posible. Reloj en mano lo más que nos concedíamos de descanso eran quince minutos. Y esto cuando habíamos escalado algún cerro muy pendiente o cuando teníamos que soportar un sol canicular al atravesar los claros de la selva.

LAS INSOPORTABLES GARRAPATAS

Estos indeseables compañeros de viaje merecen capítulo aparte. Las había de tres clases: unas chiquitas, casi imperceptibles, pero al llenarse de nuestra sangre adquirían el tamaño de una tilde de la «i». Otras, que en su tamaño normal no igualaban a la cabeza de un pequeño alfiler, al saciar en nuestro cuerpo su hambre atrasada, llegaban a hacerse como la cuenta de un rosario ordinario. Estas eran de color rojo apagado, abundaban más y corrían de una manera inusitada. Las últimas eran muy grandes, se veían muy bien y las sentíamos mejor en nuestro cuerpo.

Todas ellas, al llenarse de sangre, se desprendían fácilmente de nuestro cuerpo. Pero como quisieras arrancarlas antes de que se hincharan de sangre, era poco menos que imposible. Y si lo logras es peor, porque se parten y dejan enterrada su cabeza en nuestra propia carne. Y de todos los modos producen una comezón tan intensa y desesperante que es imposible tener un momento de reposo, pues el escozor y las ronchas tardan mucho tiempo en desaparecer.

Mientras el sendero fue tan estrecho que casi no podíamos caminar con los guayares a la espalda y no entraban los rayos del sol en el camino que pisábamos en la selva, no notábamos su presencia. Creíamos que habían desaparecido con la sequía.

Pero en cuanto llegamos a la «vía media», y sobre todo al entrar el quinto día en la «vía ancha», de unos cuatro metros, aquello fue el acabóse. Había crecido una maleza, al cortar los árboles para abrir camino, que era como una especie de escoba que, además de atormentar las piernas con sus cortadas y rasguños, estaban plagadas de garrapatas que al pasar se nos pegaban a las ropas y luego se introducían hasta incrustarse en nuestra carne, sobre todo de noche. Nos acribillaban vivos. Creo es imposible se formen una idea aproximada de lo que estos bichos nos hicieron sufrir, sino es teniendo que experimentarlo personalmente.

EL TORMENTO DE LA SED

También el agua nos tenía reservada su parte de hiel en este viaje de exploración. Comenzó a faltarnos al cuarto día. Para suplirla de alguna manera, encontramos en la selva unas fruticas chiquitas y de una acidez tal que nos dejaban la lengua en carne viva.

Sin soltar los guayares de la espalda, cada cual cogía las que podía y medio las comíamos. En parte daba lástima, y en parte hacía reír, ver a Monseñor, rodilla en tierra, revolviendo la hojarasca del suelo en busca de las codiciadas fruticas, cual sí fueran preciosos diamantes del río Caroní. Sólo al final de la jornada, y bien entrada la noche de aquel miércoles, pudimos encontrar un poco de agua.

El jueves, aunque nos sorprendió la noche en plena marcha, tuvimos que acampar sin probar una sola gota de agua. ¡Qué noche más horrorosa...! Sin agua, con la ropa empapada en sudor, y para remate la plaga desesperante de garrapatas que nos había invadido. El viernes no pudimos celebrar la santa Misa por no tener ni las cuatro gotas para mezclar en el cáliz.

ENCONTRAMOS AGUA... ¡PODRIDA!

En la jornada siguiente, hacia las nueve de la mañana, llegamos a un riachuelo. Desayunamos un poco de carne salada y un trago de «Toddy». Y agua, agua, mucha agua, como para vengarnos de la sed pasada. Pero aquellos riachuelos y aquella agua desaparecería como por ensalmo.

Sólo al medio día pudimos dar con una pequeña laguna, de agua verdosa y llena de gusanos negros y rabudos, semejantes a renacuajos que parecían estar de boda aquel día, según era el revoloteo y jolgorio que tenían en aquel cenagal. En el fango húmedo de la orilla se veían frescas las huellas del tigre.

Con una tela colamos el agua, y aunque había que cerrar los ojos para beberla, con ella logramos apagar la sed que nos torturaba. Como llovidas del cielo nos parecieron dos naranjas agrias y medio podridas que hallamos tiradas en el monte... Monseñor las repartió equitativamente entre todos. Yo comí hasta la corteza y las semillas del trozo que me tocó...

Nuestro animoso guía, el P. Maximino de Castrillo, quería alentarnos asegurando que no estábamos muy lejos de una estación minera llamada La Fe. En ella, en

Padre Baltasar de Matallana en excursión por las selvas del Caroní.

otro viaje, él había encontrado agua, naranjas y otras frutas... Nos pusimos a andar como desesperados, tratando de encontrar ese lugar, pues la sed nos mataba. Eran ya las ocho de la noche y ni aparecía La Fe ni teníamos esperanza de encontrarla.

Extenuados de sed y de cansancio, cayéndonos a cada paso por la oscuridad de la noche y los obstáculos del camino, nos echamos en la mitad del camino y nos entregamos a las manos de nuestro Señor, para que El remediara nuestra necesidad o dispusiera de nuestras vidas.

¡NI AGUA PARA CELEBRAR MISA!

En la mañana del sábado tampoco pudimos celebrar Misa por falta absoluta de agua, y porque no podíamos mantenernos en pie por la debilidad total de nuestro organismo.

A paso más que lento, con la cruz de nuestros guayares a la espalda, hasta que al fin llegamos a la tan deseada finca de La Fe. Allí hallamos los ranchos de sus antiguos dueños y muchos árboles frutales..., pero todos secos. ¡Ni una fruta, ni una gota de agua, ni un alma a quien pedir socorro...!

El sol no había acabado de evaporar el rocío que, en la noche, se había depositado en las hojas de las plantas de la selva. Cada uno fue recogiendo las que tenía a su alcance y lamiendo esas gotas de las hojas para refrescar un tanto nuestras fauces resecas. Fuera engaño o realidad, lo cierto es que con esas gotas nos sentimos algo aliviados.

Monseñor y el P. Maximino fueron a ver el sitio donde éste había encontrado agua hacía unos meses. Al verlo seco hicieron un hoyo en el suelo con el machete, esperando que manara algo... Pero todo inútil, no manó ni una gota.

Rebuscando en el platanal, encontramos unos racimos que no estaban ni a medio madurar de unos plátanos llamados «topochos». Nos pegamos a ellos como sanguijuelas buscando algo fresco. Los muchachos indígenas los asaron, nosotros los preferimos crudos, porque nos aliviaban más la sed.

LA ULTIMA TENTATIVA PIDIENDO AUXILIO

Viendo Monseñor que las cosas iban tan mal y que amenazaban con ponernos en situación humanamente desesperada, dijo que él se iba, con los muchachos mayores, andando a El Dorado —distante unos cuarenta y cuatro kilómetros— en busca de alguna ayuda.. Nos opusimos terminantemente, diciéndole que si decidía eso, nosotros nos íbamos con él. No queríamos dejarlo solo, por lo que pudiera ocurrir, aunque él estaba algo más animado que nosotros.

Y así sucedió. A media mañana le entró a Monseñor un estado de postración que era incapaz de mantenerse en pie. Si lo dejamos ir, hubiera quedado exhausto en el camino.

De común acuerdo resolvimos fueran los dos muchachos, Rafael y Lucio, que eran los más valientes, aunque desconocían enteramente aquella zona. Los encomendamos especialmente al Señor para que los guiara. Monseñor les entregó una carta para el Prefecto de El Dorado, en la que le suplicaba nos enviara con toda urgencia dos caballerías, agua, y algunas provisiones. Los muchachos no llevaban más carga que sus chinchorros, y por toda provisión lo único que teníamos: un trozo de carne salada y algunos «topochos» crudos.

Salieron aquel sábado a las nueve de la mañana y llegaron a El Dorado a las seis de la tarde. ¡Nueve horas caminando por aquella selva y cuarenta y cuatro kilómetros recorridos a pie...!

Pensando Monseñor que esta ayuda pedida con urgencia, tardaría en llegarnos de día y medio a dos días, creyó conveniente enviar a los otros dos muchachos, César y Aviano, con dos botellas que hallamos en el monte y un pequeño depósito de plástico en busca de agua a la laguna verdosa de los gusanos de la que hablamos anteriormente. Ya entrada la noche, estaban de regreso. Tomamos un poco de agua y con el resto preparamos algo de leche...

A la mañana del día siguiente, domingo, volvieron los muchachos por más agua. Al regreso se encontraron con dos tigres que les salieron debajo de un puente. Poco más adelante vieron dos leones

subidos a un árbol, uno de los cuales rugió y enseñó los dientes, pero no les atacaron.

¡LLEGA EL AUXILIO...!

Antes de que regresaran los muchachos, ya habíamos visto los cielos abiertos, pues al medio día habían llegado a La Fe el señor Marcelino Vallés y un joven que venían de El Dorado. Ellos nos dieron la poca agua que traían para su consumo personal. Nos informaron que, a poco más de una hora de camino, había una estación minera llamada La Lira, donde se conseguía agua y provisiones en abundancia. Nos ofrecieron una de sus cabalgaduras para acompañarles. A duras penas conseguí que Monseñor me dejara ir en busca de provisiones, aunque me acompañaba el muchacho indígena Cirilo.

El señor encargado de la estación minera, llamado Valentín Hernández, se portó admirablemente. Mandó que nos preparasen algo de comida y otras provisiones para Monseñor y el P. Maximino. Se vino conmigo a La Fe, con ánimo de trasladar a los Misioneros a la estación minera. Con la comida que traíamos y algo que allí preparamos, parecía que a Monseñor y al P. Maximino les volvía el alma al cuerpo.

Por ser ya de noche, no pudimos regresar a La Lira, pero lo hicimos al día siguiente por la mañana. Allí pasamos todo el día alimentándonos y recuperando fuerzas para seguir el camino hasta El Dorado. Uno de los mineros nos prestó su yegua.

Cuando regresamos a La Fe, ya estaban esperándonos los hombres que el Prefecto de El Dorado había enviado con sus caballerías, agua y provisiones en abundancia.

El martes, de madrugada, ya estábamos en marcha. Los tres Misioneros a caballo y el bagaje en un borriquillo. A pesar de toda nuestra diligencia no llegamos a El Dorado hasta las nueve de la noche.

RECIBIMIENTO ¡CON BANDA DE MUSICA!

Todo el pueblo estaba esperando nuestra llegada. Nos recibieron con banda de música, traída expresamente de Tumeremo por el señor Sifontes. En el trayecto que habíamos de recorrer tenían levantados varios arcos y adornos de bienvenida. Habían acondicionado una casa capaz y cómoda para hospedarnos, y allí fuimos colmados de atenciones que nos hicieron olvidar el calvario de trabajos y privaciones de todo el viaje de esta odisea.

Tal vez podría creerse que los grandes apuros que pasamos en este viaje, nos hubieran agotado la paciencia. Nada de eso. Ni una queja, ni una impaciencia, exterior o interior, vino a aumentar nuestros sufrimientos.

El señor Jefe de Inspectoría de Fronteras, General Carlos Rangel, nos hizo llevar a los Misioneros y a los muchachos indígenas primero a Tumeremo, y después hasta Upata, adonde llegamos el 2 de marzo a media tarde.

El P. Maximino y los dos muchachos de Luepa quedaron en Tumeremo, con ánimo de regresar a la Misión, otra vez andando, en la primera oportunidad.

(Relato del P. Félix M.ª de Vegamián.)

Primitivos indios Yucpa.

Ranchería Yucpa, en la cumbre de la montaña.

PRIMERA EXPLORACION AL TUKUKO

Aquel día —2 de octubre de 1945— salimos para el río Tukuko en compañía de unos diez indios. Ibamos en ayunas, pues el P. Cesáreo de Armellada recordó que ese día era la fiesta de los Santos Angeles, y como la Misión que por allí habíamos de fundar quería Mons. Turrado que se llamara «LOS SANTOS ANGELES DEL TUKUKO», debíamos hacer un poco de penitencia y llegar a la orilla del río para celebrar la santa Misa.

Y a la orilla del río llegamos cerca del medio día, tan fatigados y agotados que nos desfalleciamos. Nos reanimamos con un buen baño en las frescas aguas del Tukuko, y comenzamos a armar un altar con cuatro palitroques. El P. Cesáreo celebró la santa Misa, yo comulgué y los indios la oyeron a su manera. Después la mayor parte de los indios regresaron a sus ranchos, y nos quedamos solamente acompañados de dos muchachos.

EL CADAVER DE UN CRIMEN

En aquella orilla pasamos varios días, pensando qué hacer, por dónde comenzar, qué rumbo seguir... Luego nos dimos cuenta de que los indios no querían ir a parte alguna.

El invierno —las lluvias— estaba muy fuerte. Todos los indios de aquella zona del río se habían huido sierra arriba, a lo más alto de las montañas, pues el mes anterior habían caído sobre ellos unos cuantos criollos y otros indios del río Yasa y habían matado a uno de esta ranchería. El cadáver de este indio lo encontramos nosotros cerca del lugar donde habíamos acampado. El cadáver estaba comido por los zamuros, menos los pies..., como si quisiera todavía el esqueleto huir de los que le mataron.

Cuando preguntábamos a los muchachos indios que nos acompañaban dónde había camino, su contestación era siempre la misma: «ojo uane» = yo no conozco.

ESCALANDO SIERRA

El P. Cesáreo aprovechaba el tiempo tomando notas y apuntando palabras de su idioma. Yo hacía la comida, y en los ratos libres me dediqué a «esquilar» las negras y tupidas cabelleras de los indios, y a limpiar con alcohol sus cabezas que las tenían llenas de «ganaditos»... Es suficiente decir que yo vestía hábito blanco, y cuando terminé de «esquilarles» mi hábito era por delante marrón de la su-

ciedad y cantidad de piojos que tenían.

Visitamos en aquellos días varias haciendas que había en aquella zona, donde nos informaron de varios asuntos que nos interesaban. El señor Tirso Vargas nos prestó dos caballos para que no regresáramos a pie.

Una de las tardes subimos a la ranchería de los indios Pariríes. Pero ¡qué caminos, Dios santo...! ¡Y qué cerros y qué barrizales...! Tuvimos que pasar dos veces el río Yasa con el agua hasta el cuello. Después de dos horas escalando sierra, llegamos a unos ranchos miserables. Había muy pocos indios. Pero comenzaron a gritar y poco después se reunieron como unos cincuenta. Unos pocos llegaban con gesto de valientes; los más temerosos y desconfiados. Todos nos saludaban con una sola palabra: ¡«Capuchina»!

ABRASADOS POR LAS GARRAPATAS Y LOS MOSQUITOS

Habíamos subido para enterarnos de la posible intervención de estos indios en el crimen antes referido. Raúl, su capitán, estaba herido en un brazo. Pero absolutamente nada pudimos sacarles referente al asesinato.

Como ya se nos hacía de noche, les mandamos que bajasen al día siguiente a la hacienda donde estábamos hospedados...

El último día de esta exploración, era el 13 de octubre de 1945, de regreso a Machiques tuvimos que pasar tres veces el río Yasa con el agua a la cintura. Poco después de medio día llegábamos, sanos y salvos, a nuestra casa central de Machiques. Por esta vez los indios no tuvieron flechas para nosotros. En cambio veníamos heridos y atormentados por las garrapatas y mosquitos que nos habían abrasado con sus desesperantes picadas.

Esta fue la primera exploración que yo hice por la sierra de Perijá, donde habíamos de fundar el centro misional de Los Angeles del Tukuko.

(FR. PRIMITIVO DE NOGAREJAS.)

Pobreza y miseria de un rancho Yucpa.

Ranchería Yucpa de la sierra de Perijá.

VIAJE A LAS AVANZADILLAS DEL TUKUKO

«Realmente se necesita voluntad indomable, temple de héroes y ánimo de conquistadores para mantenerse a pie firme en aquellas avanzadas misionales, solos, incomunicados, faltos de salud y sobrados de privaciones...»

(P. Félix M.ª de Vegamián)

Cálculo que, desde Machiques al Tukuko, puede haber los setenta kilómetros, o algo más. Este trayecto se puede hacer en siete horas llevando buen paso la caballería, y no sucediendo percances desagradables. El camino es malo en invierno, y pésimo —casi infernal— en algunos trozos, sobre todo para camiones y carros de bueyes.

El antiguo sendero que yo recocorrí con los indios en 1939 ha sido rectificado en muchas partes, y ensanchado en todo su trayecto por los Misioneros, de suerte que podrá llegar el carro de bueyes hasta la Misión. Ese camino abierto por los Misioneros tiene unos siete kilómetros hasta el Tukuko.

COMIDOS POR EL PALUDISMO

Llegamos a la Misión hacia las seis de la tarde del 26 de julio de 1947. El primer saludo que recibimos fue el de Fr. Primitivo de Nogarejas, que tenía una cara de paludismo metido hasta los huesos que daba compasión. Delgado, macilento, a pesar de su sonrisa y buen humor, decía bien a las claras cuán caro estaba pagando el noviciado de aquella fundación misional.

El P. Clemente de Viduerna,

Panorámicas de la sierra y selva de Perijá.

otro de los Misioneros de aquella avanzadilla, estaba ausente en Maracaibo, tratando de recuperar los glóbulos rojos que el paludismo perijanero le había arrebatado. En iguales circunstancias se encontraban los tres trabajadores criollos que estaban en la Misión.

Realmente se necesita voluntad indomable, temple de héroes y ánimo de conquistadores, para mantenerse a pie firme en aquella avanzada misional, solos, incomunicados, faltos de salud y sobrados de privaciones e incomodidades... Y a pesar de todo esto, han sido atacados y calumniados en la Asamblea Constituyente del 10 de septiembre, asegurando algunos de sus miembros que los Misioneros Capuchinos no estaban en la selva, sino cómodamente situados en la ciudad de Machiques.

AGRICULTURA Y GANADERIA

Cumpliendo el deber que me llevaba a esta Misión, que era el de inspeccionar las obras realizadas o en vías de ejecución, pude darme cuenta del esfuerzo que supone, en menos de un año de residencia permanente que llevan allí los Misioneros, el que estén recogiendo ya los frutos suficientes para sus necesidades actuales y las de los trabajadores que con ellos conviven, amén del pasto para el ganado vacuno y el maíz para las aves de corral y demás animales domésticos.

En los principios pasaron grandes penalidades y trabajos por falta de provisiones. Para proveerse de lo necesario tenían que recurrir a las haciendas vecinas, donde no siempre conseguían lo que buscaban, y si lo conseguían era a precios elevadísimos, casi astronómicos.

Esto era debido, en gran parte, a que no se veía con buenos ojos la fundación de aquel Centro Misional, porque iba a frenar los abusos e injusticias que los hacendados estaban cometiendo con los indígenas.

Calculamos las siembras que actualmente tienen realizadas los Misioneros: 600 plantas de plátanos y cambures en plena producción. Hectárea y media de arroz. Más de una hectárea de yuca dulce. Otro tanto de maíz, fríjol, ocumo, batata, maní, caña dulce y árboles frutales.

Han introducido, y están fomentando, la cría de ganado. Los primeros cochinos y alguna vaca, de excelente raza, fueron conseguidos de regalo por Fr. Primitivo, así como un magnífico caballo que le obsequió su «padrino», el señor Miguel Gaspar de Machiques.

En esta fecha de inspección de la Misión, tenían en el Centro once vacas lecheras, diez terneros, cuatro becerros, un toro, cuatro bueyes para el carro, ciento veinte gallinas, veintinueve cochinos, tres caballos, dos mulas y cinco palomas.

LA NOBLEZA DEL TRABAJO

A nadie que conozca la suma importancia que para la Misión de estas zonas tiene la cuestión económica, le extrañará nuestra preocupación por incrementar la agricultura y la ganadería en los «Angeles del Tukuko». Es imprescindible dar a este Centro una base ecónomica, firme y segura, porque su sostenimiento y desarrollo, y teniendo en cuenta el establecimiento de los Internados, es absolutamente imprescindible.

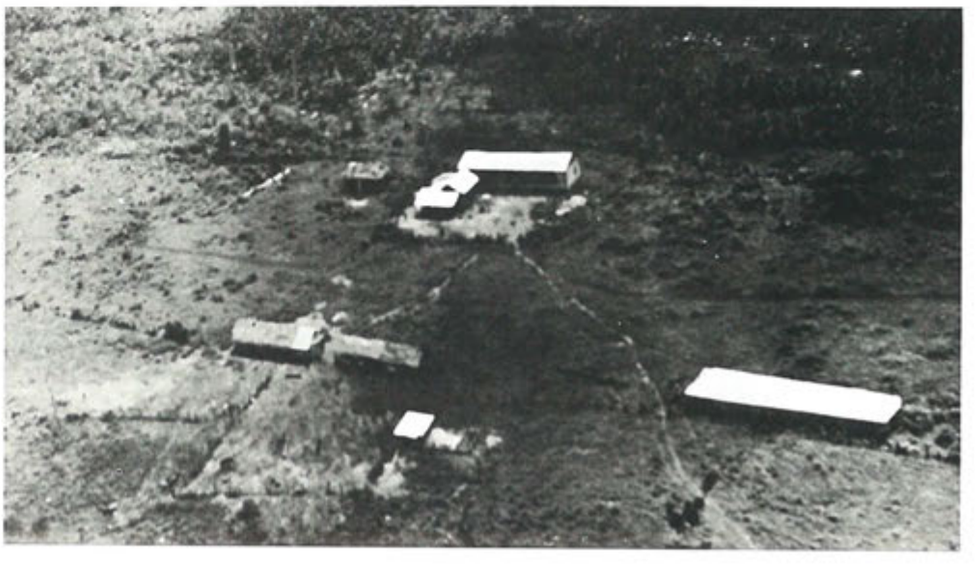
Por otra parte, el fomento de la agricultura y cría es un buen ejemplo educativo para los indígenas, a quienes debemos incultar, teórica y prácticamente, el amor al trabajo como medio indispensable para ganarse honradamente la vida. Después se les irá instruyendo, poco a poco, en las verdades religiosas y en la moral cristiana.

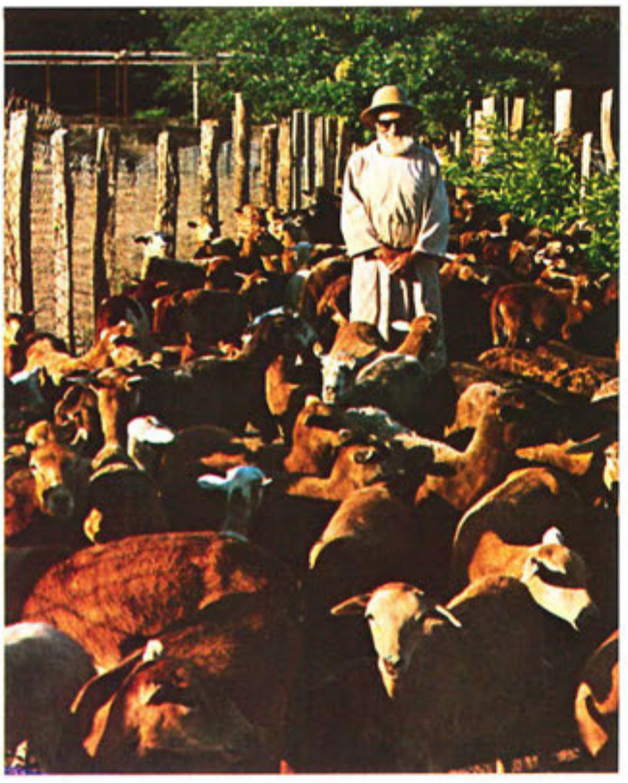
LOS EDIFICIOS MISIONALES

Muy grande les viene el nombre de «Edificios» a los ranchos actuales de la Misión del Tukuko. Todos los ranchos cortados por el mismo patrón: techo de palma, paredes —cuando las hay— de la misma materia, y piso de tierra. Así están construidos la Capilla, la vivienda de los Misioneros, las casas de los trabajadores... ¡Aquello es una verdadera y auténtica democracia...!

(P. FÉLIX DE VEGAMIÁN.)

Primitivos ranchos misionales de Los Angeles del Tukuko.





Fray Honorato y su rebaño de ovejas.

EL MISIONERO AGRICULTOR Y GANADERO

LOS PLATANOS FUERON LLEVADOS A AMERICA POR UN MISIONERO ESPAÑOL

El plátano ha servido de alimento al hombre desde los tiempos prehistóricos. Parece ser que su cuna estuvo en las regiones tropicales húmedas del Asia Meridional. Se sabe que el año 327 a. de C., los ejércitos de Alejandro Magno encontraron en la India platanares florecientes. Según una vieja leyenda, los filósofos de la India solían reposar a la sombra del plátano, alimentándose con sus frutos. A ello se debe que se llamase al banano «la fruta de los sabios».

Una gran travesía que hizo el plátano fue el viaje trasatlántico de las Islas Canarias al Nuevo Mundo. Fue el R.P. Tomás de Berlanga, sacerdote español, quien trajo a América la alimenticia fruta.

El P. Berlanga vino de Misionero a la isla de Santo Domingo en 1516, pocos años después de los famosos viajes descubridores de Colón, y trajo consigo algunas raíces de plátano de las Canarias. Su ejemplo fue seguido por otros Misioneros que plantaron bananos en el Nuevo Mundo para que no faltara el alimento.

De Santo Domingo se extendió a las demás islas del Caribe, y posteriormente a las zonas tropicales del continente. Asi fue cómo la planta, después de dar media vuelta al mundo, llegó a la América Central, que es la región donde más se cultiva en la actualidad.

Cosecha de arroz en Araguaimujo.

Parte de la ganadería de Santa Elena del Uairen.

LOS MISIONEROS LLEVARON LA PRIMERA GANADERIA

EL NOMBRE DE GUAYANA SERA INSEPARABLE DE LAS MISIONES CAPUCHINAS

La Guayana venezolana de hoy es un emporio de riqueza y de posibilidades económicas. Pero la Guayana del siglo XVII y parte del XVIII, era una zona pobre, despoblada y hambrienta. Esta zona se convierte en tierra rica y bien poblada, gracias a la tesonera labor de los Misioneros Capuchinos.

Estas antiguas Misiones del Caroní o de Guayana son especialmente famosas en la historia de Venezuela, por su buena organización ECONOMICA, INDUSTRIAL Y GANADERA. De esta enorme ganadería se apropió el ejército de Bolívar, ante su gran problema económico y alimenticio, para dar la última batalla en la guerra de la independencia.

Para 1728 estas Misiones estaban fundadas de una manera firme y estable. Es entonces cuando esta zona comenzó a poblarse y organizarse en el campo de la agricultura, industria y ganadería. Cuando llegaron los Misioneros Capuchinos catalanes, dicen las crónicas, que sólo encontraron «cuarenta españoles, pobres y miserables», que nada podían proporcionar a los Misioneros.

Ante este problema desolador, el entonces Prefecto de las Misiones, Fr. Tomás de Santa Eugenia, se lanzó a una empresa heroica y quijotesca, dispuesto a morir o vencer. Este Misionero, acompañado de tres hombres, pasó.

«... a la otra banda del Orinoco, dirigiéndose en viaje para la Nueva Barcelona y Cumaná, sin conocimiento de camino (entonces no la había) y guiándose con agujas de marear.

Después de veintisiete días de camino por muy dilatadas sabanas, y acabados los bastimentos, sin saber dónde se hallaban, quiso la Divina Providencia que encontrasen unos indios que, afables, los condujeron a su pueblo, desde donde los guiaron hasta el logro de su viaje. Y notificados nuestros devotos de la Nueva Barcelona y Cumaná de tan nuevo como extraordinario viaje..., todos ellos contribuyeron gustosos y caritativos a la petición de dicho Reverendo Padre Prefecto, *dándole hasta CIEN RESES VACUNAS,* que recogidas de varios hatos en dos meses, fueron conducidas a esta de Guayana; y con el cuidado y buena diligencia nos ha dispensado la Divina Providencia ganado suficiente para la manutención de los Religiosos Misioneros, de los indios y de las nuevas reducciones...»

TELARES Y TEJIDOS

Hicieron luego los Misioneros grandes plantaciones de algodón, y enseñaron a las indias a hilar y tejer con nuevos métodos y maquinaria traída de Cataluña por los Misioneros, y con ello quedó también solucionado el problema del vestido.

LABRANZAS COMUNES Y PARTICULARES

Cada pueblo de Misión, donde había pastos, tenía su hato de ganadería y su labranza común, además de las particulares de cada familia indígena.

MULAS PARA TRANSPORTE

Para el transporte de los productos sobrantes de cada Misión a la Procuraduría del Caroní, existían en todos los pueblos recuas de mulas de carga, las que al regreso llevaban los artículos de que tenían necesidad.

MATANZA DE MISIONEROS Y DESAPARICION DE PUEBLOS

Con la matanza de los Misioneros en Caruachi, y la expulsión de los demás, sobrevino la ruina y desolación a esta zona. De aquellos pueblos no quedan hoy más que Upata, Tumeremo, El Palmar y Guasipati.

El misionero marcando las reses de la misión.

Fray Patricio de Molina, experto ganadero,

CRONICA MISIONAL DE AGRICULTURA

MISION DE GUAYO, marzo a mayo de 1944

—Se comienza la tala de selva —unas diez hectáreas—, para la siembra del maíz.

—Sale el P. Rodrigo de las Muñecas para Burojoida (isla) a sembrar árboles frutales: naranjos, aguacates, mangos y lechozas.

—En este tiempo, y en varias zonas, se sembraron 3.100 plantas de ocumo.

—Se siembra un barril de maíz.

—Se siembran batatas, mapui, y setenta plantas de piña.

—Se siembran 3.600 matas de ocumo.

—Se siembran veinte sacos de arroz.

—Se siembran 32 naranjos, 5 mangos, 290 cocos, una cuartilla de fríjol, una cuartilla de yuca dulce y media cuartilla de batata.

EN 1946

En las Islas Burojoida, Tobeína e Iduburojo, se sembraron DOS MIL plantas de coco, algunas traídas de la Isla de Trinidad.

RECOLECCION DEL ARROZ
(Crónica de agosto de 1948.)

Durante todo este mes, se dedicaron los indios y los Misioneros a la ardua tarea de la recogida de los arroces.

Se recibieron de los indios protegidos por la Misión, la cantidad de DOS MIL CINCUENTA Y DOS quintales (2.052), por valor de TREINTA Y CUATRO MIL QUINIENTOS OCHENTA Y OCHO BOLIVARES, (como unas 600.000 ptas.). De éstos se les entregó a los indios en efectivo, VEINTE MIL QUINIENTOS OCHENTA Y CUATRO BOLIVARES¡ los CATORCE MIL RESTANTES, se les dio en efectivos personales y comida.

Nota.—Queremos hacer constar en esta Crónica que ese esfuerzo de los Misioneros por fomentar el trabajo entre los Indios, como medio seguro de elevar su nivel de vida, ha sido contrarrestado, debido al abuso de los vendedores sin conciencia —por venta clandestina— de bebidas alcohólicas. Se calculan en SETECIENTOS GALONES —(unos 3.500 litros)— lo vendido fraudulentamente a los indios.

El misionero enseñando a arar a los indios.

... y a sembrar.

UN HEROE DEL FOMENTO DE LA GANADERIA EN LA GRAN SABANA

VIAJES AL BRASIL, PENOSOS Y ARRIESGADOS

«Durante mi larga permanencia en la Gran Sabana hice frecuentes viajes al Brasil, con objeto de traer ganado y provisiones para la Misión de Santa Elena y de Luepa. De la parte de Venezuela, por lo inaccesible de las vías de comunicación, no podíamos proveernos de las cosas necesarias. En estos viajes, largos, penosos y arriesgados, pasé muchos trabajos y penalidades, y me ocurrieron aventuras, peligros y percances de todo género, que me sería imposible referir por extenso. Haré, de los principales, un breve y sencillo relato.

En el año 1934 hice tres viajes al Brasil, acompañado de cuatro indios. Llevábamos una recua de nueve mulas de carga. Cada viaje, si no había percances especiales de enfermedades, veníamos tardando de diecisiete a veinte días. En uno de estos viajes traje los dos primeros burros que llegaron a esta zona. Fueron la atracción y el acontecimiento para los indios, pues jamás habían visto animales con orejas tan grandes.

ENFERMO, Y POR SANATORIO UNA CUEVA EN LA ROCA

El año 1935 fue un año de abundantes peripecias en estos viajes. En uno de ellos, a los pocos días de haber emprendido la penosa marcha, me siento atacado por las fiebres. En aquella ocasión me atacaron dura y persistentemente. Eran fiebres malignas. Y a todo esto, sin tener a mano médicos, ni medicinas, ni lugar donde hospitalizarme. En los tres días en que me abrasaron, no tuve más remedio y solución que refugiarme debajo de una roca que cubría una cueva. Al fin y al cabo esta roca me cubría en caso de lluvia. A los tres días en que las fiebres me aflojaron, me puse un poco mejor y pudimos reanudar el viaje.

SE ENFERMA EL INDIO QUE ME ACOMPAÑABA

Pero para colmo de males, se me enferma el indio que me acompañaba. Es atacado por un fortísimo dolor en una pierna que le impedía andar y cabalgar. Nos retrasamos varios días pues en muchos trechos, cuando más le daba el dolor, tenía que cargarle sobre mis hombros para poder avanzar algo.

Las noches nos veíamos obligados a pasarlas en pleno campo o selva y al sereno. Dormíamos arrullados por el roznido de los tigres que merodeaban en aquella zona.

Cinco fueron los viajes que tuve que hacer este año al Brasil para traer ganado y provisiones. En uno de ellos traje un reloj de pared que fue una verdadera intriga para los indios. Al dar las campanadas de las horas, los indios quedaban boquiabiertos y mirando al reloj por todos los lados, buscando quién estaba dentro tocando las campanas.

ARRASTRADO POR EL RIO AL BORDE DE UNA CASCADA

En uno de los viajes al Brasil en 1937, nos pilló en plena época de lluvias. Los ríos habían crecido extraordinariamente, y no teníamos más remedio que pasarlos a nado, porque no había puentes de ninguna clase. Al pasar el río Miá montado en un macho, la corriente impetuosa nos arrastró a los dos más de cien metros río abajo. Menos mal que unos brasileños que nos vieron en aquel peligro acudieron en nuestra ayuda. Al macho le sacaron medio muerto, y a mí lograron cogerme cuando la corriente me llevaba muy cerca de una cascada, donde estuve a punto de precipitarme y dar el salto mortal con todo mi cuerpo. Aquel día sí creí que era el final de mi vida.

CON LA PISTOLA AL PECHO: ¡NO SE MUEVA, QUE LO MATO!

En 1938 fueron tres los viajes realizados al Brasil. El último de ellos, que duró desde el 22 de marzo hasta el 18 de mayo, fue para transportar setenta y cinco reses vacunas y doce bestias cargadas con bastimento, provisiones y mercancías.

Al llegar al río Surumú, en el Brasil, de entre la selva de la orilla, me sale al encuentro un hombre ya de edad. Se acerca a mí con un gesto raro y sacando un revólver me lo pone al pecho y me dice: —«No se mueva, que lo mato»—. «Devuélvase a Venezuela».

Comenzó a insultarme con toda las palabrotas y frases gruesas y ofensivas que tenía en el repertorio de su vocabulario. Yo, que tantas veces en la selva me había tenido que enfrentar a los tigres y les había matado, me mordí el genio fuerte de mi temperamento ante aquella bestia humana, y no le contesté ni una sola palabra. Cuando terminó su sarta de improperios e insultos, le dije con toda la amabilidad de que fui capaz:

—¿Ya acabó de hablar, buen amigo...? Pues ahora vamos a tomar un café, que mis compañeros me están esperando.

Esta salida mía le dejó tan desconcertado que, con cara de asombro y retirando la pistola de mi pecho, aceptó mi invitación como un balón que se desinfla. Después me contó que estaba muy disgustado con los venezolanos porque les habían expulsado de unas minas de la Gran Sabana donde estaban trabajando varios brasileños. Yo era el primer venezolano que pasaba por allí después del percance de su expulsión, y conmigo quería vengarse.

Al poco rato, pesaroso y arrepentido de su brabuconería, me preguntó:

—Y usted, Padre, ¿no tenía miedo cuando le puse la pistola al pecho...?

—¡No! —le contesté—. Ando preparado para todo evento. Lo único que me preocupaba eran mis compañeros los indios, que estaban pálidos de susto, al presenciar aquella inesperada escena.

Desde entonces nos hicimos grandes amigos, y siempre que nos encontrábamos en el Brasil, todo apesadumbrado, me pedía perdón por la fechoría que me había hecho.

CERCADOS POR LA INUNDACIÓN

El 15 de noviembre de 1939, partía nuevamente para el Brasil, acompañado de Rafael Nistal y Gabriel Contreras, dos muchachos del Internado de la Misión. Compramos ¡mil trescientas noventa y tres reses! y cincuenta y seis caballos para la Misión de Luepa. Tuvimos que hacer ocho viajes al Brasil para trasladar el ganado en lotes de ciento setenta reses, durante jornadas interminables, arriesgadas y peligrosas en todos los sentidos.

Lo más temible de estos viajes era tener que atravesar tantos ríos con tanto ganado. Siempre perdíamos varias reses que se nos ahogaban.

En uno de estos viajes, de Santa Elena a Luepa, el río Kukenán se había desbordado y nos tuvo cercados, a nosotros y al ganado, por espacio de ocho días. Nosotros tuvimos que escalar y abrir camino a través de unos cerros para salir del cerco del agua. Las reses, cuando bajó la crecida, tuvieron que nadar más de un kilómetro.

Se nos agotaron las provisiones. Uno de los indios se me enfermó de pulmonía... No sabíamos qué partido tomar... Hasta que, por fin, llegó el P. Eulogio de Villarín con varios indios y un criollo en nuestro auxilio. Con la pérdida de varias reses llegamos, sanos y salvos, a la Misión de Luepa.

Relato DE FR. PATRICIO DE MOLINA

... y a recoger la cosecha. El carro está íntegramente fabricado por los misioneros.

Primeras aves de corral de la Gran Sabana llevadas por los misioneros.

EL MISIONERO CAZADOR DE TIGRES

Hermoso ejemplar de tigre cobrado por Fray Patricio.

«DURANTE LOS AÑOS QUE ESTUVE EN LA GRAN SABANA MATE DIECINUEVE»

«El 7 de octubre fui al Hato de Chinaday, llevando conmigo a los tres perros que siempre fueron mis leales amigos y fieles compañeros: MAZORCO, ARAUTA y BLANCO. En el camino encuentro un lote de ganado asustado, y a lo lejos oigo el lastimero bramido de una vaca por su becerro recién nacido.

El pobre animal se vino hacia mí, y como queriéndome indicar algo, volvía la cabeza mirando a un recodo de la selva. Pronto los perros cogen el rastro de un animal extraño... Poco después, los perros ladran con rabia, como si estuvieran luchando con un enemigo. ¡Me doy cuenta que es el tigre...!

—¡Animo, compañeros, no le dejéis marchar, que voy a ayudaros.»

Me meto por la espesura de la selva, cayéndome y levántandome en aquella maraña y espesura. Los perros me daban con el rabo y levantaban la cabeza hacia un árbol. Allí estaba el tigre encaramado, abriendo la boca y enseñando rabioso sus terribles dientes. Monté el revólver de doce tiros y disparé a la fiera. Le di en el pecho, pero no cayó del árbol. Los perros ladran desesperados porque no pueden subir a aquella altura. Disparo nuevamente, y la fiera cae al suelo. Ya casi muerto, cuando se le acercaron los perros, a uno de ellos le dio una buena dentellada.

Intento echármelo a la espalda, pero no puedo con aquella pesada fiera. Arrimo mi caballo «Palomo», coloco al tigre sobre las ancas y me dirijo hacia la casa del Hato. Llamo a los indios, diciéndoles que salgan a desollar un venado. Dan un grito de alegría y salen corriendo. Cuando se encuentran con aquella fiera, retroceden asustados y no quieren desollarlo. Hasta que al fin, ante mis ruegos, lo hacen. Después le asamos y nos le comimos.

Como a los ocho días maté otro tigre «mori», más grande que el anterior. Pero éste me mordió tremendamente a dos perros, particularmente a «Mazorco», que le dejó tan mal parado, que tuve que llevarle a la Misión e «internarle en la clínica» durante varios días.

LUCHANDO CON EL TIGRE EN UN PANTANO

En otra ocasión, la lucha con este fiero y bello animal fue espectacular y dramática. La pelea entre el tigre y mis perros comenzó en terreno seco, pero aquel drama a vida o muerte terminó en un pantano.

Todos los perros estaban fuera de combate en la lucha con aquel tigre descomunal. Sólo «Arauta» hizo un supremo esfuerzo para que no se nos escapara, y se tiró a él. Se agarraron mutuamente por la cabeza y los dos cayeron al fango, pero sin desprenderse uno del otro.

No tengo más remedio que meterme yo también en el fango, antes de que me mate al perro y pueda escaparse. Con el agua y el barro hasta las rodillas me acerco al tigre y le disparo entre las orejas... Fue suficiente. También nos le llevamos y nos le comimos.

EL PADRE RODRIGO DE LAS MUÑECAS

P. Rodrigo de las Muñecas.

Introductor de los grandes cultivos de arroz en el Delta Amacuro. El Misionero a quien los indios Warao le quisieron nombrar su «GRAN CACIQUE».

El P. Rodrigo de las Muñecas es un Misionero veterano y entusiasta, campechano y sonriente, con figura casi de atleta. Su vida entre los indios Warao está llena de episodios interesantes: cómicos y novelescos, unos. Dramáticos y casi trágicos, otros.

Es uno de los Misioneros que logró adentrarse más en los secretos del alma de los indios Warao. Y uno de los que más prestigio y autoridad consiguió entre estos indígenas del Bajo Orinoco. Con él entablamos la conversación:

—Padre Rodrigo, ¿en qué zonas misionales se ha realizado su vida durante estos años?

—Mi vida misionera se ha realizado entre los Centros de Araguaimujo y Guayo. A esta última llegué cuando ya estaba nacida. Puedo decir que fui a bautizarla con el nombre de SAN FRANCISCO DE GUAYO. Es un nombre franciscano-indígena que tiene para mí un significado extraordinario. Es la atracción de lo propio, de lo vivido y saturado en nuestra alma. Es de esos nombres que te hablan al corazón.

—¿Cómo se le ocurrió, Padre Rodrigo, la arriesgada idea de introducir a gran escala el cultivo del arroz en esa zona?

—Fue la solución al problema de la alimentación de los indios reducidos. Antiguamente el indio vivía de la pereza. El bosque, la selva, le daba lo que rudimentariamente necesitaba para vivir, pero de una manera incompleta. Con el arroz ha llegado el indio a disponer de dinero como los criollos, y veces más que ellos. La lástima es que todo lo despilfarran, y no son capaces de tener la más mínima idea sobre el ahorro.

—¿Qué sistema de cultivo ha implantado para que el trabajo y los enormes gastos puedan ser rentables?

—El sistema que hemos introducido en esta zona indígena, es a base de grandes plantaciones, unas colectivas y otras individuales. Las colectivas son para beneficio de la comunidad indígena, para hacer las nuevas viviendas, las escuelas, dispensarios médicos..., etc. Y las individuales son

para beneficio personal y familiar del indio que las trabaja.

¿Cuál ha sido, hasta ahora, el resultado de este sistema que usted ha introducido?

—En la primera tala y siembra se consiguieron unos 10.400 kilogramos. Esta fue la primera siembra colectiva, a la que hay que añadir las individuales de los indios.

El año pasado exportamos como unos 100.000 kilógramos de arroz. Ha habido quien nos ha llamado «comunistas» por haber implantado este sistema entre los indios. Pero el término exacto es el de «COOPERATIVISMO», pues cada uno percibe según su trabajo. Con esto no se fomenta la holgazanería.

La semilla se les facilita a los indios, ya que cuando llega la hora de sembrar, el indio se encuentra sin dinero. Se han aprovechado de ellos abusivamente los criollos sin conciencia, engañándoles en sus ventas, en el comercio del ron, que tratamos de impedirlo por todos los medios. Esta es la mayor contrariedad que nos sale al paso. Tenemos una lucha continua con los buhoneros y explotadores del indio...

—En el ambiente del indígena, ¿cuál es la mayor dificultad que encuentran los misioneros para su reducción y civilización?

—Es el estado psicológico del indio, determinado por su inconstancia y falta de responsabilidad. Tiene la vida indígena asegurada en la selva y no hay nada que estimule su inteligencia y su voluntad para el trabajo.

Prácticamente viven una vida «sensitiva». Por eso buscamos los Misioneros todos los reactivos para hacerles ver los problemas que puedan hacerles despertar el interés por su progreso y el estímulo por el trabajo. El indio, en estas circunstancias, es buen trabajador, pero tremendamente irresponsable.

—Padre Rodrigo, ¿cuáles son sus medios de alimentación en esta zona de la selva? ¿O tiene que acomodarse a la cocina indígena?

—La cocina de los indios se reduce a zancocho y pescado asado. También nosotros tenemos que acomodarnos a su cocina. A veces nuestra cocinera es una india que no entiende de muchas exquisiteces culinarias...

El P. Rodrigo actuando de médico.

Buen amigo de los indios.

A ellos no hay quien les haga probar el cochino. No comen ni guisan con manteca, porque no hay quien les quite de la cabeza que en la manteca residen los espíritus. Cuando llega el Misionero a sus ranchos, se esfuerzan en atenderlo con los manjares más exquisitos de su paladar indígena. ¡Cuántas veces he tenido que comer sus famosos gusanos de moriche por no desairar su buena voluntad...! Cuando ven comer al Padre de sus propios manjares, comentan satisfechos: «Vare namoniae diana»— «el Padre ya se convirtió en indio».

—¿Hasta dónde llega, Padre, la idea religiosa de estos indios? ¿Creen en un Ser Supremo?

—Estos indios, más que religiosos, son supersticiosos. Para ellos todas las cosas encierran un «espíritu». A los Misioneros nos llaman «DIOS AROTU» —«dueño o señor de Dios»—. Ellos no tienen idea de un Ser Supremo personal. La palabra «KANOBO» —nuestro abuelo, nuestro viejo—, con que ellos tratan de designar al Ser Supremo, parece importada y tiene reminiscencias del Padre Nuestro. Por sí mismos son incapaces del concepto abstracto, y todo lo concretizan. Son muy tardos para comprender nuestras palabras abstractas.

—Padre Rodrigo, ustedes están introduciendo en la zona indígena motores, máquinas, instrumentos modernos... ¿Cómo reaccionan los indígenas ante los inventos de la técnica...?

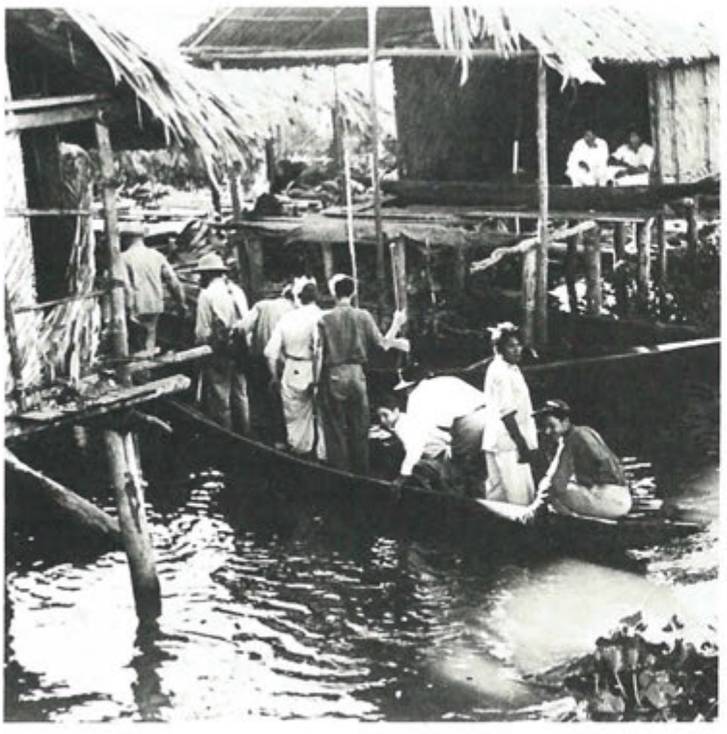
—Ellos nos creen a los civilizados capaces de todo, por eso no se asustan de nada. Al avión lo llaman la «CURIARA-VOLANTE», comparándolo con sus embarcaciones. Y le aplican también un «alma», un «espíritu», igual que a las lanchas de motor y a los automóviles, y esa «alma» la hacen residir en el motor.

La fotografía la atribuyen al «JEBU» —su «gran espíritu»—, y la interpretan como la expresión de su alma. Al ver el indio su propia fotografía, exclaman con gesto de asombro: «MASITA, MASITA» —«mi alma, mi espíritu».

—Padre Rodrigo, contéstenos con toda sinceridad, ¿es cierto que los indios Warao le han querido nombrar su Jefe Supremo...?

—El Padre Rodrigo se ríe y evade la pregunta. Por más que le tiramos de la lengua, siempre des-

El P. Rodrigo en sus frecuentes visitas a las rancherías indígenas.



Actuando de secretario en la asamblea indígena.

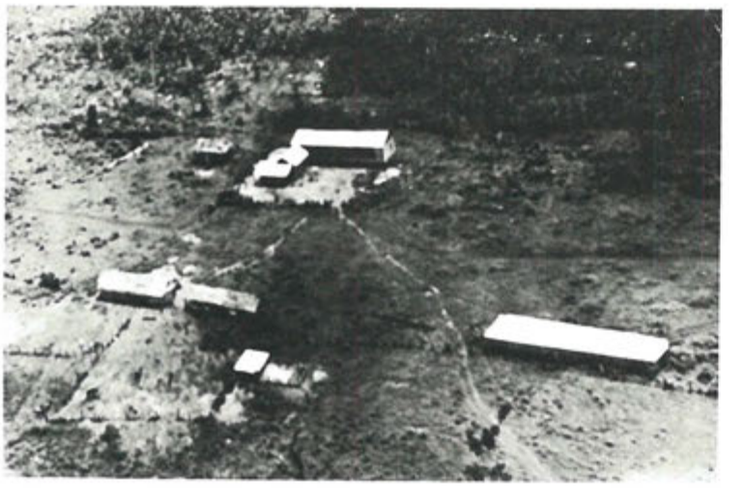
vía la conversación hacia otros temas misionales. Hay otras cosas más importantes en la vida misionera. Pero no logramos una contestación directa a nuestra pregunta. Sabemos, de buena fuente, que tuvo que luchar y resistirse para quitar de la cabeza a los indios Warao la idea y el proyecto que tenían de nombrarle «Jefe Supremo» de la Tribu. Tal era el aprecio, la ascendencia y el prestigio que el P. Rodrigo tenía entre estos indígenas del Bajo Orinoco.

MAURO GAMEZ, 1949

EL MISIONERO CONSTRUCTOR

- ARQUITECTO
- INGENIERO
- ALBAÑIL
- CARPINTERO
- PEON

Diversas panorámicas del Centro Misional Los Angeles de Tukuko.



En estos ranchos se inició el Centro Misional.

Iglesia del Centro Misional en construcción.

LOS ANGELES DEL TUKUKO: QUE ES Y QUE SERA

(Junio de 1947)

«Por el poco tiempo que llevamos en Perijá, y también por los pocos recursos con que hemos contado, «Los Angeles del Tukuko» en la actualidad es sólo «UN LUGAR». Un lugar típicamente indígena y típicamente franciscano. Aquí sólo hay unas chozas o ranchos, que más parecen nidos de arrendajo que casa-vivienda de personas, construidas en la proximidad del río Tukuko para beber de sus aguas y bañarnos en ellas.

PELEANDO CON LA SELVA MACHETE EN MANO

Esta Misión es legalmente, y aspira a serlo en realidad, un CENTRO MISIONAL. Tenemos en proyecto construir los Colegios-Internados para niños y niñas, de los cuales dependerán los caseríos indígenas y sus escuelas externas.

Cuando llegamos por primera vez —hace año y medio— a estos lugares, solamente vivían por estos contornos cuatro familias de indios, cuyas cabezas se llamaban así: Santiago, Suegro, Merino y Kochonko. Criollos alevosos mataron al primero y al tercero. Una culebra «boquidorado» mató al segundo. Y otros indios, embravecidos por la borrachera de la «chicha», flecharon al cuarto. A consecuencia de dichas muertes, todas violentas, quedamos nosotros solos (P. Cesáreo y Fr. Primitivo) con nuestro «LUGAR».

Este lugar está situado en plena selva. Selva enmarañada y tupida, llena de plagas y de la más rica variedad de mosquitos. Por eso, para hacer de aquel lugar NUESTRO LUGAR, tuvimos que comenzar por pelear con los árboles y la maleza machete en mano para abrirnos UN CLARO en la espesura, y así poder solearnos y mirar al cielo, y solear también nuestras ropas, y plantar algunos frutales que nos dieran más rendimiento que los árboles seculares que nos cercaban por todas partes.

LOS PRIMEROS RANCHOS DE PAJA

En la actualidad este NUESTRO LUGAR tiene ocho ranchos construidos con palos y palmas, más una casa en piernas techada con cinc. Tiene a su servicio un carro de bueyes con dos parejas de estos mansos y esforzados animales. Tiene tres caballos de silla y dos mulas de carga, un par bíblico de toro y vaca («Lucero y Pan Grande»), un centenar aproximado de gallinas y unos treinta ejemplares de cerda. Tiene, finalmente, unas ochenta hectáreas de siembras variadas para nuestro sustento y alimento de los animales.

Ahora sí estamos en condiciones, asegurada la base de alimentación, para comenzar a construir los edificios misionales y para establecer familias indígenas en nuestra cercanía.

Los indios, durante estos dos años, nos han visto predicarles el Evangelio del trabajo, de la higiene, de la disciplina y de la organización material. Esta debe ser la base para una organización espiritual y cristiana.

ENTREVISTA CON PIONERO EN LA SELVA «INASEQUIBLE AL DESALIENTO»

El P. Cesáreo de Armellada fue quien emprendió la difícil y arriesgada empresa de ser pionero en la Sierra de Perijá para la fundación del Centro Misional de « Los Angeles del Tukuko».

Cuando esta Misión era un punto más en la selva de Venezuela, un lugar más en el mapa donde viven los indios, un claro en la espesura de la selva virgen y una avanzada del Evangelio y de la civilización en la extensa tierra venezolana, le preguntamos:

¿UN NOMBRE TAN SOLEMNE PARA... TAN POCA COSA...?

—Padre Cesáreo, mucha gente se pregunta por qué han dado un nombre tan pomposo a un lugar tan mínimo en la selva.

—Monseñor Angel Turrado Moreno, Vicario Apostólico de esta Misión, les sabría responder mejor que yo. Pero no creo equivocarme si supongo que la imposición de este nombre la hizo él en recuerdo del suyo y como invocación a sus tocayos celestiales.

—Por otra parte, es un nombre significativo en la historia franciscana y en la historia de las Misiones.

—Evidente: recordemos solamente, por brevedad, el nombre de Santa María de los Angeles en Asís, cuna de la Orden Franciscana, y «Los Angeles de California», fundación misional de Fray Junípero Serra.

—¿Es cierto, P. Cesáreo, que algunas personas le han sugerido que a ese lugar debían haberle puesto por nombre «los demonios»...? ¿Por qué...?

—Sin duda porque estaban aterrados por la mala fama de que gozaban los indios moradores de esta zona del Tukuko. Además, si estos indios son malhechores, lo son por ignorancia o por abusos que con ellos se cometen. Si para muchos son «demonios», los Misioneros nos proponemos que lleguen a ser ángeles.

—Padre, ciertos sectores de la sociedad bien situada, que se dicen civilizados, se preguntan cómo teniendo zonas de sabanas limpias y climas más agradales —Macoa, Apón, Rionegro, Yasa— se han tenido que ir a meter en ese infierno de la selva y entre los indios de peor índole...

—Todos esos lugares que enumeran, es verdad, tienen un clima más agradable y son mejores los indios. Pero en esas zonas no hay terrenos planos suficientes para organizar a gran escala la agricultura ni la ganadería. En esas zonas de la Sierra de Perijá a que aluden, los indios han sido despojados de las tierras planas, y los han acorralado en los picachos más abruptos.

Sí, allí los han dejado algo más tranquilos porque nunca se podrán agrupar en caseríos. Cada familia ha tenido que ir a refugiarse en un picacho de la sierra o en la cresta de una montaña... Allí jamás podrán beneficiarse de las ventajas de la verdadera civilización y de la auténtica cultura.

Además, como pioneros que somos, debemos dar ejemplo de avanzada y riesgo a los cómodos y a los miedosos. Tenemos que servir de piedra de choque entre indios y criollos. Y sobre todo nos debemos constituir en punta de lanza para la penetración pacífica hacia los tan temidos y aguerridos indios MOTILONES.

NI AVENTURA FACIL, NI PASEO DE TURISMO

—Esto, P. Cesáreo, para que se enteren los que piensan que la vida del Misionero es una fácil aventura o un paseo de turismo.

—Por sólo esto, que apenas hemos esbozado, pueden comprender que no hemos venido a vivir en Jauja ni a chupar una caña dulce. Estamos pasando toda clase de trabajos: estrechez e incomodidad de alojamiento en nuestras tiendas misionales de lona. Estamos faltos de provisiones. Estamos siendo acosados continuamente por las fiebres. Tenemos adornados nuestros cuerpos por las continuas y desesperantes picadas de las plagas de mosquitos y garrapatas. Tenemos que sufrir y soportar las altanerías e incomprensiones de los mismos indios a quienes tratamos de ayudar, civilizar y cristianizar. Se ceban en nosotros, en nuestra vida y nuestra acción, las maledicencias, las calumnias y las difamaciones de aquellos que, a lo peor, se dicen civilizados y cristianos...

—Entonces, ¿qué les queda, P. Cesáreo, que les pueda servir de estímulo y satisfacción en este drama misionero...?

—No nos falta el cariño de algunos indios y el aprecio de un grupo de los mejores y más sensatos criollos. Y lo que está por encima de todo y de todos: tenemos en nosotros mismos un surtidor de fe y una fuente que mana entusiasmo y optimismo. ¡Aunque estemos en la oscura selva y sea de noche...!

YA TENEMOS CAMINO PARA CARRO DE BUEYES

Primer carro de bueyes llegado a la misión del Tukuko.

La pequeña trocha india, estrecha y tortuosa, que cubría los ocho kilómetros que separaban el Tukuko de la hacienda más próxima, la fuimos ensanchando para que pudieran caminar «Morrocoy» y «Pimienta», las dos mulas de carga de que disponíamos por entonces.

Así traficando, con mulas y caballos, por entre la selva espesa y fangosa, cayéndonos y levántandonos Misioneros y bestias trabajamos durante más de un año. Sólo Dios sabe las tragedias que pasamos.

Por la cercanía de los temibles Motilones, siempre nos fue difícil el conseguir trabajadores que quisieran venir aquí. Y los pocos que conseguíamos, se nos iban muy pronto, por temor a las flechas motilonas. Por eso, con harta frecuencia, nos hemos visto obligados los Misioneros hasta hacer de arrieros.

EL MISIONERO CON LA ALBARDA A CUESTAS

Testigo y protagonista de una de estas peripecias fue el P. Clemente de Viduerna.

Tuvo que salir un día en busca de una carga de provisiones. Iba montado en un caballo y llevaba por delante una mula. Cargó la mercancía en la mula, y montado en su caballo inició el regreso a la Misión.

En el paso de un riachuelo con mucho barro, se le cae la mula con toda la carga. Allí tuvo que desatarla y volverla a cargar. Cuando la tuvo lista, la echa por delante. Mientras va a coger su caballo, la mula se marcha por un sendero de indios selva adentro, hacia la sierra, sin que el Padre lo advierta.

El P. Clemente sigue caminando tan tranquilo en su caballo. Al no ver las pisadas de la mula por ninguna parte, tiene que regresar un buen trecho en busca de ella. Cuando, al fin, la encuentra, la mula estaba sin la carga, pues la había perdido en la espesura de la selva.

Para remate de males, al ver al Padre la mula se espantó, arremetió a correr y el Padre no la pudo coger. Allí tuvo que dejar la mula y la carga, para ir a recogerlo al día siguiente, porque estaba entrando la noche.

Pero mientras el P. Clemente buscaba a la mula y trataba de cogerla, el caballo se cansó de esperar y había emprendido el camino hacia la Misión. Así, de esta manera, el Padre Clemente se encontró sin mula, sin caballo con la carga en el suelo y con la noche que se le echaba encima.

Alumbrándose con una pequeña linterna, el P. Clemente emprende el camino, a patita, hacia la Misión. En el suelo tropezó con la silla y las alforjas que el caballo había tirado al suelo. El Padre echa sobre sus costillas los aperos del caballo y, empapado en agua por el chaparrón que estaba cayendo, llegó a la Misión del Tukuko bien entrada la noche.

POR FIN, ¡EL CARRO DE BUEYES!

El P. Clemente supo encajar, con buen humor —¡qué remedio!— el percance del viaje. Al verlo entrar de aquella manera en nuestra choza misional, yo, que estaba aplastado por las fiebres palúdicas, temblando más que un pollo mojado, me levanté para atenderlo lo mejor que pude y como Dios me dio a entender.

Desde entonces, con una pequeña ayuda económica que habíamos recibido de una señora de Maracaibo,decidimos arreglar el camino para que pudiera entrar el carro de bueyes. Este trabajo nos llevó varios meses de esfuerzo agotador.

Cuando ya nos faltaba muy poco para que el camino llegara al Centro Misional, los indios nos flecharon a cuatro trabajadores. Con este percance se nos marcharon todos los trabajadores sin terminar la construcción del camino.

Tuvimos que esperar otros tres meses hasta, que finalizado el dichoso camino, el carro de bueyes llegó por primera vez a esta Misión del Tukuko, el 6 de febrero de 1948.

FR. PRIMITIVO DE NOGAREJAS.

TRANSPORTE DEL MATERIAL DE CONSTRUCCION

CINCO MULAS Y EL CEMENTO

En vista de las dificultades insuperables que nos supone el meter el cemento para la Misión en camiones, hemos tenido que optar por hacerlo en mulas.

Improvisamos cinco angarillas y cinco albardas, alistamos otras tantas lonas para proteger el cemento de la lluvia, y las sogas para amarrar los sacos. Pensábamos salir de madrugada del Tukuko, pero el conseguir sujetar a una de las mulas nos dio un verdadero quebradero de cabeza y nos retrasó bastante. Me acompañaba el indígena Nemesio Anane.

AGACHARSE Y VOLVERSE A AGACHAR...

No me fio de mis rudimentarios conocimientos para preparar la recua y llamo a uno de los trabajadores criollos para que amarre, debidamente y con seguridad, las albardas y ate a las bestias por parejas.

—Pierda cuidado, Padre. Estas ya no se escapan, ni ellas ni el aparejo —me dice al dar la última lazada.

Cuál no sería mi sorpresa, y mi indignación, al comprobar que, antes de cincuenta pasos, se soltó la primera caballería. Antes de los cien, se soltó el primer aparejo, y al pasar la primera alambrada se soltaron dos aparejos, y a punto estuvo la mula de emprender la carrera de retirada hacia la Misión.

Me apeo del caballo y trato de exhibir mis recuerdos de chaval, cuando veía a mi padre atar a las bestias para ir a la feria de Boñar. Antes de terminar de amarrar la primera albarda, veo que la pareja que va sin jinete, se da media vuelta, y a paso ligero quiere volver a la Misión. Monto en el caballo y logro atajarla para ponerla de nuevo en camino. Al poco rato veo que otra mula tiene el aparejo entre las patas...

Son las once de la mañana, hace dos horas que salimos de la Misión y no hemos andado ni un kilometro... Veo la imposibilidad de realizar el viaje. Nos quedan diez kilómetros hasta llegar a la hacienda donde tenemos que recoger los sacos de cemento. Parece que las bestias y monturas se han formalizado un poco. Al llegar a un sendero un poco más llano, comenzamos a trotar para recobrar algo del tiempo perdido. En esto, la pareja sin jinete se ha animado demasiado y emprende a correr..., y las angarillas al suelo.

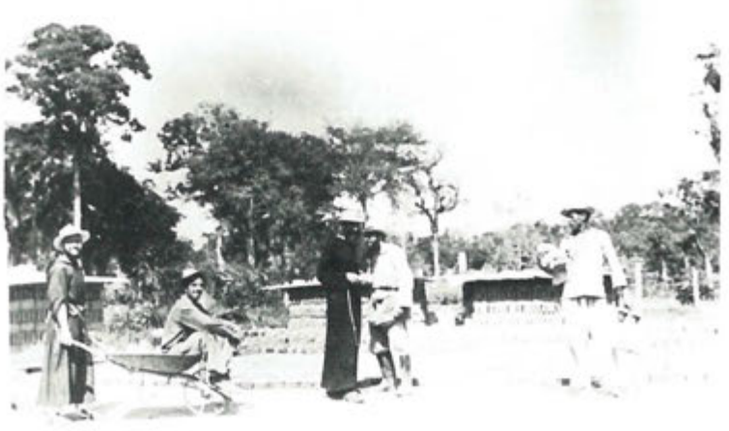
Pico espuelas al caballo para adelantarlas, éstas corren más hasta que llegan a un río. Como llevan las angarillas entre las patas, esto las dificulta el paso del río y tienen que parar. Aquello pone a prueba de resistencia a mi caballo y a mi paciencia.

Era la primera vez que hacía el recorrido aquel por el camino del Bajo Tukuko. Por eso he mandado delante, como guía, al buen indio Nemesio. Por cada hacienda que pasamos pregunto si es aquella «Panamá» y si está allí el cemento que tengo que recoger.

NOS PASAMOS DEL CAMINO

Hay que seguir adelante. Y prosiguen las peripecias con las bestias y las monturas. Y tenemos que seguir estirando la constancia y la paciencia. Es cerca del medio día. Nuestra sorpresa aumenta

Misioneros y constructores del Centro Misional.



Los PP. Evangelista de Reyero, Saturnino de Villaverde y Fray Marcos de Yudego héroes de los primeros tiempos fundacionales.

cuando oímos el ruido de un camión... Y es el camión de la Misión en el que viene Fr. Marcos de Yudego desde Machiques. Es él quien nos advierte que hemos rebasado la hacienda «Panamá», donde está el cemento, en más de cuatro kilómetros...

Tragando paciencia y apurando resistencia, no hay más remedio que regresar. Comenzamos la carga de los sacos en las mulas. Tres sacos por cabeza, y a la pareja sin jinete, cuatro, en castigo de su informalidad. Pasada la una de la tarde iniciamos el regreso. Debo ir con los ojos en todas las bestias. Nemesio abre camino a la recua, como buen conocedor de la selva y de los peligros que nos pueden asaltar. Yo cierro la caravana. En medio de los dos, todas las mulas con la carga de cemento.

CAIDAS DE SACOS Y LA NOCHE ENCIMA

Una de las mulas que llevaba cuatro sacos, comienza a querer aligerar el peso. Me lanzo disparado con el caballo y, para cuando quiero llegar, ya está la carga en el suelo. Una voz para que se detenga Nemesio. Soltar las ataduras, volver a amarrar y colocar de nuevo los sacos que, por fortuna, no se han roto. Mientras termino esta faena, ya tenemos a otra mula con la carga entre las patas... Monto en el caballo, pico espuelas, y para cuando llego ya están los sacos en el suelo...

Imposible enumerar las veces que las mulas tiraron la carga al suelo. Al pasar el río, Nemesio tiene que tirarse al agua para impedir que la carga caiga al agua. Mientras tanto otras dos se han adelantado a paso ligero y las perdemos de vista. Nemesio va en busca de ellas. Cuando regresa, me dice en medio castellano: una mula encontrar, otra meterse en selva y yo no ver... Lo que nos faltaba: una mula, con la carga, que se nos pierde metida en la espesura de la selva...

Miro el reloj y veo, estupefacto, que son las cinco de la tarde y aún no hemos andado los dos primeros kilómetros de regreso a la misión... Es imposible seguir adelante con todas las bestias. Optamos por dejar tres en una hacienda próxima, y con ellas la carga, bajo cubierto, para protegerla de la lluvia.

A medio camino se nos echa la noche encima. Apurar a las bestias es imposible. Están agotadas de la brega de todo el día. Advierto a Nemesio que, desde aquel momento, y hasta que lleguemos a la Misión, le voy a cambiar el nombre. Le llamaré «Teti». El paso por aquella zona y que los indios oigan el nombre de Nemesio, puede traernos algún serio disgusto, pues es muy envidiado por los otros indios.

La noche avanza y ni nosotros ni las bestias, podemos caminar más aprisa. No se ve ni dónde pisamos. Nemesio se ve obligado, a cada trecho, a encender fósforos para distinguir dónde estamos, evitar las alambradas y ver por dónde sigue el sendero.

OTRA MULA PERDIDA Y CON LA CARGA AL HOMBRO

Son las diez de la noche oscura, cuando entramos en terreno de la Misión. Cuando llegamos al Centro, nadie da señales de vida. Todos están acostados y no hay ninguno que acuda a prestarnos ayuda y a recoger las mulas.

Mientras estamos descargando los sacos, una mula que estaba a la espera, para colmo de mi paciencia, emprende a correr como una bruja y se interna, con la carga, en los potreros de la selva. Mientras busco una linterna para ir por ella, ya me ha adelantado un buen trecho. En la oscuridad de la noche llevo media hora buscándola, y no la encuentro. Tropiezo con los sacos de cemento tirados en el suelo. Dejo por imposible la mula y cargo a mis hombros los sacos, a fin de evitar se estropeen con la humedad y la lluvia que amenaza...

Después de esta amarga experiencia de transporte mular, tuvimos que desistir de estos viajes para el traslado del cemento. Había que construir un camino ancho para la carreta de bueyes, e incluso para que el camión pudiera llegar hasta la Misión.

EL SUEÑO DE UNA CARRETERA

Esta es una pequeña muestra del esfuerzo realizado por los Misioneros en la construcción de los edificios misionales del Tukuko, y de las aventuras del traslado de los materiales.

No queremos que estas peripecias caigan en el olvido. Cuando, con el tiempo, la carretera llegue hasta la misma Misión, serán muy pocos los que sepan apreciar los demasiados sinsabores y los sacrificios soportados por aquellos que tuvimos que hacer frente a la construcción de estos edificios misionales.

FR. JUAN EVANGELISTA DE REYERO.
El Tukuko, 1951.

CONSTRUCCION DE LOS EDIFICIOS DEL TUKUKO

«Se derrocharon esfuerzos sobrehumanos para poder hacer llegar el cemento a la Misión, llevando este material a lomo de mulos o en carro de bueyes...»

(CRONICA DEL CENTRO).

Al establecerse los Misioneros de una manera estable, comenzaron a vivir en un miserable rancho, hecho de ramas de palma en techo y paredes. A éste siguieron otros, de la misma naturaleza, para los trabajadores, la Capilla, la cocina, el depósito de víveres y el gallinero.

El «complejo» misional, por entonces, lo constituía un cuadrado de ranchos, de unos veinticinco metros de lado, con una pequeña plaza en medio donde se concentraban los indios para sus juegos y otras actividades.

PROTECCION CONTRA LAS FLECHAS

Cuando los indios flechadores comenzaron a molestar a la Misión, se vio claramente que aquellas construcciones de palma no ofrecían ninguna seguridad contra las terribles flechas. Fue cuando se decidió protegerlas con planchas de cinc. Era una medida

Piscina actual del Centro Misional del Tukuko.

Interior de la iglesia y una boda indígena.

Tabla de gimnasia en la clausura del curso escolar.

provisional. Urgía levantar una vivienda que ofreciera mayor seguridad, sobre todo para los ataques de los indios en la noche.

Con este fin, se derrocharon esfuerzos sobrehumanos para poder hacer llegar el cemento a la Misión. Este material se transportó a lomo de mulos o en carro de bueyes. Así se logró construir un pequeño edificio, de unos veinte metros de largo por siete de ancho, dividido en varias dependencias que sirvieron de habitaciones, Capilla, cocina y depósito. Las paredes eran de cemento con un espesor de veinte centímetros, y las divisiones interiores se hicieron con bloques también de cemento. Esta obra se realizó en 1949.

SE PROYECTAN LOS GRANDES INTERNADOS

Después de muchos tanteos, planes y proyectos, se decidió levantar los edificios definitivos del gran Centro Misional, con iglesia, residencia para Misioneros y Misioneras, internados para niños y niñas, aulas, talleres, y todas las dependencias complementarias.

La tremenda dificultad, aparte del problema económico de financiación de un obra de esta embergadura, era el horroroso problema de la falta de vías y medios de comunicación y de transporte para introducir todo el material necesario para la construcción. Era imprescindible una voluntad de acero, una constancia inquebrantable y una capacidad de sacrificio a toda prueba...

¡Y LOS MISIONEROS LO TENIAN!

Desde un principio tenían la esperanza de hallar piedra caliza en el territorio de la Misión, según algunos indicios que habían visto. Para cerciorarse, antes de entrar en experiencias, demasiado costosas y arriesgadas, consiguieron en Maracaibo ácido sulfúrico, químicamente puro y concentrado. Recorrieron varias zonas y... no encontraron más que una piedra caliza.

Pero al examinar un día el riachuelo «Kayaya», toparon con una verdadera mina de piedra de esta clase. Casi todos los cantos rodados, grandes y pequeños, eran de piedra caliza, y los que eran de arenisca les servían para las paredes del horno.

Por este lado tenían ya asegurada la provisión de cal. Las dificultades posteriores provinieron, en este aspecto, de la impericia y de la falta de responsabilidad de los trabajadores que habían de acometer la obra. Pero eran los únicos que tenían...

FABRICA DE LADRILLOS

En diciembre de 1949 comienzan a hacer las primeras pruebas para la fabricación de ladrillos, con tierra escogida de distintos lugares. El resultado, aunque no plenamente satisfactorio, les dio la esperanza de que el problema se podía resolver.

La desilusión les llegó esta vez también por parte de los trabajadores. Habían contratado a un grupo de colombianos que decían haber trabajado muchos años en esta industria. Incluso uno de ellos afirmó tener varios hornos en Colombia. El resultado fue que en la Misión no daban pie con bola en esta especialidad de trabajo.

La urgencia para la Misión era inaplazable. Se necesitaba para comenzar la cantidad de doscientos mil ladrillos. Aquellos obreros no sabían ni batir el barro, ni escoger la leña, ni colocar los ladrillos en el horno... Hasta que los Misioneros se vieron en la obligación de meterse ellos de lleno en este trabajo.

Afrontando múltiples dificultades, lograron construir dos hornos, con capacidad para diez mil ladrillos cada uno. Y la obra se comenzó por el edificio que más urgía y era imprescindible: el Centro Misional para las Hermanas y las niñas. Posteriormente se edificó el de los Misioneros y niños. Y finalmente la Iglesia.

Primitivo Centro Misional de las Terciarias Capuchinas, en Araguaimujo.

Panorámica del Centro Misional e iglesia en construcción.

Panorámica general de la misión actual.

CENTRO MISIONAL

DIVINA PASTORA

DE

ARAGUAIMUJO

BAJO ORINOCO

Moderno Centro Misional de las Hermanas.

Panorámica del río y del Centro Misional.

Coro de alumnos indígenas actuando en la conmemoración del 50 aniversario de la fundación de la Misión.

TUCUPITA

CASA CENTRAL DEL BAJO ORINOCO

Ruinosa capilla que encontraron los misioneros a su llegada.

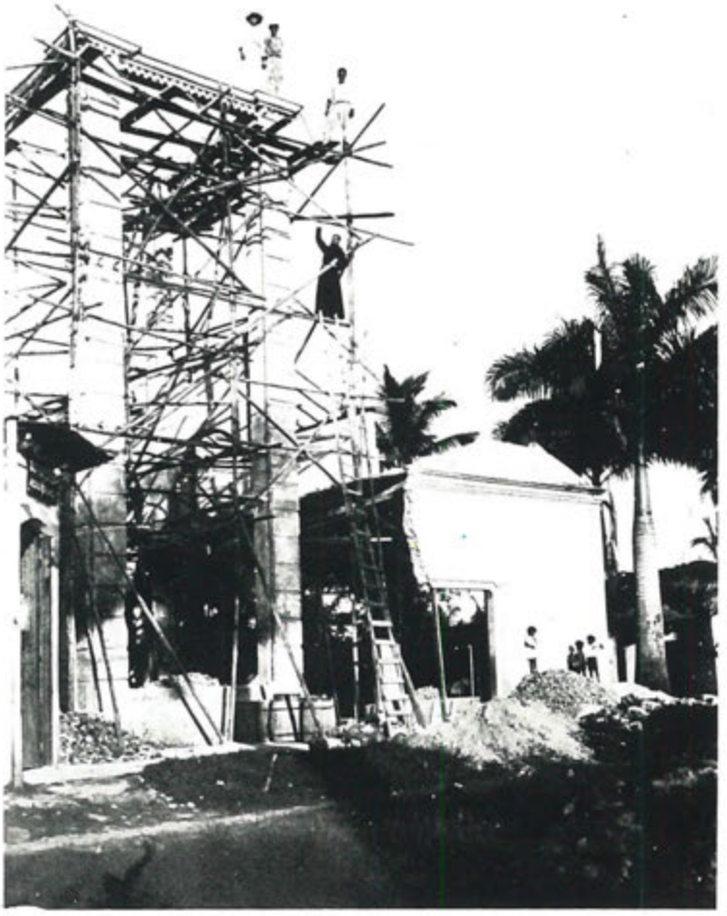
Nueva iglesia en construcción.

Panorámica de la ciudad de Tucupita.

Iglesia actual construida por los misioneros.

Interior de la iglesia.

Nueva Catedral en construcción.



SANTA ELENA DEL UAIREN

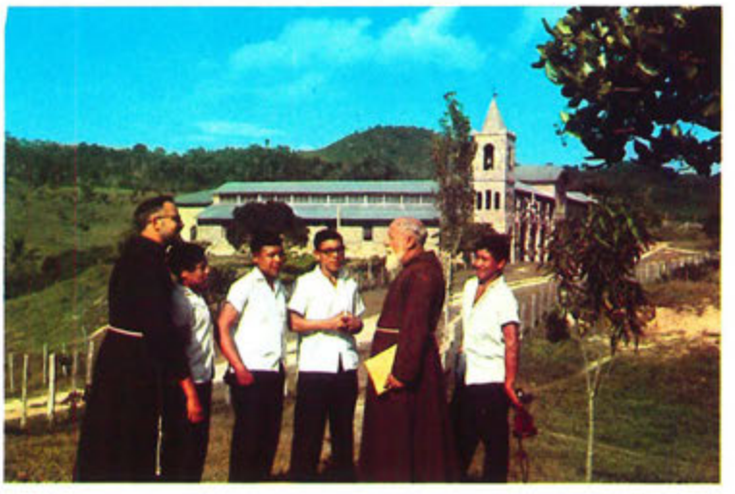
CASA CENTRAL DE LA GRAN SABANA

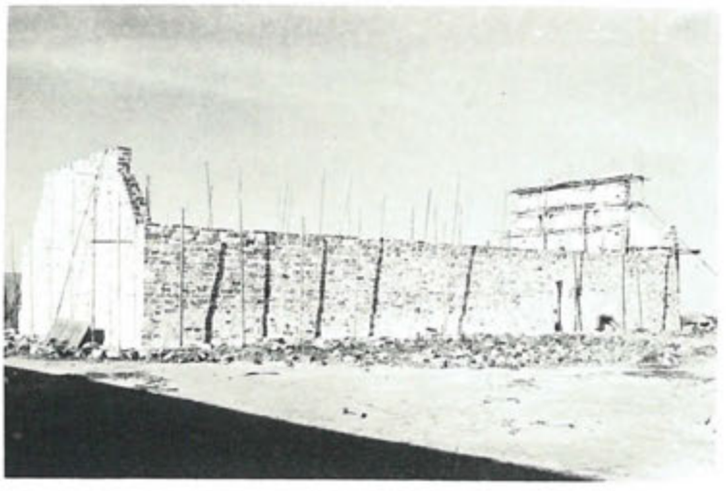
Primitivo Centro de las Misioneras de Santa Elena del Uairen.

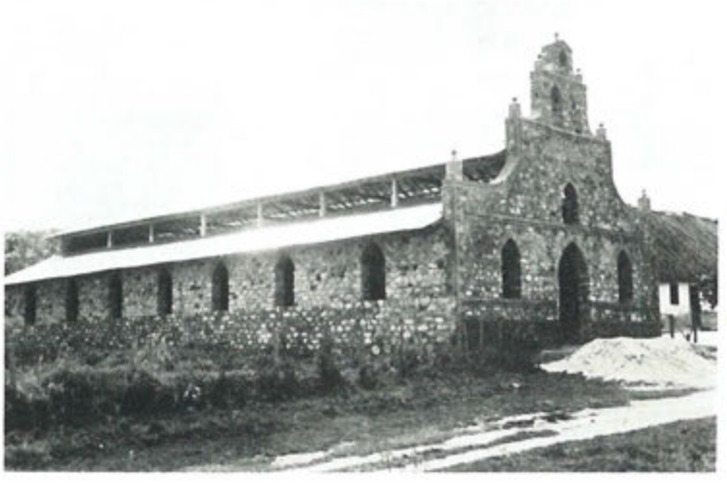
Moderno Centro actual.

Panorámica de la torre e iglesia actuales.

Interior de la iglesia.







Primitivo Centro de Santa Teresita de Kavanayen.

Iglesia en construcción.

Progresan las obras de la iglesia.

SANTA TERESITA DE KAVANAYEN

GRAN SABANA

Vista aérea del Centro Misional, en el fondo la pista de aterrizaje construida por los misioneros.

Fachada de la iglesia y los centros misionales.

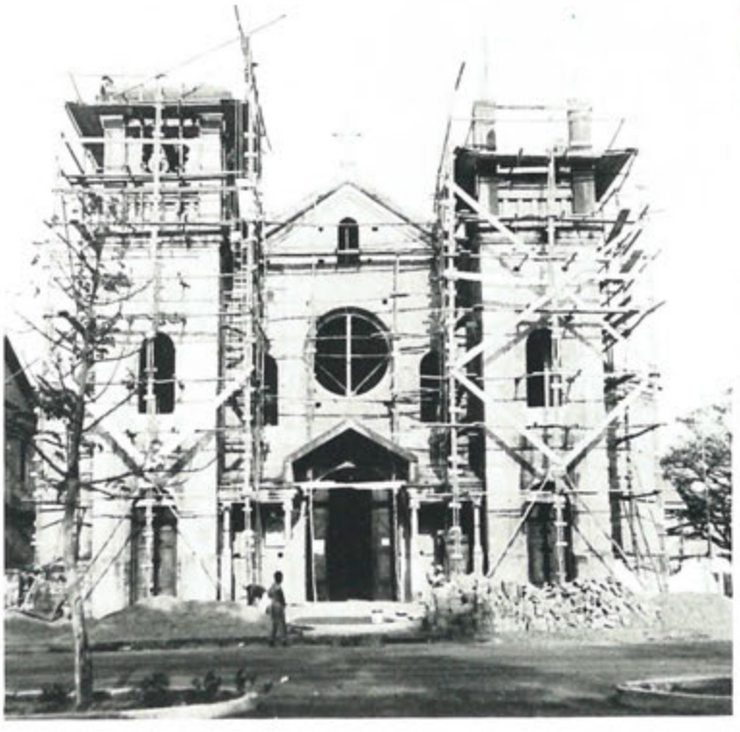
Interior de la iglesia.

MACHIQUES

CASA CENTRAL
DE PERIJA

Vista aérea de la ciudad de Machiques.

Fachada de la iglesia y catedral de Machiques.



Iglesia en construcción.

Vista general de la iglesia y la Central Misionera.

SANTA MARIA DE GUANA

CASA CENTRAL DE LA GUAJIRA

Misioneros y misioneras a la entrada de Santa María de Guana.

Panorámica del Centro Misional.

Tabla de gimnasia realizada por las alumnas del centro.

EL MISIONERO MAESTRO Y DISCIPULO

Grupo de alumnos del internado del Tukuko.

Para apreciar, en su justo valor, la obra paciente y constante de los Misioneros en el aspecto docente con las tribus indígenas, hay que tener en cuenta TRES FACTORES que dificultan sobremanera esta labor de enseñanza:

1. Los indios de estas tribus ignoraban total y absolutamente el idioma castellano.
2. No existían libros, publicaciones, cartillas elementales, para los estudios primarios en sus respectivos idiomas nativos. Son tribus completamente ágrafas.
3. Los indios son inconstantes y recalcitrantes, por naturaleza, para someterse a una disciplina, a un orden y a una norma, que les exija constancia, paciencia y asiduidad para una cosa.

«LOS INDIOS, ACOSTUMBRADOS A LA VIDA LIBRE E INDEPENDIENTE, Y A HACER EN TODO SU PROPIA VOLUNTAD, LES ERA EN EXTREMO PENOSA Y DURA LA VIDA DE SUJECION, DISCIPLINA Y ESTUDIO, EN LOS COLEGIOS DEL INTERNADO. MUCHAS VECES SE NOS FUGARON PARA SUS RANCHERIAS, TENIENDO QUE IR NOSOTROS A BUSCARLOS SELVA ADENTRO.

HASTA ALGUNAS INDIAS SE NOS FUGARON TAMBIEN AL PRINCIPIO. AUNQUE DESPUES ESTAS SE MOSTRARON MAS DOCILES QUE LOS MUCHACHOS».

P. EULOGIO DE VILLARRIN

FOTOS NEGRO:

Primeros ranchos escuela de los diversos centros misionales y detalles de alumnos y profesorado. Nótese el detalle de que algún misionero está impartiendo la clase al aire libre.

FOTOS COLOR:

Modernos centros docentes y parte del alumnado en la actualidad. Queremos advertir que la religiosa de la derecha en la foto inferior es indígena Warao y cuatro de las señoritas que la acompañan son igualmente indígenas de esta tribu que hoy ejercen el Magisterio con título nacional.

NUESTRAS CABEZAS SON «TAPARAS»

«...somos los primeros que ingresamos en esta Casa-Misión. Ya sabemos leer, escribir, sumar, restar, multiplicar y dividir, algo de Gramática, Aritmética, Historia y Geografía de Venezuela y Doctrina Cristiana. Todo esto se lo debemos a estos Padres Capuchinos Misioneros que tanto se sacrifican diariamente por nuestro bien, pues nuestras cabezas son taparas que a fuerza de la paciencia de los Misioneros es que vamos adelantando en letras y civilización».

HERACLIO FERNANDEZ y COMPAÑEROS

(Archivo de Araguaimujo, 15 de agosto de 1929. Carta de los Alumnos del Internado a los «Pajes de Santa Teresita» de la Iglesia de las Mercedes en Caracas).

EL SISTEMA EDUCATIVO DE LOS MISIONEROS

«Lo menos que se puede decir del sistema educativo de los Misioneros es que constituyó un esfuerzo cabal. No vinieron a enseñar a leer y escribir, ni vinieron a propagar un idioma, ni solamente una fe religiosa. La acción de estos maestros en el arte de educar abarcó todo lo ya mencionado y todavía más.

Hay que advertir que el Misionero, en la generalidad de los casos, se las tenía que haber con verdaderos salvajes primitivos..., o con masas de población ya decaída por la servidumbre que, en muchos casos, no conocía otro oficio que suplir a la bestia de carga...

Encontraron los Misioneros poblaciones de la más baja condición de vida que es posible imaginar, y ni esto, ni la falta de elementos, ni el desierto, ni la pobreza de determinadas tierras, nada logró desanimarlos, y todavía muchas regiones no han vuelto a recobrar prosperidad desde que los Misioneros tuvieron que abandonarlas.

Por muy numerosos que sean ya los elogios que se han hecho de la labor de estos varones ilustres, nunca se habrá dicho bastante. Se los podría tomar como modelos para el fomento de la civilización en cualquier región de la tierra. Y entre nosotros no creo que sea posible, ni atinada, una labor educativa que no tome en cuenta el sistema de los Misioneros, sistema cuyos resultados no sólo no se ha podido superar, pero ni siquiera igualar.

Llegaba el Misionero al corazón de las tribus, desafiando el justo rencor de las poblaciones recién ofendidas, y tenía que vencer primero el prejuicio, en seguida la infidelidad, después la incapacidad de la gente y los obstáculos de la tierra.

Llegaba al desierto y tenía que comenzar por construir la casa, pero como era hombre en grande, el Misionero no se conformaba con adaptar sus necesidades a la choza, y en medio del desierto se decidió a levantar paredes. Los grandes muros, que ilustran el paso del Misionero en el continente, están todavía en pie, y son la semilla de un nuevo estilo...

Junto con el problema del albergue hubo necesidad de resolver el problema de la alimentación. Pero el Misionero se sentía portador de toda una cultura. Así es que no se conformó con los peces de las lagunas, ni con la caza de los montes, ni con la fruta de los árboles, sino que se puso en seguida a implantar el cultivo de los cereales y las legumbres. De la mano fecunda del Misionero proceden los trigos y las frutas y el vino...

Junto con los plantíos y junto con los métodos de la época en materia de cultivo, el Misionero enseñó al indígena la cría de animales domésticos...

Las horas del día se empleaban en la misión en las tareas del campo y en las obras de albañilería poderosa, una albañilería con arraigo, no el maderaje provisional de los proyectos de escuela rural de estos tiempos... Por la noche, o desde el atardecer, la Misión que había sido colmena de trabajo manual, se transformaba en escuela, escuela de religión, escuela de arte: porque se enseñaba el dibujo, la música y el canto...

Células del organismo creciente, de una gran cultura: eso fueron, desde un principio, las Misiones. Y sin que pudieran quedar exentas a la ruda ley que obliga a todos los organismos nuevos a combatir por su existencia, pues la Misión tenía que convertirse periódicamente en fortaleza para la defensa contra las tribus insumisas, y después del asalto, los heridos eran curados, y los prisioneros ...eran puestos a trabajar y a convertirse. Se convertía al trabajo ordenado y paciente, que es la base de todo progreso real...

La labor de los Misioneros no ha sido superada en América y quizá en el mundo entero».

JOSE VASCONCELOS
(«Indología»)

EL GRAN «MAESTRO» DE TUCUPITA

Padre Samuel de San Mateo, gran Maestro de Tucupita.

Cuando nuestros Misioneros llegan a Tucupita en 1919, la obra de instrucción y educación en esta zona no es que estuviera atrasada: ESTABA TOTALMENTE ABANDONADA. En 1921 el P. SAMUEL de SAN MATEO inicia la obra de promoción cultural y educacional.

Además de sus tareas constantes en el aspecto del ministerio parroquial, abre un colegio que, muy pronto, pasó a ser el primer centro educacional de la zona. El nombre inicial de Colegio Graduado «ALI GOMEZ», años más tarde se denominó «COLEGIO PETION».

La importancia de este centro educativo, dirigido por el mismo P. Samuel, no fue solamente en lo referente a primera enseñanza, sino que orientado por los métodos pedagógicos más modernos, supo aplicarlos a todas las formas del medio ambiente y social de esta población. El fue quien introdujo la educación física en la niñez y juventud, y con sus discípulos fundó la primera Banda de música. En varias ocasiones los Inspectores Técnicos del Gobierno quedaron admirados de la obra realizada por este Padre en este Colegio, llegando a pedir al P. Samuel que se hiciera cargo de abrir y dirigir nuevos Colegios en otras poblaciones.

Sus mismos discípulos, muchos años después al oír hablar del P. Samuel, lo recuerdan y señalan como el mejor pedagogo que ha pasado por Tucupita. En 1931 se tributó un homenaje póstumo al Padre Samuel, en el que uno de sus discípulos afirmó:

> «Maestro, vuestro nombre vivirá en el corazón de todos los Deltanos, porque todo aquel que sabe agradecer, debe guardar un recuerdo a los méritos de vuestra personalidad, que fue progreso para el pueblo y luz para la juventud.
>
> Maestro: vos colaborasteis con ahínco por la prosperidad de este pueblo, fuisteis el que encaminó sus primeros pasos... Ahí están vuestras obras, que serán un recuerdo imperecedero...»

Otro de sus discípulos, mientras vivió en Tucupita, todos los domingos, de mañanita, iba a la tumba del P. Samuel a depositar un ramo de flores. Preguntado por qué hacía aquello, contestó: *«Es a él a quien debo lo que soy, por haber sido mi maestro».*

En 1927 la dirección de este Colegio pasó a manos de seglares.

LOS MISIONEROS Y LAS ESCUELAS EN LAS RANCHERIAS

El problema es un poco más complicado de lo que a primera vista parece, y en más de una ocasión ha suscitado discusiones entre los mismos Misioneros: ¿LEVANTAR ESCUELAS EN LAS RANCHERIAS O LLEVAR LOS NIÑOS AL INTERNADO MISIONAL...?

En nuestra Misión se decidió hacer una experiencia nueva. Guayo es una de las rancherías más atrasadas de esta zona. En ella, en vez del internado clásico y tradicional, resolvimos instalar una Misión Tipo «CONVIVENCIA», y a título de ensayo se establecieron otras varias escuelas bajo esta modalidad en distintos núcleos indígenas. La experiencia de varios años no ha sido nada satisfactoria.

Los indios quieren tener siempre con ellos a sus hijos, vivir todos juntos. Y esto aunque se vayan al monte, salgan de viaje, o se vayan de pesca. Juntos en todas las circunstancias de la vida.

LOS «GOBENAJOROS» Y «GÜISIDATU» AMOS DE LOS INDIOS

Por otra parte, los «Gobenajoros» y «Güisidatu» tienen una influencia casi diabólica sobre la ranchería y un dominio despótico. Cuando hablan de los indios que viven con ellos, no dicen mis compañeros, o mis amigos, sino que se expresan con la frase *«ma nebu»*, que quiere decir «MIS HOMBRES». Ellos son dueños y señores de los que habitan en la ranchería. Por eso no soportan que parte de sus niños y niñas vayan a educarse al internado de la Misión, porque de esa manera no tendrán tanto dominio sobre ellos.

Tratándose de hembras hay otra razón. Los «Güisidatu» y algunos «Gobenajoros» andan a la caza de adolescentes para hacerlas sus esposas, y por eso quieren tenerlas a todas en la ranchería para tener dónde escoger. Y saben que esto no lo podrán hacer con las que son educadas en la Misión, porque lo ordinario es que éstas se casen con los muchachos educados en los mismos centros misionales.

El deseo de estos indios de tener siempre con ellos a los hijos, aunque en principio parece un buen detalle para fomentar el espíritu de familia, sin embargo es un inconveniente por lo que se refiere a la labor escolar en las rancherías.

LA ESCUELA: «ESO NO NECESITA INDIO»

Los padres dejarán a sus hijos ir a la escuela, cuando no tengan otra cosa que hacer. Y para ello aducirán las razones más fútiles e injustificadas que pueda imaginarse: que tienen que ir al monte a buscar fruta, otros que han ido a pescar... Todo son excusas con tal de no ir a la escuela. Como el Misionero les exige la asistencia, de ahí viene el descontento.

Eso de que los indios no quieren aprender ni incorporarse a la vida civilizada, hay que entenderlo así: *«Los indios quieren disfrutar, gratuitamente, de algunas ventajas de la vida civilizada. Lo que no quieren es exigirse y sacrificarse...»*

En una ocasión en que trataba de convencer a un indio para que mandara a sus hijos a educarse al internado de la Misión, diciéndole que si aprendían a leer y escribir nadie les engañaría, me contestó con toda tranquilidad: «ESO NO NECESITA INDIO».

LA NOCHE QUE HAY «JOAS», NO HAY NIÑOS EN LA ESCUELA

Otra de las causas del fracaso de las escuelas en plena ranchería, es la práctica de las «joas» y demás brujerías por parte de los «piaches». Ya se ha dicho la influencia que éstos tienen en todos los habitantes de la ranchería.

En San Francisco de Guayo se ha podido constatar que, cuando los «piaches» habían tenido sesión de brujería o sesión de «joas» en la noche, al día siguiente era casi nula la asistencia de los niños a la escuela. Cuando los «piaches» tienen sus actuaciones en la noche, se apodera de la ranchería una verdadera consternación y nadie duerme. Como esto sucede con bastante frecuencia, y hay temporadas que actúan todas las noches, puede suponerse el ánimo de los desganados discípulos para ir a la escuela.

Por consiguiente, para garantizar la asistencia constante de los indios a la escuela, éstas deben estar instaladas en lugares apartados de las rancherías, en sistema de internados o algo similar. Hay que tener una paciencia verdaderamente heroica y un gran sentido cristiano de la vida para llevar adelante la ingrata tarea de civilizar y cristianizar a estos indios.

FR. ALVARO M.ª DE ESPINOSA

Tucupita, agosto de 1954

EL MISIONERO EVANGELIZADOR

EL MENSAJE DEL EVANGELIO, LOS MISIONEROS, Y LOS INDIGENAS

«¿COMO CREERAN SIN HABER OIDO HABLAR DE EL?».
«Y ¿COMO OIRAN SI NADIE LES PREDICA?».
«Y ¿COMO PREDICARAN SI NO SON ENVIADOS?».

(San Pablo, Rom. 10, 14-15.)

En este mundo misional están frente a frente dos sujetos y un único MENSAJE. El MENSAJE es el del EVANGELIO. Los dos sujetos: uno es el INDIGENA, el otro el MISIONERO. Este tiene que predicar el EVANGELIO del que debe estar saturado; y como es «embajador de Cristo», enviado de EL, no necesita otras credenciales para empezar a hablar y actuar.

El INDIGENA está ahí, para oír y para escuchar. Y después de oír, de escuchar y convencerse razonablemente hasta donde pueda llegar la inteligencia humana, dar el paso de la voluntad humana para CREER Y ACEPTAR A JESUCRISTO.

¿Quién puede fallar en esta empresa...? ¿El Mensaje? ¿El Misionero? ¿El Indígena?

EVANGELIZAR

Es presentar los motivos de credibilidad que permitan al individuo, en colaboración con la gracia de Dios, tomar la libre decisión de aceptar la doctrina del Evangelio de Cristo-Jesús.

LAS MISIONES Y EL EVANGELIO

La actividad misionera nace de una necesidad intrínseca al Evangelio. No sólo de una necesidad de orden histórico y práctico. ¿Cómo podría difundirse el Evangelio si no existieran las Misiones...?

Se trata de un fenómeno extraño que merece una profunda reflexión. ¿Por qué el Evangelio, que es verdad revelada, estupenda y salvadora, no se difunde por sí mismo...? De ordinario, los descubrimientos científicos se difunden por sí mismos. La razón humana, la curiosidad popular y los intereses inherentes a su divulgación, propagan la ciencia y la técnica con una facilidad inmediata. De esta manera, las ideas de moda se abren paso en medio de la humanidad mediante la escuela, la prensa, la política... Y hoy, con admirable rapidez, a través de los maravillosos medios de comunicación radio-televisiva.

¿Por qué, en cambio, la fe en Cristo y en su salvación —nuestro interés supremo—, no posee esta fuerza de difusión espontánea...? ¿Por qué resulta exigente y compromete? ¿Por qué implica un estilo de vida nueva? ¿Por qué engendra una comunión, es decir, una Iglesia? Por estas razones y otras semejantes.

Diversos aspectos del ministerio del Misionero en su labor apostólica.

La realidad es ésta. La fe debe ser llevada, debe ser anunciada de viva voz, de persona a persona. La red de comunicación de la fe al principio, y normalmente también después debe ser humana.

Se necesita el Misionero, es decir, el hombre enviado por la autoridad apostólica de la Iglesia, para que el mensaje divino llegue a su destino, al alma y al corazón de los hombres. Se ha dicho con una frase paradójica y eficaz: DIOS TIENE NECESIDAD DE LOS HOMBRES.

Para que el misterio de amor y de salvación que procede de Dios se difunda en el mundo, se necesita el ministerio de amor y sacrificio del hombre que acepta la misión, el riesgo y el honor, de comunicar ese misterio a los demás hombres, los cuales, por eso mismo, se convierten en hermanos. Ese hombre indispensable es EL MISIONERO.

La caridad de Dios pone en movimiento la caridad del hombre, para llevar a cabo su plan histórico y social en el mundo. Y esta necesidad de servicio al plan divino no es sólo de índole práctica, histórica y exterior, como decíamos antes. Es también interior a la verdad y a la caridad misma del Evangelio, que ha sido anunciado al mundo con el fin de llenar y llegar a toda la faz de la tierra.

Con exigencia insoslayable nos lo recuerda el gran misionero que fue San Pablo: «Si evangelizo, no es para mí motivo de gloria, sino que se me impone como una necesidad. ¡Ay de mí si no evangelizo!».

Por obra del misionero pasan los indígenas de hijos de la selva a ser hijos de Dios.

EVANGELIZACION Y SACRAMENTOS

BAUTISMOS EN ARAGUAIMUJO

(Desde la fundación hasta hoy)

I.	Desde el 4 de mayo de 1925 al 12 de abril de 1935	1.754
II.	Del 20 de abril de 1935 al 18 de junio de 1940	1.442
III.	Del 20 de junio de 1940 al 13 de julio de 1943	1.682
IV.	Del 16 de julio de 1943 al 8 de junio de 1950	1.491
V.	Del 8 de junio de 1950 al 28 de mayo de 1955	1.500
VI.	Del 28 de mayo de 1955 al 8 de abril de 1959	1.522
VII.	Del 30 de junio de 1959 al 10 de febrero de 1964	1.497
VIII.	Del 10 de febrero de 1964 al 9 de junio de 1968	1.557
IX.	Del 9 de junio de 1968 al 8 de enero de 1975	1.319

MATRIMONIOS EN ARAGUAIMUJO

	Del 30 de mayo de 1929 al 3 de agosto de 1973	422

TESTAMENTO MISIONERO DE S. S. JUAN XXIII

«Se abre a los ojos el espectáculo incomparable de hombres, como los MISIONEROS DE CRISTO, que van por los caminos del mundo no para dominar sino para iluminar; no para repartirse la tierra en zonas de influencia y de intereses económicos, sino para servir.

...Seguid fijando la mirada en los campos inmensos del apostolado misionero... que ha inflamado a través de los siglos tantos entusiasmos y ha inspirado generosos heroísmos...»

(Del Discurso a los Directores de Obras Misionales,
el 16 de mayo de 1963.)

EVANGELIZACION Y SACRAMENTOS

(Continuación)

«BAUTICE CIEN NIPOS Y UN ANCIANO»

«En mi recorrido de quince días visitando todas las rancherías de la jurisdicción de esta parroquia de la Divina Pastora de Araguaimujo, administré el Santo Bautismo a unos cien niños y a un anciano.

Este anciano tiene unos setenta años. Ya no oye, hay que hablarle en el más subido de los tonos. Un tipo muy simpático y con gran sentido del humor. Su nombre es Matías Bolívar. Conoció y fue conocido por todos los Misioneros.

Sólo sabe de su niñez que vivió en el morichal de Uruara, y que allí —le dijeron— había nacido. Del nombre de su madre ya no se acordaba. Me recibió en «traje de Adán». Sufre artritis aguda, lo que no le permite usar ropa. Con este «traje» recibió las aguas bautismales, y con él contrajo matrimonio. Su mujer tenía cuarenta y tres años».

ERIJIBU-TU
(Crónica de 1964.)

MISION DE GUAYO. «DOSCIENTOS SETENTA Y CUATRO BAUTIZOS»

29 de enero de 1956.

«Regresó el P. Quintiliano después de visitar varias rancherías durante doce días de viajes, con un total de DOSCIENTOS SETENTA Y CUATRO BAUTIZOS. En todas las rancherías les dio a los indios instrucción religiosa en guarao».

(Crónica del Centro)

PRIMERAS COMUNIONES. «HOY GRAN DIA PARA LA MISION»

Guayo, 15 de agosto de 1950.

«Hoy ha sido un gran día para esta Misión. Por primera vez en este Centro once indiecitos de la escuela hacen su Primera Comunión.»

(Crónica del Centro)

CONFIRMACION

Guayo, 1 de junio de 1951.

Monseñor Constantino Gómez Villa, Vicario Apostólico, confirma a cuarenta y nueve personas. Es la primera vez que confirma indígenas en esta Misión».

(Crónica del Centro)

MISION DE LA GRAN SABANA. CENTRO DE KAMARATA

BAUTISMOS:

Del 10 de octubre de 1954 al 16 de febrero de 1970 ..	1.344
Del 16 de frebrero de 1970 al 30 de marzo de 1975 ...	758

PRIMERAS COMUNIONES. Y PRIMER MATRIMONIO

Kamarata, 28 de mayor de 1959. Día del CORPUS.

En este día, además de las Primeras Comuniones, se efectuó el primer matrimonio solemne en esta Misión.

MATRIMONIOS:

Del año 1954 al 1975	270

CONFIRMACIONES:

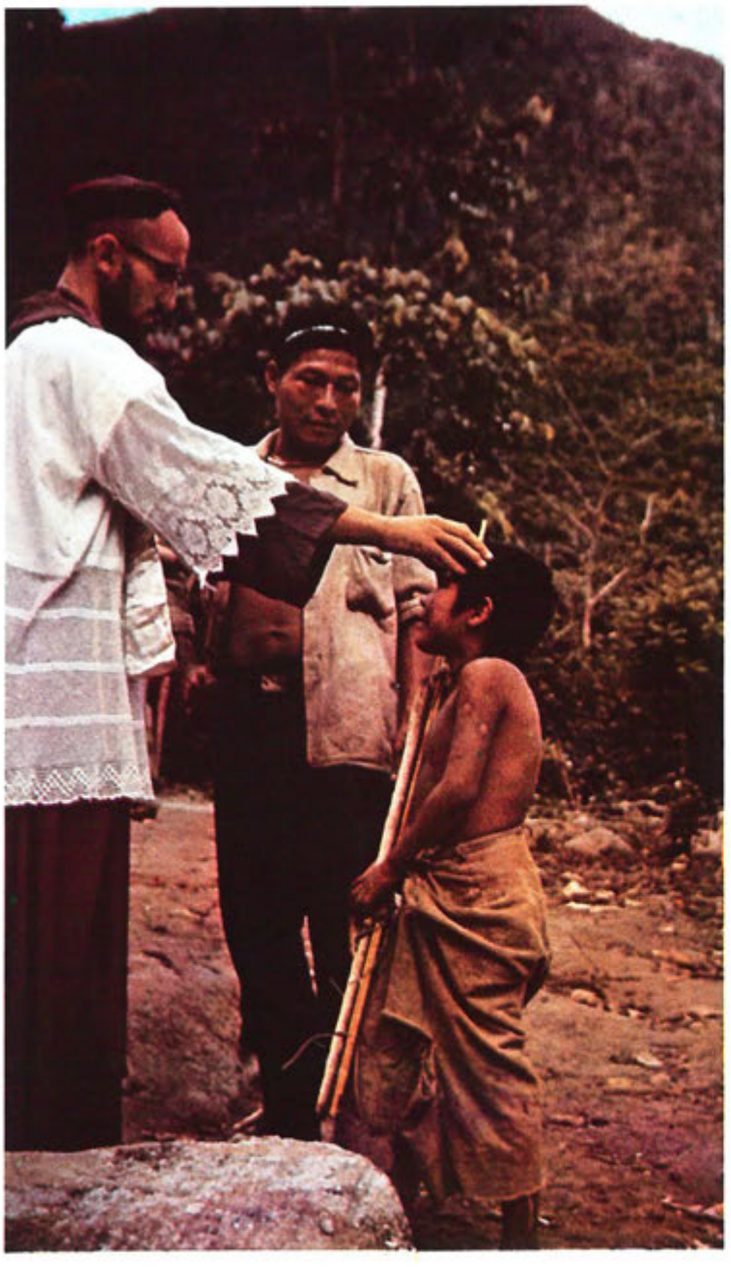
Del año 1954 al 1975	956

COMUNIONES DIARIAS:

Año 1957	3.320
Año 1958	7.254
Año 1959	6.325
Año 1962	5.398
Año 1964	4.342
Año 1965	7.966

(Crónica del Centro)

Ni las distancias ni las dificultades de la selva arredrarán al misionero para cumplir con su deber apostólico. ▶



LAS MISIONES:

«EL DEBER PRINCIPAL,
EL DEBER SUPREMO Y
SANTISIMO DE LA IGLESIA».

(Vaticano II. A.G. 35 y 29.)

Diversos aspectos de la celebración del matrimonio de los indígenas.

PRIMEROS CRISTIANOS YUCPA DE PERIJA

«En nuestro Centro Misional de Los Angeles del Tukuko, tres indígenas de la raza e idioma YUCPA —Nemesio Anane, Trinidad Nérua y Margarita— han ingresado, deliberada y libremente, en las filas de la Iglesia de Jesucristo.»

Tras una larga catequización, ellos —mayores de edad— han querido espontáneamente recibir el Bautismo e incorporarse al cristianismo con todas sus consecuencias. La ceremonia tuvo su marco oportuno con ocasión de las fiestas patronales de este Centro y congregó a un gran número de indígenas de las distantes rancherías.

Hace apenas dos o tres años, para reunir tal número de indígenas hubiera sido necesario que un Misionero saliera por todos los ranchos de la sierra ofreciéndoles —para que vinieran— más regalos que un Ministro. Este acontecimiento nos exige redoblar nuestro trabajo en provecho de los adultos, precisamente porque ellos son el leño duro del que nos cuesta arrancar una imagen de Cristo.

El bautismo de Nemesio, Trinidad y Margarita (unos treinta, veintiocho y cuarenta y cinco años, respectivamente) es un testimonio para desmentir la frase de que «con los viejos no hay nada que hacer». Lo que pasa es que no se puede salir al campo con intención de recoger una mies cuya semilla no hemos sembrado...

Lo que sí podemos afirmar, frente a estos tres nuevos cristianos, es que en ningún momento se opusieron a ser iniciados en la más santa de las revelaciones. Apenas vislumbraron sus magníficos contenidos, estaban ansiosos de vivir las verdades que encierra. Ahora están ya bautizados y diariamente se acercan a la sagrada comunión.

Además, Nemesio Anane y Trinidad Nérua han santificado su amor con la recepción del sacramento del Matrimonio. Margarita, un tanto superadulta y de vuelta ya de muchos amores y amoríos, transportada de felicidad ayuda a las Hermanas Misioneras y a las niñas del Internado en todas sus faenas y labores. Parece que ahora su inocencia bautismal la rebosa en sus bien largos cuarenta y cinco años.

La biografía de estos tres indios YUCPA nada ha sido y nada será en la historia de la humanidad. Pero en otro orden superior de cosas, son ya HIJOS DE DIOS... ¡Y esto creo que es bastante! ¿No les parece...?

Fr. PRUDENCIO DE SANTELOS
Misionero de Tukuko

CON LA VIRGEN DEL CAMINO HACIA LOS MOTILONES

El Vicario Apostólico nos había dado la orden de intensificar el acercamiento a los Motilones. Hemos mejorado el camino en sus últimos kilómetros. Hemos llegado hasta el río Totayonto que señala los límites entre los indios yucpa y los DOBOKUBI o motilones. Nos consideramos prácticamente en tierra de nadie, aunque los peligros y el riesgo los tenemos en ambas «fronteras». Hasta esta zona hacen sus incursiones ambos grupos étnicos, pero con miedo y con recelo. Y aquí decidimos establecer la avanzadilla de nuestra nueva Estación Misional, que la hemos bautizado con el nombre de VIRGEN DEL CAMINO DE LOS MOTILONES.

En este árbol central colocó el P. Adolfo de Villamañán el cuadro de la Virgen del Camino para que les protegiera en la entrada a los motilones.

INSTALAMOS EN LA TORRE EL MAS POTENTE ALTAVOZ

Pensamos en la posibilidad de que los Motilones puedan escuchar nuestra voz desde lejos, y así hemos instalado en la torre del Tukuko el más potente altavoz que hemos encontrado en el mercado. La música, y la voz de los dos Motilones de nuestro Internado, los CHIBIO, que les dicen algunas palabras en su idioma, tranquilizan nuestros ánimos y alientan nuestra esperanza de una posible comunicación con ellos.

Nos hemos propuesto no hacer ningun disparo en nuestros viajes, de no impedir que se lleven todo lo que puedan juzgar provechoso para ellos en sus incursiones hasta la Misión, cuyas huellas y señales hemos podido identificar.

Hemos celebrado la primera Misa en las orillas del río SHUKUMU y colocamos el cuadro de la VIRGEN DEL CAMINO en un árbol que nos sirvió de retablo para el santo Sacrificio.

VECINOS DE LOS BRAVOS MOTILONES

Prácticamente nos encontramos vecinos de los bohíos motilones. Desde la estación de la Virgen del Camino nos resulta fácil el viaje de ida y vuelta en el mismo día. El primer bohío motilón dista de nuestro campamento, en línea recta, solamente seis kilómetros. Parece que esta zona fue habitada por los Motilones hace algunos años, hasta que los flechamientos se produjeron y se organizó la persecución y hostigamientos de los Motilones por parte de algunos empleados de las Compañías petroleras.

PERSECUCIONES Y MATANZAS DE INDIOS MOTILONES

Mientras los Misioneros realizamos esta labor de acercamiento, la codicia insaciable de desalmados aventureros —muchos de ellos indocumentados— están realizando incursiones a mano armada en toda esta región. Tenemos información documentada por testigos presenciales de que se han cometido con estos indios verdaderos crímenes de lesa humanidad, matanzas y atropellos, destrozar sus plantaciones y quemar sus chozas...

Cada día se hace más urgente la demarcación oficial de las zonas indígenas, por el bien de estos pobres indígenas y para que nuestra labor misionera pueda ser realmente eficaz. Sólo así podremos tener cierta garantía de protección oficial en la arriesgada empresa en la que estamos empeñados.

(Relato del P. Adolfo de Villamañán
Octubre de 1957)

VEN CON NOSOTROS AL CAMINAR: VEN

El P. Lucio Fierro, primer sacerdote indígena de la Gran Sabana.

«EVANGELIZADO» Y «EVANGELIZADOR» P. LUCIO FIERRO

> («El indio actual es tal como lo véis, ya civilizado, gracias a Dios y a los Misioneros Capuchinos, a quienes debo todo lo que soy en el orden moral e intelectual».)

La promoción humana, intelectual, espiritual y moral del indio tiene su máximo exponente en este caso protagonizado por el P. Lucio Fierro. Como él reconoce en el texto citado «todo cuanto es en el orden moral e intelectual se lo debe a Dios y a los Misioneros Capuchinos».

En ese «Todo» moral e intelectual está implicado un largo y laborioso proceso que va desde los primeros acercamientos del misionero a los indios de la selva hasta el aprendizaje de creencias, usos, costumbres y todo el bagaje de estudios, criterios y actitudes que convierten al niño de una tribu desconocida en Sacerdote del Señor.

La importancia del hecho queda captada por la multitud de fotógrafos que intentan dar la gran noticia como un suceso extraordinario. Y quizá de un modo más ingenuo pero más plástico en la expresión espontánea de los mismos indios al dirigirse al P. Lucio Fierro:

> —«¿Padre, usted es indio? —Sí, queridos niños, les contesté. —Pero, Padre, nosotros lo imaginábamos de otra manera y creíamos que vendría con plumaje y otros adornos por el estilo...»

La transformación es evidente: las plumas vistosas han dejado paso al vestido de civilizado. Han pasado los tiempos viejos y se impone una imagen nueva, la de la civilización que representa el P. Fierro.

Los sentimientos del P. Lucio Fierro comentando su ordenación sacerdotal son tan profundos, tan veraces, tan humanos que podría hacerlos suyos cualquer misacantano de una nación de tanta raigambre religiosa como Venezuela o la misma España:

> «Terminada la ceremonia, sintiéndose mi espíritu embargado por una gratísima impresión al ver que acababa de dar un paso más hacia el Sacerdocio, mis compañeros comentaban el hecho y me felicitaban cordialmente.»

Al besar el anillo pastoral de los Arzobispos de Bogotá, Quito y Panamá se le escapa esa expresión incomparable que resalta el cambio obrado en su raza y en su persona:

> «¡Esto sí me hizo pensar hasta dónde había llegado yo, indio perdido en otro tiempo entre las selvas de la Gran Sabana, lejos de toda civilización...»

No es un escape de la vanidad, es el reconocimiento humilde y agradecido de una labor sacrificada y heroica. Es la gratitud gozosa y esperanzada de los corazones nobles, a flor de alma:

> «En medio de todas esas solemnidades una idea embargaba mi espíritu: que en breve sería una realidad el verme transformado en OTRO CRISTO. El ideal por tanto tiempo acariciado iba ya a realizarse. Ya había

Primera misa del P. Lucio en la Misión de Santa Elena.

El P. Lucio ejerciendo el apostolado entre sus paisanos de tribu.

> pasado el tiempo de las dudas y cavilaciones. La resolución ya estaba tomada. No había más que ponerse en las manos del Señor y con el profeta Isaías exclamar: «En ego», Señor, heme aquí. Haz de mí lo que sea de tu agrado.»

La impresión que causa esta madurez espiritual en un indio recogido en la selva es indescriptible. Y según confesión propia del sacerdote indígena esta madurez se la debe a los Misioneros.

Esta madurez se descubre en cada capítulo de su vida espiritual pero llega a cotas inimaginables en un indio e incluso en un joven normal de religiosidad profunda cuando nos describe su Ordenación Sacerdotal.

El P. Fierro está sumergido en el misterio hasta el punto de no reparar en las formas externas que no son más que el necesario telón de fondo que da más relieve a lo sustancial del hecho religioso. Nos lo confiesa él mismo con una naturalidad sorprendente:

> «De la ceremonia de la Ordenación, le podría decir algo si hubiera sido mero espectador; pero como era uno de los protagonistas de asunto tan serio, nada o muy poco puedo decirle; pues la idea de la maravilla que se iba a obrar en mí, en este indio pemón, cada vez se adueñaba más de mi espíritu, hasta el punto que ni cuenta me daba de lo que a mi alrededor sucedía...
>
> ...un INDIO revestido de poderes que ni ellos mismos (los ángeles) poseen, un indio con los poderes divinos de atar y desatar, de consagrar el cuerpo de Cristo y de perdonar los pecados...

Sólo quien haya pasado por la vivencia personal de este misterio podría rubricar el acierto, el realismo y la autenticidad de estas expresiones. Porque ha sabido captar de un modo definitivo ese estado de ánimo que embarga el espíritu del nuevo sacerdote, con una mezcla misteriosa de indignidad y de gracia, de grandeza y fragilidad, de dudas de esperanza, de temor y de gozo. Sigue el P. Fierro:

> «¿No es esto un gran prodigio? ¿No es esto algo maravilloso capaz de llenar de admiración y asombro a las mismas jerarquías angélicas...? Yo así lo creo.

A través de la narración del P. Lucio Fierro aflora insistentemente el sentimiento de la gratitud. Es un aire grato que se respira de principio a fin: no olvida ni por un momento a sus educadores, a los que orientaron sus primeros pasos hacia el Señor, a los que de un modo o de otro dejaron poso en su corazón:

Celebra el cariñoso encuentro con «nuestro» Obispo, Monseñor Gómez Villa.

En Caracas «tuve la gran satisfacción de encontrarme con otro venerable y benemérito misionero, el R. P. Nicolás de Cármenes, uno de los primeros misioneros de la Gran Sabana quien, siendo yo niño, me enseñó a rezar y a cantar a la Virgen»... Reconoce que la emoción del misionero fue mayor aún «al contemplar delante de sí al antiguo indiecito por él catequizado, a la pequeña planta por él regada, convertida en la flor más preciada de la Iglesia Católica».

Impresiona la sensibilidad del antiguo indio de la selva que sabe vibrar con tanta emoción y reconoce con tanta nobleza la labor de los Misioneros.

Este testimonio en sangre viva es la prueba más palpable de la eficacia de los Misioneros en la promoción humana y espiritual de los indios.

El P. Lucio en su primera visita a España.

DIARIO DE UN MISIONERO

No todos los días son iguales. No pueden serlo, sobre todo, para la vida de un Misionero. Claro que esto hay que entenderlo, pues de lo contrario nadie se aventuraría a venir a las Misiones por temor a enloquecer con un plan de vida sin descanso.

Por eso es bueno aclarar que las sorpresas no son todas de la misma intensidad emotiva. Que, precisamente, en la variedad está la belleza y la atracción —quizá un poco romántica— que las Misiones han ejercido siempre en los corazones juveniles. Una misión es empresa para jóvenes, de edad o de espíritu.

Yo creo que el calendario emotivo de una semana misional se puede distribuir más o menos así:

I. DIAS DE ENTUSIASMO.—Son esos días en que todos parecen haber amanecido con el alma incendiada en celo apostólico. Desde muy temprano el Padre prepara su expedición a la ranchería que está a 20 kilómetros, las Hermanas deciden visitar a cinco enfermos, hacer la catequización de 10 adultos y presentar, ya listos para la Primera Comunión, a 15 niños. Por fin, el Hermano ha hecho un alto en su tarea manual para enseñar un puñado de verdades cristianas a los 30 indígenas que le acompañan. Con pocos días como estos va a haber misiones para poco tiempo.

II. DIAS DE DEPRESION.—Pero, ya, ya... Hoy todos han amanecido de un humor de mil demonios. Es que hasta el día está inaguantable: la atmósfera está que ni que la hubieran cargado con baterías.

El Padre está cansado; las Hermanas parece que también y el Hermano, por no parecer menos, pues también. Por lo menos si no están cansados, ellos se sienten así, y esto es más peligroso. Por lo demás, los niños en clase no han dado pie con bola, en el trabajo han declarado la huelga de brazos caídos y en el comedor ya podían haber declarado la del hambre. Pero que va: dicen que la comida es poca, y que nosotros los estamos matando de hambre.

Los adultos, a la hora del catecismo, sí, ahí están con el cuerpo, pero su pensamiento, su corazón y su apetito deben andar por allá arriba, por las montañas, en uno de sus históricos chicheos.

Y por la noche, en el examen de conciencia, todo el personal misionero ha tenido el mismo remordimiento: hoy no hicimos gran cosa. Pero, Señor, danos mejores días.

III. DIAS DE SUSTOS.—¡Ay sí... mejores días! Ahora es que falta. ¡Hoy es día de sustos! Ya por la mañana, al entrar las Hermanas en su coro para la oración acostumbrada, han encontrado en el lugar sagrado una culebra regular, haciendo su... digestión; el ganadero ha venido corriendo al Padre para decirle que los motilones han flechado en la noche, tres vacas y un caballo; finalmente, el Hermano ha tenido que ver con sus propios ojos cómo animalitos sin escrúpulos han dado cuenta de la yuca sembrada con tantos sudores.

Pero bueno: esperemos mejores tiempos.

IV. DIAS DE ALEGRIA.—Y los mejores tiempos van llegando... El Padre se entera de que en España se está ya subiendo al barco un sacerdote que pronto va a ser su compañero de trabajos; las Hermanas están locas de alegría al enterarse confidenciálmente de que Panera, su ex-interna indígena, ha tenido una niña hermosa como un sol. (Bueno, como se trataba de confidencias femeninas, ya todo el mundo lo sabe en la Misión). El Hermano también está contento, porque resulta que al fin le van a traer un tractorcito y un arado con vertedera, y ahí van a acabar, en parte, sus muchos trabajos en esa ingrata huerta, arrancada a la selva y a los peñascos.

Los niños parece que hoy han comido como esperaban: al salir del comedor les ha faltado tiempo para organizarse en el patio en una interminable y ruidosa algarabía infantil.

Y todos —también los indígenas adultos— están contentos, porque esta noche, después del catecismo, van a ver una película «de las que caminan»...

Bueno, hoy ha sido día de alegrías. Y parece que la cosa va bien. Pero, no, no...

V. DIAS DE TRISTEZAS.—No, que que el Padre y el Hermano están muy tristes, porque Anshita, uno de sus niños internos, inteligente, bueno, mayorcito y todo, se ha fugado. Sí, crisis de jovenzuelo, pero huyó a las lejas rancherías y ahora va a ser difícil recuperarlo.

Y las Hermanas también están tristes, porque los tres niños desnutridos y agónicos, traídos al dispensario misional, se han ido irremediablemente. Menos mal que queda el consuelo de que han volado al Cielo.

Y todos están tristes hoy en la Misión, porque el viejo Enonipsi ha muerto sin Bautismo, en la montaña casi inaccesible.

Pero Dios ya tiene preparado uno de esos días que elevan la moral del misionero.

VI. UN DIA DE TRIUNFO.—Fue esta mañana, de este domingo inolvidable. Antes de la misa, el señor Obispo, venido para recoger la mies por misioneros sembrada, ha administrado los sacramentos del Bautismo, de la Comunión, de la Confirmación y del Matrimonio a ocho parejas de gentes indígenas. Nunca se había visto cosa igual en la Misión, y ese es un espectáculo maravilloso que se ve en pocas partes del mundo.

Cuatro de los siete Sacramentos administrados en un mismo acto: como para santificar de un golpe a los agraciados, y como para reventar con la alegría del triunfo a misioneras y misioneros.

Sí, estos días también hay algo en las misiones. En ellos se traduce impresionantemente a la realidad aquella profecía del salmo: «Al venir de su trabajo (los apóstoles del Señor) caminaban llenos de alegría del triunfo, trayendo entre sus manos la espléndida cosecha».

Y todos estos días son:

VII. LOS DIAS DE DIOS.—No importa que este calendario del misionero vaya impreso con tintas rojas, grises, azules o negras. El misionero sabe que no es más que un obrero de Dios, y que sólo Dios escogió la tarea y el operario.

Luego, el misionero sabe también que su obligación es sembrar. Será después el Señor el que haga nacer, crecer y multiplicarse la mies, al sol y a la sombra, con frío o calor.

Los días en la Misión no cuentan para nada: al misionero sólo le interesa sembrar la semilla de la Iglesia. Pero así: todos los días, y a pesar de lo que le depare cada día, todos son DIAS DE DIOS.

P. PRUDENCIO DE SANTELOS
Misionero Capuchino

CALVARIO DEL MISIONERO

...
en trabajos.
en cárceles.
en golpes.
en peligros de muerte.
en naufragios.
día y noche sobre el abismo del mar.
caminos hechos a pie.
peligros de ríos.
peligros de salteadores.
peligros de los de mi raza.
peligros de los gentiles.
peligros en la ciudad
peligros en despoblado.
peligros en el mar.
peligros entre falsos hermanos.
noches sin dormir.
en trabajo y en fatigas.
en hambre y sed.
en días sin comer.
en frío y sin abrigo.
la ansiosa solicitud por
todas las Iglesias.

(S. Pablo, II Cor., 11, 23-28)

PABLO VI Y LAS MISIONES

«Nuestro pensamiento, nuestra admiración, nuestro reconocimiento, se dirigen a vosotros, queridos misioneros, sacerdotes religiosos, religiosas y seglares, apóstoles del Reino de Dios, que respondiendo a una sublime vocación y dejando familia y patria, os habéis hecho anunciadores de la paternidad de Dios, de la divinidad de Cristo, del misterio de la salvación en el Espíritu Santo que se realiza en la Iglesia.

Nos, deseamos proponer a todo el mundo vuestro ejemplo, que es el enaltecimiento de vuestra nobilísima misión inspirada por el amor, amasada con sacrificios, alimentada con fe hasta la inmolación, y a la cual deben unirse todos los cristianos en las súplicas y en la colaboración».

(«Domund» de 1966)

ASI TE QUIERO, HERMANO

Con la Cruz en la mano,
sosteniendo su peso y su ternura,
viviendo la razón de su locura,
abrazada en «Abrazo» franciscano.

Esa cruz que acaricia tu mirada
y penetra de luz tu pensamiento
será testigo fiel de la esforzada
empresa que cuartea el sentimiento.

Será testigo de la amarga pena
del vivir exiliado en tierra extraña,
—sin pecado, sin juicio y sin condena—
cuando la propia es luz, fervor y entraña.

Con la cruz misionera, tu destino
de clavos, de dolor, de herida abierta
hasta regar con sangre la desierta
sabana del Señor.

Yo te adivino
cosido al crucifijo, lastimado
de soledad, tristeza y amargura,
huidizo como un perro apaleado
que arrastra su dolor por la espesura.

Te presiento lloroso por la estrecha
singladura del odio que acorrala,
sin otros horizontes que la bala
o el veneno en la punta de la flecha.

Si eres Cristo has de ser crucificado:
no faltarán intrigas a tu paso,
ni el cuajarón de sangre en tu costado,
ni el brindis enemigo en tu fracaso.

Camino de tu cruz, voces hostiles
de delación, de injuria y de denuncia,
y saciarán su furia de reptiles
con el ácido pan de tu renuncia.

Esa cruz del Señor, hermano mío,
maniatará tus manos con cadenas
y manchará tu nombre con el frío
deshonor del proceso y las conaenas.

Condenado a vivir solo en el yermo,
sin el consuelo de una voz amiga,
se irá quebrando tu salud, enfermo
de soledad, de fiebres y fatiga.

Te atarán a la cruz de pies y manos.
Morderán en tu honor perros hambrientos
y nunca faltarán «falsos hermanos»
para tortura de tus sentimientos.

Con la cruz en la mano,
crucificado en vida eres tan fuerte
como aquel hermanito franciscano
que cantaba en la hora de su muerte.

P. CALASANZ.

PERSECUCION Y CALUMNIA EN PERIJA

Ante los hechos de sangre ocurridos en Perijá y ejecutados por los indios, mucha gente llegó a decir que eran debidos a la instigación de los Misioneros. Los menos agresivos y calumniadores se contentaban con afirmar que era imposible el que los Misioneros instigaran a los indios a cometer tales crímenes, pero que los indios los cometían porque después eran amparados por los Misioneros.

Los indios y los criollos se atacaban mutuamente contra todas las diligencias y contra todo el difícil control que sobre ellos podían tener las autoridades civiles y las misioneras.

Lo que sí era cierto, en esta época, era el que ni un solo criollo había sido castigado ni encarcelado. Y eso que en varios casos había pruebas evidentes de su culpabilidad. En cambio, sí habían sido encarcelados cuatro indios por supuestas acusaciones que por nadie habían podido ser probadas.

AQUELLO SUCEDIA SOLO «DESDE QUE ESTA LA MISION»

Otros acusadores, más benévolos y desmemoriados, afirmaban que estos hechos de sangre sólo habían comenzado a suceder «desde que está la Misión».

Y esta era la verdad que se pretendía tergiversar. Jamás los indios habían tenido a nadie que les defendiera ante los abusos e injusticias que con ellos se estaban cometiendo. Por eso, muchos casos sucedían sólo «desde que estaba la Misión». Porque nadie los había denunciado. Porque nadie había salido con valentía en contra de aquellos atropellos realizados contra los pobres e indefensos indios.

Así lo especificaba el P. Cesáreo de Armellada en la Prensa de Caracas, el 14 de mayo de 1947, con un informe bajo el título «Contra dichos falsos, hechos verdaderos»:

—«Sólo desde que está la Misión se ha dado el caso de anular compras de terrenos hechas a los indios a precios irrisorios.»

—«Unicamente desde que está la Misión se ha procurado saber el número de indios que están en poder de personas civilizadas, para obligar a éstos que cumplan en justicia con aquéllos.»

—«Unicamente desde que está la Misión se inspecciona para que los indios no sean engañados en los contratos de trabajo y en la compraventa de sus productos y objetos.»

—«Unicamente desde que está la Misión se trabaja por agrupar a los indios, hacer su censo, legitimar sus uniones, y dotarlos de escuelas, dispensarios y capillas.»

—«Unicamente desde que está la Misión se trata de exigir la propiedad territorial para los indios.»

—«Solamente desde que estamos los Misioneros, reclamamos para los indios el Fuero y los procedimientos especiales que les otorgan las Leyes de la Nación.»

Por eso, ante la injusticia, los abusos y el desprecio a los indígenas por parte de muchos, las Misiones y los Misioneros estorban en la zona de Perijá.

Estado de abandono y miseria de los indios Yucpa en la Sierra de Perijá.

Fray Primitivo de Nogarejas, primer misionero flechado en el Tukuko.

BAUTISMO DE SANGRE DE LA MISION DEL TUKUKO

Todo el mes de mayo lo habíamos pasado con recelo. El día que me ocurrió el percance iba yo, lo más tranquilo y confiado, al encuentro del nuevo peón vaquero, que debía venir conduciendo cuatro reses para la ganadería de la Misión.

Pasado el río, esperé un momento a que se me uniera el compañero que venía un poco retrasado. Metí la mano en el bolso del pantalón, y en el momento en que estaba alargándole un puñado de caramelos, sentí un golpe en el costado y me vi con una flecha enterrada en mi cuerpo. En aquel instante no sentí dolor, sino sólo un fuerte golpe.

Miré a la derecha, donde había una pequeña loma, y vi dos indios altos, fornidos y pintarrajeados. Les lancé una fuerte imprecación y vi que, por un momento, se contuvieron. Pero observé que nuevamente volvían a coger sus flechas y templar sus arcos que apoyaban en el suelo. Piqué espuelas a mi caballo y salí a la carrera.

CON LA FLECHA ATRAVESANDOME LAS ENTRAÑAS

Cuando estuve lejos y me creí fuera de peligro, traté de sacarme la flecha, pero estaba clavada muy honda y muy bien trabada, por lo que sólo logré romperla en la parte que sobresalía de mi cuerpo. A caballo, caminando como hora y media, logré llegar a la hacienda llamada «España». (Cómo me hizo recordar este nombre a mi Patria y a mis padres, lejos de los cuales me sentía morir...) El dolor iba aumentando y tuve que tirarme al suelo, hasta que me acomodaron en una hamaca para llevarme a Machiques.

A pesar de mi estado de gravedad, me preocupaba hondamente la suerte de mis compañeros que quedaban en la Misión. Por eso no consentí que me trasladaran hacia Machiques, hasta que algunos indios mansos se fueron a la Misión con el com-

pañero de viaje que había salido ileso del ataque de los indios.

Y aquí comenzó la procesión de mi calvario, subiendo cerros, atollándonos en los barrizales, atravesando ocho veces varios ríos que venían muy crecidos... Se turnaban los cargadores, pero yo había de seguir siempre en la misma postura, sin alivio posible.

Ya casi a la media noche, comenzamos a oír el ronquido del motor de un camión, pero los minutos nos parecían siglos. Por fin llegó el P. Cesáreo con unas ampollas antitetánicas y unas inyecciones de penicilina. El camión se había atascado en un barrizal y tuvieron que seguir a pie hasta Rionegro, llevándome en la hamaca. Aquí, permanecimos como dos horas, hasta que con una máquina caterpillar pudieron sacar el camión del atolladero.

EL VIATICO, LA EXTREMA UNCION, Y AL QUIROFANO

Después de muchos percances, llegamos a Machiques. Cuando me trasladaron a una ambulancia, sentí un frío terrible. Pedí una manta, y al verme en aquella estrechez, sólo a mi lado el P. Cesáreo, más que llevarme a una clínica, me parecía que me llevaban a enterrar al cementerio.

Al llegar a la Clínica del doctor Amado en Maracaibo, me hacen las radiografías y dan el diagnóstico:

> Es una flecha enterrada veintisiete centímetros en el cuerpo, dirigida de derecha a izquierda y de arriba a abajo. Está enterrada en el pedículo renal, pasando entre las venas cava y aorta.

El doctor Amado dio órdenes para que me prepararan el pasaporte para el otro mundo. Monseñor Turrado, que se encontraba accidentalmente en Maracaibo, fue quien me administró el Santo Viático y la Extrema unción.

LA PROVIDENCIA DIVINA DIRIGIO EL BISTURI

Casi a las veinticuatro horas de haber sido flechado por manos alevosas, otras manos, sabias y cariñosas, me extraían la flecha de mi cuerpo. Me rajaron por delante y por la espalda. Cuando finalizaron la operación, el doctor dijo:

> «La Providencia divina, que dirigió la flecha con tanta delicadeza entre las dos venas fundamentales, esperamos que habrá dirigido con acierto nuestro bisturí, y que hará lo que falta para salvarle la vida.»

A los pocos días tuvieron que someterme a otra operación, pero ésta sin anestesia, porque mi extremo estado de debilidad no la toleraba. Descubrieron una enorme infección en la pleura, de la que me extrajeron más de un litro de pus.

También ahora Dios ayudó. Gracias a El, a los doctores y enfermeras, a los dos meses de mi flechamiento y operación, se lo estoy contando tranquilamente desde mi habitación de Machiques.»

FR. PRIMITIVO DE NOGAREJAS

Fray Primitivo con el doctor Amado en la clínica donde le salvaron la vida.

PERFIL DE FRAY CLEMENTE

Este perfil de medallón sagrado,
realizado con júbilo por la mano de Dios,
es la efigie de un fraile, dedicado
a redimir salvajes con la luz de su voz.

Del lobo humano, con Francisco hermanado,
descalzo anduvo del motilón en pos.
Y en la selva vivía, penetrado
de los designios que le confiara Dios.

Pero todo en la tierra está signado
por los fieros asaltos del Mefisto,
que osa, en vano, destruir la Misión.

Y este perfil es el «Fraile flechado»
con una astilla del madero de Cristo
que el Salvador detuvo, bajo su corazón.

ANGEL EMIRO GOVEA. (Maracaibo).

MADRUGADA SANGRIENTA FLECHAMIENTO DEL P. CLEMENTE DE VIDUERNA

(Relato de Fr. Marcos de Yudego, misionero en el mismo Centro y testigo presencial de los hechos.)

Son las dos y diez de la madrugada del 14 de septiembre de 1950. Los perros de la Misión del Tukuko ladran desesperadamente. Ha transcurrido media hora, y los perros no censan de ladrar. Salgo de mi habitación para avisar al P. Clemente. Nos internamos los dos en la selva, linterna en mano, para cerciorarnos de lo que allí estaba pasando. La noche está muy oscura. Las aguas del cercano y crecido río Tukuko arrastran grandes piedras y gruesos troncos de árboles haciendo un ruido infernal.

Los perros se lanzan como rayos hacia un rancho contiguo a nuestra vivienda, donde estaban escondidos los temibles indios. Al acercarnos y enfocar el rancho con las linternas, aprovechan ellos la ocasión para disparar certeramente la flecha que atraviesa el pecho del P. Clemente, muy cerca del corazón.

¡Ay, Dios mío, me flecharon! ¡Jesús mío, misericordia! ¡Dios mío, me muero! —exclamó el P. Clemente al sentirse herido. Yo estaba a dos metros de distancia e inmediatamente acudí en su auxilio. Yo me salvé de milagro, pues dos flechas me pasaron rozando, una la pierna derecha y otra la cabeza.

El herido, quejándose por los agudos dolores, y caminando con mucha dificultad, logra llegar hasta su habitación. Allí le aserré la parte de la flecha que sobresalía de su cuerpo. El menor movimiento le producía tales dolores que sentía desgarrársele el pecho. De sus labios salía con frecuencia la frase: «¡Dios mío, les perdono de todo corazón!» A fin de poder calmarle algo los agudos dolores, le inyecté una ampolla de aceite alcanforado.

A las seis y media de la mañana intentamos colocarle en una hamaca para trasladarle a Machiques, llevándole a hombros entre los trabajadores de la Misión y los indios. Pero era imposible transportarlo de esta manera. La flecha que le atravesaba de pecho a espalda, le impedía acostarse. No hubo más remedio que colocarle lo mejor que pudimos a lomos de una yegua y emprender el camino hacia Machiques. Serían doce horas de camino y de martirio.

DESDE MACHIQUES, EN AYUDA DEL FLECHADO

A las doce de la mañana del día 14, regresaba el P. Romualdo de Renedo, Párroco de Machiques, de su ministerio pastoral. Al entrar en la residencia le dan la trágica noticia: «Han flechado al P. Clemente en el Tukuko». Sin pérdida de tiempo se va a buscar una ambulancia y un médico. El doctor Luis Elías estaba comiendo. Interrumpe su refección y sale a toda prisa con Monseñor Turrado y el P. Romualdo en dirección al Tukuko. En previsión de las dificultades del camino, el P. Romualdo consigue un «jeep» que lo conduce el señor Heraclio Montero.

Al llegar a Río Negro se encuentran sin puente. El vehículo tiene que ser remolcado por dos yuntas de bueyes. Ha llovido mucho los días anteriores y los caminos están fangosos e intransitables. El «jeep» se entierra en el fango y no puede seguir adelante. Los expedicionarios se ven obligados a regresar a la hacienda «Matacán», posesión de una familia amiga de la Misión, en demanda de ayuda.

La familia de don Gaspar Gutiérrez, que no sabe de sacrificios para atender a los Misioneros Capuchinos, pone tres caballos a su disposición. Reanudan la marcha guiados por Dionisio Gutiérrez, hijo mayor de don Gaspar.

¡PRISAS, NERVIOS. Y A LA YEGUA SE LE ROMPE UNA PATA...!

El P. Romualdo de Renedo prosigue relatando este viaje de rescate del Misionero flechado en términos dramáticos.

Monseñor Turrado no me permitió montar en el brioso potro que me ofrecían por no estar acostumbrado a cabalgar. Tuve que resignarme a montar en una yegua amansada por los años. Atravesando varias haciendas salimos a un camino que esperábamos estuviera en mejores condiciones.

Aquello era para visto... y sufrido. Las caballerías se atollan hasta la cintura. Hay trozos en que el fango llega hasta los estribos. Al forcejear los animales para sacar las patas del barro nos salpican de tal manera que, a los pocos minutos de caminar, el traje blanco del doctor era de todos los colores menos blanco. Como a las dos horas de camino mi yegua se atolla en un charco. La espoleo para animarla a salir, pero cada vez se hunde más. Tengo que tirarme yo al charco y ayudar a salir al animal. Sale casi ahogada y ¡con una pata partida!

Tan intransitable estaba el camino que en nuestra ruta hallamos no menos de diez carros de bueyes atollados, con ruedas o ejes partidos a pesar de ser arrastrados por dos yuntas cada uno.

Como a las seis de la tarde nos encontramos con uno de los trabajadores en aquellas haciendas, quien nos aconseja volver para atrás, porque la caravana del flechado debía estar ya cerca de Machiques.

Queremos hacer una última tentativa y se-

guimos apresurando el paso todo lo que nos permite el mal camino. Como a la media hora aparece un grupo de trabajadores e indios escoltando al Misionero flechado.

¡Y HASTA LA MULA ANDABA CON CUIDADO...!

No pude estrecharle en un abrazo porque la flecha me lo impedía. Le había pasado debajo del corazón y le sobresalía a ambos lados del cuerpo. El P. Clemente, alto y delgado, viene pálido y demacrado sobre una mula mansa que parece que pone cuidado en cada paso que da para no molestar al que lleva encima.

—¿Cómo se encuentra, P. Clemente?

—¡Bien...! —me contesta.

Noto que le cuesta mucho hablar y respira con dificultad. Le damos a beber unos jugos de fruta que habíamos llevado de Machiques. El doctor le inyecta unas ampolletas y le toma el pulso.

—Esté tranquilo, P. Clemente, que de inmediato no hay peligro. Pero prosigamos la marcha.

Los que vienen acompañándole van descalzos, tanteando los charcos y sondeando los baches para que pase la mula del Padre por los que sean menos profundos. El P. Clemente tan sólo cuando la mula hacía esfuerzos para salir del barro, se quejaba con un «¡Ay, Dios mío!».

EN EL RIO, NADANDO SOBRE LOS CABALLOS

Son las siete de la tarde, y la noche se nos echa encima. La espesura de la selva tupidísima y los árboles corpulentos que nos rodean, no nos permiten ver más que una franja de cielo en el que ya brillan las estrellas. Pero ninguna viene a guiarnos, como a los Magos, por aquella senda fangosa y oscura.

Guiados por una linterna que había llevado el doctor, llegamos al Río Negro. Los caballos nos pasaron nadando. Al otro lado varios camiones y «jeeps» esperaban nuestra llegada. Colocamos al P. Clemente en la ambulancia... ¡Y tiene que ir de rodillas! Por la flecha que le atraviesa no puede adoptar otra postura. A las ocho de la noche emprendemos viaje hacia Machiques. Todo el pueblo se había movilizado al conocer la noticia. Aquí tenemos que cambiar de vehículo, porque los frenos de la ambulancia venían fallando.

CLINICA DEL DOCTOR AMADO. ¡LA FLECHA EN UNA CAJA FUERTE!

Sobre las diez de la noche cuando salimos de Machiques, haciendo un alto en La Villa del Rosario para recoger al P. Dionisio de Barajores, primo hermano del P. Clemente. Hacia las doce entrábamos en Maracaibo tocando el claxon de emergencia. Inmediatamente se colocan delante de nosotros los «Radio-Patrullas» para abrirnos paso hasta la clínica del doctor Amado.

Los cirujanos que estaban avisados, se cansaron de esperar ante nuestra tardanza, y se habían retirado a sus casas. Ante la llamada telefónica se presentan en la clínica con toda presteza. Hay consulta de médicos. Algunos opinan esperar algún tiempo para la operación. Pero el P. Clemente no se puede acostar, ni sentar... y ya no se tiene de pie ni de rodillas. Deciden operar cuanto antes.

Como a la media hora, una enfermera nos presenta la flecha que le han extraído. Pasó raspando la parte inferior del corazón... Esperamos hasta las dos de la mañana para que el doctor Amado nos entregara la flecha. Pero él, con gesto satisfecho, la mira sonriente y la introduce en una caja fuerte, como si fuera un gran tesoro. La coloca junto a la otra que tiempo atrás había extraído también a Fr. Primitivo de Nogarejas, flechado igualmente por los indios en el mismo Centro.

Al preguntar al doctor Elías por sus honorarios en aquel servicio, nos responde: «Les agradecería me obsequiaran con dos flechas de las tiradas por los indios al P. Clemente».

Repuesto al P. Clemente de este flechamiento, cualquiera diría que no volvió a pisar la selva de estos indios. Pero el P. Clemente volvió a la selva y a vivir con aquellos indios. Estaba convencido de que su sangre tenía que ser redentora para aquellos indígenas. Como así fue.

El P. Clemente de Viduerna, segundo flechado en la misión del Tukuko.

Dos misioneros visitan al P. Luis de Jabares.

PASION Y MUERTE DEL MISIONERO PADRE LUIS DE JABARES

UN ACTO DE CARIDAD LE LLEVARIA AL SEPULCRO

«ASESINADO» POR LA CALUMNIA Y PERSECUCION DE LA PRENSA ANTICATOLICA

El 31 de enero de 1948 se presentaron en el Centro misional de Guarero los hermanos Luis Domingo y Sixto Araújo, rogando a los Misioneros hicieran el favor de transportarles con el camión de la Misión una carga de cerdos hasta Maracaibo. A pesar de las mil dificultades que en aquellos tiempos suponía este favor, los Misioneros, sólo por acto de caridad, accedieron a ello. Viajaban en el camión, además de los citados

hermanos, su chófer Rafael Garrido, un trabajador criollo de nombre Juan Redondo y el P. Luis de Jabares que, en nombre de la Misión, les había prestado el camión.

Al llegar a Sinamaica, donde corrigieron algunos fallos del camión, coge el volante el P. Luis, dispuesto a llegar hasta Maracaibo. Cuando viajaban por la explanada de una de las salinas —entonces no había carretera—, se da cuenta de que en medio del camino que llevan hay un gran tronco atravesado. Intenta soslayarlo girando rápidamente a la derecha en un cerrado viraje, y allí se produjo el accidente. La carga de cerdos que llevaban se amontona al lado derecho y con su peso hace volcar al camión de aquel lado.

En pocos segundos se produce el drama: el P. Luis, que manejaba el camión, queda semi-inconsciente, herido en la cabeza y fuertemente golpeado el pecho. Los hermanos Castillo Araújo y Juan Garrido, estaban levemente heridos, aunque muy aturdidos. Pero el trabajador Juan Redondo estaba agonizando y moría a los pocos minutos. Antes de expirar, el P. Luis con mucho trabajo le impartió la absolución sacramental.

Poco después llegaba al lugar del accidente un camión que hacía su viaje de rutina por aquella región. Recoge al Padre y a los heridos y los lleva hasta la vecina población de Sinamaica. El P. Luis se presentó inmediatamente a las Autoridades, a quienes notificó lo sucedido.

Se trasladan al lugar de los hechos, se levanta el cadáver y se toman las primeras declaraciones. De regreso y en Sinamaica el P. Luis avisa telegráficamente a los Capuchinos de Maracaibo. Al P. Luis le obligan a guardar cama en el Dispensario indígena del pueblo, atendido por el médico italiano doctor Sergio Sobrero.

A las diez de la noche del mismo día llegaron algunos Padres de Maracaibo y el gran amigo de los Misioneros doctor Jesús Amado. Después de cambiar algunas impresiones con las Autoridades y el médico, le trasladan al Hospital Central de Maracaibo para hacerle algunas radiografías. Poco después el doctor Amado lo interna en su clínica particular, donde permanece siete días en observación facultativa.

SOPLABAN VIENTOS DE ANTICLERICALISMO. ¡LA PRENSA SE CEBA...!

En otra época de la historia venezolana aquel accidente hubiera pasado desapercibido para la prensa. ¡Eran tan frecuentes estos casos y por aquellos caminos...!

Pero en aquellos mismos días soplaban en Venezuela vientos amenazadores, antirreligiosos y anticlericales. Y la prensa y la radio comenzaron a cebarse despiadada e injustamente contra el Misionero. El P. Luis era completamente inocente, no tenía culpa de lo sucedido. Pero había que explotar el caso para atizar la campaña en contra de los Misioneros y de la Religión Católica. Había sido un «asesinato», y además realizado por un «cura español franquista». «No venía haciendo una obra de caridad, venía transportando «contrabando».

Se desató el odio en los periódicos pidiendo que el Padre fuera llevado a los Tribunales. El 7 de abril de 1948 la Corte Suprema del Zulia confirmó el auto de detención. En consecuencia, el P. Luis de Jabares fue encarcelado.

ENTRE PRESOS COMUNES. CONFINADO Y VIGILADO POR LA POLICIA

El 8 de abril el P. Luis es sacado del Convento de Maracaibo y llevado a la Cárcel pública, donde permaneció algún tiempo mezclado con los

El P. Luis de Jabares en visita a una ranchería de indios Guajiros.

presos comunes. Por gestiones de los abogados se consiguió que el Padre fuera sacado de aquel lugar infamante. Por certificado médico, en atención a las condiciones de su salud, fue trasladado al Hospital de la Chiquinquirá, en condición de preso, y seguido y vigilado a todas partes por policías uniformados.

CALVARIO DE SUFRIMIENTOS Y CRUCIFIXION MORAL DEL P. LUIS

Como jalones de este doloroso calvario, el P. Luis iba recogiendo los artículos recortados de los periódicos que hablaban de «su caso». Cuántos chóferes, con mucha mayor culpabilidad que él, habían logrado evadir la cárcel aflojando el dinero de sus carteras y comprando a aquellos farsantes proclamadores de la justicia contra el Misionero. La calumnia, la incomprensión y la injusticia, iban minando su salud que el sufrimiento moral había de desmoronar.

En los meses de su prisión en el Hospital, ejerció su sagrado ministerio con abnegación y caridad verdaderamente ejemplares. ¡Cuántos de los enfermos que murieron en este tiempo asistidos por él deberán su salvación al Misionero Capuchino «asesino», «español», «contrabandista» y «franquista»...!

El 18 de abril el P. Luis recibió una visita inesperada. El entonces presidente de la República, don Rómulo Gallegos, fue a visitarle al Hospital, asegurándole al Padre que sentía mucho «su caso» y que daría órdenes para que —siempre dentro de la ley— se activara favorablemente el asunto.

El 17 de junio, el Fiscal Público, doctor Alberto Vera, entregó al Juzgado su dictamen, probando que el PADRE LUIS ERA INOCENTE Y ESTABA EXENTO DE CULPABILIDAD EN EL ACCIDENTE SUFRIDO.

«NO SE OCUPE MAS DE MI. PRESIENTO QUE VOY A MORIR»

Por fin, el 20 de agosto, el Tribunal fallaba que no había lugar a juicio. Faltaban horas solamente para que el P. Luis fuera puesto en libertad. Pero no sería la «libertad caprichosa» de los hombres.

Este mismo día recibía la visita de un buen amigo que se había interesado mucho en su favor. Después de darle las gracias, le dijo: *«Es preferible que no siga usted ocupándose más de mí. No se empeñe en trabajar contra lo inevitable. Presiento que moriré muy pronto, víctima de la incomprensión de los hombres».*

El sábado 21 de agosto, después de pasar una noche intranquila, se levantó a las cuatro de la mañana para celebrar la santa Misa. Le faltaron las fuerzas y sólo pudo dar la comunión a unas Hermanas de la Comunidad del Hospital. A las tres de la tarde él mismo pidió que le fueran administrados los últimos Sacramentos. Y a las seis, después de una rápida agonía, era ya cadáver.

Mientras la Corte Suprema del Zulia redactaba el auto de rehabilitación y liberación del P. Luis, éste moría en el Hospital de la Chiquinquirá, muy cercano al edificio de la Corte Suprema. Era el día 21 de agosto de 1948. Tenía solamente 37 años de edad. Hacía solamente dos años que había llegado a la Misión de la Guajira. Por disposición de Monseñor Turrado Moreno, Vicario Apostólico de la Misión, fue llevado a enterrar al cementerio de Machiques.

...¿DE QUE MURIO EL P. LUIS DE JABARES...?

Ciertamente, las heridas recibidas en el accidente no fueron para causar la muerte a una persona joven sana y fuerte, como era él. Unos dicen que murió de fiebre perniciosa... Otros, aseguran que de hematuria. Pero los que le conocimos personalmente y vimos todo el proceso de su calvario, decimos que murió de dolor, de sufrimiento por la calumnia y la injusticia que contra él se cometió. Murió ASESINADO por las espadas, las lenguas y las plumas que envenenaron el ambiente, la radio y la prensa, contra la Religión, contra el sacerdocio y contra el Misionero.

El P. Luis fue un fervoroso y sacrificado misionero, sencillo, humilde y afable. Poseía dotes especiales para la catequesis, y estaba aprendiendo el idioma guajiro para que sus ministerios de apostolado fueran más eficaces.

Ahora la tierra guajira está regada con la sangre de un mártir misionero. Muchos indios guajiros invocan confiadamente al «SANTO PADRE LUIS». Fue el primer mártir de la recién fundada Misión de la Guajira. Desde entonces, nuestra Misión tiene un intercesor en el Cielo.

Primer Centro Misional de Guarero.

LOS BANDOLEROS ASALTAN LA MISION DE GUANA

DISPARAN A BOCAJARRO CONTRA EL P. DOMINGO DE BILBAO

Padre Domingo de Bilbao.

«Cinco bandoleros colombianos asaltaron a media noche del jueves, 3 de diciembre de 1959, la Misión Capuchina de Santa María de Guana, en la Guajira. Después de robar diez mil bolívares, dispararon a mansalva contra el P. Superior, Domingo de Bilbao, quien recibió un balazo en la espalda, pero con tan buena suerte que el proyectil solamente le quedó abotonado y el propio religioso se lo extrajo con los dedos.

El P. Domingo de Bilbao llegó ayer a Maracaibo. En la mañana ingresó en el Hospital Central, donde fue atendido por el médico de guardia. Posteriormente regresó a la residencia de El Convento, donde permanece aún.

Los cinco forajidos fueron hasta la Misión y sigilosamente llegaron directamente a la habitación del Superior. En otras habitaciones dormían los Padres Germán de San Sebastián y Prudencio de Santelos, quienes no se percataron de lo que ocurrió sino cuando el P. Domingo llegó herido pidiendo auxilio.»

(De la Prensa de Maracaibo)

EL ASALTO A LA MISION

Los asaltantes debían conocer muy bien el lugar y el edificio. Incluso, por lo menos alguno de ellos, han debido tener acceso en otra oportunidad al Centro misional, porque llegaron directamente a la habitación donde el P. Superior guardaba el dinero.

Cuando el P. Domingo de Bilbao se despertó, debido al ruido de los misteriosos visitantes, se vio encañonado por tres revólveres.

—¿Qué pasa...? —se atrevió a preguntar.

—Rápido, rápido, entréguenos la plata, el dinero —le decía repetidamente el cabecilla de la banda.

Mientras el jefe de los atracadores le apuntaba con el arma, los otros registraron toda la habitación del Padre.

—El dinero no aparece —dijo uno de los bandidos.

La amenaza de los bandidos llegó al máximo cuando uno de ellos saltó encolerizado y se situó al lado del Misionero. Le hundió violentamente el cañón del arma en la espalda, y le dice:

—Padre, usted va a morir.

El P. Domingo no contestó ni una palabra.

SE LLEVARON TODOS LOS OBJETOS DE VALOR

Los bandidos siguieron en la búsqueda hasta que abrieron un baúl. Allí estaba el dinero y los valores para los gastos de la construcción del Centro misional de los indígenas.

El dinero era el del pago de los jornales de los obreros que estaban trabajando en las obras, y darles el respectivo aguinaldo en Navidad. Los fondos que estaban en depósito, procedían de la subvención que tiene asignada a este centro el Ministerio de Justicia y de donativos particulares para fines misionales.

Pero los ladrones cargaron con todos los objetos de valor y se trasladaron a un coche que les estaba esperando a corta distancia de la Misión.

¡HAY QUE LIQUIDARLO PARA QUE NO HABLE...!

El cabecilla habló aparte con sus pandilleros. Decidieron eliminar al Padre Misionero, porque era el único que podría identificarlos. El P. Domingo oyó la decisión de los forajidos, y decidió buscar el medio para ponerse a salvo aunque fuera con riesgo de su vida.

De manera repentina y haciendo un esfuerzo sobrehumano, da un tirón y se zafa de las manos del individuo que le tenía sujeto agarrándole por la camisa. El P. Domingo corrió rápidamente en zigzag, pensando que en esa forma podría evitar los proyectiles que le iban a disparar. Uno de ellos le disparó y la bala le entró por la espalda.

Entre tanto los otros dos misioneros se habían despertado al oír los disparos y salieron de sus habitaciones a la azotea del Centro Misional. Buscaban llegar donde estaba la planta eléctrica para poder encenderla. Cuando lo consiguieron, los bandidos se vieron descubiertos, y a toda prisa dispararon sus armas y se dieron a la fuga.

Lo extraordinario del caso es que el proyectil que dispararon a quemarropa no penetró en el cuerpo del P. Domingo. Quedó embotonado en la camisa causándole solamente una pequeña herida en la espalda.

Centro de Santa María de Guana, donde fue asaltado el Padre por los bandoleros.

«LOS MISIONEROS... HOMBRES QUE ME ABRUMAN»

«Los Misioneros son hombres prodigiosos. El trabajo que realizan es sencillamente espléndido. Son hombres que ciertamente me abruman. Yo guardo para ellos mi simpatía, mi admiración y mi respeto. Quiero expresar mi deseo de que el mundo pueda ver que cada día aumenta el número de Misioneros, no solamente porque en la actualidad estamos muy necesitados de ellos, sino porque creo que en el mundo jamás habrá demasiados hombres de esta categoría.»

ETHEL WILLIAM. Artista de cine norteamericano

La hermana Carmen Lacy.

HEROINAS EN SILENCIO

Dos niñas del Internado del Tukuko reciben la noticia de que el padre de una y la madre de otra están gravemente enfermos, y quieren ver a sus hijas antes de morir.

—Hermana Carmen: nos vamos al rancho y usted nos acompaña.

Pero rápido, que es tarde y el rancho está muy lejos.

Trato de convencerlas de que será mejor salir de mañanita al día siguiente. De esa manera podremos regresar por la noche.

Al pedir la bendición al Superior, P. Romualdo de Renedo, siempre bromista y socarrón, me profetiza de que me asegure bien, porque el caballo me tirará unas cuantas veces por el camino.

Emprendemos el viaje de subida a la empinada sierra con diez niñas y tres niños. Tenemos una mañana clara y soleada. Al principio el camino es fácil y agradable. Pero al comenzar la subida por el cauce del río, el camino se estrecha, y se hace tan difícil y arriesgado que no tenemos más remedio que dejar el animal y seguir a pie. Senderos accidentados, peligrosos y angostos. El río se encapricha en retorcerse en vueltas y revueltas cerradas, pero que no hay más remedio que vadearlo. ¡Hasta sesenta y dos veces atravesamos el mismo río en este viaje...!

Nos encontramos con el horizonte cerrado por la tupida selva, y no vemos sendero por ninguna parte. Una de las niñas se me acerca y me dice con el miedo dibujado en su rostro: —Hermana, por aquí no hay camino, estamos perdidos. Nadie sabe el camino.

¿Qué hacer...? Me encomendé a todos los santos de la corte celestial. Veía que, antes de lo previsto, se nos hacía de noche por la espesura de la selva y la altura de los árboles. Tratamos de buscar refugio en la orilla del río, al abrigo de una roca. Al poco tiempo me di cuenta de que aquello era una temeridad. Muy cerca de allí vimos las huellas recientes del tigre. Nosotros estábamos completamente indefensos. No había más remedio que intentar la escalada a ver si dábamos con el rancho. Animo y adelante. Y subir, y subir... trepando. ¡Y de qué modo y de qué manera...!

Por fin, algunos niños lograron orientarse y dieron con el rancho. Se nos adelantaron para anunciar nuestra llegada. Por eso, aunque era de noche, los indios del rancho nos esperaban.

Cansados, sudorosos, derrotados, después de comer algo, rezamos con ellos y nos tendimos en el suelo, sobre una esterilla de mimbres fabricada por ellos. Como en estas alturas de la sierra las noches son muy frías, ya que sus ranchos no tienen pared ninguna, encendieron unas grandes hogueras para calentarnos en el cobertizo y para ahuyentar a los tigres.

Nos levantamos al amanecer. Como esperábamos que el camino fuera más fácil y más corto, no habíamos llevado provisiones de comida. El indio, que se da cuenta, dice que va a matar una gallina para la Hermana Misionera. Por más que me opuse, él no hizo caso. Cogió el machete, cortó la cabeza a la gallina, la desplumó con rapidez asombrosa, y a la olla, para cocerla con agua y sal. No había más condimentos. Las mujeres prepararon algo de yuca.

Para mesa, el suelo. Para manteles, unas hojas de bijao. Para vajilla, unas totumas de tapara. El mejor condimento, el hambre que teníamos. ¡Está bueno y sabroso...! Pero, sabía a poco. ¡Una gallina, flaca y dura, para veinticuatro personas...! Y por si fuéramos pocos, aquella mañana bajaron varios indios de otra ranchería de la cima de la montaña, trayendo a la mamá de la otra niña, tan enferma y demacrada, que parecía un esqueleto ambulante cubierto de piel. Venía a conocerme y a que la bautizara para morir.

La puse unas inyecciones y parece que se reanimó un poco. Durante el día traté de instruirles algo en las verdades religiosas, valiéndome de sus hijas como intérpretes. Llegó la noche. Con una frugal cena a base de yuca, ñame, y algunos guineos, nos acostamos como la noche anterior.

De madrugada nos despedimos. Pero la india viejecita me pedía el bautismo. Cogí un poco de agua y, con la emoción que hacía temblar mi mano, pronuncié la fórmula sacramental: «Ana, yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Triste fue la despedida entre la madre y la hija. Pero la había visto antes de morir y la mamá quedaba bautizada. Las niñas del Internado les hablaron de Dios y de la Virgen en su lengua yucpa. Con dos palos hicimos una Cruz y la colocamos, con unas flores silvestres, al lado del rancho del jefe.

Comenzamos la bajada de la sierra... Y ésta fue peor que la subida. Tres horas anduvimos bordeando el río Tukuko subiendo y bajando cuestas, resbalones y caídas sin cuenta. Nuestra ropa era ya girones, rota por la maleza y espinas de la tupida selva. Por fin, llegamos donde hacía día y medio habíamos dejado el caballo. Respiré...

Suma pobreza de un rancho Yucpa.

Con bastante miedo monté en el animalito y comenzamos a desandar aquel pésimo camino. Encontramos un tronco de árbol atravesado en el sendero. El caballo era pequeño y el tronco demasiado grande. Dio un salto y el caballo pasó, pero yo caí una buena costalada al suelo. Risas de los muchachos al principio. Pero caras asustadas después, al ver que yo no podía levantarme del suelo. Hasta el caballo volvió asustado la cabeza, mirándome con compasión y lástima. Me ayudaron a levantar y, cuando me repuse un poco, con muchos dolores volví a montar para recorrer el largo camino que aún nos faltaba para llegar a la Misión. Esta caída me costó unos días de tratamiento en el hospital.

A los pocos días recibimos la noticia de que la india viejecita se había muerto. Su hijita lloró mucho al comunicárselo. Pero al tratar yo de consolarla, me respondió:

—«Pero tú bautizar en rancho a mi mamá, y ahora está en el cielo.»

Este ha sido uno de los más felices de mis viajes apostólicos por la Sierra de Perijá.

Hna. CARMEN LACY,
Misionera del Tukuko.

Pena y lástima de estos niños abandonados.

CONJURA CONTRA LA MISION

«El profesor MARCOS TORCUATO MILEO ha sido el regalo que nos envió la Providencia de Dios en las horas más angustiosas en las que diabólicamente conjurados los elementos hostiles a la Misión con un innumerable grupo de ignorantes, pretendían nada menos que destruir nuestra obra.

En cumplimiento de órdenes superiores se presentó en la Misión —en misión especial policial investigadora— y fue tal el impacto que la realidad de los hechos produjo en su ánimo, que lo transformó en el mayor propagandista que haya tenido la Misión.

Movilizó a las autoridades civiles y militares; consiguió convencer al Gobernador del Estado y al Comandante de las Fuerzas Armadas, así como a otros muchos elementos de influencia, para que no se dejasen engañar con la propaganda de los enemigos y fueran ellos mismos quienes comprobasen la gran obra patriótica que estaban llevando a cabo en la selva los Misioneros Capuchinos.

Gracias a él la Misión se está actualmente beneficiando de la misma insidiosa propaganda de gente interesada en mantener encubiertos sus manejos sucios y criminales en el despojo llevado a cabo contra nuestros indios. Era natural que les estorbasen los Misioneros...

Uno de los que con mayor entusiasmo escuchó sus palabras fue Monseñor DOMINGO ROA, Obispo de Maracaibo. Quiso tomar contacto directo con la obra de los Misioneros, y el 12 de febrero de 1962 visitó la Misión del Tukuko, acompañado de un grupo de personas que han sabido exponer hasta su vida en defensa de la obra misionera.»

P. Adolfo de VILLAMAÑAN.
Superior de la Misión.

Monseñor Roa y el doctor Mileo grandes defensores de la Misión del Tukuko.

El gobernador de Maracaibo visita la Misión del Tukuko.

El indígena Pedro Krisólogo el día de su primera comunión.

LOS MISIONEROS SON CALUMNIADOS EN EL CONGRESO DE DIPUTADOS

LOS DEFIENDE UN INDIO GUARAUNO (Septiembre 1974)

«En vista de los indignos ataques y burdas calumnias de que, por parte de algunos Constituyentistas, fueron víctimas los Padres Capuchinos Misioneros del Caroní en la sesión de ayer, me siento impelido por un deber de conciencia a salir por los fueros de los Misioneros y por los fueros de los misionados. En una palabra: por los fueros de la verdad.

Como indio guaraúno de pura cepa que soy, de abuelos y padres, y de familia netamente guaraúna, y óiganlo bien, EDUCADO UNICA Y EXCLUSIVAMENTE POR LOS MISIONEROS Y MISIONERAS DEL CARONI, no puedo menos de alzar mi grito de protesta, enérgica y espontánea, contra esas soeces calumnias.

Con ese vigor y energías requeridos para destruir falsas y denigrantes imputaciones, vengo yo respaldado por luengos años de mi vida transcurridos al lado de tan abnegados Misioneros, oyendo sus sabias enseñanzas; respaldado, diré, por la experiencia de día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, segundo tras segundo, vengo a afirmar que siempre han cumplido con su deber de APOSTOLES Y MAESTROS.

Y revestido por la experiencia de estos largos años, sin temor a ser desmentido ni contradicho por nada ni por nadie.
DECLARO:

SON CALUMNIOSAS ESAS IMPUTACIONES, E INDIGNAS DE UN REPRESENTANTE DEL VIRTUOSO PUEBLO DE VENEZUELA, LAS QUE AYER LANZO CONTRA NUESTROS PADRES MISIONEROS.

Nuestros Padres nos han inculcado los dos amores que encierran en sí todos los deberes de un buen ciudadano: el amor a DIOS y el amor a la PATRIA.

El amor a Dios es el que nos da el valor necesario para cumplir o proceder de acuerdo con nuestra conciencia.

El amor a la Patria nos lleva a la fidelidad debida a las leyes de la nación y al respeto debido a los dignos gobernantes.

Desde que los Padres Misioneros se han venido a vivir entre nosotros, a participar de nuestras miserias, a sembrar en nosotros la semilla de una moral recta, han disminuido crímenes que nuestras leyes castigan severamente, pero que esos castigos jamás los desarraigaron.

Han disminuido los homicidios, los adulterios, la poligamia, los hurtos, las venganzas mortales y todos los vicios que reinaban en nuestro salvajismo.

Amamos a Venezuela porque la conocemos. Ese conocimiento, ¿de qué fuente nos viene, sino de los labios y enseñanzas de los Misioneros?

Prueba de que amamos a la gente «criolla» que hasta el día de ayer considerábamos extranjera, advenediza y enemiga nuestra; pero al saber que teníamos ambos la misma tierra por habitación, nos unimos con un lazo sincero, afectuoso. Pero no creáis que esa amistad nació espontáneamente de nosotros. No. Esa fraternidad y ese trato fue sembrado en nosotros por los Misioneros, únicos hombres que sabemos nunca nos han engañado, ni nos engañan, ni nos engañarán.

Ahora bien: si algún día fuese removido el Misionero, os afirmo que de nuevo existirían las antiguas tiranteces que antes de llegar ellos, los Misioneros, existían entre indígenas y criollos que muchas

veces terminaron en trágicos sucesos para unos y otros. De nuevo nuestros hermanos volverían a la montaña, en busca de protección contra el criollo que trataría de oprimirles y deshonrarles...

Nosotros cantamos el Himno nacional, porque los Padres nos lo enseñaron.

Sabemos la Geografía de Venezuela y la Historia de Venezuela y el lenguaje oficial de Venezuela, porque los Padres nos lo enseñaron...

Nos enseñan artes, oficios y ciencias. No pocos indígenas han cursado estudios superiores, entre los cuales me encuentro yo, y no lo digo por soberbia, sino porque resalte más palpable la labor de nuestros abnegadísimos Misioneros...

Las Misiones no han terminado. Si alguno no quedare satisfecho con el testimonio de un indio guaraúno que confiesa que todo lo que sabe se lo debe a las pacientes enseñanzas de los Misioneros, que vaya a convencerse a un Centro Misional, y que participe de los sufrimientos de los Misioneros, y vuelva públicamente a retractar sus CALUMNIAS.

Si alguno sospecha que el presente testimonio no es espontáneo de mi corazón, yo le declaro que estoy decidido a jurarlo por Dios y por mi Patria...

Yo quisiera que en vez de atacar a los Misioneros y Misiones, se procediera de modo diferente. ¿Cómo? Ayudando la campaña civilizadora en vez de estorbarla y trabarla, ayudando con limosnas, con cariño, con amor. Pero si nada de esas cosas se hace, quisiera que, al menos, se respetara la obra de las Misiones y de los Misioneros.

Y para que conste mi protesta... lo firmo.

PEDRO KRISOLOGO
BASTARDO
Ex-alumno del Colegio de la Divina Pastora de Araguaimujo.
Caracas, 11 de septiembre de 1947
«EL GRAFICO», núm. 87, 14 de septiembre de 1947.

Acto patriótico de izar la bandera nacional en un Centro Misional.

Trágicos aspectos de las temibles inundaciones del Centro Misional de Araguaimujo.

CRONICA A NIVEL DE AGUA

LA GRAN INUNDACION DE LA MISION DE ARAGUAIMUJO

Año de 1967. Meses de abril y mayo.

La creciente del Orinoco comenzó este año de manera normal. Pero en el mes de mayo la crecida del río superó los niveles de otros años por estas fechas. Este dato nos hacía presagiar una tragedia para la Misión.

El día 9 de junio, las aguas alcanzaron el nivel al que en otras crecidas normales no llegaban hasta el mes de agosto. En esta fecha sólo faltan treinta centímetros para que el río se desborde.

MES DE JULIO

En los primeros días de este mes, las aguas comenzaron a desbordarse por la ranchería indígena y por los rebalses de nuestras labranzas. La creciente es muy rápida y ha invadido ya las zonas de pasto del ganado. Frente al Centro Misional sólo faltan veinte centímetros para que se desborde.

Durante estos días hemos construido, con el tractor y la draga, un muro de tierra y arena desde el cementerio a la vaquera —como un kilómetro— para proteger los edificios misionales.

Día 17.—El río rompe el borde cerca del cementerio y el agua forma un gran lago frente al muro de contención.

Día 21.—Nos vemos obligados a embarcar el ganado y llevarlo al poblado de Santa Catalina, en la Sierra de Imataca.

Día 22.—La inundación sube ocho centímetros más, y la marejada de las embarcaciones hace desbarrancar al río por varias partes.

Durante estos días tratamos de reforzar el borde del río, principalmente frente a las portería de la casa de las Hermanas Misioneras, donde el río amenaza romper el borde en una longitud de unos cien metros. Tratamos denodadamente de atajarlo con sacos de arena, cañas de bambú y... todo lo que tenemos a mano. ¡Pero inútil!

Día 26.—Amanece inundado todo el potrero del ganado y el campo de deportes inmediato a la Misión.

Día 30.—Aún falta un mes para que la creciente ordinaria llegue a su máximo nivel, y este año, en esta fecha, el agua ha llegado ya a tocar las paredes del edificio misional.

MES DE AGOSTO

Día 1.—El agua de los rebalses entra en la casa por su parte más baja, que es la carpintería.

Día 3.—Ante el avance de la inundación que ha penetrado ya en los pasillos bajos de la casa, quitamos las puertas del piso bajo, y trasladamos todo lo que es transportable al segundo piso.

Día 6.—Se inunda todo el piso bajo de la casa de los Padres.

Día 7.—El agua cubre hasta el primer peldaño de la escalera que da acceso al segundo piso.

Día 9.—Amanece inundada toda la Iglesia, y el agua ha llegado ya a la casa de las Hermanas, penetrando en las clases y en la cocina. Esta es la parte más alta de los edificios misionales.

Día 10.—No queda seco absolutamente nada de las primeras plantas de las casas misionales ni de la iglesia. La cocina de gas tenemos que colocarla sobre los fregaderos.

Día 12.—Vienen a visitarnos el señor Obispo y el señor Gobernador. Ahora estamos entrando a nuestra casa ...¡por el balcón!

Día 18.—Colocamos en la puerta de la iglesia una regla graduada para medir los niveles de la creciente.

Día 28.—El «pico» o el día más alto de la inundación. En esta fecha los niveles alcanzados por las aguas en las distintas dependencias de la Misión, son los siguientes:

Gallinero y cochiquero: 0,22 y 0,25 centímetros.

Depósito de combustible y almacén de maíz: 0,31 y 0,37.

Comedor y plaza de la iglesia: 0,40.

Clases y cocina: 0,77 y 0,66.

Centro de la iglesia: 0,35.

Carpintería: 0,82 centímetros.

MES DE SEPTIEMBRE

Exactamente el día 1 de este mes, comienza lentamente el descenso del río. El espectáculo de la Misión es impresionante y desolador. Los daños ocasionados son incalculables, y muchos de ellos irreparables. El balance de las pérdidas, imposible de precisar.

Por añadidura, nos hemos visto asediados por la invasión de serpientes, que llegaban al centro misional y a sus dependencias en busca de alimentos. Sólo el P. Pedro de Villaverde ha matado ¡NOVENTA Y DOS SERPIENTES! en estos días...

Las plantaciones y siembras han quedado arrasadas. La iglesia no tendremos más remedio que derribarla, porque las paredes han quedado completamente reblandecidas y las columnas dañadas. Las plantas bajas de las dos casas misionales habrá que rehacerlas de nuevo. Varias reses y otros animales han perecido ahogados o de hambre. Gran cantidad de indios han tenido que emigrar hacia las regiones altas. Los que han podido salvarse han quedado sin cosechas. En estos días hemos tenido que socorrer a más de setenta familias...

(CRONICA DE
ARAGUAIMUJO)
Septiembre de 1967

Sepultura de Fray Camilo de Vega en la Isla Burojoida.

Sepultura del P. Rafael de Corbillos en Araguaimujo.

MUERTE Y SEPULTURA DEL MISIONERO

Sepultura del P. Luis de Jabares en Machiques.

Sepultura del P. Eulogio de Villarrín en el Centro Misional de Kamarata.

QUE DIOS OS DE EL DESCANSO ETERNO
Y A NOSOTROS NOS LO NIEGUE HASTA QUE
HAYAMOS CONSEGUIDO PARA CRISTO
LA COSECHA QUE SEMBRO
VUESTRA MUERTE MISIONERA.

EL MISIONERO:

CIENTIFICO

Y

ESCRITOR

El P. Cayetano de Carrocera asiduo historiador de temas misionales.

LOS MISIONEROS DE DIOS Y LOS ESTUDIOS

«Ninguna conquista ha dejado a la civilización moderna un acopio de trabajos literarios y científicos, tan rico y fecundo, como la conquista de América por los castellanos.

La llegada de los misioneros españoles, trayendo la cruz por divisa y la misión por doctrina, hubo de echar por tierra el hacha del verdugo, detener los estragos de la guerra, dar tregua al espíritu aventurero, sostener la autoridad vacilante y atraer con la caridad y mansedumbre evangélica las poblaciones indígenas, que, de pie sobre la tumba de sus progenitores y sostenidas por la justicia, sabían morir en defensa de sus hogares y de su patria.

Con semejante política por parte de España y debido a su benéfico influjo, salváronse las tradiciones antiguas, los rudimentos del lenguaje americano, y pudieron estudiarse los monumentos que habían desafiado los siglos, como testigos de épocas remotas...

Cuántas crónicas, cuántas obras sobre la historia de América, cuántos trabajos y elucubraciones escritas después de la victoria y en medio de las naciones sometidas, no por la fuerza de las armas, sino por el lenguaje persuasivo de una religión, que hizo de los obstinados defensores los neófitos de la nueva creencia. La gloria más pura de España en la conquista del Nuevo Mundo no está, como hemos dicho, en las aventuras fabulosas de la esforzada lid, que resucitó la época heróica de los hypántropos, sino en el encargo apostólico que confió a aquellos pastores sostenidos por el espíritu evangélico, a quienes el mundo llama *Los Misioneros de Dios.*

Fueron éstos los varones constantes que fundaron los primeros pueblos, que talaron las montañas, que cultivaron las tierras, que pacificaron la América y salvaron su historia, sus tradiciones y su lengua. Tras la ruina vino la reconstrucción; obra de un instante fue la codicia, mientras el encargo apostólico fue obra de siglos. Aún continúa con brillo en los pueblos de Asia, de la Oceanìa y en los desiertos de Africa, sostenido por la fe, con la cual comenzó su obra inmortal en el Nuevo Mundo. Es la idea iniciada por España ahora hace tres siglos, que cosecha óptimos frutos en beneficio de la civilización universal.

Puede decirse que España fue en América, después de la primera lucha, verdaderamente educacionista. La historia colonial de Méjico, del Ecuador y del Perú así lo comprueban. La introducción de la imprenta en América, cuando muchas de las naciones principales de la vieja Europa no la conocían; los primeros colegios de Méjico, fundados expresamente para la educación de los príncipes indígenas; los planteles de enseñanza fundados en Lima y Quito, después de vencidos los Incas; el trabajo incesante de los misioneros en el estudio de las lenguas americanas; los cronistas nombrados por España para salvar del olvido la historia del Continente; todo esto da a la conquista castellana un sello de grandeza que habla muy alto en pro de la España de Carlos V...

A los misioneros se deben los primeros trabajos no sólo sobre la historia antigua de América, sino también rudimentos sobre geografía, hidrografía e historia natural, como igualmente la introducción y cultivo de los productos naturales de Europa. Los misioneros fueron los primeros maestros en la enseñanza de los pueblos del Continente, y también los primeros etnógrafos americanos. Sin las elucubraciones filológicas de los misioneros, la ciencia moderna no habría podido estudiar las diversas lenguas del Mundo Nuevo ni fijar su filiación científica. En el estudio de las lenguas y de las razas que poblaron la América, los trabajos de los misioneros constituyen la base indispensable y necesaria de la etnografía de una gran porción del género humano».

ARÍSTIDES ROJAS

LOS MISIONEROS Y LAS LENGUAS INDIGENAS

El P. Alvaro de Espinosa recogiendo la literatura oral de los indios Warao.

«Se comenta en la actualidad que los Misioneros que entraron en contacto con la gran masa indígena de América, nada hicieron por conocer el medio, la cultura y la raza de estos pueblos.

La labor de esos abnegados hombres del hábito y la cruz no tiene parangón en la historia de la humanidad. Desde el primer día del Descubrimiento, ellos fueron sembrando por los caminos sin camino del Nuevo Mundo una doctrina de amor y de bondad, al mismo tiempo que recogían y anotaban cuidadosamente cuanto pudiera contribuir al mayor conocimiento de las costumbres, de las artes y de las lenguas del aborigen americano.

¡Las lenguas de América! Nada hay en la historia de la Filología que pueda compararse, ni por extensión ni por conocimiento, a la ingente labor realizada por esos misioneros. La verdadera Filología comparada, con ellos comenzó. Ellos fueron los primeros en establecer la relación lingüística entre las distintas tribus que visitaban. Ellos compusieron las primeras gramáticas de los pueblos indígenas y recogieron con abnegada paciencia cientos de vocabularios extensísimos, cuya extraña fonética era a veces casi imposible de transcribir en nuestros caracteres romanos.

Asombra en verdad el número de lenguas estudiadas por los misioneros. Lenguas que fueron de este modo rescatadas al olvido y que constituyen, indudablemente, para la humanidad el más inestimable legado de unos hombres que vivieron la plenitud de la selva, de los ríos caudalosos, de los mares embravecidos, de las conmociones telúricas, y del esplendor inenarrable de todos los elementos.

¡Y qué delicada y sentimental belleza de la expresión en algunos de esos idiomas! ¡Y qué habilidad y artificio en la composición de la frase! ¡Y qué sentido esotérico el de su razonamiento en el discurso! Sólo los que han transitado por estos caminos de la lingüística indígena han podido admirar el conjunto maravilloso y lógico de su estructura gramatical.

La mujer achagua, por ejemplo, no dirá de la hija del cacique que es una joven agraciada o linda, o al estilo europeo, «su graciosa majestad». La mujer achagua, que dispone de un vocabulario en el que están comprendidas todas esas palabras, que han perdido con el tiempo su primor en nuestro idioma, nombra a dicha princesa con este expresivo polisintetismo: «GUAIBAIMI». Que quiere decir: «LA DE LOS OJOS QUE VEN LAS ALMAS». Porque esa princesa es buena, porque ella atiende con amor

a los miembros de su tribu. El achagua, en su idioma expreviso y poético, puede decir en una sola palabra lo que nosotros apenas podemos condensar en una o varias frases.

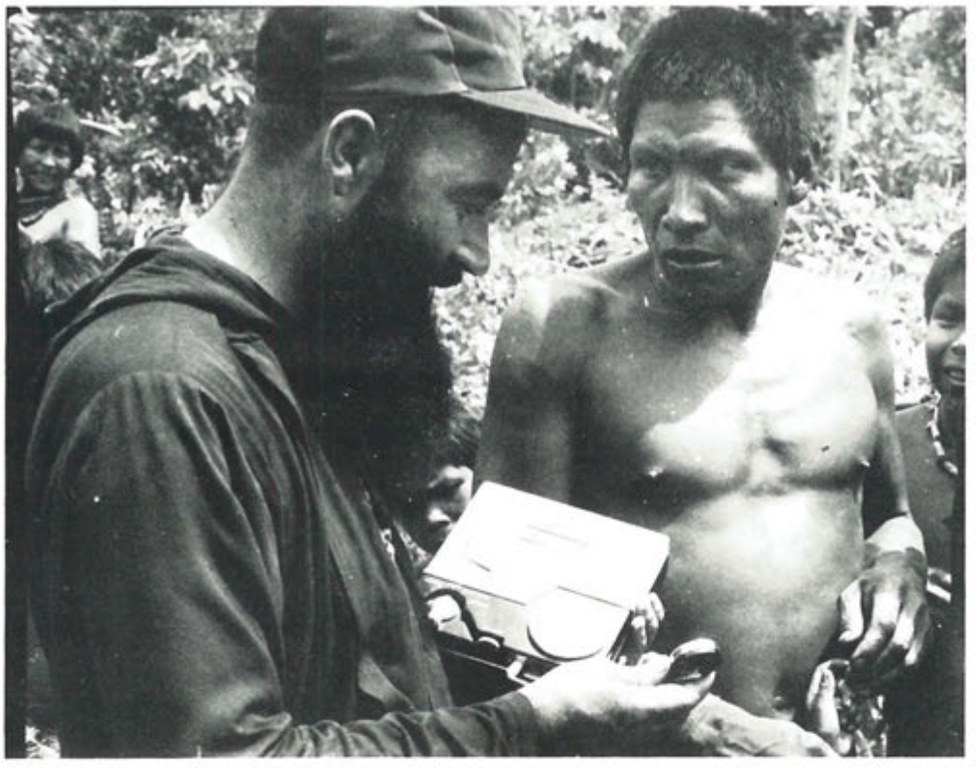
Fue, en verdad, un Nuevo Mundo el que descubrió España. Un mundo que no era ciertamente el Mundo de los metales valiosos y de las piedras preciosas, de las riquezas del campo, de las inagotables fuentes del oro negro, ... sino un nuevo Mundo de idiomas nuevos, maravillosamente elaborados, ánforas de nuevos conceptos y nuevas ideas, y cuyo conocimiento tanto ha enriquecido el acervo lingüístico universal.

Más de ¡MIL! títulos recoge en su monumental obra «Las lenguas indígenas de América» el Conde de la Viñaza. Son otras tantas obras de lingüística que comprenden gramáticas, diccionarios y trabajos de catequesis religiosas en lenguas de América. Desde Groenlandia hasta el Cabo de Hornos no quedó un solo idioma que, comenzado el siglo XVI hasta nuestros días, no hayan tratado de conocer y estudiar los misioneros.»

F. PEREZ DE VEGA

El P. Cesáreo de Armellada recopilando la literatura de los indios Pemón.

LITERATURA INDIGENA



El. P. Adolfo de Villamañán grabando las expresiones de los indios motilones.

TRANSMISION ORAL

La expresión verbal se hace especialmente consciente para los pueblos ágrafos, y reviste un carácter de excepcional importancia en todo lo referente al culto y a la magia.

Aquí es donde la palabra original y su archivadora, la memoria, han sido claves de transmisión de generación en generación. Aun en las culturas elevadas, como las de los Incas y las de los Aztecas, el aprendizaje de mitos, poemas y oraciones, fue una institución y una obligación.

En la actualidad, las prácticas en la iniciación de la profesión shamánica y su ejercicio, se realizan a base de un cultivo extraordinario de la memoria, que retiene ceremonias, oraciones, ritos y ensalmes de largas horas de duración.

IMPORTANCIA DE LOS CUENTOS Y LEYENDAS

La mentalidad, la vida total de un pueblo precientífico, se encuentra reflejada en sus cuentos y leyendas. Esas narraciones ingenuas y ricas en colorido, surgen impregnadas de carga vital y de experiencia de siglos. Son el mejor exponente de sus convicciones más arraigadas y latentes.

Es de primordial importancia conocerlas. Nadie, que pretenda acercarse de un modo eficaz al alma de estos pueblos, debe ignorarlas. Será siempre un extranjero. Al serle incomprensibles las normas de su conducta, al no saber justificarlas, e incluso adoptarlas, siempre será rechazado como un extraño. Todo esto es válido para misioneros, sociólogos y antropólogos.

El llegar a conseguir este conocimiento exige unos presupuestos difíciles y tesoneros: la convivencia continua o prolongada y el aprendizaje cabal de su lengua. Esta es la clave definitiva para adentrarse en el alma y en la mentalidad del indígena. Jamás deberemos confiar en descripciones y afirmaciones de ningún género ni de ninguna pluma, si no vinieren avaladas con la garantía de estos dos presupuestos, imprescindible fundamento de autoridad y de ciencia.

TEMATICA DE SUS NARRACIONES

La vida total de los pueblos precientíficos, de culturas marginales, se refleja inconscientemente en el espejo de sus fecundas narraciones. Sabiendo que sus géneros respectivos de vida son sumamente variados, cabe también hablar de grados o diferenciaciones en sus producciones narrativas.

La diversidad de vida y de ambiente favorece, sin duda alguna, la proliferación de temas en sus mitos y leyendas. Es verdad que estas manifestaciones no se pueden clasificar según patrones estrictamente delimitados, pero también es cierto que en todas las narraciones de estos pueblos se puede advertir una constante preocupación: la de intentar hallar y dar una explicación razonable —o incluso irrazonable— de las cosas y de los seres que les rodean, de los fenómenos, de las plantas, de los animales, de las enfermedades, de la vida y de la muerte.

Existen otras de carácter festivo y jocoso, en las que el ingenio y la picardía juegan un papel esencial. La poesía y el ritmo, siempre hermanados con la música y la danza, requieren un patrón especial.

«IDEAS Y CREENCIAS RELIGIOSAS»

Hay que hacer constar que en estos pueblos ágrafos precientíficos, la primera base de la expresión oral la constituye su ideología y su creencia «religiosa».

Podríamos clasificar las narraciones de estos pueblos en tres grandes apartados:

a) Mitológico-religiosas.
b) Del origen de las cosas.
c) Jocoso-picarescas.

Con estas aclaraciones, les ofrecemos una breve selección de algunas piezas recogidas por nuestros Misioneros en las distintas tribus de Venezuela que tienen actualmente a su cargo.

El P. Basilio de Barral especialista en el idioma de los indios Warao.

EL AGAPE TEURGICO DE LAS «NOGUARA»

(indios warao)

Las «*Noguara*» son fiestas teúrgicas que los guaraos celebran en obsequio del *Gran Jebu,* ofreciéndole la «*yuruma*» o pan de moriche, a fin de que los preserve de las enfermedades, lo mismo que decíamos al exponer la finalidad de las fiestas del *Naja-Namu.*

El término «*Noguara*» viene de *nogura-,* que significa contar, enumerar; y el motivo de dar este nombre a la fiesta de las ofrendas es porque en ellas resaltan las series ordenadas y sucesivas de ciertos ritos, que todos los concurrentes practican del mismo modo, pero sucediéndose el uno al otro como en una enumeración.

CELEBRACION DEL AGAPE DE LAS NOGUARA

I

Es esencial para estas fiestas la fécula o harina de la palma de moriche. A fin de proveerse de ella salen las indias a «morichalear», llevándose consigo a la familia. Al reunir la provisión suficiente después de un mes, más o menos, de permanencia en el corazón de las selvas, regresan las *fratrías* con sus curiaras cargadas de pesados *mapires* colmados de blanca harina. La reservada para las ofrendas al *Jebu* la colocan aparte y permanece intacta hasta las vísperas de la festividad, fecha en que es trasladada a la *jisabanoko jido* o cocina de la fiesta, que hacen nueva cada año en obsequio de *Jebu,* destruyendo la del anterior.

Armada y techada la cocina, la cubren en todo el derredor con hojas de palma, de suerte que no puedan ser vistas desde afuera las mujeres que dentro elaboran las tortas de *yuruma* y demás ingredientes del ágape sagrado.

Terminada la cocina festival y preparada la leña, a la puesta del sol los hombres conducen la harina en forma de procesión muda y ordenada. Cada *nebu* (hombre de trabajo) carga a las espaldas por las braceras, su correspondiente mapir o cesto de fécula; y *jisabanoko* (cocina), por el camino más largo, silenciosos, cabizbajos y uno tras otro. Las indias más importantes, sobre todo las de ascendiente sacerdotal, comienzan a fabricar las tortas, faena en que a veces emplean varios días, y a hacer el *guajabu,* esto es, asar el morocoto fresco sobre las *diri* o parrillas guaraunas.

Cuando las mujeres han terminado su faena se ponen todas de fiesta. Las indias se pintan de negro las cejas y la frente, para que el *Jebu* no les arranque los ojos; y los indios que van a intervenir en el traslado de los alimentos se visten de *guaraobitu* (guaraunísimos) es decir, se despojan de toda ropa de civilizados y se quedan con sólo un taparrabos nuevo de colores chillones y largo hasta llegar el suelo por delante y por detrás.

También suelen adornar el dorso con el típico collar denominado *nasi-muju* (collar de huesos). Los hombres celebran la fiesta en una casa y las mujeres en otra, pero todos al mismo tiempo y con idéntico ritual.

II

Llegada la hora, van los anfitriones, por orden del Jefe, a buscar la comida, colocándose mientras tanto los comensales cabezas de familia en varias filas delante de unas largas carreras de hojas de palma, colocadas en el suelo con mucho arte a manera de manteles. El Jefe *Güisiratu* de la ranchería, o sea el teurgo, y el indio que da el principal contingente de harina para la fiesta, se colocan sobre unos taburetes, presidiendo en la testera de cada fila. Después, siguiendo por orden de importancia teúrgica o ancianal, los cabezas de familia; y hacia la cola, los jóvenes que aún no tienen mujer.

Vienen por el camino más largo, como al principio, los portadores de las viandas, enguayucados, silenciosos, cabizbajos y uno tras otro, trayendo las tortas de «*yuruma*» en grandes «guapas» o bandejas de *tirite,* llamadas por los indios *biji,* y el morocoto asado en las típicas fuentes guaraúnas, llamadas *joro-biji,* hechas de hojas, las que van colocando entre las dos filas de comensales sobre los manteles de hoja extendida. El «*Bisikari*» (Fiscal), va contando y distribuyendo las tortas y el *guajabu* en proporción de la importancia de las personas y del número de miembros varones de cada familia y se lo va colocando a cada uno delante, sobre el típico mantel.

Ahora, cada cabeza de familia va llamando con voz apagada y temblorosa a los muchachos de su familia, quienes hasta este momento han permanecido alejados de la congregación de adultos. Al ser llamados se van acercando en silencio, colocándose al lado de sus padres respectivos; o si no se colocan todos juntos en las colas de las filas.

III

Estando ya todos en su lugar, el *Güisiratu* pronuncia en su jerga teúrgica unas palabras, significando que el *Jebu* ya está allí presente; que se sienten. Y todos, a una, se sientan sin hablar. El *Güisiratu* les manda que pidan permiso al *Jebu* para comer; y uno a uno comenzando por el último, dicen, volviendo la cabeza al testero donde está el *Güisiratu,* ministro del *Jebu:* «*Dima ji omi...*» (Padre, ¿me permites comer?»). El Jefe va respondiendo a cada uno de la misma manera: «*Naoro diá*», («ya puedes comer»).

A pesar de haber recibido el permiso, nadie se atreve a tocar todavía la comida, hasta que todos hayan sido autorizados. Al terminar el último, el *Güisiratu* les manda comer en obsequio del *Jebu,* allí presente, aunque invisible. Los indios comienzan a comer todos a una y con cierta animación y algazara, pero sin estridencias y como a media voz, guardando siempre cierto misterioso respeto a la presencia invisible de *Jebu.* En estos ágapes teúrgicos no se autoriza otro género de alimentos que la «*najoro guaraobitu*» (comida racial guaraúna), o sea la *yuruma* con *guajabu* (pan de harina de moriche con morocoto asado).

IV

A una voz del teurgo cesan de comer; y con aquellas mismas hojas que les sirvieron de manteles hacen envoltorios o atijos. En uno recogen las espinas y escamas del pescado; en el otro guardan las sobras del banquete; y esperan en silencio a que todos terminen. Cuando todos han terminado, uno a uno, por el mismo orden que al principio, le dicen al teurgo: «*Dima, najoroyanae*», (Padre, ya he comido). El teurgo les responde: «*Yakeraja najorokunarae Jebu a najoro*» (que te haga buen provecho la comida del *Jebu*).

Al terminar todos de decir esto mismo, el teurgo, en nombre del Gran Espíritu les permite marchar a sus casas, con palabras como éstas: «*Dia; Jebu ka yaoroya tate*» (ea, ya podéis marcharos, el *Jebu* nos protegerá). Se levantan a una; y uno tras otro, comenzando por las colas de las filas, van saliendo por delante del *Güisiratu,* al que piden licencia para marchar, volviendo hacia él la cabeza y diciéndole: «*Dima, ji omi*», (Padre, nos vamos). Les replica el teurgo: «*Yaké; na diá, yakera narukotu diana*», (está bien, idos ya).

En esta forma van desfilando todos, uno tras otro, con las mismas ceremonias, con las mismas deferencias y preguntas al *teurgo* y con las mismas respuestas del piache. De allí se van en silencio cada cual a su casa.

Fr. Basilio M.ª de BARRAL,
Misionero Capuchino.

El P. Adolfo de Villamañán con sus «maestros» yucpas en el Tukuko.

EL PATRIARCA ARAYA DICE...

INDIOS YUCPA

«Maigpore» o sea, el que está arriba, ha hecho todas las cosas y tiene poder sobre todos. No hay más que uno. Se llama también «Tamoryayo». Tiene cuerpo blanco; pero no se ve.

Antes el cielo estaba muy bajo y el sol calentaba mucho; pero «Tamoryayo» se levantó. Muchos animales antes eran también «yucpa» o gente; entre ellos el tigre «isho» y los monos «poroto». También el pájaro carpintero «sakurare» era «yucpa». Estando agujereando en el tronco de un árbol, éste lloró y «sakurare» fue a dar cuenta a «Tamoryayo». Este fabricó entonces un rancho de palmera y dentro del rancho colocó aquel árbol. Tenía la forma de un hombre; pero no podía caminar. «Tamoryayo» le dobló las piernas y los brazos y lo mismo hizo con los dedos de las manos y de los pies. Así hizo «Tamoryayo» al primer hombre. Se fue de nuevo a la selva y trajo otro palo parecido e hizo con él la misma operación y así quedó formada la primera mujer. Colocó a los dos en el mismo rancho y de ellos nacieron todos los demás hombres. Antes todos los «uatía», así llama a los civilizados, eran indios y todos los indios «uatía» y todos son «yucpa» o gente.

Cuando «Tamoryayo» hizo al primer hombre y a la primera mujer se volvió otra vez al cielo. Los primeros hombres tuvieron muchos hijos. Cuando murió el primer hombre después de ir adonde estaba «Tamoryayo» se volvió con éste a la tierra y trajo un agua especial y llamó a uno de sus hijos y les dijo que todos los que se mojasen con el agua que él les daba, no se morirían nunca; pero el que lo oyó no hizo caso y los otros hombres que estaban más lejos no entendieron lo que se les decía. Entonces el que era padre de todos tiró el agua y se fue; por eso ahora todos los hombres se mueren.

Cuando se muere un indio deja su cuerpo muerto «yupu ekane»; pero él se va de viaje. Entonces se llama «seriptu», que es como «okatu» o espíritu que no muere. El indio muere, porque le mata «karavu». El cuerpo muerto del indio lo envuelven o embojotan con hojas y lo colocan mirando a la parte por donde sale el sol. Los que vivían con él en el rancho abandonan éste y se van a vivir a otra parte. Se pasan un día entero tocando unas flautas que fabrican con las tibias de otros muertos. Los familiares lloran; pero los demás beben chicha y se emborrachan, porque no es cosa mala el morir. Pasados tres días desde que lo embojotaron lo transportan a un rancho especial y cuelgan allí hasta que quedan sólo los huesos y el rancho se deshace. Todavía durante algún tiempo vuelve el «seriptu» del indio a su rancho a ver cómo están sus cosas. Cuando el rancho se estropea o es habitado por otros, entonces se marcha definitivamente.

El «seriptu» se marcha como el viento «taputare» por las nubes. Si es bueno camina hacia oriente; pero si es malo es arrastrado por «karavu» hacia el occidente y lo lleva para meterlo en una olla grande «*karav pagshkiri*». Los indios que matan a otros sienten más el fuego; los demás indios malos están en otra parte de la olla. Los indios buenos van con «Tamoryayo», que es muy bueno. Los indios viejos vieron a «Tamoryayo» y hablaron con él. También algunos vieron a «Karavu». Este tiene cuerpo negro, camina por la noche y no se ve. «Tamoryayo» puede más que «karavu». Antes también «karavu» era bueno; pero una vez que «Tamoryayo» llamó a todos los «oka-

tu» a su presencia, «karavu» se enfadó porque no vio a «Tamoryayo» y los que eran amigos de «karavu» se fueron todos con él y se hicieron malos, «vayi», y ahora todos son «karavu». Todos tratan de envenenar a los indios para matarlos. Los «okatu» buenos están con «Tamoryayo» y hacen bien a los indios.

«Tamoryayo» ha hecho una planta llamada «Temenakucha», que arrojada al fuego ahuyenta a «karavu». También hizo unas hojas que, aplicadas a los enfermos, tienen la misma eficacia.

(Transcripción hecha por el P. Adolfo de Villamañán de una narración del viejo indio Araya).

LOS CAPUCHINOS EN EL FRENTE...

«Nuestros Misioneros Capuchinos, grandes evangelizadores de Venezuela, aun antes del Concilio y de los modernos y necesarios aportes de la sociología y de la antropología, ya habían entendido claramente este problema, quizá porque su estirpe —española y capuchina— tiene una larga experiencia no en cómodos escritorios, sino en el frente mismo de la batalla misionera.»

Monseñor JUAN FRANCISCO HERNANDEZ, Venezuela.

El P. Adolfo de Villamañán recopilando el vocabulario de los indios motilones.

NUESTROS PRIMEROS PADRES NOS MALEFICIARON

INDIOS PEMON

1. Los primerísimos hombres fueron malos, allí donde debieron y era natural que fueran buenos. Sin motivo alguno, no tuvieron cuidado de lo que quitaba los males.

2. Dios hizo paraigual que nosotros (varón), e hizo también la que había de ser mujer (la hembra). Y por eso Dios los llamó: ¡Adán, Eva!; y ellos respondieron: «¿Qué hay?»

3. «Esperad aquí, dijo Dios; voy a buscaros vuestra comida; no le respondáis al maligno; su voz se parece a la mía; pero no le respondáis; voy de prisa a buscar vuestra comida (vuestras frutas).»

4. Ido el Señor, vino el maligno; y éste los llamó: «¡Adán, Eva!»; pero ellos oyeron su palabra sin hacerle caso.

5. De nuevo el maligno dijo: «Yo soy vuestro padre». Pero ellos oyeron su palabra sin hacerle caso.

6. Otra vez el maligno dijo: «Yo soy vuestro padre; aquí os he traído vuestras frutas». Y he aquí que habiendo hablado de frutas, al decir él de nuevo: «¡Adán, Eva!», ellos le respondieron.

7. Entonces Eva abrió sus ojos; y he aquí que vió el pene de su hermano y encontró también sus testículos. Y dijo la mujer: «Estas son nuestras frutas; cógelas para que veas». Y siguió jugando hasta allá.

8. Y los ojos de su hermano también se abrieron y he aquí que se juntaron como macho y hembra. Y estando en esto, los encontró el Señor. Y les dijo: «¿Por qué habiéndoos dicho yo que no respondiérais al maligno, sí le respondísteis?». Y Adán dijo: «Así es de verdad; pero eso no fue cosa mía sino de la mujer».

9. «Haciendo vosotros eso, lo que conseguís es que venga un muchacho a vuestro lado, no siendo vosotros todavía adultos». Y he aquí que la mujer dijo: «¡Nunca tal; me da asco; sin haberme juntado con el varón me da asco que venga un muchacho!»

10. Por haber hablado ella mintiendo, Dios le dijo a Eva: «Quitarás de ti el mal, desgarrándote en el parto».

11. Además Dios les dijo: «Desde ahora vosotros encontraréis vuestra comida trabajando; os alimentaréis sudando». Y les dijo otras cosas más.

12. El maligno quedó sin brazos y sin piernas para convertirse en culebra.

(P. Cesáreo de ARMELLADA:
TAURON PANTON, II
(Así dice el Cuento, 33, págs. 108-109).

El P. Cesáreo de Armellada, gran especialista en literatura de los indios Pemón.

EL CANTICO DE LA PALMERA

Loado seáis, mi Señor, porque nos criasteis en el Delta del Orinoco, donde somos como un nuevo Adan y Eva, ofreciéndote nuestros hijos.

Loado seáis, mi Señor, por servirnos el angélico pan de la yuruma, que es nutritivo, delicioso y abundante.

Loado seáis, mi Señor, por brindarnos la sustancial copa de «jobinobo», el vino de la palmera, que engendra longevidad.

Loado seáis, mi Señor, por vestirnos con el pequeño y fresco guayuco, que es útil y airoso.

Loado seáis, mi Señor, por indicarnos como compañeros al robusto tigre, a la cauta serpiente y al simple zancudo, hermanitos nuestros.

Loado seáis, mi Señor, porque nos enviáis la enfermedad, y nos tendéis la medicina y el refrigerio en la corteza y en el fruto de los árboles.

Loado seáis, mi Señor, porque al hacernos la merced de darnos mentores para nuestro progreso, nos escogisteis a las Hermanas y Frailes Capuchinos, que son sufridos, alegres y diligentes.

Loado seáis, mi Señor, porque nos disteis el «Paraíso» del Orinoco, con sus islas y riquezas naturales, porque somos pobres y humildes.

Ldo. PEDRO J. KRISOLOGO BASTARDO,
Indio Warao.

Bautizo de dos libros de los PP. Cesáreo de Armellada y Enrique de Langallo sobre temas indígenas.

LOS MISIONEROS Y LA ANTROPOLOGIA

¿HAN COMETIDO MUCHOS «ERRORES»...?

«Los hemos visto por Caracas. Hombres físicamente curtidos, con corazón de niños y sabiduría de ancianos. En sus rostros parecen llevar plasmados en surcos los confines de nuestra geografía. En sus ojos se refleja el contacto de la sencillez autóctona de nuestra población indígena. *Nuestros antropólogos científicos se quejan de su ignorancia académica.* Sin embargo, quien habla con ellos descubre su sabiduría. Poseen la ciencia de la vida real, que es la verdadera ciencia.

Hay quienes desprecian la labor de los Misioneros. Son los exponentes del famoso *«antropologismo de salón», que poco se compromete a vivir con quienes quieren regir.* Si es verdad que cada vez se cree menos en aquellos que dan normas de lo que no viven, los Misioneros han escogido el sistema de *vivir comprometidos* sin proclamar grandes elaboraciones de teorías de aculturación. Al fin y al cabo, su misión es religiosa, y *la religión no es una teoría, sino una vida...*

Quisiera hacerme eco de algo que a los Misioneros les debe doler mucho. He leído obras de *«antropólogos o indigenistas». Sé que el contenido* —por lo menos en gran parte— de esas obras ha sido logrado gracias a los Misioneros que les han prestado la información, que les han servido de intérpretes y hasta han sido sus anfitriones con su hospitalidad tan característica. Al concluir la obra he leído con pasmo la conclusión de que los Misioneros están cometiendo grandes errores en el proceso de aculturación del mundo indígena...»

Sabemos la importancia de la formación científica y tal vez nunca la conseguiremos con suficiencia. Pero también es verdad que, *si todavía podemos gloriarnos de valores culturales autóctonos, lingüísticos y antropológicos, se lo debemos a obras auténticamente científicas escritas por los Misioneros, con tesón de héroes y paciencia franciscana.*

Este pobre comentario quisiera ser una pequeña señal de admiración a su aportación callada, a su autenticidad, a su verdad...

Revista «SIC». Caracas, núm. 318

PLEGARIA A CRISTO CRUCIFICADO

¡Santo Cristo, mi Cristo,
desnudo como un indio guarao!
Yo tengo un «abuja» (guayuco)
que las olas del río salpican
y mojan las lluvias.
Tú tienes un lienzo
salpicado de sangre divina,
que a la brisa flamea
cual bandera de paz.

¡Santo Cristo, el de la faz
serena y la mirada triste,
como yo la tengo!
Me lacera una pena muy honda,
muy honda mi pena,
que tan sólo Tú y yo la sabemos,
tan sólo los dos.

Te conozco, mi Cristo desnudo,
por tus fieles heraldos,
Misioneros heroicos,
hombres y mujeres que comparten
día a día sus vidas conmigo,
paladines de ciencia,
monumentos de fe.
Ellos lloran conmigo
la desdicha de un pueblo,
que vive muriendo,
ese pueblo es mi Pueblo:
son los indios, mi Dios.

Tú y yo somos reyes,
oh Cristo, los dos coronados:
tu corona es de crueles espinas;
mi corona es de plumas,
con los colorines que a las flores
robaron mil aves sagradas.
Son las galas que adornan mi gorro,
talismán y diadema.

Tú y yo somos reyes, oh Cristo:
los dos relegados de un mundo,
que nos vuelve la espalda
insensible al dolor...
Por ventura ya no estamos solos,
ni Tú ni nosotros:
hoy tenemos los ángeles malos
y tenemos los ángeles buenos,
así compensados,
que son tus heraldos de «la buena semilla»,
que redimen los cuerpos y consuelan las almas,
con los dones preciados de Cultura y de Fe.
Yo soy como un Cristo desnudo,
de bronce y de fuego.
Yo soy como un Cristo desnudo,
clavado en la selva.
Así cada día que pasa,
cada día, Dios mío,
soy tu doble en la Cruz.
¡Yo soy como un Cristo desnudo!

Pedro KRISOLOGO B.

(Fragmentos de una composición titulada «Viernes Santo Indio», publicada en la Revista *Justicia,* núm. 36.)

Presentación de estos mismos libros a público especializado en Caracas.

PUBLICACIONES DE MISIONEROS CAPUCHINOS

Sin contar con el rico arsenal de «VENEZUELA MISIONERA», que se va incrementando año tras año, las publicaciones de tipo indigenista forman ya una interesante y nutrida biblioteca de libros, ensayos y folletos:

RIONEGRO, P. Froilán de.

El Fundador de Caracas Don Diego de Losada. Caracas, 1914.
Relaciones de las Misiones de los PP. Capuchinos en las Antiguas Provincias Españolas, hoy República de Venezuela.
Sevilla, 1918, 2 vols.
Actuaciones y Documentos del Gobierno central... en el descubrimiento, exploración, población y civilización... de Venezuela, 1926.
Misiones de los PP. Capuchinos (de Venezuela): Documentos.
Pontevedra, 1929.
Cartas y Documentos de las Misiones de los PP. Capuchinos en Venezuela.
Vigo, 1931.
Orígenes de las Misiones de los PP. Capuchinos en América: Documentos.
Pontevedra, 1931.

OLEA, P. Bonifacio de.

Ensayo Gramatical del Dialecto de los indios Guaraunos.
Caracas, 1928.

CARROCERA, P. Cayetano de.

Primicias Religiosas de Venezuela.
Caracas, 1925.
La Orden Franciscana en Venezuela: Documentos para la Historia de sus Misiones durante el siglo XIX.
Caracas, 1929.
Cincuenta Años de Apostolado de los PP. Franciscanos Capuchinos.
Caracas, 1941.
Memorias para la Historia de Cumaná y Nueva Andalucía.
Caracas, 1945.
Indigenismo y Misiones (1953).

LODARES, P. Baltasar de.

Los Franciscanos Capuchinos en Venezuela. (Historia de sus Misiones).
Caracas, 1929-1931, 3 vols.

MATALLANA, P. Baltasar de.

La Gran Sabana. Tres años de Misión en los confines de la Guayana.
Caracas, 1937.
La Música Indígena Taurepán.
Caracas, 1938.
Exploración del Paragua (en colaboración con el P. Armellada).
Caracas, 1942.
Labor de los PP. Capuchinos en la Misión del Caroní.
Caracas, 1945.
LUZ en la selva (6 edicíones).

ARMELLADA, P. Cesáreo de.

Gramática y Diccionario de la Lengua Pemón.
Caracas, 1943-44 (2 t.).
La Ultima Expedición a la Sierra de Perijá.
Maracaibo, 1943.
Exploración del Paragua (colab. con el P. Matallana).
¿Cómo son los indios Pemones de la Gran Sabana? Estudio Etnográfico.
Caracas, 1946.
Historia Sagrada en Pemón y Castellano.
Tauron Panton.
Panton Ichipue (Así cuentan los indios).
Fuero Indígena Venezolano.

VEGAMIAN, P. Félix de.

Cómo es La Guajira.

Caracas, 1950.

El Esequivo, frontera de Venezuela.

Madrid, 1968.

Los Angeles del Tukuko.

Maracaibo, 1972.

Nuestro Mártir Indígena, ABEL PETE.

Maracaibo, 1972.

Cómo son los Guajiros (en colaboración con Mons. Turrado Moreno).

Caracas, 1950.

MONS. TURRADO MORENO.

Etnografía de los Indios Guaraúnos.

Caracas, 1945.

Cómo son los Guajiros.

Caracas, 1950.

MONSEÑOR Argimiro GARCIA RODRIGUEZ.

Cuentos y Tradiciones de los Indios Guaraúnos.

Caracas, 1939.

BARRAL, P. Basilio de.

Diccionario Guarao-Español, Español-Guarao.

Caracas, 1957.

Guarao Guarata. Lo que cuentan los indios guaraos.

Caracas, 1960.

Catecismo Católico bilingüe (guarao-español).

Caracas, 1960.

Karata Guarakitane Naminaki. (Aprendamos a leer).

Caracas, 1961.

Los indios guaraos y su Cancionero.

Madrid, 1964.

Guarao A-Ribu (literatura de los indios guaraos).

Caracas, 1969.

Mi batalla de Dios.

Vigo, 1972.

VAQUERO, P. Antonio.

Idioma Warao (Morfología, Sintaxis, Literatura).

Caracas, 1965.

Guanaguanautu. Los Evangelios en Warao-Castellano.

Estella, (Navarra) 1963.

ZURITA, P. Quintiliano de.

Dios A-Inaminamo Comunión Saba. Catecismo para Primera Comunión en guarao y castellano. Mimeografiado, 1954.

LA OBRA DE LOS MISIONEROS CAPUCHINOS EN VENEZUELA NO ES NOTICIA QUE PASA. ES HISTORIA QUE PERMANECE.

CARTA DE UN MISIONERO VETERANO A UN MISIONERO JOVEN

... Como joven que eres aceptarás con docilidad algunos consejos que, para mayor claridad, quiero incluso enumerártelos:

I. Darás gracias a Dios cada día por haberte llamado El y escogido para ser su ayudador en la salvación de las almas y en la mejora de las condiciones materiales de los indios. Reafirmarás tu entrega al servicio divino a través de tu entrega al servicio de los más humildes entre los seres humanos: los indios. Que esto es amar, darse y entregarse. Lo que hiciereis, o no, por estos pequeñuelos, a Mí me lo hacéis.

II. Apreciarás a los indios, a pesar de sus defectos, como a tus hijos. Y dirás muchas veces, para que te vaya calando hondo: estos son los hijos que Dios me dio. Y no te avergonzarás de andar con ellos, de que ellos te busquen, de ser de ellos.

III. Cuando sepas y oigas ponderar los triunfos apostólicos de tus compañeros, que se quedaron entre cristianos y entre civilizados, alabarás a Dios por ello y los felicitarás. Pero no te arrepentirás de haberte venido con tus talentos a las selvas y a los campos todavía incultos; y te felicitarás a ti mismo porque tu obra es la máxima entre las obras grandes de la Santa Madre Iglesia.

IV. Sin padre, ni madre, ni patria, ni parentela, sino de Santa María de todo el mundo te quería el Señor para que vinieras a esta tierra a ser padre de cristianos. Aquí serás un nuevo Noé que alza los primeros altares sobre la tierra y un nuevo Melquisedec que ofrece al Señor los frutos más preciosos de la tierra. Cuando acampes bajo un árbol o un peñasco, en la ribera de un río o en la cresta de una montaña, te acordarás de los antiguos Patriarcas y del divino Caminante, cuyo peregrinar imitas sobre la tierra.

V. Cuando, tras largo aprendizaje, por el oído puedas penetrar en el alma de tus indios, y encender en sus inteligencias la antorcha de la fe, será igual que cuando Dios Nuestro Señor pasó del orden natural de la creación al orden sobrenatural de la gracia. Así que, decididamente, aprende su lengua para penetrar en su alma y poder iluminarla. No te quedes en el umbral; no mejores sólo su cuerpo.

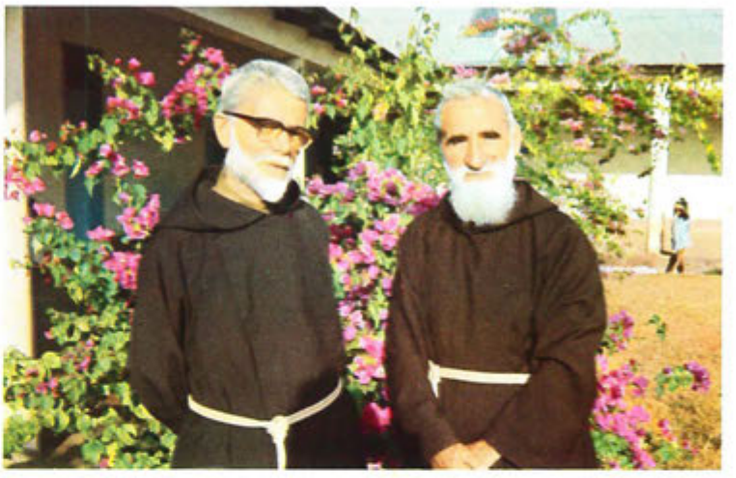
VI. Y, porque con frecuencia te verás despreciado o poco apreciado donde estás, recuerda que donde no estás te aprecian y estiman quizá en demasía. Vaya lo uno por lo otro. Y válgate, sobre todo, saber y recordar que ni un vaso de agua que dieras quedará sin recompensa.

VII. Y por cuento no debes trabajar sólo para ti, sino para los que vinieren detrás de ti también, de todo lo que fueres viendo y sabiendo toma nota «según la gracia que de Dios hubieres recibido». Quizás con ello puedas continuar, aun después de muerto, misionando y defendiendo a tus indios, a tus hijos. Pero en este punto, no olvides la sabia advertencia de los antiguos: «anota pronto y publica tarde».

VIII. Alguien dijo muy atinadamente que «Dios no lee los periódicos», ni juzga ni premia por lo que dicen los periódicos. Por eso en último caso, y en otros muchos casos, habrás de decir a otros y decirte a ti mismo: mis obras dan testimonio de mí. Y si fueses flagelado en las columnas de los periódicos, no te defiendas. Pero si los flagelados fueren tu obra misional o tus indios, «esto vir», defiéndelos como un hombre y no dejes que las bolas de la calumnia sigan corriendo y creciendo.

IX. De muchas cosas que hice en la vida, estoy arrepentido. De una no: de lo poquito y de los poquitos años que consagré a trabajar por los indios de Dios, que ojalá y para bien de ellos, me los doblara el Señor. Y cuánta verdad que los fuegos de las continuas fiebres, y los aguijones de los mosquitos de día y de noche, fueron (junto con los estímulos interiores) «ahijada» en la mano de Dios.

X. El día que tu corazón se enternezca y se estremezca al oír que te llaman «Patre», «Bare», «Papshi»..., ese día habrás comenzado a ser Padre de almas, te será más sabrosa la oración



del Padrenuestro, y se habrán abierto para tú corazón nuevos horizontes para este y para el otro mundo.

Y aquí termina mi carta que te escribí mojando la pluma, como tantas otras veces, más en el corazón que en el tintero, pensando en ti y en los otros misioneros jóvenes, que venís a colaborar primero, y relevarnos después, en nuestros puestos de avanzada; pensando en los indios que nos dio el Señor para que los hiciéramos hijos nuestros y suyos.

Te la escribí saboreando en la memoria los dulces años de la juventud, que también yo pasé como noviciado al lado de misioneros veteranos, a quienes literalmente se les caía la baba cuando nos veían a los jóvenes —hoy ya viejos—adelantarnos a ellos en alguna cosa. Así te veo hoy a ti y a tus compañeros: más ligeros de piernas que nosotros, más audaces, más llenos de bríos y, por consiguiente, más prometedores de frutos que nosotros.

Viendo que seguís nuestros pasos en lo ya trillado, y que abrís nuevas rutas en lo inexplorado, nosotros (igual que la oliva que «succisa virescit») revivimos en espíritu y os entregamos la guardia, el escudo y la bandera, que ya nuestros brazos fatigados no pueden mantener enhiesta. ¡Paso a la juventud misionera, alegre y fuerte, con ánimo decidido a nuevas empresas apostólicas!

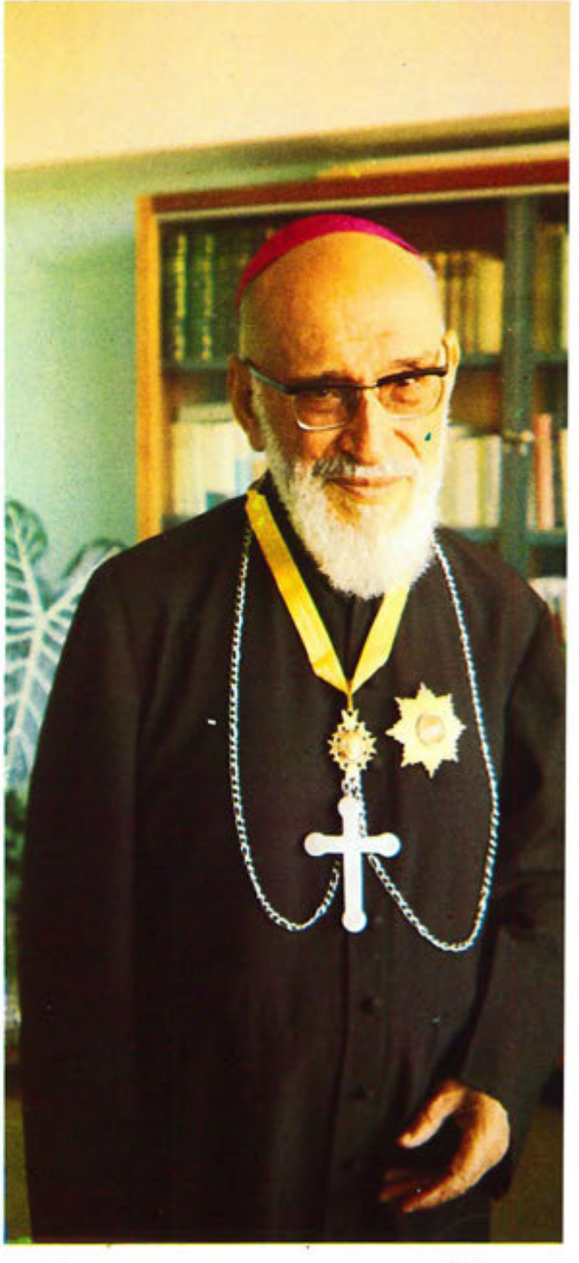
(EL PADRE «INDIO». Mis. Cap.)

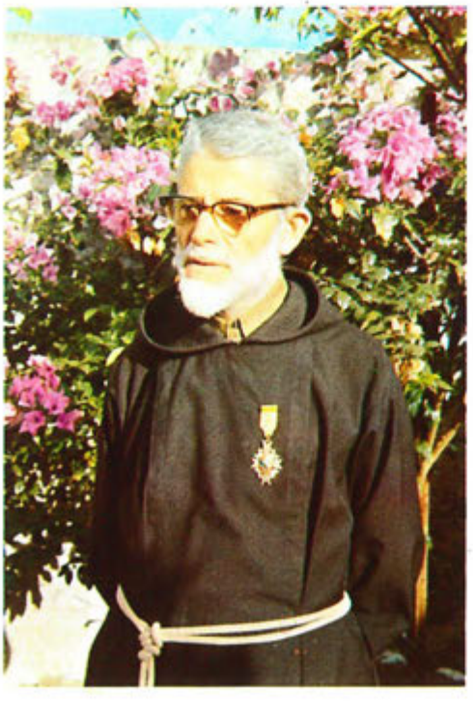
MISIONEROS CONDECORADOS

El Gobierno de Venezuela, considerando los méritos de los Misioneros y Misioneras que durante muchos años han entregado su vida al servicio del apostolado cristiano y de la cultura patria en las distintas zonas indígenas, a varios de ellos les ha distinguido concediéndoles la condecoración nacional de la *Orden de Francisco de Miranda* o la Medalla *Orden del 27 de junio.*

Así como el Gobierno Español ha condecorado a algunos con la *Encomienda de Isabel la Católica* y la *Venera del Misionero benemérito.* Globalmente les mencionaremos a todos en esta nómina.

MONS. CONSTANTINO
GOMEZ VILLA
Vic. Apost.
R.P. NICOLAS DE CARMENES
R.P. BALTASAR DE
MATALLANA
R.P. BASILIO DE BARRAL.
R.P. CESAREO DE
ARMELLADA
R.P. INOCENCIO DE LA
ANTIGUA
R.P. QUINTILIANO DE
ZURITA
R.P. BENIGNO DE
FRESNELLINO
R.P. FELIX DE VEGAMIAN
R.P. TOMAS DE GRAJAL
R.P. MAXIMINO DE
CASTRILLO
R.P. DIEGO DE
VALDEARENAS
R.P. CAYETANO DE
CARROCERA
R.P. CRISOSTOMO DE
BUSTAMANTE
R.P. ADOLFO DE
VILLAMAÑAN
R.P. ROMUALDO DE
RENEDO
R.P. JUAN EVANGELISTA
DE REYERO
V.H. FRAY ROGELIO DE
VALDUVIECO
V.H. FRAY ELEUTERIO
DE ROZALEN
R.M. GLORIA DE
PAMPLONA
R.M. CONSUELO DE SAN
FRANCISCO
R.M. SANTA LLAGAS
DE SAN FRANCISCO
R.M. ANA TERESA DE
CARAMANTA
R.M. MARIA NUÑEZ





PERO MEJOR SE LA TIENE RESERVADA EL PADRE QUE ESTA EN LOS CIELOS.

LA MUJER

IMPRESCINDIBLE

LA MUJER IMPRESCINDIBLE

«El hombre y la mujer se diversifican en los negocios exteriores por su manera de comportarse, su actividad y sus preocupaciones. Por eso se acostumbra a presentar a la mujer en la casa y al hombre tomando a su cargo las actividades exteriores.

Pero en los asuntos divinos, en los trabajos emprendidos para el servicio de la Iglesia, esa diversidad no tiene lugar; puede aún ocurrir que en estos trabajos y combates magníficos LA MUJER SOBREPASE AL HOMBRE EN ARDOR».

(San Juan Crisóstomo).

«Nosotros que sabemos hasta dónde cala la misión entrañable de la mujer, nos guardaremos muy bien de considerarla simplemente como una tonta destinataria de piropos.

Los movimientos espirituales del individuo o de la colectividad responden siempre a una de estas dos palabras: el egoísmo y la abnegación. El egoísmo busca el logro directo de las satisfacciones sensuales; la abnegación renuncia a las satisfacciones sensuales en homenaje a un orden superior. Pues bien: si hubiera que asignar a los sexos una primacía en la sujeción a esas dos palancas, es evidente que la del egoísmo correspondería al hombre y la de la abnegación a la mujer.

...La mujer casi siempre acepta una vida de sumisión, de servicio, de ofrenda abnegada a una tarea».

(José Antonio Primo de Rivera).

«Siempre habrá cosas nuevas que decir de las mujeres, mientras quede una sobre la tierra».

(Severo Catalina).

RECUERDO Y VENERACION

La empresa misionera quedaría incompleta, —y además sería injusto—, si en esta publicación-homenaje no incluyera a las Religiosas que trabajan en nuestras zonas indígenas de Venezuela. Será sólo unos apuntes esquemáticos porque abrigamos la esperanza —primero Dios— de publicar un libro especial dedicado a la obra femenina en nuestras Misiones.

La obra femenina misionera entrañable, callada, abnegada, nunca bastantemente elogiada, las convierte en LA MUJER IMPRESCINDIBLE en los centros misionales. Desde que visité por primera vez nuestras Misiones y comprobé su labor insustituible, afirmé rotundamente que UN CENTRO MISIONAL DONDE NO HAY MISIONERAS, ES COMO UN HOGAR DONDE FALTA LA MADRE.

Jamás podrían haberse ideado y puesto en marcha los Internados misionales sin la presencia y colaboración insustituible de las Religiosas Misioneras. Por eso, superando la denominación personal de cada una de ellas, quiero referirme en apelativo común a los trabajos y funciones más principales que realizan las Religiosas en las Misiones.

No será vuestro nombre religioso —Sor Gloria, Rosario, Fuencisla, Santas Llagas, Irene, Susanina, María, Antonia...— sino vuestro trabajo, vuestra entrega, vuestro sacrificio, vuestra profesión constante y de cada día.

Aquí y ahora, para recuerdo, veneración y gratitud intemporal, seréis:

Sor «MADRE»
Sor COCINERA.
Sor ENFERMERA.
Sor HORTELANA.
Sor GRANJERA.
Sor MAESTRA.
Sor MODISTA.
Sor CATEQUISTA.
Sor DIACONISA. ...

Para vosotras hoy, y ya para siempre, la palabra que canta bendición desde las páginas de la Biblia sobre la MUJER FUERTE al testimonio admirable de vuestra obra en nuestras Misiones de Venezuela.

LA MISIONERA COMO «MADRE»

«Madre» de los hijos que Dios te dio, sin que ellos sean carne de tu carne ni fruto de tus entrañas. Por eso, el mérito es más excelso.

LA MISIONERA «SOR COCINERA»

Tal vez la presencia del Dios invisible se haga más patente entre los pucheros, ollas, pailas, totumas, de un rancho indígena o de un centro misional, alimentando los cuerpos anémicos para que después las almas se sacien de Amor y de Verdad.

LA MISIONERA «SOR GRANJERA»

Los hermanos animales son atendidos con cuidado femenino para que también ellos sean medio imprescindible para el alimento de indígenas y de Misioneros.

LA MISIONERA «SOR ENFERMERA»

Indígenas y Misioneros bendecirán siempre las manos delicadas y amorosas de la Misionera Enfermera que prodiga competencia profesional, solicitud entrañable y cariño universal en hospitales, dispensarios, enfermerías. La Misionera, siempre inasequible al desaliento, en una incesante búsqueda de almas que salvar y cuerpos enfermos que sanar.

LA MISIONERA «SOR MAESTRA»

No importan las condiciones materiales ni la dotación de material didáctico de los edificios que en las Misiones hay que llamar escuelas. Allí estará también ella, enseñando y aprendiendo, para adentrarse en el alma del indígena, a fin de redimir su inteligencia de la ignorancia y elevarlo a los conocimientos de la civilización y de la cultura.

LA MISIONERA «SOR MODISTA»

Manos, telas, agujas, hilos, tijeras, máquinas... ¡Qué actividad incesante en la Misionera profesora de corte y confección! Y qué realidades tan consoladoras conseguidas en esta profesión en la capacitación de las personas de las Indias.

LA MISIONERA «SOR CATEQUISTA», «SOR DIACONISA»

Esta es la finalidad culminante de todas las actividades de la Misionera: el cultivo de la verdad cristiana y de la formación religiosa en las almas a ella confiadas. Ayudante imprescindible para el Sacerdote Misionero. Para ella, magnífica y ejemplar, la aplicación del calificativo como MUJER SACERDOTISA.

MISIONERA: ¡TUS MOMENTOS DIFICILES Y TUS HORAS AMARGAS...!

Momentos difíciles, circunstancias arriesgadas, fluctuaciones de ánimo con todos los colores del arco iris, días amargos de decepción, de dolores íntimos y lágrimas ocultas o derramadas a escondidas... Sólo tú lo sabes, Misionera y el Dios que te dio la vocación y te reserva la recompensa.

PERO TAMBIEN TIENES... ALGUNA RECOMPENSA

¿Ves muchos de los frutos conseguidos en tu obra misionera?
¡CUANTOS te llaman MADRE...!
¡Cuántos han pasado por tus cuidados y atenciones!
¡Cuántos te recuerdan y... TE BENDICEN!
¡Niños que has salvado!
¡Jóvenes que has educado!
¡Hogares que has dignificado!

¡Y los frutos conseguidos para que tu obra tenga continuación en las vocaciones indígenas suscitadas por tu ejemplo, en el mismo medio humano de las tribus de la selva! Has alumbrado vocaciones de pura cepa «india» para tu Congregación, para los propios hijos de la raza, para la Iglesia, para Dios.

Doy la razón al poeta; en recuerdo de tu obra y de tu ejemplo:

«El hombre está colocado
donde termina la tierra.
La mujer, donde comienza el Cielo.»

MISIONERAS TERCIARIAS CAPUCHINAS DE LA SAGRADA FAMILIA

LA PRIMERA CONGREGACION FEMENINA DE MISIONERAS QUE LLEGO A VENEZUELA

FUNDACION: El P. LUIS AMIGO y FERRER, Religioso Capuchino luego Obispo de Segorbe, fundó esta Congregación en 1885, en el pueblo de Benaguacil, provincia de Valencia (España).

FINALIDAD: Aunque en un principio la orientación de su trabajo era primordialmente la atención a la rehabilitación de jóvenes en peligro y a la obra docente en colegios, desde 1905 extendieron su campo de acción y apostolado a las zonas misionales en el extranjero: China y Colombia.

Con su lema «Amor, Abnegación y Sacrificio», llegaron a Venezuela en 1928. La primera expedición destinada a estas Misiones de los PP. Capuchinos en el Bajo Orinoco, recién fundadas, estaba integrada por las Religiosas

GENEROSA DE ALMOINES.
INOCENCIA DE ARAZURI.
GLORIA DE PAMPLONA.
MICAELA DE PAIPORTA.
FRANCISCA DE VILLANUEVA.

En enero de 1928 arribaban al puerto venezolano de La Guaira. Y el 13 de abril del mismo año, llegaron a la Misión de la Divina Pastora de ARAGUAIMUJO.

Con entusiasmo, entrega y abnegación admirables, están trabajando en los Centros Misionales de

TUCUPITA.
ARAGUAIMUJO.
SAN JOSE DE AMACURO.
SAN FRANCISCO DE GUAYO.

MISIONERAS FRANCISCANAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

INSTITUCION MISIONERA VENEZOLANA

FUNDACION: El celoso sacerdote, P. CALIXTO GONZALEZ, quien había recibido en su formación el espíritu franciscano del P. Fray Carlos Arrambide, quiso transmitirlo a una Congregación en Venezuela. Así nació, el 4 de octubre de 1889, la Congregación de RELIGIOSAS TERCIARIAS FRANCISCANAS DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS. La fundadora fue la Rvda. Madre ISABEL DE SAN FRANCISCO.

FINALIDAD: La dedicación principal de esta Congregación fue atender a los pobres, huérfanos y enfermos. Cuando en Venezuela se restauran las antiguas Misiones en tierra de infieles, estas Religiosas quisieron también colaborar marchando a las zonas de la selva, en la que recientemente se habían instalado los Misioneros Capuchinos.

LLEGADA A LA MISION: Llegaron las primeras Misioneras a Santa Elena del Uairén, el 21 de junio de 1936: Y llegaron como llovidas del Cielo. Era el primer vuelo que hacía un avión para llevar personal a esta zona venezolana en la misma frontera con el Brasil.

Han trabajado durante estos años, con ilusión, con entusiasmo y con abnegación ejemplar. Los Centros Misionales donde prestan sus inapreciables servicios son:

SANTA ELENA DEL UAIREN.
SAN FRANCISCO DE LUEPA.
SANTA TERESITA DE KAVANAYEN.

MISIONERAS HERMANAS DE LA CARIDAD DE SANTA ANA

FUNDACION: Esta Congregación fue fundada en España, por la V. Madre RAFOLS, a la sombra del santuario del Pilar de Zaragoza, el 28 de diciembre de 1804.

FINALIDAD: La dedicación preferente de la Congregación ha sido a las obras de beneficencia y caridad. Una consecuencia lógica de este fin las llevó a nuestras Misiones de Venezuela, al servicio del prójimo más abandonado y desconocido.

El 8 de septiembre de 1947, fundan el Colegio del CARMEN en Machiques (Perijá), Sede de nuestro Vicariato Apostólico, con el fin de preparar su entrada en el famoso Centro de Los Angeles del Tukuko.

En todas las Casas y Colegios de la Congregación esperaban con ilusión poder tener un Centro en la misión viva y difícil de la Sierra de Perijá. Y en ella se vuelcan con ayuda generosa y entusiasmo desbordado.

Su llegada a esta Misión no se realizaría hasta el 1 de enero de 1952. Esta fue la primera escuadra de valientes Misioneras de Santa Ana:

Madre Beatriz. Superiora.
Hna. Victoria. Enfermera.
Hna. Irene.
Hna. Raquel.
Hna. Alicia.

Actualmente están trabajando, con dedicación total y ejemplar, en los Centros Misionales de:

LOS ANGELES DEL TUKUKO. (Perijá).
SANTA MARIA DE GUANA. (La Guajira).

MISIONERAS DE LA MADRE LAURA

«La Congregación femenina más misionera del mundo».
(Mons. Samoré. Nuncio Apóstolico en Colombia).

Su fundadora, la Madre LAURA MONTOYA UPEGUI, nació en Jericó (Colombia), el 26 de mayo de 1874. Y murió en Medellín (Colombia), el 21 de octubre de 1949.

FINALIDAD DE LA CONGREGACION

«El fin principal de esta Congregación es la difusión de la fe entre infieles y salvajes. Para llenar este fin las Hermanas penetrarán y vivirán en las regiones de infieles y salvajes, en donde su trabajo prepare el campo al apostolado de los Misioneros.

La labor de las Hermanas se extenderá a todos los miembros de la familia salvaje o infiel: hombres, mujeres y niños, con lo cual podrán recibir el beneficio muchos que por su natural temor al hombre, huyen de la benéfica acción del misionero».

LA CONGREGACION HOY

Está extendida por ocho naciones y tiene un total de 172 casas. Ha llegado hasta España, y tiene un Noviciado en la madrileña barriada de Peña Grande.

EN NUESTRAS MISIONES DE VENEZUELA

Desde hace años prestan su entusiasta y sacrificada colaboración en nuestras Misiones de Venezuela, con los indios Guajiros y los Motilones, en Sinamaica, Guarero, Saymadoyi y Bogsí.

MISIONERAS DOMINICAS EN KAMARATA

CONGREGACION RADICADA EN GRANADA (ESPAÑA)

«LOS INDIOS KAMARAKOTOS ESTRENAN MISIONERAS»

Serían como las diez de la mañana del 29 de diciembre de 1963, cuando aterrizó el avión en la pista misional trayendo el mejor regalo que ha podido recibir esta Misión: las HERMANAS DOMINICAS

SOR ANGELES PALACIOS.
SOR ANTONIA BELLIDO.
SOR ANTONIA ESTRADA.
SOR CARMEN LUNA.

Un arco levantado a la entrada de la Misión, adornado con flores y frutos de la región, daba la bienvenida a las deseadas Misioneras.

Ante el arco, las presentaban armas (arcos, flechas y cerbatanas) dos indios vestidos a la usanza ancestral de sus antepasados. Una indiecita, ataviada con su «mosá», sus collares, cenojiles y adornos de abalorios, les hacía la ofrenda en nombre de todos sus paisanos kamarakotos.

Les fueron ofrecidas las «llaves simbólicas» de la Misión, y el Superior, P. Víctor de Carbajal, bendijo la Casa de las Hermanas, construida con tanta ilusión, sacrificio y esperanza, porque era para ellas: PARA LAS MUJERES IMPRESCINDIBLES EN TODA MISION.

Fiestas, obsequios a todos y bailes en la concentración de los indios de la comarca. El Hermano poeta dejó, prendida en sus versos, la emoción y la gratitud por este acontecimiento trascendental para la Misión:

«La Virgen de Coromoto.
La Reina de Venezuela,
al indio kamarokoto
le trajo Padres y escuela.

Y después le trajo Hermanas
de ternura angelical:
LAS HERMANAS DOMINICAS,
blancas rosas del rosal.»

MISIONERAS FRANCISCANAS DE LA DIVINA PASTORA

«COMO UN BELLO AMANECER, ES MI TIERRA DE WONKEN»

SANTA MARIA DE WONKEN. GRAN SABANA. VENEZUELA.
22 de agosto de 1970.

No es un día más en el calendario. Es la fiesta de la Patrona de la Misión: Sagrado Corazón de María. Y la Misión, ese día, comienza a latir con «Corazón de Madre». Las MISIONERAS FRANCISCANAS DE LA DIVINA PASTORA inscriben, definitivamente, su nombre en la Misión de WONKEN de Venezuela.

No olvidarán el cariño sincero y la honda emoción y desbordante alegría que se dibujó en los rostros de los Misioneros y de los indios que las esperaban en el aeropuerto misional.

Faltaban en aquella Misión el calor y la sonrisa de una Madre y llegaban CUATRO:

MADRE VICTORIA PADRON.
MADRE PROVIDENCIA ESTEBAN.
MADRE CELINA GARCIA.
MADRE CAMILA FREIRE.

Nuestro sueño, largamente esperado, se había convertido en realidad.

Es significativo el detalle de estas Hermanas. Para cumplir su anhelo de trabajar en misión viva, cerraron el Colegio que tenían en la barriada de Coche, en Caracas, y se fueron a trabajar en nuestra Misión de Santa María de Wonkén.

Ahora parecía adquirir pleno significado la estrofa de una canción de nuestros queridos indios Pemón:

«COMO UN BELLO AMANECER, ES MI TIERRA DE WONKEN».

LAS TERCIARIAS CAPUCHINAS «MAESTRAS» EN TUCUPITA

Habían pasado cinco años desde que, por disposiciones oficiales, los Capuchinos habían dejado de tomar parte activa en la instrucción escolar de esta población. Pero Tucupita seguía progresando en población..., y la juventud femenina seguía medio o totalmente abandonada.

Monseñor Nistal, Vicario Apostólico, para la atención espiritual y cultural de la juventud femenina, decide acometer la empresa de construir un Colegio regido por Religiosas, y se lo entrega a las Misioneras Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia. Fue su primera Directora, la Madre Francisca de Villanueva, Maestra titulada y especialista en asignaturas superiores.

DE ALMACEN DE MAIZ AL MEJOR COLEGIO DEL DELTA

Monseñor Nistal compró a unos comerciantes de la plaza uno de sus almacenes de maíz, donde se instalaron los dos primeros salones o clases de lo que había de ser el gran Colegio de la SAGRADA FAMILIA en Tucupita. El primer curso que se inicia en septiembre de 1932, comienza con un censo escolar de QUINCE niñas. En 1943 estaban inscritas OCHENTA Y CINCO. En la actualidad, pasa de las CUATROCIENTAS ALUMNAS. El Colegio iría ampliándose en los largos años en que la M. Rafaela de Donmatías fue Superiora y Directora, Religiosa sumamente apreciada en Tucupita.

Con ocasión en que un especialista en Pedagogía del Ministerio de Educación Nacional en Venezuela llega a dar una conferencia a Tucupita sobre los modernos métodos de enseñanza, proponiendo la última palabra en materia docente. Cuál no sería su sorpresa al comprobar que estos nuevos métodos que él preconizaba para su implantación, hacía bastante tiempo que venían siendo aplicados en el Colegio de la SAGRADA FAMILIA, más avanzados incluso, en algunos puntos, que los que proponía el citado especialista.

«HE HALLADO UNA LUZ EN MEDIO DE LAS TINIEBLAS»

Un Inspector del mismo Ministerio de Educación, de los muchos que pasaron por Tucupita en funciones de su cargo, después de visitados todos los Colegios de la ciudad, al referirse al de la SAGRADA FAMILIA, consignó sus impresiones en el informe oficial refiriéndose a este Colegio: «HE HALLADO UNA LUZ EN MEDIO DE LAS TINIEBLAS».

Colegio de las Terciarias Capuchinas en Tucupita. En el centro la Madre Gloria de Pamplona, Superiora General.

ENFERMERAS MISIONERAS A TODO RIESGO

Los indios enfermos de esta Sierra de Perijá, que habitan en sus miserables ranchos diseminados por las crestas de los picachos inaccesibles, acosados por enfermedades a veces terribles y dolorosas, se ven obligados a sufrirlas, a soportarlas, muchas veces a morir, sin un pobre alivio y sin el mínimo consuelo.

Sus familiares, apenados, se conforman con mirar al enfermo. Jamás se les ocurre buscar el modo de mitigar sus penas y sus angustias. En muchas ocasiones les «obligan» a morir, porque les fuerzan a tomar su bebida embriagante llamada «chicha», que aun a los sanos les ocasiona frecuentemente graves perjuicios y grandes trastornos. Esta es la única «medicina» que los Yucpas aplican a sus enfermos.

Los indígenas que han frecuentado la Misión y se han beneficiado de la asistencia del Dispensario y de las medicinas que les proporciona, no les importa el recorrer grandes distancias, a veces durante días enteros, para llegar a la Misión en busca de los remedios para sus enfermedades o a que les atienda la Hermana Enfermera en el Dispensario.

«KUTUTA» TENER MUCHAS ESPINAS EN EL CORAZON

Jueves, 17 de julio de 1952. Día de calor sofocante y húmedo, propio de este trópico que nos deshace hasta los huesos. Una nube que presagia tormenta se cierne sobre la montaña vecina a nuestro Centro Misional. Una india llamada «Aschokrepa» (ladrona) —especialista en robar gallinas y retorcerlas el cuello— llama a la puerta de las Hermanas Misioneras de Santa Ana.

—«Nopancha...» (¿Qué quieres?) —le pregunta la Hermana que atiende a su llamada.

—«Obaspiaya» (remedio para el dolor). «Kukuta» (nombre del enfermo) «apsiptohía obatruru», (muchas espinas en el corazón).

Mientras la Hermana trata de informarse y atenderla, la

tempestad descarga, entre truenos y relámpagos, un soberbio aguacero en toda la zona de la selva. Con rapidez asombrosa crece el caudal de los ríos. La india no puede regresar a su rancho y tiene que permanecer en la Misión esa noche y todo el día siguiente.

Las impetuosas aguas del río Tukuko, que se han salido de madre, arrastran piedras enormes, troncos, árboles e infinidad de maleza. Cuatro vacas nos han desaparecido arrastradas por la corriente.

Un pobre indio, que intentó cruzar el río, también fue arrastrado por la corriente y ha desaparecido. La Hermana Enfermera, al cerciorarse de la gravedad del enfermo para quien viene pidiendo auxilio la india, decide trasladarse ella a la ranchería porque adivina suma gravedad.

Pero la prudencia exige esperar algún tiempo a que bajen las aguas del río.

EL ENFERMO: TUBERCULOSO GALOPANTE

Sábado, 19 de julio. La Madre Beatriz y la Hna. Victoria, ésta enfermera graduada, salen en dirección al rancho del indio enfermo. Les acompaña Fr. Marcos de Yudego, avezado misionero y veterano en estas lides por las selvas. Aunque las aguas han bajado de nivel, el paso que tienen que atravesar es peligroso. Lo atraviesa primero Fr. Marcos. La Madre Beatriz, al llegar a la mitad del río, resbala y recibe un baño de cuerpo entero que no es muy agradable. La Hermana Victoria está a la espectativa, hasta que por fin, santiguándose varias veces, se lanza a la travesía del río. Sus nervios y la corriente la hacen dar varios trompicones y hay que entrar «a remolcarla». En la opuesta orilla hacen sus jaculatorias y se las escapa de los labios, entre pena y alegría, la frase que encierra el secreto de la vida misionera: «Si no fuera por Dios y por las almas de estos pobres indios, cualquiera se metía en estos berenjenales...»

Seguimos caminando por un sendero típico de indios, más de hormigas que de personas, y a poca distancia les señalé a las Hermanas el fatídico lugar del flechamiento

Antiguo Centro Misional del Tukuko, de donde salió la expedición a que hace relación este relato.

de Fr. Primitivo y el escondite de los indios emboscados que le dispararon. Les hice la advertencia que hizo palidecer un poco sus rostros: «Por aquí lo mejor y más conveniente es guardar riguroso silencio, para poder escuchar sin ser oídos»...

Al fin llegamos al rancho del enfermo. La Hermana Victoria bautizó a este rancho con el nombre de «paraguas», por lo reducido y elemental de su construcción. El pobre enfermo estaba solo, recostado en una estera de mimbres y por cabecera un tronco de árbol. Su respiración, muy difícil y entrecortada, le impedía acostarse. Sólo permanecía a su lado, recostado junto al papá, un hijito como de dos años de edad. Su «mamita» (esposa) se había trasladado al rancho común porque estaba próxima a dar a luz.

la Hermana Enfermera, después de auscultarle, diagnostica que sufre una tuberculosis galopante. Y para colmo, de males, tiene una gran infección en un pie a punto de gangrena. Le inyecta, le hace tomar algunos remedios, y se pone a desinfectar y vendarle el pie con la mayor solicitud y cariño. Aquello era un esqueleto humano que aún respiraba... Llevaba varios días sin tomar alimento algu-

Dos madres yucpas que acaban de perder a sus hijos. Los dos bultos blancos encima de sus cabezas son los cadáveres de sus hijos envueltos en hojas que hacen de sepultura.

no... Le dejan varios alimentos llevados de la Misión. Pero la Hermana Victoria no puede preocuparse sólo de su cuerpo y no darle ningún remedio para el alma.

A ver, di conmigo para que te pongas pronto bueno: «Papá Dios, ten misericordia de mi».

Como el enfermo no entiende nada de castellano, intenta repetirlo con mucho trabajo. La Hermana besa el Crucifijo que lleva al pecho, y se lo acerca al enfermo para que él haga lo mismo. El indio acerca los labios al Crucifijo, pero no besa. No es que no lo quiera hacer, sino que no sabe besar. Estos indígenas desconocen entre ellos el beso como señal de afecto y de cariño. Entre ellos no existe el beso. Nunca se ha visto que una mamá bese a sus hijos...

¿Quieres que volvamos otro día? —le dicen las Misioneras en lenguaje semi-yucpa.

El pobre indio, meneando la cabeza con ademán afirmativo, da su asentimiento. Dos días después, volvíamos a visitar al enfermo. En esta ocasión es la Hermana Irene la que acompaña a la Hermana Enfermera. El indio ha mejorado algo. Le proporcionan más medicinas y alimentos que el indio recibe con satisfacción y consume con avidez. Preguntamos por la india que el día pasado estaba a punto de dar a luz.

CUANDO UN NIÑO MUERE, OTRO NACE

Nos acercamos a un rancho provisional que ha sido «casa de maternidad» para esta india. El día anterior había dado a luz, y allí estaba sentada en el suelo, contemplando a su recién nacido totalmente desnudo.

—¿Dónde está el otro «kantik» (pequeñito)? —Nos referimos al niño de dos años que el día anterior estaba junto a su padre enfermo.

—«Tueka» (se murió) —nos dice otra india—. El mismo día que había nacido uno, se murió el otro.

—¿Dónde le habéis enterrado? Y haciendo un gesto con los labios y un movimiento de cabeza, nos indican la dirección suroeste.

—Llevadme a ver dónde está. ¡Igual lo habéis enterrado vivo! Pero allí nadie se mueve. Se hacen todos el sordo.

—Vamos, «Marpa» (caracola), acompáñame tú.

Por fin, a fuerza de muchos ruegos y muchos caramelos, me acompaña. Unos metros antes de llegar, señalando con el dedo, dice:

—Marko, tu ojo ahí Atoyo (Antonio).

Me admiro al contemplar como unos sesenta metros cuadrados de terreno limpio, cercado con troncos de árboles. En el centro tres arbolitos sin ramaje, separados entre sí como unos veinte centímetros, en forma de patas.

Han tejido una artística cesta de casi dos metros de alto, en forma de obús mirando al cielo. Aquí han depositado el cadáver, envuelto en trapos y hojas de bijao. Han fabricado para él un pequeño rancho donde han depositado su cobija, el machete, un cuchillo, una totuma con agua, otra con chicha, cambures, plátanos asados y un pequeño arco con sus flechas. Tres hogueras permanecen ardiendo, noche y día, hasta que llegue el momento del traslado del cadáver. Los familiares han convidado ese día a todos sus conocidos; y todos han bebido hasta embriagarse.

Impresionado con aquel es-

pectáculo, a mi regreso adonde estaban las Hermanas, les cuento todo lo que he visto, y les reitero que merece la pena el que se trasladen para contemplarlo. Pero el camino no es fácil y hay que pasar el río por un palo que hace de puente. Aun así, se deciden.

—¡Qué cosa más bonita!

¡Cómo habrán tenido la paciencia y el arte para tejerlo de esa manera!

EL REGRESO, POR OTRO CAMINO

Las Hermanas deciden llevarse a la mamá y al niño a la Misión para atenderles mejor y poder bautizarle con solemnidad. Preguntan a la madre del recién nacido:

—Oye, María, ¿no hay desde aquí otro camino para regresar a la Misión? La india nos señala otra dirección para el regreso.

Mientras tanto, ha llegado hasta nosotros la abuela del niño. Viene gritando como una pantera y haciendo gestos de amenaza. Grita a María para que regrese a la choza con el niño. La india responde en el mismo tono a la vieja. Esta atraviesa el río y se acerca a la Hermana que tiene el niño amenazándola furiosa, mientras intenta arrebatarle a la criatura. Me veo obligado a intervenir, para zanjar la cuestión:

—Mira «aschokrepa» (ladrona), te voy a dar «tichoka» (paliza).

En Misión, a «kantik» kuna y aropa patume» (al niño en la Misión vamos a lavarle y darle ropa bonita). No hay quien convenza a la vieja, hasta que me veo obligado a hacerla regresar a su rancho con otras amenazas.

ME ARRASTRO LA CORRIENTE ENTRE LAS PIEDRAS

Por el nuevo y desconocido sendero, no se nota paso de personas. Volvemos a encontrarnos con el río inevitable. La india María me dice en su medio-castellano: «Marko, agua mucho. Río mucho cabeza maruca». Ni ella se atreve a vadearlo.

Me decido a tantear el paso y me meto al agua. Pero la fuerte corriente me arrastra varios metros, hasta que tropiezo con una roca y logro asirme a ella. A duras penas puedo salir a la orilla. Les digo a las Hermanas: Ustedes no pueden pasar por aquí, ni por asomo.

La india María, conocedora del terreno, encuentra a unos treinta metros, un paso que parece más fácil. Deja a su criatura en el suelo y formamos cadena entre todos para vadear el río, hasta que logramos pasar a la orilla opuesta. La india regresa por su hijito y emprendemos de nuevo la marcha. Ahora sí que se nos presenta la selva virgen sin el más mínimo indicio de sendero. Tenemos que abrir camino al andar. No hemos caminado cincuenta metros, y ¡de nuevo el temible río Tukuko! La última que lo pasa es la Hermana Victoria, pero resbala en una piedra donde las aguas bajan más impetuosas, y se ve arrastrada por la corriente gritando y pidiendo auxilio. Tengo que lanzarme al río y ayudarla a salir, empapada como una sopa y el rostro desencajado por el susto.

Llegamos, por fin, a la Misión, donde fue atendida la india, y su hijito bautizado en ceremonia solemne, poniéndole por nombre José Miguel.

TERCERA VISITA A «KUKUTA»

Esta vez nos llevamos una mula, vieja y mansa, para que nos ayude a pasar el río. Al llegar a uno de estos pasos difíciles, arrimo el animal a una piedra para que pueda subir más fácilmente la Hermana Irene. —Vamos, «Morroca», que si te portas bien, al llegar a la Misión te daré una buena ración de maíz—. La mula, al ver las turbulentas aguas del río, mete cautelosa las patas delanteras en la corriente, menea las orejas con desconfianza y rápidamente mete la «marcha-atrás» subiendo a toda mecha una pendiente. La Hermana, que no está entrenada de amazona, no puede guardar el equilibrio y cae a cuerpo muerto al suelo. Se lleva doble susto porque, casualmente, ha caído encima de una culebra que, al sentir el golpe, huye entre la espesura.

Cojo yo al animal y le obligo a pasar el río para que pierda el miedo a la corriente. Repito el pase varias veces, hasta que la Hermana Irene, repuesta del susto de la caída y de la culebra, se decide a pasar conmigo en la mula. La dejamos atada a un árbol, y proseguimos a pie nuestra vereda hasta el rancho de «Kukuta».

—¿«Qué tal «Kukuta», ya estás bueno, —le preguntamos.

—«Ua, visho cabeza maruca, kobampi menape tuara karina». (No estoy bien. El tigre cabeza maluca ayer me comió todas las gallinas). «Marko, amor orarko peneno visho tueca». (Marcos, tu regalarme veneno para matar tigre).

—Bueno, no te preocupes, «Kukuta». Toma primero estas medicinas que te trae la Hermana, y ya te mandaré el veneno para matar al tigre. Aquel día nos estaban esperando ocho indios e indias. Les damos algunas provisiones, la Hermana Enfermera les da a besar el Crucifijo y regresamos a luchar de nuevo con la mula y con el río. Al regreso es la Hermana Victoria la que hace dar a la mula más vueltas que una peonza para atravesar el río.

«Acerque más la mula, Fray Marcos». «Del lado izquierdo no sé montar». Parece que la mula no quiere colocarse a gusto de la Hermana. Llevo a la mula del ramal para animarla a pasar la corriente.

Pero cuando lo conseguimos, la mula sin detenerse en la orilla, emprende a correr en dirección de la Misión. Trato de sujetarla haciendo fuerza para que se detenga. La mula se encabrita, resopla indignada echando humo por las narices, se levanta de manos, comienza a dar coces y... la Hermana que rueda por el suelo. Tuvimos que dejarla por imposible, y seguir nosotros a patita andando hasta la Misión.

Hay que mirar más arriba del firmamento, y pensar en nuestros queridos indios Yucpa, lo que nos necesitan y en el bien que les estamos haciendo en cuerpo y alma. Porque si no...!

(Relato de Fr. MARCOS DE YUDEGO)

(El Tukuko, agosto de 1952).

El P. Saturnino de Villaverde con un grupo de alegres indios yucpas.

LABOR ASISTENCIAL DE LOS DISPENSARIOS MISIONALES

LOS DISPENSARIOS MISIONALES fueron calificados de *«muy eficientes»* en la XIX Asamblea General de Salud Pública. Pero reconocieron que estaban necesitados de mayores ayudas.

La Asamblea General Ordinaria que anualmente celebra la «Sociedad Venezolana de Salud Pública», presentaba este informe el año 1972:

...«De estos servicios, el que atiende a mayor número de pacientes indígenas en la actualidad, es el Dispensario de la Misión de Guayo. Esta actividad podría ser aún más eficiente si dispusiera de las medicinas necesarias.»

Al frente de este Dispensario está la Hermana Paula Gómez Pinto, Misionera Terciaria Capuchina, ayudada por la señorita María de los Angeles Pinto Benavides, indígena de la Gran Sabana. De su labor eficaz y su entrega abnegada, se hace eco la Asamblea en estos términos:

...«Los Dispensarios de las Misiones, atendidos por los Padres Misioneros y las Hermanas Religiosas, han funcionado en forma permanente prestando una buena atención, dentro de su limitación de recursos, ya que carecen de medicinas. Sólo reciben muestras médicas como donación, y pequeños aportes de la Dirección de Asistencia Social del Territorio. Cabe destacar la eficiente labor de la Hna. Paula en el Dispensario de la Misión de Guayo, que es el más utilizado por la población indígena.»

Es altamente significativo las manifestaciones que los médicos visitantes de la Misión de Guayo han hecho en varias oportunidades y diversos motivos, reconociendo y elogiando los conocimientos que la Hna. Paula tiene sobre medicina, y la extraordinaria eficiencia de su trabajo sanitario en beneficio de los indígenas. Con este motivo le fue concedido a dicha Hermana Misionera un Diploma especial en reconocimiento público de su abnegado trabajo sanitario.

Una muestra evidente de su trabajo y de los casos atendidos por ella en dos años en el Dispensario de Guayo:

Enfermedades	Año 1970	Año 1971
Diarreas	1.433	1.728
Catarros	1.431	1.598
Sarampión	458	520
Amigdalitis y faringitis	316	400
Tosferina	48	142
Dermatitis	43	116
Lechina	41	42
Posible T. B. C.	27	43
Picadura de Raya	30	28
Picadura de Alacrán	12	15
Mordedura de Serpiente	10	9
Otros casos	85	176
TOTAL	3.934	4.817

EPIDEMIA EN EL BAJO ORINOCO

ENERO DE 1952

«Como Misionera y Enfermera llevo aquí, en la Misión de Araguaimujo, siete años largos. Nunca habíamos tenido una epidemia como en la actualidad. Este año de 1952 se ha estrenado en nuestra Misión con una epidemia de sarampión que nos ha movilizado a todo el personal día y noche. Ha causado numerosas víctimas, particularmente en la población infantil.

Llevamos varios días recorriendo, día y noche, las rancherías indígenas. Los Padres han tenido que hacer numerosos viajes de urgencia para trasladar los enfermos graves a Tucupita. Se nos han agotado todos los recursos materiales de ayuda y asistencia: alimentos y medicinas...

Solamente en un rancho, y no muy numeroso, tenemos diecisiete enfermos afectados gravemente. Padres y Hermanas tuvimos que convertirnos todos en enfermeros y practicantes para inyectar a todo el personal de los ranchos. Esto no es para descrito ni contado. Es para verlo y padecerlo en esta tremenda e impresionante realidad, ante tantas necesidades y sufrimientos...

En los siete primeros días, se nos murieron doce personas... Necesitamos con urgencia más medicinas, particularmente para enfermedades de vías respiratorias. ¡Tenemos tantos indios afectados de pulmonía, bronquitis y tuberculosis...!

(Sor Sofía de A., Misionera Terciaria Capuchina, Enfermera de Araguaimujo.)

Hospital Misional de Guayo y la abnegada hermana Paula en sus faenas de enfermera.

La infatigable hermana Carmen Lacy en sus constantes atenciones a los indígenas necesitados.

MUERTE DE LA HERMANA CARMEN LACY

MISIONERA DE S. ANA EN EL TUKUKO

«Un año luchamos para que la Hermana Carmen no saliera de la Misión. Este año, sin luchas, el Señor se la llevó. Cayó como un soldado valiente en el campo de batalla.

Quiso hacer Ejercicios Espirituales, pero el 16 de julio —día de su santo— se hizo una cortada en un dedo que se la infectó. Se le aplicaron unos antibióticos, se le inflamó la mano y se puso mucho peor.

Se la trasladó a Maracaibo. Ella decía que la habría picado algún bicho. Al hacerla los análisis, cuál sería nuestra sorpresa cuando nos dijo el doctor que la Hermana Carmen tenía *¡leucemia galopante...!* «Veremos si con el tratamiento, logramos que se quede en crónica» —añadió el médico—. Se la hospitalizó en el Central el día 28. Yo le pedí al Señor, con toda mi alma, que la llevara para Sí.

Tomó muy bien la noticia de su gravedad, y el 31 de julio recibió los últimos Sacramentos contenta y con pleno conocimiento. Al día siguiente pidió ella misma que la hicieran la recomendación del alma. Pudo comulgar todos los días...

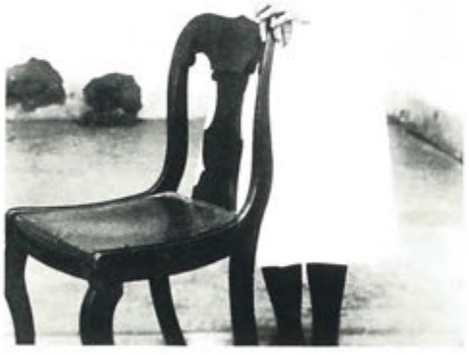
Sufrió mucho, pero el Señor la dio una muerte muy tranquila. Sólo perdió el conocimiento dos horas antes de morir. Me dio un sinfín de encargos... Se acordaba de todos. Pedía morirse el «Primer Sábado», y yo la decía que era mejor el «Primer Viernes». Me contestó: —No, la Virgen me llevará el «Primer Sábado». Y así fue. El día 9 de agosto —«Primer Sábado de mes»—, a las 4,40 de la tarde, entregaba su alma al Señor.»

Al entierro además de los Padres Misioneros del Tukuko, vinieron unos veinte indios, entre ellos Paulino, Chócape, Arístides..., y lloraban ante su ataúd como unos niños, sobre todo Paulino.

Ya se puede imaginar cómo estarían el P. Félix y Fr. Mateo... Desde que llegaron no se separaron de su féretro hasta que la enterraron. Después de enterrarla, regresaron al Tukuko el mismo día.

(De la carta de la Hna. Pilar Giménez al P. Agustín de Renedo, Superior de la Misión del Tukuko, que se encontraba en España. Mérida (Venezuela) 15-8-1975).

RELIGIOSAS INDIGENAS



MARTINA SUAREZ, DE LA GRAN SABANA, LES SALUDA

«Soy de Patravaká, en la ribera del Kukenán. Debí nacer en el año 1928. Mis padres, Miguel Suárez y Brígida Girón, me dejaron muy pronto para ir a unirse con sus antepasados.

Desde 1928 hasta 1936, nada sé decirles de cuánto aconteció en mi vida. Solamente recuerdo que la muerte de mis progenitores, ocurrida cuando yo tendría unos diez o doce años, me causó una honda tristeza. Durante estos años viví en la selva, debí ser un «chigüire» más de la Gran Sabana.»

LO QUE SOY, SE LO DEBO A LAS MISIONERAS

En junio de 1936 fui recogida por las Hermanas Misioneras Franciscanas, y pasé a formar parte del Internado que ellas regentaban en Santa Elena del Uairén. Siete años estuve en compañía de estas buenas Hermanas. En ellas encontré lo que había perdido: a mis queridos padres.

A los pies de estas Hermanas aprendí a leer, escribir, contar. Por ellas comencé a conocer a mi Patria y la amé. Y, sobre todo, aprendí a amar a Dios.

No sé por qué me eligieron para ampliar estudios en Caracas, y a Caracas fui al finalizar el año 1942. Había cambiado de lugar, pero las Hermanas Franciscanas continuaron a mi lado. El año 1947 estaba de regreso en mi querida Misión de Santa Elena, donde me pusieron al frente de las alumnas de cuarto grado. En junio del mismo año era constituida maestra del pueblo indígena de Santa Elena.

TODAS LAS PUERTAS SE ME CERRARON PARA SER RELIGIOSA...

En el mes de agosto de 1947 fue cuando sentí los primeros impulsos que me querían arrancar de este mundo. Desde luego les cobré afecto, y ellos han ido agigantándose a medida que el tiempo corría y las dificultades se presentaban. Nadie quería cargar con una india. Usted sabe, Padre, de qué madera estamos hechos los indios.

El hombre piensa como hombre y obra en consecuencia. Transcurrió un año, dos, tres... Y las puertas del claustro, absolutamente las de todos los claustros, permanecían cerradas para mí...

Pero llegó la hora de Dios, y Dios que es la puerta, me introduce cuando y donde El quiere. El Señor, que ordena y dispone, hará que esta india encuentre fuerzas en su misma debilidad, y en un plazo no muy lejano, *Martina Suárez* sea la «HERMANA LOURDISTA INDIA.»

(Relato personal de Martina Suárez) Santa Elena del Uairén, febrero 1953.

CABALLEROS Y DAMAS DEL INDIGENISMO

Ramiro de Maeztu, apóstol y mártir de la Hispanidad, terminaba un artículo escrito el año 1934 con estas palabras: «porque si un ideal produce caballeros, también han de nacerle damas que le sirvan».

Y se refería al ideal de la Hispanidad, cuya obra, «consiste precisamente en sacar a los indios y a todos los pueblos de la miseria y la crueldad, de la ignorancia y de las supersticiones». Y anunciaba sus esperanzas de que la contemplación de lo comenzado y que falta por hacer, y aunque no fuera más que la contemplación de «LAS PIEDRAS LABRADAS» (Catedrales como la de Méjico y otras semejantes y lo que ellas significaban y prometían), algún día haría penetrar un relámpago de luz en más de un alma, «que le haga ver que su destino personal consiste en continuar esa obra en la medida de sus fuerzas».

Y esa alma, esa persona, muy bien podía ser un «azteca culto» «un duque castellano» o un estudiante de Salamanca o un cura de nuestras aldeas, o un hacendado brasileño, un estanciero argentino, un negro de Cuba, un indio de Méjico o Perú, un tagalo de Luzón o un mestizo de cualquier país de América, así como una monja o «una mujer intrépida».

Así, en función de indigenistas, que, según el gran Ramiro de Maeztu y otros grandes pensadores como Alfonso Junco, Laín Entralgo, etc., es ser practicante del mejor de los hispanismos y hasta caballeros y damas del mismo, andamos por estas tierras de América todos esos que anunciaba el mártir de la Hispanidad: negros e indios, blancos y mestizos, curas

y frailes, misioneros y seglares y hasta monjitas a caballo, en «jeep» o en moto. Todos enrolados en la primera o segunda bandera del Indigenismo Interamericano; que no todo puede ni debe ser avanzadillas o puntas de lanza en esta empresa tan humana, tan cristiana, y por ende, tan española.

Quienes vivimos en América, mejor que quienes la visitan, sabemos muy bien que el Indigenismo, como en tantas otras cosas y en tantos otros «ismos», «no es oro todo lo que reluce». Sabemos y vemos que uno es el indigenismo político y otro el indigenismo pacífico, uno el indigenismo teórico y otro el indigenismo práctico. Pero hablando en general, hay que simpatizar con el Indigenismo, aunque nos consagremos al mismo, a su práctica, como los misioneros y misioneras venidos de España o nacidos ya en estas mismas tierras de América. Y por lo mismo, hay que desechar la idea de que el Indigenismo, bien entendido y practicado, es el «aborto forzado de una criatura negativa e incompetente», que trabaja contra lo mejor del Hispanismo, el mestizaje fisiológico y espiritual de lo que tan acertadamente se llamó «las Españas», que no es lo mismo que «España» y sus posesiones de ultramar.

Creédnoslo, que estamos hablando por experiencia: nuestra tarea de hoy entre los indios es la misma que Laín Entralgo proclamó con la síntesis y quintaesencia de lo hecho por España en América y Filipinas, haber dado a los hombres que las poblaban «el habla castellana, la fe católica y un singular temple ético en el sostenimiento de las propias convicciones». No estamos disgregando nada, ni sembrando semillas de cizaña. Estamos, como lo pedía este mismo escritor, con un «amor pleno» enseñando a los indios a «coejecutar formas de vida superiores a la suya», captando con toda nuestra sensibilidad sensitiva y anímica los matices delicados del alma india, y tratando de dar «universal vigencia a cuanto de valioso haya en las culturas aborígenes».

Aceptamos agradecidos como un estimulante halago las palabras de Ramiro de Maeztu, cuando nos llama a los Misioneros y Misioneras de Hispanoamérica «caballeros y damas» del ideal hispánico. No hay duda de que lo somos y a veces bastante al estilo de nuestro inmortal Don Quijote de la Mancha, porque nuestros yelmos, rodelas y adargas, más son de palo que de metal; y nuestros Rucios y Rocinantes más son rocines y jamelgos que corceles y alazanes.

Particularmente agradecidas y halagadas las misioneras, que no trabajamos entre nuestros indios por dólares ni por política, sino por algo más íntimo y satisfactorio. Es muy agradable hacer el bien. Y ahora uno yo el elogio de Ramiro de Maeztu al piropo que un misionero dirigió en cierta ocasión a niñas indias de nuestro Internado, entusiasmadas y disputándose la honra de lavarle y curarle los pies, destrozados en varios meses de viaje:

> Nunca fuera caballero
> de damas tan bien servido,
> como este Misionero
> que a Venezuela vino.

No sabían ellas todo el alcance de lo que les estaba diciendo. Lo entendí yo y lo recogí en mi corazón para estímulo de mi humilde labor evangélica, ora con los indios, ora con los misioneros.

Aprovecho la oportunidad, para recordar a los españoles, religiosos particularmente, la sentencia de su gran estilista Ortega y Gasset: «El viaje a América es la experiencia más aguda que puede hacer un español espiritual». ¡Cuánto más aguda, penetrante y expansiva sería la permanencia aquí durante varios años de servicio al ideal católico de la Hispanidad!

Sor MARIA DE JESUS DE LIMA,
Misionera Franciscana.

MADRE MISIONERA

Adiós, hijo:
cuida de los pobres que son la herencia tuya
y se padre de aquellos que no lo tienen propio.
Cuéntate entre los humildes,
y mánchate con el polvo de los hombres
como lo hizo Jesucristo;
pero que seas santo y puro como El.

Se te ha entregado la misión de los profetas
y es fuerte la tarea:
cúmplela como bueno
y espera siempre en Dios,
tú solo baluarte y fortaleza.

Se alegre y reparte alegría;
se pacífico y siembra a tu lado la paz.
Bendice, consagra, celebra la acción de gracias,
y perdona los pecados de los hombres...

Y vuelve un día a tu casa,
a cerrarme los ojos, hijo mío,
a sanar mis obras muertas
con el signo de tu mano;
a darme el último Pan
para el último viaje;
a ejercer tu sacerdocio
también entre nosotros,
«tus hijos desde ahora, padre nuestro...»

Doña ELEIDA. «Mamá Chúa».
En la Primera Misa de su nieto P. SETIEN PEÑA.
Venezolano y Misionero Capuchino en Venezuela.

QUERER Y DAR

(Al hijo de mis entrañas, Padre Macrino de Laredo, Misionero de Kavanayén.)

Señor, sabes mi deseo
en este querer y dar:
ser al lado de mi hijo
misionera de verdad.

Yo te dí lo más querido,
te lo dí por los demás:
el hijo de mis entrañas,
la flor de mi mocedad.

Su sacrificio es el mío
y su ideal, mi ideal;
y sus ideas las mías
en este querer y dar.

El se marchó a las misiones,
yo me quedé en soledad;
pero sé que desde lejos,
yo le ayudo a misionar.

En tierras de Venezuela
tu gracia se fue a sembrar
y tu alegría en las almas,
Padre nuestro celestial.

Yo, su madre siempre en vela
y en mi continuo rezar,
pensando en mi misionero:
cuántas almas salvará.

A los indios dí mi hijo,
a Dios dí mi soledad,
y al hijo doy mis plegarias:
ya no tengo más que dar.

ROSINA JIMENO DE ARRIBAS.
(Laredo, (España) 30-3-1964).

MISIONEROS SEGLARES

«...todos los miembros de la Iglesia están llamados a colaborar en la edificación y perfeccionamiento del Cuerpo Místico de Cristo... Nos pensamos de un modo especial en los inmensos territorios de Hispanoamérica, cuyos pueblos y Estados están conociendo en la época presente un rápido desarrollo.

La labor de los seglares es allí más que necesaria.

Lo que es verdad para todos, lo es en primer lugar para el *apóstol seglar* obligado no sólo a defenderse, sino también a conquistar.»

(PIO XII, al Congreso Mundial de Apostolado Seglar, 5-X-1957.)

Los misioneros seglares de Villoria (Salamanca-España) en el Centro Misional del Tukuko.

LOS PRIMEROS... Y GRATIS

Villoria es uno de los pueblos esparcidos en la geografía española que pertenece a la provincia de Salamanca. En Villoria había un Centro de Acción Católica con la organización completa de sus cuatro ramas. Un entusiasta y celoso párroco, don Pedro Simón del Arco, había llamado para una predicación a un Padre Capuchino. Y este Capuchino llevaba en su alma el sagrado veneno misional, y en su memoria y en su corazón los indios y la selva donde había trabajado durante muchos años. De aquel sermón, de aquella conferencia en el Centro de Acción Católica, salieron unos cuantos voluntarios «al frente misional de vanguardia».

Ezequiel Bonal era el Presidente, Cesáreo Barrios el Delegado de Piedad, y José Palomo uno de los militantes más entusiastas. Y los tres dieron un paso al frente para marchar voluntarios a las Misiones de los Capuchinos en Venezuela. Voluntarios, sí. Y sin ninguna paga. Demasiado sabían ellos, recios castellanos, que el soldado «pagado» no es caballero, sino un mercenario.

En ellos queremos simbolizar a todos los que, de una u otra manera, de diferentes procedencias, han llegado a nuestras Misiones venezolanas para prestar sus servicios y sus ministerios como Misioneros Seglares. Sea esta alusión un breve detalle de la publicación más extensa que para ellos queremos dedicar en un futuro próximo. Como en las difíciles ocasiones en que se necesitan militantes arriesgados y decididos, lanzamos la consigna:

¡MAS VOLUNTARIOS AL

«FRENTE» MISIONAL!

EL MISIONERO ESPAÑOL, VISTO POR UN FRANCES

«Imaginemos todo cuanto el sacrificio tiene de más grande, el celo de más puro y la resignación de más meritorio, y tendremos apenas una noción de los merecimientos que recomiendan a los Misioneros de América a la admiración y a los elogios del hombre justo.

Debe saberse, primero que todo, que ni la obligación, ni la obediencia, han impulsado a los Misioneros en su empresa, puesto que en España nunca se ha obligado a un religioso a entrar en las misiones americanas. Voluntariamente, y por el solo deseo de propagar la fe, esos hombres abandonaron su patria, su medio, su reposo, sus aficiones, y se encaminaron a países mortíferos, en donde todos los elementos conspiran contra el europeo.

Pero ¿qué significan estos peligros, que tantos han desafiado en comparación a los que ellos únicamente han arrostrado? Apenas les arrojan en esas playas lejanas, cuando penetran en las selvas, sin otra fuerza que la de sus almas, ni más alimento que los frutos de una tierra inculta, y sin más esperanzas que escapar a la ferocidad de los indígenas, que la que puede nacer de la influencia de la moral, y difícil es contar con ella mientras no conozcan el idioma de los pueblos que van a catequizar.

¡Cuántos de estos dignos Apóstoles han sido descuartizados por los indios salvajes, a merced de los cuales exponían sus vidas...! ¡Cuántos han sido pasto de las bestias feroces, o víctimas del hambre y de las enfermedades, que el exceso de calor, los aguaceros, el sereno, y los pantanos, hacen siempre mortales!

¡Cuántas veces ha sido necesario renovar esas misiones, para reemplazar sus miembros sacrificados! Y esta dificultad es mucho mayor que la primera, pues que haya quien se arriesgue a un peligro probablemente mortal, puede explicarse por un celo extraordinario y por la gloria de haberlo afrontado. Pero que luego se presenten nuevos mártires, nuevas víctimas, convencidos ya de que para su misión se requieren esfuerzos superiores a toda energía humana, y sabiendo que han de predicar entre caníbales, es cosa que ha de parecer siempre extraordinaria y siempre será timbre de orgullo para la religión cristiana. Mi homenaje a vosotros es tan sincero como penosos y meritorios fueron vuestros trabajos».

FRANCISCO DEPONS, Agente del Gobierno francés, de 1801 a 1804.
«Viaje a la parte oriental de Tierra Firme», pág. 202. Caracas, 1930.

Grupo de misioneros de los primeros tiempos fundacionales.

Doña Maxula de Mannill, gran admiradora y bienechora de la Misión del Tukuko.

UN DIA EN EL TUKUKO

Trasnochada, pero contenta, rompía temprano la marcha rumbo a la Misión de Los Angeles del Tukuko. Mis compañeros de viaje: Teresa Kaya (india yucpa) y Hernán Paredes (chófer). El día estaba nublado y la atmósfera pesada. ¡Era un día caluroso! El viaje fue agradable y a las 9,45 llegábamos a la Misión. Ante nuestros ojos el panorama era fabuloso. Con las recientes lluvias la selva vestía ricos colores. Tonalidades verdes se difundían con el azul del cielo, ahora despejado y claro. En la Misión nos esperaban para partir hacia Chaparro (escuela-caserío yucpa, cerca de la Misión) donde se inauguraba ese día la capilla. Una tacita de café, abrazos aquí y allá y listos para salir. Monseñor Surrecoechea sentado al lado de Ubirichi (chófer), Madre Felisa, Hna. Ingalena, Omaira, Paredes, Kaya, una docena de indias de la Misión y yo, era el precioso cargamento de la destartalada pero fiel Power. Brincos, tumbos y tumbos, risas y gritos amenizaban el simpático viaje por una trilla polvorosa y accidentada. Cruzamos el río con dificultad y llegamos a un estrecho sendero donde los árboles de uno y otro lado se entrelazaban teniendo que ir nosotros todo el tiempo parpadeando para evitar los rasguños en los ojos y los golpes en la cabeza. Al rato arribamos a «Chaparro» recogiendo durante el trayecto varias de las parejas que contraerían matrimonio. Bajamos todos muy contentos, pero aporreados, y visitamos varios ranchos de los alrededores.

NACE UNA NIÑA
DURANTE LA CEREMONIA

Pronto las campanas empezaron a sonar. Comenzaban las ceremonias: Bautizos, Confirmaciones, Confesiones, Primeras Comuniones y Matrimonios. ¡Qué lástima no poder administrar todos los sacramentos el mismo día! Eran las 12 del día y se congregaban frente a la capilla las cinco parejas de matrimonios que serían legitimados y esperaban primero ser bautizados. El P. Romualdo comienza la ceremonia. José, el maestro y yo, a los lados del Padre actuábamos de padrinos. Noto que una de las mujeres hacía gestos raros y digo para mí: «pobre mujer, tiene un tic nervioso». La madre Felisa se acerca y me dice: «esa mujer va a tener un niño». «Sí, eso se le nota», contesto. «Pero es ahora», recalca la madre. Miro de nuevo a la mujer y cuál no sería mi asombro cuando veo en el piso los síntomas del parto. Sus gestos raros eran los más fuertes dolores que esta mujer ya tenía. Interrumpo la ceremonia con un «mon père, elle est en train d'avoir un bebé». «Dites lui d'attendre», fue la contestación tranquila del Padre, como si eso fuese tan fácil. La mujer se aleja del grupo y le informa a Kaya que tiene mucho dolor y no se puede quedar allí. Kaya corre a decírmelo y me voy con ella a la puerta trasera de la capilla. Vemos que la india Emilia se agacha un momento en la paja a unos cuatro metros de donde conversábamos nosotras y luego se levanta y se pierde en un pequeño bosque de caña brava, un metro más allá. «Kaya, anda y pregúntale si necesita alguna ayuda y si yo pudiera acompañarla». «Parece que fue lejos», dice Kaya y al momento me mira con cierta duda en los ojos. «¿Oyó usted algo, señora Maxula?»

—Ñe... ñe... ñe..., fue la lejana respuesta. Corrimos hacia el sitio donde la vimos perderse y allí en la tierra, entre las cañas, las hormigas y la maleza estaba sentada Emilia con la niña ya en sus brazos. Imposible. Increíble. Habrían

transcurrido de cinco a ocho minutos desde que Emilia se alejaba del grupo que era bautizado y ya era madre. ¡Qué cosa tan maravillosa! Corrí a participárselo a Monseñor que me contestó que ahora no creía en las pamplinadas que tenemos los civilizados.

El P. Romualdo continuaba bautizando pero mi emoción era tal que interrumpí y dije: «es una niña». Regresé al sitio con un cuchillo de cacería que llevaba conmigo y pregunté a Emilia si serviría para cortar el ombligo. «Sí», contestó Emilia y esperábamos el momento apropiado. Se acercaron varias indias y le reclamaban porque no les había avisado de nada. Ella empezó a sentir dolores esa mañana pero como quería casarse no quiso decir nada. ¡Qué guapa!...

Llegó el momento y Kaya, con unos hilos, amarró el cordón e hizo el corte necesario mientras Emilia sostenía a la niña. Con el mismo cuchillo abrí un pequeño hueco en el sitio y enterramos la placenta. Tomé a la niña en mis brazos y la envolví en unos trapos que allí habían traído, mientras su madre se levantaba y caminaba hacia su rancho unos trescientos metros más allá. Llevé la recién nacida a presentársela a su padre que sólo en esos momentos terminaba de ser bautizado. Luego la conduje al rancho y la acosté al lado de su madre que descansaba tranquilamente sobre unos inmundos apotos:

Regresé a la capilla y comenzaba la Santa Misa. Una confusa mezcla de hombres y mujeres, niños y muchachos se conglomeraban dentro de la pequeña capilla y el calor se hacía cada vez más sofocante. Frente al altar, las cuatro parejas esperaban ansiosos el momento del matrimonio. Después del Evangelio el Padre se acercó a ellos y comenzó la ceremonia. Cuando le tocó el turno a la segunda pareja, se da cuenta de que la mujer no estaba allí. Había salido en busca de su pequeño hijo que tenía hambre y lloraba. Regresó con el niño a cuestas y mientras mamaba, el Padre los casaba. Terminados los matrimonios, continuó la misa y 10 niños hicieron la Primera Comunión. Luego vinieron las confirmaciones de un grupo grande.

ALMUERZO CON POSTRE DE SABROSAS PIÑAS

Eran ya las dos de la tarde y el hambre nos tenía viendo pajaritos. Impacientes por almorzar y viendo que amenazaba lluvia, arreglamos una mesa en la capilla. Nos disponíamos a comenzar cuando de pronto se desató un fuerte aguacero. Monseñor, que en esos momentos se encontraba fuera, tuvo que resguardarse bajo un rancho. Lo esperábamos para comenzar, pero viendo que el agua arreciaba y el hambre aumentaba decidimos empezar a comer sin él. El comprendería... ¡Qué delicioso sabor tenía todo! Por fin llegó Monseñor cuando saboreábamos unas deliciosas piñas que, por cierto, los últimos pedacitos fueron muy peleados.

Monseñor insistió en que tenía que marcharse al acabar el almuerzo para celebrar la misa en Machiques. Tanto insistió que, con aguacero y todo, salió el Power a llevarlo. Al escampar un poco nos dirigimos al centro de la ranchería donde se preparaba un suculento almuerzo: cochino, arroz, plátano, yuca y unas cuantas gaveras de refrescos.

De cuando en cuando se desataban fuertes chaparrones que, por suerte, no duraban mucho. Tapaban la comida que se cocinaba en enormes fogones al aire libre, con hojas de bijao; y todos corríamos a guarecernos bajo un gran techo de palma. Habría allí unos trescientos indios de baja estatura, color chocolate, ojos rasgados y pómulos salientes, pertenecientes a diversas tribus. Era fascinante y a la vez divertido comparar sus exóticos e interesantes rasgos con los nuestros. Altos y bajos, gordos y flacos, feos y buenos mozos, primitivos y civilizados; formaban el heterogéneo grupo que esperaba ansiosamente que cesara la lluvia. La espera era amenizada con una cacofonía compuesta de música, llantos de niños y ladridos de perros. Comieron hasta saciarse y nuestro grupo decidió comenzar el regreso.

Vista panorámica de la Sierra de Perijá y del difícil camino que lleva a la Misión del Tukuko.

EL PUENTE SOBRE EL RIO

CRUJE BAJO EL AGUACERO

Como se hacía tarde y empezaba ya a oscurecer, la madre Felisa no quiso esperar y decidió partir en seguida. El regreso sería a pie ya que la lluvia no permitía que la Power retornara. El P. Romualdo, la Hna. Ingalena, Omaira, Tubo, un grupo de indias y yo nos quedamos para la ceremonia final. Apenas comenzaba el Padre con el bautizo cuando volvió la fuerte lluvia. ¡Pobre madre! Ya iba en camino y no tenía dónde resguardarse. ¡«Qué mojada se va a dar»!, comentábamos todos sin pensar que nosotros corríamos el mismo riesgo. Como la lluvia no cesaba y eran ya las seis de la tarde emprendimos camino. El Padre ofreció su impermeable a la Hna. Ingalena, tomó su caballo y empezó a andar. Nosotros, sin ningún otro recurso, comenzamos la larga caminata. ¡Qué gozar! Empapadas corríamos por el estrecho sendero que conducía a la misión. Hacía años que no caminaba bajo la lluvia y nunca lo había hecho en plena selva.

¡Qué experiencia tan maravillosa! Entre cantos, risas y chistes el camino se hacía agradable, aun sin dejar de pensar que quizás con la lluvia las culebras se alborotarían. ¡Pobres de las que no llevaban botas! La lluvia arreciaba y decidimos que la mejor parte para cruzar el río sería por el puente, hecho de un tronco, cerca del rancho de Petróleo. Nos desviamos del sendero principal y tomamos unas estrechas y resbalosas trochas que nos llevaron a un caño. ¿ Cómo cruzarlo sin meterse en él? ¡Era imposible!

Con el agua hasta la rodilla y hundiéndonos en el fango atravesamos el desagradable caño. Ahora mis botas, llenas de agua y barro, pesaban un horror; a esto se unía el peso de mi ropa de Kaki empapada, que casi no me permitía andar.

Por fin llegamos al río. Ya todos habían cruzado y sólo quedábamos la Hna. Ingalena, Omaira y yo. Las dos primeras, sin saber nadar, decidían que cruzara yo primero y les tendiera la mano para facilitarles así la cruzada. El puente era largo y angosto, con dos finos palos a los lados, que formaban una especie de débil baranda. Abajo el caudaloso río corría con estrepitosa fuerza. Comencé a cruzar, entrelazando mi mano con la de Omaira y ella a la vez con la de la monja, formando así un puente o cadena. De pronto... TRAC... Un soporte del puente se partía. «TUBO... TUBO...», se oyeron los desesperados gritos de la monja, pero ya el indio no la oía. «No tengan miedo», les dije «fue sólo

un soporte y aún quedan otros dos, débiles, pero nos sostendrán». Con algo de desconfianza terminamos de atravesar. Ya en tierra firme, reíamos, pensando adonde hubiéramos ido a parar. Luego, ¿quién contaría esta fantástica aventura?

VOLTEO POR LOS AIRES AL ESPANTARSE EL CABALLO

A todo esto, el Padre había vuelto para cerciorarse de que habíamos cruzado sin mucha dificultad. Eran ahora las siete de la noche y el telón de la oscuridad caía rápidamente, pero sólo faltaban unos quince minutos de camino. El Padre, compadeciéndose de mí, al verme empapada y agobiada, por el cansancio, me dice: «Por ser vos quien sois, os permito montéis en las ancas del caballo». Gustosamente acepté pensando economizarle quince minutos de camino a mis cansados pies. Subí en una enorme piedra para facilitarme la montada y el Padre colocó el caballo muy cerca de ella.

Salté sobre las ancas, pero apenas las había alcanzado, el nervioso animal comienza a corcovear, se levanta en dos patas y... PAN, me lanza lejos, con la buena suerte de caer en un pequeño pedazo de tierra y sin hacerme mayor daño. Con los brincos del caballo, la correa de la montura se revienta y allá también va a parar el Padre, con la mala suerte que se le queda la bota trabada al estribo. Colgaba de una pierna mientras, aterrados, pensábamos que el caballo se nos venía encima; pero el animal no se volvió a mover.

¡Qué suerte! Atacados de la risa, la Hna. Ingalena y Omaira no tenían fuerzas para ayudar a levantarnos. Contagiados por la risa, al fin logramos levantarnos y continuar nuestro camino. Era lo único que nos faltaba para completar nuestra aventura y, menos mal, que más fue el susto que el golpe.

Ya cerca de la Misión divisamos una camioneta. Eran Paulino y Salvatore que venían a buscarnos. ¡Qué felicidad tan grande no tener que caminar más! Subimos a la camioneta y el Padre continuó a caballo. Me dirigí a mi casita, a darme una buena ducha helada, deseando fuese de agua caliente. Todavía llovía, tomé mi impermeable y el paraguas y corrí hacia la Misión. En la capilla el Padre se disponía a impartir la bendición con el Santísimo. Dando gracias a Dios por el feliz término del día, me arrodillé un momento. Cuando salí sentía frío y mis pies estaban entumecidos. ¿Qué podría ser mejor que un buen trago para calentarme? Así lo hice, mientras comentaba con el Padre y Fr. Mateo las peripecias del día. ¡Qué divertido había sido todo; parecía un fantástico sueño! Un buen plato de sopa caliente fue mi comida, esa noche. A las 9 p. m. metía la cabeza en la almohada, agotada pero feliz.

MAXULA DE MANNILL

El Cacique Santiago con un grupo de su gente de la ranchería «Chaparros».

Con afecto de hermanos, sin distinción de raza ni de color se abrazan el niño Richerd y una niña motilona.

VACACIONES DE CARNAVAL EN UN CENTRO MISIONAL

EL CLUB «MITAR» DE CARACAS EN EL TUKUKO

En estos días de carnaval nuestro Centro Misional de Los Angeles del Tukuko ha recibido unas cuantas visitas extraordinarias. Merece especial mención, y dicho sea sin el más mínimo ánimo de adulación, la de un grupo entusiasta del Colegio «San José de Tarbes» de Caracas. Preguntamos a su Directora, la Hermana Carmen María.

—¿Tienen en el colegio alguna organización para el fomento del espíritu misional y para la ayuda a las misiones?

—Efectivamente, casi todas estas alumnas pertenecen al grupo o club «Mitar» —Misiones Tarbesianas—. No son muchas en cantidad, pero sí están animadas de un gran interés por conocer directa y personalmente las zonas misionales que tenemos en nuestra Patria venezolana, y comprobar en el propio campo la obra realizada por los Misioneros y Misioneras.

—¿Tienen algún programa de estudio y formación sobre los problemas que actualmente están más candentes en las zonas indígenas?

—Al principio de curso realizamos en el Colegio una «Feria Misional» con la que se trata de llamar la atención al alumnado del Colegio. Además, desde hace algún tiempo, organizamos excursiones de varios días para convivir en las mismas zonas misionales. Como consecuencia de esto se confeccionan posteriormente una serie de murales con reportajes, fotos, noticias de todas estas excursiones.

Aprovechando esta oportunidad hemos cambiado impresiones con varias alumnas. Estas han sido las notas más destacadas de esta su experiencia misional en el Centro.

Isabel Cecilia Lafée, que es la primera vez que visita un Centro misional, queda admirada de las distancias y las extensiones tan tremendas que abarcan estas regiones misionales, y que a todas tengan que ir los Misioneros para realizar su apostolado.

—¿Cómo te imaginabas tú que eran las misiones...?

Yo me lo imaginaba mucho más atrasado en todos los sentidos. Me ha asombrado la labor de estas Misiones. Me parece que con esto ya tienen el Cielo ganado.

Carolina Romero se hace lenguas también de lo adelantados que encuentra a los indios. Aunque se dieron cuenta de lo mucho que hay que hacer todavía, puesto que se internaron selva adentro y monte arriba para visitar algunas de las rancherías yucpas de las proximidades a la Misión.

—Carolina, ¿has sacado alguna conclusión práctica para ti y para tu vida de este viaje a la Misión?

—¡Oye, sí. A mí siempre me han gustado las cosas de

las Misiones, pero... ¡córcholis! Esto hace a una pensar mucho...

Mercedes Meano se ha hecho amiga de varias indígenas del Internado y se ha metido por todos los rincones. Pensamos que puede estar buscando alguna actividad para venir ella a trabajar a las Misiones.

—¡Córcholis, Padre; estoy pensando lo que han tenido que pasar los Misioneros para traer todo esto y hacer el edificio y todo lo que lleva en él! ¡Córcholis, esto no debió de ser nada fácil...! Y pensar que entonces no había camino, que lo tenían que hacer ellos.

Alumnas del Colegio San José de Tarbes, de Caracas, en visita especial a la Misión del Tukuko.

—¿Qué te parece esto comparado con la casa que tienes y la vida que llevas en Caracas...?

—Se queda un poco asustada por la pregunta y se le abren desmesuradamente los ojos de asombro.

—Esto es para que nos sintamos un poco más preocupados y repartamos lo que tenemos con un poco más de justicia... ¡Huuummm!

—Y a ti, Marisa Guinand, te parece que esta obra que realizan los misioneros durante años y años se puede, hacer sólo por filantropía, ¿o crees que tiene que haber algo más por encima de todo lo humano que nos rodea...?

—Estoy segura que esto no se puede explicar sólo por razones humanas. Esta vida de los Misioneros tiene que tener una protección especial de ese Ser Supremo que es Dios. Si no esto no tiene ninguna explicación. Me llama poderosamente la atención cómo han llegado a entenderse en su idioma con los indios, y hemos visto a un Misionero viejito que está haciendo su diccionario.

Belisa Vegas interviene en nuestro diálogo haciendo cálculos sobre lo que se necesita para atender a todo el personal que depende de este centro: alimentación de los internos, gastos económicos de material, medios de desplazamiento..., y el poco personal misionero que hay para atender a tanto...

—A ver: ahora vuestro club misional del colegio puede ser un fermento de ayuda y de posibles vocaciones misioneras.

—Ojalá, que así sea, Padre.

—A ver si te toca a ti, Belisa.

—Bueno, «vamo a ve»...

Y la pregunta final se la hacemos a Liselott Cachutt, descendiente de familia francesa.

—¿Crees que esta visita puede influir beneficiosamente en vosotras y en vuestro gran colegio de Caracas...?

—Puede tener mucha influencia. Creo que desde hoy no le haremos tanto caso a aquella vida de allá, tan materialista y tan vacía... Creo que nos va a ayudar a superar la frivolidad y a vivir un poco más en serio y más preocupadas por este gran problema misional.

Al cerrar nuestra entrevista concertamos una conferencia y proyección sobre nuestras Misiones en su Colegio. Y ahora que lo recuerdo desde España, sé que tuvo su fruto y su eficacia. Desde estas páginas, un cordial saludo CLUB «MITAR».

Indígenas Warao graduadas de Maestras nacionales que ejercen actualmente en el Centro Misional de Araguaimujo.

El pan nuestro
de cada día dánosle hoy

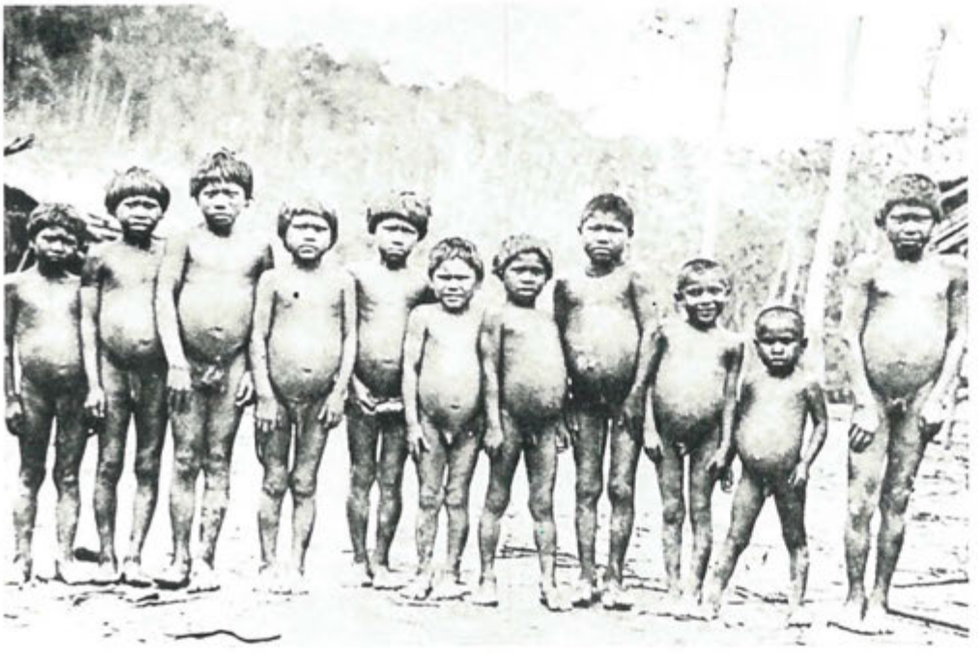
PROMOCION HUMANA INTEGRAL

PROGRESO TEMPORAL Y MISION RELIGIOSA

¡Padre nuestro que
estás en los cielos,
santificado sea tu nombre!

EVANGELIZACION

Simpáticos niños Pemón, alumnos de la Misión de Kavanayen.



AYER

El progreso de los pueblos es una labor temporal y al mismo tiempo es, esencialmente, una misión religiosa.

Hay que superar la dicotomía entre problemas político-socio-económicos por una parte, religioso-morales-espirituales por otra.

No sólo son «millones de almas» las que se han de salvar, sino *«millones de personas humanas con cuerpo y alma»* para las que hay que conseguir un nivel de vida digna, para que puedan realizar plenamente su destino temporal y conseguir su destino trascendente y eterno.

El desarrollo, en su aspecto positivo, es una obligación para que el hombre lleve a plenitud la obra de la Creación.

«DESARROLLO ES EL NUEVO NOMBRE DE LA PAZ»

ESTO SE HA REALIZADO EN NUESTRAS MISIONES

Si «cultura» es la «vivencia y expresión de la existencia del hombre vivida como relación consigo mismo, con la naturaleza, con los demás y con lo sagrado», el promover alguno de estos sectores —cualquiera que él sea, incluso prescindiendo de su escala de valores— ya es prestar una colaboración al progreso. Todos estos

HOY

elementos de cultura están tan relacionados entre sí que, al promover uno, inevitablemente se benefician los demás.

Los Misioneros de todos los tiempos —por más que se vocifere y se escriba lo contrario—, han dirigido su labor *«al hombre entero, alma y cuerpo, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad».*

Si han tratado de *hacer cristianos,* se han preocupado al mismo tiempo —acaso. antes—, de *hacer hombres;* pero subordinando todo, indiscutiblemente, a la suprema jerarquía de valores eternos de los que es portador el hombre.

Esta doctrina expuesta en los documentos del Concilio Vaticano II, que para algunos es una novedad, y en ciertos aspectos revolucionaria, no sólo muchos años, sino muchos siglos hace que la vienen realizando nuestros Misioneros en las zonas indígenas a ellos encomendadas.

Esta exposición estadística que les ofrecemos de la Misión de la Gran Sabana, realidades y datos que hay que aplicar a todas las otras zonas, es un testimonio imbatible de que la obra misionera ha sido, y sigue siendo, una fenomenal empresa de progreso cultural, socio-económico y de promoción humana integral de toda la persona del indígena.

ESTADISTICA DE LA MISION DE LA GRAN SABANA

AÑO 1969

Centro Misional «SANTA TERESITA DE KAVANAYEN»

Indígenas Pemón	730
Hogares debidamente constituidos	78
Indígenas alfabetizados	419
Indígenas analfabetos (casi todos ancianos)	59
Prealfabetizados, menores de cinco años	111

Centro Misional «SANTA ELENA DEL UAIREN»

Familias-Tronco	46
Individuos	694
Alfabetizados	384
Analfabetos (casi todos ancianos)	140
Prealfabetizados, menores de cinco años	170

PROMOCION ESPECIALIZADA DE INDIGENAS

Magisterio oficial, «normalistas»	5
Bachillerato (eclesiástico u oficial)	16
Maestros bilingües, no normalistas	16
Alfabetizadores de adultos	3
Estudios de humanidades	10
Sacerdotes indígenas	1
Religiosos indígenas	6
Enfermeras tituladas	2
En estudios superiores	15

EDUCACION

Todas las escuelas de los Centros Misionales han sido inscritas en el Ministerio de Educación Nacional, y en ellas los alumnos cursan los SEIS GRADOS con todos los programas oficiales.

Como complemento de estos estudios, a las niñas se les imparten las clases de hogar: puericultura, corte y confección y similares. Y a los niños se les inicia en las labores agropecuarias, teórica y prácticamente.

VIVIENDA

Cuando en el año 1931 llegaron los Misioneros a esta región, todas las viviendas de los indígenas, que vivían completamente diseminados, eran de baharaque —barro y palos—, el piso de tierra y los techos de palma o paja. Hoy, en los nuevos poblados misionales, hay un buen número de viviendas de piedra y cemento, la casi totalidad con techo de cinc, con sus respectivas dependencias. Y todas con luz eléctrica, Y GRATIS.

VESTIDO

De los aspectos externos en los que nuestros indígenas demuestran a simple vista el progreso que han realizado, es indudablemente el modo de vestir. Por su indumentaria de hoy, nadie sabría distinguir a uno de nuestros indios de los que se dicen civilizados. Gustan vestir como cualquier otro ciudadano. Y lo demuestren.

COMIDA

La dieta alimenticia de los indígenas cercanos a nuestros Centros misionales, es superior a la de

muchos venezolanos. Los medios elementales de su alimentación ancestral —caza, pesca, yuca—, han sido ampliados en los nuevos poblados misionales, a un extenso surtido de artículos alimenticios como consecuencia de su elevación de nivel económico.

SANIDAD

Las epidemias, que antes hacían estragos entre estos indígenas, han llegado actualmente a desaparecer. Aunque haya mucho que perfeccionar, hoy nuestros indígenas se encuentran mejor defendidos ante las enfermedades por el mejoramiento de alimentación y de higiene, por la protección del vestido y los medicamentos que se les proporciona en la Misión completamente gratis, siempre que los tenga. El recurso a sus curanderos raciales, el «piasán», aunque no ha desaparecido totalmente, está decayendo vertiginosamente.

Es significativo el dato de nacimientos y defunciones que se está produciendo en esta zona misional. Un solo año, por vía de ejemplo:

Nacimientos en el año 1969: 377.
Defunciones en el año 1969: 17.

INCREMENTO EDUCACIONAL

La elevación del nivel cultural por el aumento de población infantil y su asistencia a los centros educacionales, queda patente en los datos de dos años:

	1968	1969
Alumnos externos ...	301	455
Alumnos semi-internos	40	57
Alumnos internos ...	166	161
TOTAL....	507	673

Abuela y nieta Pemón de la Misión de Kavanayen.

CH. F. LUMMIS Y LOS MISIONEROS

«El español no tan sólo descubrió y conquistó, sino que, además, CONVIRTIO. Su celo religioso no le iba en zaga a su valor.

Es casi imposible para nosotros, en estos pacíficos tiempos, comprender lo que significaba CONVERTIR ENTONCES MEDIO MUNDO DE INDIOS. En nuestra parte de Norteamérica nunca ha habido tribus tan terribles como encontraron los españoles en Méjico y en otras tierras más al sur. Nunca pueblo alguno llevó a cabo en ninguna parte tan estupenda labor como la que realizaron en América los MISIONEROS ESPAÑOLES. Para empezar a comprender las dificultades de aquella conversión, debemos primero leer una horripilante página de la historia.»

Diversos aspectos de las nuevas familias educadas en la Misión.

INDIGENISMO ESPAÑA - AMERICA

Grupo de mamás Guarao con sus hijos, todos ellos educados en la Misión de Araguaimujo.

«El indigenismo ha venido a ser en nuestra literatura continental, a través de exageraciones mal intencionadas y de sentimentalismos vacuos, uno de esos tópicos usados a cada instante en contra de la obra civilizadora de la España Católica en nuestra América.

Se trata de presentar al indio como una víctima de los frailes y de la crueldad de los conquistadores.

Nada hay, sin embargo, tan injusto como esto.

Si hoy al indio lo podemos considerar como a un ser digno del mejor aprecio y capaz, en su fuerza física y en su fuerza intelectual, de poseer todos los adelantos de la civilización universal, a nadie más que a España y al Catolicismo lo debemos.

Desde el mismo momento en que el indio, por obra de las Carabelas Hispanas, asomó su rostro a la redondez del mundo, fue tomado por el Misionero y el Conquistador, por la Cruz y la Corona, como un hijo de Dios y un súbdito del Reino, hermano en la Fe e igual en el Derecho al español mismo.

España, lejos de destruir la raza, fundió su sangre con la india; y lejos de aniquilar a la incipiente cultura india, la recogió y encauzó en el gran torrente de su cultura.

Hoy, sobre la efemérides recordada, podemos admirar esa obra maravillosa de verdadero indigenismo, de auténtitico reconocimiento al indio y de positiva justificación de su valor en la figura del indio mejicano, Juan Diego, humilde en la misma escala de su pueblo.

Por el camino de Tolpletlac a Tlatelolco, Juan Diego se recorta con las líneas del indio que entra en la Civilización Universal sobre la via ancha del idioma y de la Fe.

Sobre el Tepeyac, Juan Diego se levanta hasta el nivel de los grandes escogidos, pintados con el bronce oscuro de su piel el cuadro que hasta entonces sólo reflejaba los matices de la raza blanca.

Luego, en su pobre tilma, que ya por sí sola significaba un término de igualdad con el blanco, Juan Diego lanza, con el milagro de las rosas y la imagen, el reconocimiento de todo el mundo para América.

En Juan Diego aprendemos lo que es el verdadero indigenismo: él nos enseña al indio que renace sobre sí mismo, al indio que, por la obra de la colonización hispanocatólica, toma puesto de avanzada en las líneas de la Cultura Universal.

Porque el verdadero indigenismo no puede ser nunca un regreso a los abismos precolombinos, sino al contrario, a lo que hizo la España Católica: a la incorporación del indio, con verdadero papel de actor, a la vida de la cultura.

En este verdadero concepto único del indigenismo, nadie puede disputarle al Catolicismo de la España Conquistadora el derecho y el triunfo de haberlo creado.

Contra las voces de calumnia, basta un solo hombre: el nombre glorioso, articulado en dos voces, de Juan Diego. El, como nadie, grita a los vientos de todo el mundo el triunfo del indio americano en la doble sonoridad del nuevo idioma y en el milagro de la nueva Fe».

Revista «JUSTICIA SOCIAL». Managua, 12-XII-1948.

INDIGENISMO IGUAL A «AMOR PLENUS» AL INDIO

Creo que la actitud del español ante el ineludible problema del indigenismo americano debe estar determinada por el modo de su situación ante el indio. Y pienso que ésta no puede ser sino la que expresa el epígrafe de mis reflexiones: «AMOR PLENUS». Un amor que sea versión actual y perfectiva de aquél con que los mejores españoles del siglo XVI miraron al nativo de América, tan súbitamente aparecido dentro de su horizonte visual.

Trataré, por tanto, de exponer cómo veo yo constituida la plenitud de ese amor hispánico al indio actual.

El amor entre personas puede ser vieja noticia, intelectual y cordial. Dejemos intacto el problema de lo que esos dos modos de amar tienen en común y atengámonos a lo que tienen de distinto.

En el amor cordial, la relación entre el amador y la persona amada es de *cooperación.* El que ama cordialmente aspira a ejecutar con el amado acciones personales, cualquiera que sea la índole de esas acciones y el modo de la convivencia (reacción, secuacidad, camaradería, magisterio, etc.).

En el amor intelectual, la relación con lo que se ama es de *contemplación:* quien ama intelectualmente se detiene ante la persona amada, la contempla y trata de vivir dentro de sí, con cuanta verdad y precisión pueda, lo que esa persona es.

El amor personal del hombre es siempre una cambiante armonía (o disonancia) entre el canto y el diacanto de esos dos modos de amar.

El amor cordial del europeo al indio sólo puede tener una expresión inmediata, si quiere ser amor de perfección: enseñarle a coejecutar formas de vida superiores a la suya. Si vive en la paganía o en la superstición, lo inmediato es hacerle cristiano. Si ya es cristiano, hacerle letrado y hábil en un arte cualquiera. Si es letrado, levantarle a la más noble existencia social e intelectual que su naturaleza permita. Obsérvese que el término de todas estas faenas educativas o eductivas no es sino la *cooperación* sucesiva o progresiva del indio con quienes le aman desde un nivel histórico más alto que el suyo.

El secreto cristiano de la vida y de la acción de los misioneros es llegar a querer a sus indios como a verdaderos hermanos.

No basta, sin embargo, el amor cordial. El indio tiene derecho a exigir de nosotros amor intelectual, consideración amorosa y atenta de lo que como indio es. Puesto que tiene un espléndido pasado (ahí están las ruinas que lo certifican), puede exigir que nuestros arqueólogos estudien con dilección sus monumentos y que nuestros arquitectos sopesen las posibilidades de actualidad y de futuro en ellos contenidos.

Quien pretenda mover a un hombre hacia un porvenir, cualquiera que éste sea, tiene el deber estricto de conocer y estimar justamente su pretérito.

Otro tanto es posible decir respecto al lenguaje, a las costumbres, a la religión, a las peculiaridades, raciales. Mientras nuestros arqueólogos, lingüistas, etnólogos, historiadores y antropólogos no hayan explorado lo mucho que en las culturas aborígenes del Nuevo Mundo queda por conocer, no es lícito el sosiego en la conciencia de los hispánicos séanlo de esta o de aquella ribera.

Al cumplimiento de esta empresa intelectual le están reservadas dos metas distintas. Una es meramente teoré-

tica: la contemplación fruitiva de lo que es (el goce de la verdad) y la posibilidad de entender con más integridad y precisión el todo de la Historia Universal. La otra es, si vale hablar así, utilitaria. Y consiste en dar universal vigencia a cuanto de valioso haya en las culturas aborígenes de Iberoamérica.

No hay que pensar tan sólo en la incorporación de la quina y la coca a la farmacopea de todos los países cultos. La poesía, la música y la plástica de las culturas preincaicas e incaicas (para no mencionar sino un ejemplo), ¿no pueden acaso enriquecer con intuiciones y expresiones nuevas la trabajada estética de Occidente y, a través de ella, la de casi todos los habitantes del planeta? El barroco colonial de Hispanoamérica, en cuya entraña van fundidos el arte de Europa y el arte indígena, ¿no es además de un logro estético la garantía de que otros son posibles?

También por el lado de los indios hay caminos ofrecidos a la expresión del *amor cordial.* También lo que ellos hacen permite alguna cooperación y tal vez la requiere.

No se agota ahí la *utilidad* de estudiar con rigor y ahínco la vida presente y la vida pretérita de los indios americanos. Algo más hay en pleito, algo que nos afecta muy vivamente a nosotros los hispánicos.

A los que viven mirando hacia el pasado, porque en esa línea *salvadora* de lo aborigen se movieron no pocos de nuestros viejos cronistas. ¿Sería hoy posible hacer historia de la Suramérica precolombina sin los relatos de Cieza León y de Sarmiento de Gamboa? No menos quedan afectados por la empresa los que prefieren vivir mirando el presente y preparando el futuro, porque sólo así es posible evitar que el indigenismo se convierta en cantera de mitos políticos antiespañoles.

Enseñó Santo Tomás que «si alguien dice verdad, no puede ser vencido, cualquiera que sea el que con él dispute». Esa debe ser nuestra consigna en el híspido problema del indigenismo suramericano. Procedamos hacia la verdad y valgámonos de la verdad.

Las sombras que el cuadro de la colonización española en América pueda ofrecer (las que el propio López de Gómara reconoció en su «Loor de españoles») no harán sino prestar apoyatura cromática a la luminosidad del conjunto. Suele decir Víctor Andrés que el Perú anterior a Pizarro era como un bloque de alabastro: una pieza opaca. Pero también el alabastro puede llegar a ser gema, si se talla e ilumina adecuadamente. España talló, iluminó e hizo joya a la roca. Lo cual no excluye —¿verdad amigo Belaunde?—, que la antigua joya sea hoy susceptible de sucesiva, creciente belleza, si se la sigue puliendo con inteligencia y amor.

Así veo yo la respuesta, que España debe dar, *corde et mente*, a los indigenistas de Suramérica.

PEDRO LAIN ENTRALGO.
«Viaje a Suramérica.».

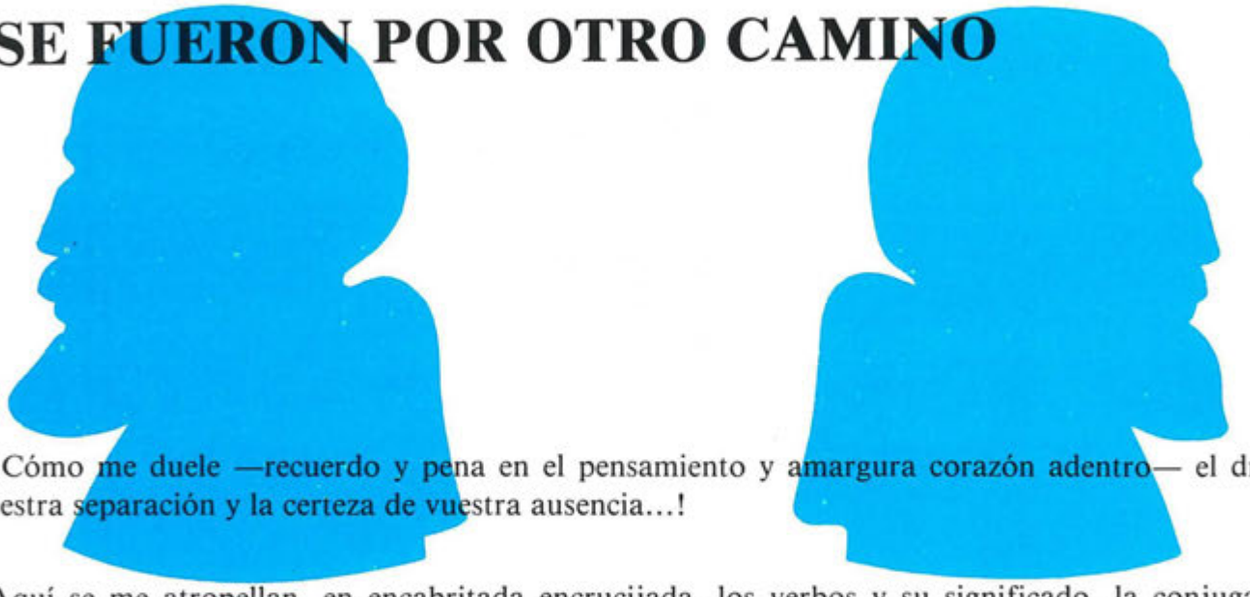
«CON LOS INDIOS CONVIVIMOS, Y POR ELLOS NOS DESVIVIMOS»

«Nunca los Misioneros nos hemos contentado con llevar a los indios la verdad teológica, sin llevarles los adelantos físicos. Y nuestras mayores luchas por los indios y la malquerencia por parte de muchos no nos han venido por las enseñanzas religiosas, sino por las reivindicaciones económicas o jurídicas en su favor.

Nadie como nosotros ha reclamado, una y otra vez, ante cada uno de los Gobiernos que se vienen sucediendo en el mando, por la falta de medios para la construcción de edificios, por la tecnificación de la agricultura y ganadería, por la fijación de la zona indígena reservada, por la asistencia médica... y otros muchos etcéteras. En definitiva, por la promoción integral de la persona del indígena.

Y esto, sin ningún género de duda, estamos haciendo los Misioneros Capuchinos en los territorios más extremos de la nación. No visitamos a los indios: con ellos convivimos y por ellos nos desvivimos. No hay mejor INDIGENISMO que aquel que supone DAR LA VIDA POR LOS INDIOS.»

A LOS QUE MIRARON AL OTRO LADO Y SE FUERON POR OTRO CAMINO



¡Cómo me duele —recuerdo y pena en el pensamiento y amargura corazón adentro— el drama de vuestra separación y la certeza de vuestra ausencia...!

Aquí se me atropellan, en encabritada encrucijada, los verbos y su significado, la conjugación de tiempos y de modos, las frases hechas para condenar pontificando, como también las evasivas de diplomacia oportunista para llamar a las cosas por su nombre.

—Se cansaron y se marcharon.
—Perdieron la fe y se volvieron al siglo.
—Pusieron la mano al arado y miraron atrás.
—Me decepcionaron, fueron injustos conmigo, y elegí otro camino.
—Me equivoqué: no encontré lo que buscaba.
—(Nunca, para nadie, quisiera pensar ni escribir la negra palabra «traición».)

¿Quién tuvo la culpa...?
¿Quien podrá con equidad, repartir responsabilidades en este misterio humano de superiores y de súbditos, de instituciones y circunstancias, de mando y de obediencia, de letra y de espíritu, de grandes ideales y de ruines realidades entre hombres...?

¿Todo se olvidó...?
¿Todo está perdido...?

Superando el desengaño y más cerca del arrepentimiento, para unos y para otros, aún queda la esperanza.

Por mí puedo afirmaros que me duele vuestra marcha y que no es vano mi recuerdo. Por eso vuestros nombres los he querido dejar escritos.

¡Esperemos al gran día de Dios!
Misioneros que os fuisteis,
donde quiera que estéis,
HERMANOS
YO OS SALUDO.

Contentos para hoy,
insatisfechos para mañana.

Hermanos misioneros:

He puesto mi mejor voluntad para que vuestra gran obra misionera tuviera una publicación lo más digna posible. El mérito de vuestra gran empresa nadie os lo podrá quitar. El mérito en mi caso – si lo hay – a la veracidad de Dios lo quiero encomendar. A corazón abierto digo: "mi tinta ahí, mi vivido aquí."

Tal vez – a lo peor – surjan las críticas por la espalda, los jueces fáciles pero infundadas. Podrían ensayar sus recursos verbales para la compresión y la admiración de la obra misionera. Recordad que en todas las épocas históricas ha habido lanzas para los cuanos.

Nos falta tiempo para mirar abajo. Gritemos arrojemos con voluntad de perfección y nos queda mucho por hacer. ¡Adelante!

En comunión de ideales misioneros un abrazo así de grande y hasta siempre.

León, 11-febrero-1976 Fr. Faustino Rodríguez-Rad
Misionero Capuchino

En el "25 aniversario" de mi Ordenación Sacerdotal.

EN EL DIA FINAL, CUANDO
EN EL CIELO PASEN LISTA
Y SEAN PRONUNCIADOS
NUESTROS NOMBRES,
NOS EXAMINARAN DE AMOR

ESTO NO ES EL FINAL
SINO EL PRINCIPIO

CUANDO EL IDEAL VALE MAS
QUE LA VIDA

**BIENAVENTURADOS LOS QUE NO
SE RESIGNAN**

NOMBRES DE LOS MISIONEROS INTEGRANTES DE LAS DISTINTAS EXPEDICIONES

EXPEDICION DEL 17 DE DICIEMBRE DE 1926

De izquierda a derecha. De pie:
FR. CASIMIRO DE PAREDES
FR. ACACIO DE VILLAMONDRIN

Sentados:
P. CEFERINO DE LA ALDEA
P. MATIAS DE ALCOBILLA
P. ANGEL DE LIERES
P. ANTOLIN DE ANTOÑAN

EXPEDICION DE MAYO DE 1929

De izquierda a derecha. De pie:
FR. LUCIO DE MELLANZOS
FR. GABINO DE SAN ROMAN

Sentados:
P. INDALECIO DE SANTIBAÑEZ
P. NARCISO DE REBOLLEDO
P. HILARIO DE ESCALANTE

EXPEDICION DE SEPTIEMBRE DE 1932

De pie:
P. CESAREO DE ARMELLADA

Sentados:
P. QUINTILIANO DE ZURITA
P. TIRSO DE ESCALANTE

EXPEDICION DE ABRIL DE 1940

De izquierda a derecha:
P. RICARDO DE BEGOÑA
P. FIDEL DE RESPENDA
P. SEBASTIAN DE VILLARES

EXPEDICION DE FEBRERO DE 1942

De izquierda a derecha. De pie:
FR. ROBERTO DE ERANDIO
P. LORENZO DE CANSOLES
FR. EPIFANIO DE SANTIBAÑEZ
FR. ALEJO DE VALLE

Sentados:
P. PABLO DE ALEJE
P. LUDOVICO DE PESQUERA
P. CRISTOBAL DE LOS REMEDIOS
P. VICTOR DE CARBAJAL

EXPEDICION DE JUNIO DE 1948

De izquierda a derecha. De pie:
FR. VALENTIN DE ELORRIO
FR. PATRICIO DE MOLINA
FR. GABRIEL DE VILLAMARTIN

Sentados:
P. BIENVENIDO DE VILLACIDAYO
P. BERNARDO DE GALLEGOS

EXPEDICION DE FEBRERO DE 1952

De izquierda a derecha. Primera de pie:
FR. IGNACIO DE CARROCERA
FR. FRANCISCO DE SAN SALVADOR
FR. DEMETRIO DE VILLALQUITE

Segunda fila:
FR. EMILIANO DE CANTALAPIEDRA
P. ILDEFONSO DE SAN MARTIN
P. BEDA DE FRECHILLA
P. GASPAR DE LIGÜERZANA
P. NICANOR DE SAN MAMES
P. LUCAS DE BENLLERA

Sentados:
FR. AVELINO DE VENTOSA
FR. BERNARDINO DE MADRID
P. ZACARIAS DE ROZADAS
P. AVELINO DE CEDILLO
P. ANSELMO DE ASTARIZ
P. FIDEL DE SAN FELIZ

EXPEDICION DE FEBRERO DE 1965

De izquierda a derecha:
P. ELISEO DE PARAMO
P. ERNESTO DE BILBAO

EXPEDICION DE OCTUBRE DE 1973

Acto de despedida el 10 de octubre en el Cinema EL PARDO.

De izquierda a derecha:
P. DIEGO DE VALDEARENAS. SUPERIOR DE STA. ELENA DE UAIREN
SRTA. ESTHER MARI BERMUDEZ, PORTADORA DE LOS CRUCIFIJOS
SRTA. ANA MARIA FERNANDEZ, LOCUTORA Y PRESENTADORA DE «LA VOZ DE LEON»
MONS. MARIANO GUTIERREZ SALAZAR, VICARIO APOSTOLICO DEL CARONI
P. JAVIER NIÑO, MISIONERO
FR. FIDENCIO MAZUELAS, MISIONERO
P. GREGORIO ALVAREZ, MISIONERO
M.R.P. JAVIER DE VALLADOLID, MINISTRO PROVINCIAL DE CASTILLA
DON FELIX GIMENO, PRESIDENTE DE FEDINE
P. PACIFICO DE POBLADURA, DELEGADO DE PROPAGANDA DE MISIONES

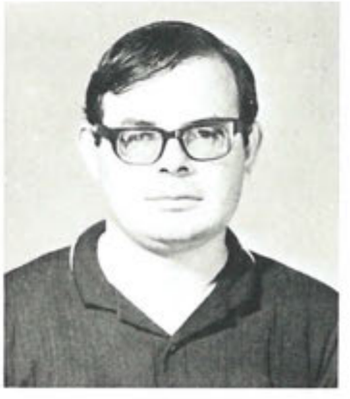
GALERIA FOTOGRAFICA

Misioneros Capuchinos que han trabajado en Venezuela desde 1924 a 1975

Fr. Abundio de Jabares de los Oteros (Anselmo Martínez Díez)
Nació el 6 de septiembre de 1901, en Jabares (León)
Llegó a misiones el 7 de enero de 1933.
Murió en Valencia (Venezuela) el 16 de mayo de 1959.
Prestó sus servicios en Upata y Tumeremo.
Trabajó incansablemente en la terrible misión de San José de Amacuro. Después, hasta noviembre de 1941, en Araguaimujo.
En 1941 quedó agregado a la Custodia.

Fr. Acacio de Villamondrín (Lorenzo Andrés García)
Nació en Villamondrín de Rueda (León) el 7 de septiembre de 1906.
Llegó a las misiones el 17 de diciembre de 1927.
Salió del Vicariato en mayo de 1929.
Residió en Upata.

P. Adolfo de Villamañan (Emilio Santos Gutiérrez)
Nació en Villamañán (León) el 10 de junio de 1915.
Llegó a Machiques el 24 de agosto de 1955.
Ha desempeñado los cargos siguientes: Maestro y catequista en el Centro Misional del Tucuco, Superior de dicho centro, Superior Regular, Provicario del Vicariato de Machiques, Vicario Delegado del Vicario Apostólico, Superior Regular (de nuevo), Superior de la nueva misión de los motilones separada del Centro Misional del Tucuco, Superior del Centro Misional San Fidel del Aponcito en Sirapta (Estado Zulia).
Actividades: Educación integral de los indios yucpas, estudio de su lengua y sus tradiciones, descubrimiento de los indios yanshi (japrerias) del Río Palmar, contacto pacífico con los motilones, educación fundamental integral de los motilones Barí: estudio de su lengua y tradiciones.
Trabajos culturales: Numerosos artículos en «Panorama» «Crítica», «La Columna»; colaborador continuo en «Venezuela Misionera»; Director y redactor de «Luz y Vida», Fundador y redactor del «Boletín Oficial» de Machiques, unido después con el de la Custodia y Misiones; Artículos de Pastoral Misionera en las revistas «Sic», «Omnis Terra», «Nuevo Mundo», «Momento», Publicación de la Hoja semanal de servicio informativo privado «Lambyc» (Linguística, antropología y misionología de los Barí, Yucpa y Guajiro), Publicación mensual de Vonk Akane para los Delegados Indígenas de la Palabra de Dios. Publicación del «Vocabulario Motilón-barí comparado» de los Vocabularios de los Padres Francisco de Catarroja (1738) y Francisco Javier de Alfaro (1788) con el barí actual.
El artículo: «Una experiencia misional en Venezuela con los indígenas de Perijá», publicado en «Omnis Terra» (1975) ha sido traducido al inglés y publicado en la misma revista internacional de las Obras Misionales Pontificias (Unión Misional del Clero).



P. Adrián Setien Peña
Nació el 5 de enero de 1946, en Machiques (Estado Zulia-Venezuela).
Llegó a Machiques el 14 de agosto de 1969.
Ha sido Párroco de Los Angeles del Tucuco y Director de «Santa María de Guana».
Sus actividades: parroquial, administración, profesor.
Ha colaborado en «Venezuela Misionera».

P. Alberto de Sobradillo (Florencio Villoria Gajate)
Nació en Sobradillo (Salamanca) el 23 de julio de 1917.

Llegó a misiones el 21 de diciembre de 1944.
Salió para la Custodia el 15 de octubre de 1949.
Fue Párroco de La Villa del Rosario durante dos años y otros dos Párroco de Sinamaica.
Escribió algunos artículos para «Venezuela Misionera».

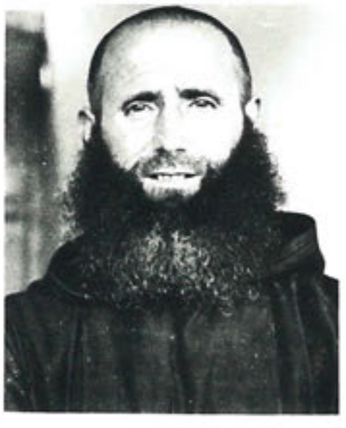
Elena del Uairén hasta 1960 en que, totalmente agotado por el trabajo, sale para la Custodia.
Siempre ejemplar y eficiente. Trabajador asíduo y callado. Oración y recogimiento continuos. Amor y respeto a todos. «El mozo mejor labrador se fue a los frailes».

P. Amado de Salamanca
(Santiago Sánchez García)
Nació el 28 de agosto de 1940, en Salamanca.
Llegó a la misión el 5 de septiembre de 1967.
Ha sido Párroco de Paraguaipoa y Coadjutor de Machiques.
Sus actividades son las pastorales, Delegado de vocaciones. Secretario-canciller, Profesor del Colegio de San Pablo.

P. Alfonso de Madrid (José Vinuesa Aladro)
Nació el 1 de abril de 1931, en Madrid.
Llegó a Machiques el 4 de septiembre de 1956.
Salió de la misión el 12 de mayo de 1958.

Fr. Andrés de Bilbao
(Domingo Nazábal Domingo)
Nace el 16 de enero de 1920, en Bilbao (Vizcaya, España).
Llega a la misión el 23 de enero de 1971.
Ejerce sus actividades en Santa Elena del Uairén y posteriormente en Wonquén.
Trabaja como maestro de carpintería.

Hno. Angel Pinedo (Angel Fernández de Pinedo y Antía)
Nació en Vitoria (Alava).
Llegó a misiones en enero de 1951.
Murió en Bilbao el 5 de diciembre de 1968.
Siguió la carrera administrativa. Durante varios años fue Inspector en el Hospital Civil de Bilbao.
En 1950 ingresó en la Orden en calidad de Donato Perpetuo. Perteneció a la Juventud Franciscana de Basurto y posteriormente a la V.O.T.
En enero de 1951 partió para las misiones de Venezuela. Presto sus servicios administrativos y sanitarios en la misión de El Caroní, principalmente en los Centros de Santa Elena del Uairén y Santa Teresita de Kavanayén. Posteriormente desempeñó en Caracas el cargo de Procurador de Misiones.
Regresó a España en agosto de 1965 por motivos de salud y falleció en Basurto el 5 de diciembre de 1968.



Fr. Alejo de Valle de Mansilla
(Ramiro González García)
Nació el 9 de marzo de 1889.
Llegó a las misiones del Caroní el 26 de marzo de 1942.
Murió en Valencia (Venezuela) el 15 de noviembre de 1965.
Trabajó en Upata al servicio del Seminario indígena.
En 1945 es destinado a Santa

P. Ambrosio de Santibáñez
(Alejo Pan López)
Nació en Santibáñez (León) el 24 de octubre de 1888.
Llegó a la misión el 3 de noviembre de 1926.
Salió el 31 de diciembre de 1926.
Murió fusilado «por ser sacerdote» en el barco prisión «Alfonso Pérez» en Santander, el 27 de diciembre de 1936.

P. Angel de Lieres (Francisco Portal García)
Nació el 4 de octubre de 1879, en Lieres (Asturias).
Llegó a misiones el 7 de septiembre de 1924.
Murió el 5 de marzo de 1930.
Estuvo en Tucupita. Fue Párroco de San Félix (12 de septiembre de 1924 a 2 de mayo de 1927) y de Guasipati.
Consejero del Superior Regular desde el 18 de diciembre de 1927 hasta su muerte.
Falleció en Caracas a consecuencia de una enfermedad de corazón, producida por un susto al caerse en un pozo en Tumeremo.

P. Antonino de Madridanos
(Agapito Lorenzo Monforte)
Nació el 22 de marzo de 1901, en Madridanos (Zamora).
Llegó a Venezuela en 1927.
Figura en esta sección por haber sido el primer Director de «Venezuela Misionera», desde su fundación hasta 1946, colaborando con multitud de artículos sobre asuntos misionales.

P. Anselmo de Astariz (Manuel González Fernández)
Nació el 10 de marzo de 1924, en Astariz (Orense).
Llegó a la misión en marzo de 1952.
Al poco tiempo pasó de la misión a la Custodia de Caracas.

P. Antolín de Antoñán (José Pérez Serrano)
Nació en Antoñán (León), el 19 de marzo de 1893.
Llegó a las misiones el 17 de diciembre de 1926.
Salió el 1 de enero de 1931.
Residió en Tucupita hasta el 15 de junio de 1929 en que es trasladado a Guasipati.
Hizo excursiones por los caños del Orinoco.
Era buen fotógrafo y experto cazador.

P. Aquilino de Dragonte (Tomás Castelao Fernández)
Nació el 11 de febrero de 1925, en Dragonte (León).
Llegó a la misión en noviembre de 1951.
Estuvo algún tiempo en el Centro Misional de Araguaimujo y luego pasó a la Custodia.

P. Arcangel de Valdavida (Angel de la Red Pérez)
Nació el 26 de febrero de 1882.
Llegó a Tucupita el 18 de agosto de 1919.
Salió el 6 de noviembre de 1919.
Fue el encargado de explorar las regiones del Caroní y Machiques con vistas a la fundación de ambas misiones. Antes de la fundación fue Párroco de Tucupita y de Machiques.
Por enfermedad regresó a España y fue fusilado por los «rojos» en el cementerio de Jove (Gijón).

Mons. Argimiro García Rodríguez (P. Alvaro de Espinosa)
Nació el 27 de septiembre de 1905 en Espinosa (León).
Llegó a la misión el 24 de junio de 1931.
Ha desempeñado los cargos de Coadjutor de Tucupita y Araguaimujo, Superior en Amacuro, Párroco de Tumeremo, Superior de Santa Elena, Párroco de Tucupita (13 años), Provicario de Mons. Gómez Villa, Discreto del Superior Regular (4 trienios), Obispo.
Desarrolló todas las actividades de un misionero. Introdujo en la misión las lanchas, plantas eléctricas, maquinaria. Draga y construcción de varias capillas.
Sus trabajos culturales: Colaboración en «Venezuela Misionera» y en varios periódicos de Caracas. Reportajes gráficos en varias revistas. Elaboración de una película, «Cuentos y tradiciones de los indios guaraunos».

Fr. Avelino de Ventosa (Mateo Sánchez Sánchez)
Nació el 21 de septiembre de 1914, en Ventosa (Salamanca).
Llegó a la misión en febrero de 1952.
Ha desempeñado los cargos de Encargado de la Misión de los Angeles del Tucuco durante tres años aproximadamente.
Administrador de la misma.
Sus actividades principales: chófer, compra y venta de comestibles, ropa y demás artículos para los indígenas de la misión durante 10 años.
Técnico electricista.

Fr. Balbino de Caracas (Anacleto Guzmán Espejo)
Nació el 13 de julio de 1884 en Caracas (Venezuela).
Llegó a la misión el 13 de enero de 1924.
Murió en San Félix el 10 de agosto de 1928.
Estuvo en Tucupita, Araguaimujo y San Félix.
Fue uno de los fundadores del Vicariato. Era de «tanta habilidad para la mecánica y las artes, que hacía cuanto veía y quería». De esta habilidad dejó muestras en cuantos destinos estuvo.

P. Baltasar de Madrigal (David Vadillo Pulido)
Nació en Madrigal de la Vera (Cáceres) el 29 diciembre de 1927.
Llegó a misiones en noviembre de 1961 y salió en 1965.
Desempeñó los cargos de Profesor del Colegio «Dr. José Hernández» en Tucupita, de marzo a junio del 62. Fue Director del mismo desde septiembre de 1962 hasta noviembre del 65. Fue asimismo Párroco de Tucupita de

junio del 62 a noviembre del 65.
Se dedicó a las tareas parroquiales y de enseñanza.
Fue colaborador en los periódicos Delta y El Guarao desde su fundación y «creador» del espacio radial semanal «Paz y bien» en Radio Tucupita. Fue locutor y director de este espacio durante más de dos años consecutivos.

P. Baltasar de Matallana (Salvio Valbuena Rodríguez)
Nació en Matallana (León) el 11 de enero de 1906.
Llegó a misiones el 21 de junio de 1931.
Salió para España el 28 de julio de 1947.
Reside en Upata como Párroco hasta el 23 de agosto de 1934 en que es trasladado a S. Francisco de Luepa. El 12 de febrero de 1935 es destinado a Santa Elena del Uairén. El 25 de abril de 1937 a Tucupita. En nombrado Superior de Santa Elena el 13 de abril de 1943. El 3 de febrero de 1945, nuevo traslado para Tucupita hasta 1947 en que regresa a España. Tenía un carácter afable y un verdadero don de gentes. Por eso «todos le querían y le recuerdan con cariño».
Se hizo famoso en toda Venezuela por el accidente de avión del 27 de abril de 1937, ocurrido en la selva del Cuyuní, en que perecieron dos personas y se salvaron siete, entre ellas el P. Baltasar.
Entre sus trabajos culturales es justo destacar:

—Una película editada en Nueva York el año 1939 y otra en 1943 sobre la misión del Bajo Orinoco y la Gran Sabana.
—«La Gran Sabana: tres años de misión en los confines de Guayana»
—«La música indígena Taurepán».
—«Labor de los PP. Capuchinos en la misión del Caroní».
—«Exploración del Río Paragua».
—«Luz en la selva».

Falleció en Madrid, el 26 de enero de 1966.

P. Basilio de Barral (José Nieves Rodríguez).
Nace el 3 de noviembre de 1901, en Barral (Orense).
Llega a la misión del Caroní en junio de 1931.
Desempeña los cargos de Párroco de El Callao (Guayana), Coadjutor en San José de Amacuro, Superior de San José de Amacuro. Superior y Párroco de Pedernales. Funda la misión de San Francisco de Guayo.
Además de sus actividades parroquiales y misionales entre los indios realizó excursiones continuas a las rancherías guaraunas del Oriente Deltano, de Mariusa a las tierras de Monagas.
Colabora activamente en «Venezuela Misionera» durante 25 años, en la revista «Iris» y en «Antropológica», de la Fundación La Salle.
Ha publicado varias obras, como «Diccionario, guarao-español, español-guarao», «Guarao Guarata», «Catecismo católico bilingüe», «Karata Guarakitane naminaki», «los indios guaraos y su cancionero», «Guarao A- Ribu», «Mi batalla de Dios».

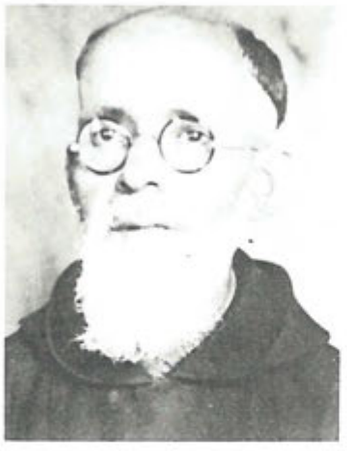
P. Beda de Frechilla (Marciano Urbón García)
Nació el 6 de marzo de 1925, en Frechilla (Palencia).
Llegó a la misión de Machiques el 10 de marzo de 1952.
Salió de la misión el 27 de junio de 1957.
Trabajó algunos años en las parroquias misionales de La Guajira y Perijá, particularmente en Sinamaica y La Villa del Rosario.
Pasó a la Custodia en 1957.

P. Benigno de Fresnellino (Emilio Alvarez Alvarez)
Nació en Fresnellino (León) el 3 de agosto de 1880.
Llegó a misiones el 7 de septiembre de 1924.
Es uno de los fundadores de la misión del Caroní.
Estuvo algún tiempo en Tucupita. Luego fue Superior y fundador del Centro Misional «San Antonio del Barima» y del Centro Misional «San José de Amacuro».
Enfermó gravemente y tuvo que regresar a Caracas donde ejerció con entusiasmo y abnegación el cargo de Procurador de Misiones.
Gracias a su labor se edificó Santa Teresita de Kavanayén.

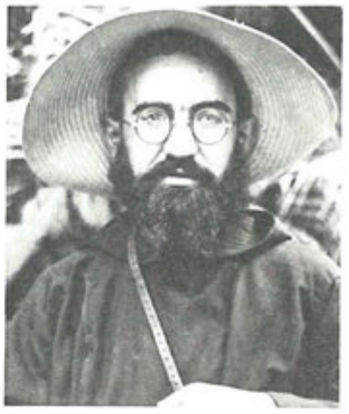
P. Bernardo de Gallegos (Alvaro Muélledes Barba)
Nace el 2 de marzo de 1915, en Gallegos del Pan (Zamora).
Llega a la misión de Machiques el 25 de mayo de 1948.
Sale de la misión el 20 de abril de 1949.
Trabaja como maestro y catequista en las misiones de la Guajira y Perijá. Los duros trabajos de los primeros años de la misión del Tucuco le hacen contraer una grave enfermedad por lo que se ve obligado a abandonar la misión.

P. Bienvenido de Villacidayo (Mons. Mariano Gutiérrez Salazar)
Nace en Villacidayo (León) el 14 de junio de 1915.
Llega a misiones el 7 de junio de 1948.
Desempeña los cargos de Profesor del Seminario Indígena, Rector, Superior Regular, Superior y Cuasipárroco de Kavanayén, Agente LAV y Encargado del Radiofaro de Kavanayén y Vicario Apostólico.

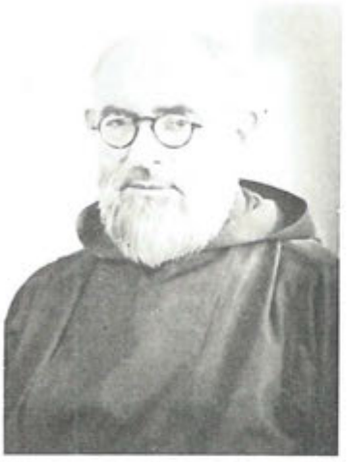
Entre sus actividades principales hay que enumerar su labor docente, sus visitas a los caseríos y su predicación misionera.
Ha colaborado en «Venezuela Misionera», «El Mensajero Seráfico» y ha escrito varias obras: «Estadística del Vicariato del Caroní», «Catecismo de Primera Comunión; Pemón y Castellano», «Oraciones del cristiano», «Cánticos religiosos» y «Gramática sucinta de la Lengua Pemón».



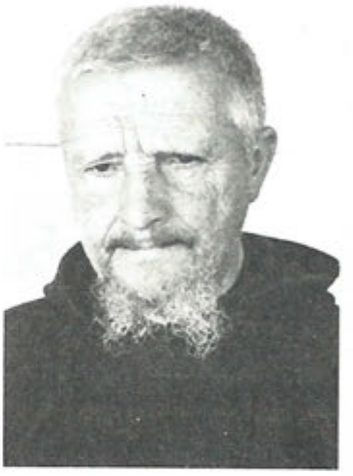
P. Bonifacio de Olea (Emeterio Rodríguez García)
Nació en Olea (Santander) el 29 de agosto de 1885.
Llegó a misiones el 7 de septiembre de 1924.
Regresó a España el 11 de mayo de 1949.
Fue nombrado Párroco de Tucupita el 5 de marzo de 1925. En noviembre del mismo año es destinado a San Antonio de Barima, hasta 1927.
El 25 de octubre de 1928 llega a San José de Amacuro donde permanece hasta el 29 de febrero de 1933. Tiene que marchar porque se encuentra gravemente enfermo de paludismo.
Es nombrado Párroco de El Palmar y el 22 de diciembre vuelve a Caracas como profesor del Seminario Indígena. Estamos en 1940. El 7 de abril de 1942 es destinado a El Callao, el 24 de marzo de 1943 a San Félix y el 4 de noviembre de 1944 de nuevo a Upata como profesor y director espiritual del Seminario.
Publicó la primera gramática del idioma guarao: «Ensayo gramatical sobre la lengua guarauna».



P. Cesáreo de Armellada
(Jesús García Gómez)
Nació el 1 de febrero de 1908, en Armellada (León).
Llegó a la misión del Caroní el 8 de marzo de 1933.
Desempeñó los cargos de Superior de Santa Elena, Consejero del Superior Regular.
Salió del Vicariato el 21 de mayo de 1943 y se incorporó a la nueva Misión de Machiques en 1945, siendo fundador del primer Centro Misional de este Vicariato: Los Angeles del Tucuco.
Fue también gran explorador, como lo demuestra su arriesgada excursión al Paragua.
Es el fundador del Centro misional de Santa Teresita de Kavanayén.
Fue el promotor de la famosa campaña aérea en favor de los motilones con el lema: «Dávidas quebrantan peñas».
Se ha entregado totalmente a los indios y ha escogido el seudónimo de «PADRE INDIO».
Su actividad cultural y su dedicación total a los indígenas están reflejadas en las obras siguientes:
«Gramática y Diccionario de la lengua pemón» (2 tomos).
«Cómo son los indios de la Gran Sabana».
«Historia Sagrada en castellano y pemón».
«Por la Venezuela Indígena de ayer y de hoy».
«Tauron Panton».
«Pemonton Taremurú».
«Fuero Indígena Venezolano».
«La Causa Indígena Americana en las Cortes de Cádiz».
«Panton Ichipue» (Así cuentan los indios).
A estas obras hay que añadir una copiosa colaboración de estudios indígenas muy interesantes en la revista «Venezuela Misionera».
Ha hecho la carrera de Periodismo y ha fundado el «Instituto Venezolano de lenguas Indígenas», del cual es Director, en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, como también miembro de las Academias de la Historia y de la Lengua.



P. Cayetano de Carrocera
(Alvaro Rabanal González)
Nació el 22 de abril de 1892, en Carrocera (Léon).
Llegó a Venezuela el 8 de agosto de 1921.
Murió en Caracas.
Después de pasar tres años en Colombia y uno en Puerto Rico fijó su residencia en Venezuela, su segunda Patria.
Aparte de sus ministerios sacerdotales y de los muchos cargos que ejerció, su dedicación principal fueron los estudios y publicaciones.
Fue el fundador de «Venezuela Misionera» que dirigió durante 16 años, siendo uno de los más asiduos colaboradores. Se propuso llevar a cabo la empresa de dar a conocer la historia de las misiones en Venezuela. Publicó artículos en «La Religión» y «El Universal», de Caracas; «El Observador», de Valencia; «El Relator», de El Tocuyo; «La Verdad», de Puerto Rico; «Ideales», de Caracas y «El Mensajero Seráfico», de Madrid.
Colaboró en el campo de la investigación histórica con numerosos estudios en muchas publicaciones de relieve y prestigio: «Archivo Iberoamericano», «Boletín de la Academia Nacional de la Historia» (Venezuela), «Boletín de Estudios Históricos de Pasto» (Colombia) y «Boletín del Centro Histórico Larense (Venezuela).
Escribió los siguientes libros:
«Primicias religiosas de Venezuela» (1925)
«Apostolado de los Franciscano-Capuchinos en Caracas» (1926)
«Memorias para la historia de Cumaná» (1926)
«La Orden franciscana en Venezuela» (1929)
«Cuarenta años de apostolado de los PP. Franciscano-Capuchinos» (1941)
«Indigenismo y Misiones» (1953)



Fr. Camilo de Vega (Moisés González Fernández)
Nació el 15 de octubre de 1887, en Vega de Monasterio (León).
Llegó a misiones el 3 de noviembre de 1926.
Murió en la misión de Guayo el 18 de agosto de 1963.
Trabajó en la parroquia de San Félix y el 27 de enero de 1927 fue destinado a Tucupita. Su ideal era «entregar su vida a los indios» en plena selva. Por ello fue destinado a la terrible misión de San José de Amacuro donde enfermó el primer mes de paludismo y tuvo que volver a San Félix por prescripción médica y luego a Upata.
A pesar de su constitución débil, logra recuperar salud y vuelve a Tucupita hasta el día 10 de enero de 1943 en que va a la fundación de San Francisco de Guayo donde pasa largas temporadas absolutamente solo.
En marzo de 1946 está de nuevo en Tucupita hasta noviembre de 1952 en que su

deseo de trabajar entre los indios le lleva a las avanzadillas del Centro misional de Guayo.
«Decía la verdad riendo, aún la amarga y difícil de aceptar».
Murió, como era su deseo, en la Misión de Guayo, y está enterrado en el cementerio indígena de Burojoida.

Fr. Casimiro de Paredes (Atanasio Pesquera Fernández)
Nació el 2 de mayo de 1890, en Paredes de Nava (Palencia).
Llegó a la misión el 17 de diciembre de 1927.
Estuvo en Tumeremo. El 1 de febrero de 1930 llegó a San José de Amacuro y tuvo que salir de la misión por enfermedad el 29 de noviembre de 1932.
Trabajó después en El Callao, Guasipati, otra vez El Callao, Tumeremo, Upata, El Callao y Tumeremo.

P. Casto de Villavicencio
Nació el 11 de julio de 1906, en Villavicencio (Valladolid).
Llegó a Tucupita el 30 de abril de 1961.
Salió de la misión de Tucupita el 1 de enero de 1972.
Trabajó en la parroquia, en Cáritas y en el Colegio.

P. Cecilio de Lois (Victoriano Blanco Acevedo)
Nació el 5 de septiembre de 1888, en Lois (León).
Llegó a la misión el 17 de diciembre de 1927.
Murió el 19 de abril de 1938.
Fue Párroco de Tumeremo y Upata.
Trabajo calladamente y con sencillez. Se esmeraba mucho en la preparación de la predicación.
La muerte le sorprendió en El Manteco, predicando la Semana Santa.

P. Cirilo de Aldeadávila (José María Garrido Martín)
Nació el 15 de febrero de 1933, en Aldeadávila (Salamanca).
Llegó a Machiques en 1959.
Salió de la misión en 1961.
Fue párroco de Paraguaipoa y de Sinamaica.

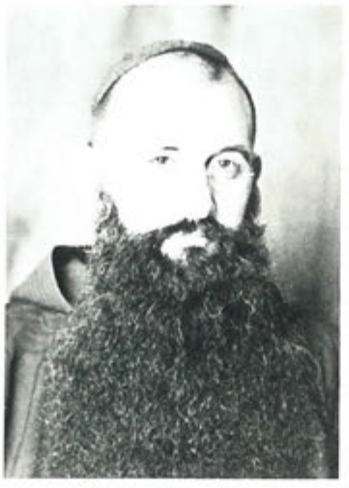
P. Clemente de Viduerna (Licinio Luis Martín)
Nació el 7 de agosto de 1916, en Viduerna de la Peña (Palencia).
Llegó a la misión el 20 de octubre de 1944.
Entre sus cargos hay que mencionar: Párroco de Sinamaica, Villa del Rosario y Sinamaica, Superior de Guarero dos veces. Actualmente Misionero entre los Motilones.
Y entre sus actividades: Iniciador del camino al Tucuco, Construcción casa parroquial en La Villa del Rosario, parte del Centro de Guarero, clase e internado. Fomento de la ganadería y agricultura.
Fue flechado en el Tukuko y logró salvar milagrosamente.

P. Conrado de Cegoñal (Bonifacio García Tejerina)
Nació el 17 de agosto de 1903, en Cegoñal (León).
Llegó a misiones el 23 de diciembre de 1938.
Salió del Caroní para Tucupita.
Desempeñó los cargos de Superior de Guayo, Párroco y Superior de Tucupita, Consejero del Superior Regular, Superior de Araguaimujo, Superior Regular, Superior de Guayo, Superior Regular, Vicario y Superior de Guayo.
Entre sus actividades cabe enumerar: visitas a caseríos y rancherías, maestro en Araguaimujo y Guayo, introducir el aserradero, fomentar las talas de arroz y maíz y se puede decir que introdujo con el P. Rodrigo la siembra de arroz en los caños, organizar las cooperativas de Araguaimujo y fomentar la fundación de la Comunidad de los indios de Guayo.
Ha colaborado en «Venezuela Misionera».

Mons. Constantino Gómez Villa (P. Ceferino de La Aldea).
Nació el 11 de abril de 1891, en La Aldea del Puente (León).
Llegó a Misiones el 17 de diciembre de 1926.
Ha desempeñado los cargos de Consejero del Superior Regular y párroco de Upata. En 1931 es nombrado Superior Regular y fue reelegido en 1933. El 24 de marzo de 1938 es nombrado Administrador Apostólico del Vicariato del Caroní, y el 14 de julio del mismo año es consagrado Obispo titular de Cúcusa y segundo Vicario Apostólico de la Misión.
Participó, como excepcional protagonista de vanguardia, en las difíciles y arriesgadas exploraciones de los primeros años. Fue el primer Misionero que llegó a la Gran Sabana, y no hay zona que él no haya recorrido. Ha consumido toda su vida en esta empresa misionera. Agotado físicamente y lleno de enfermedades y de méritos, se ha visto obligado a renunciar a su cargo de Vicario Apostólico. Pero para permanecer lo más cerca posible de sus queridos indios, reside actualmente en Ciudad Bolívar, que es la puerta de acceso a nuestra Misión de la Gran Sabana. Todos le aprecian y veneran con el calificativo de «santo Obispo».

P. Crisóstomo de Bustamante (Lorenzo Fernández Ahumada)
Nació el 23 de septiembre de 1889, en Bustamante (Santander).
Llegó al Caroní el 1 de julio de 1924.
Salió de la misión el 31 de diciembre de 1926.
Se incorporó a la misión con el cargo de Secretario de Mons. Nistal. Fue Párroco de Upata y primer Superior Regular del Vicariato del Caroní, al que renunció para regresar a España.

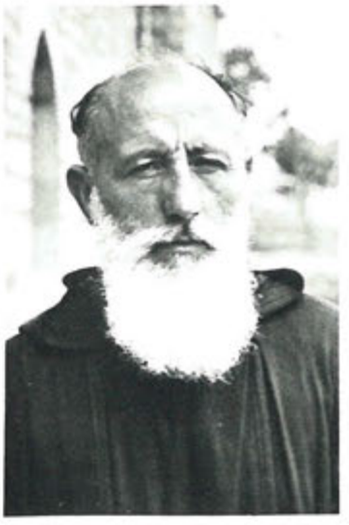
P. Damián de Lario (Dacio del Blanco del Blanco)
Nació el 14 de enero de 1925, en Lario (León).
Llegó a la misión del Caroní en febrero de 1951.
Ha desempeñado los cargos de Superior de Guayo, de Nabasanuca, Superior Regular y Consejero durante cuatro trienios.
Sus actividades han sido las ministeriales, sobre todo la atención a enfermos. A veces tuvo que hacer de todo, hasta de cocinero.
Se especializa en lingüística y literatura guarauna.



Fr. Darío de Renedo (Pedro López Ruiz)
Nació en Renedo (Santander) el 29 de agosto de 1891.
Llegó a la misión el 3 de junio de 1924.
Fue Hermano Socio del Vicario Apostólico y residió en Upata de noviembre de 1926 a abril de 1938. Es destinado a Araguaimujo, pero ya en 1939 está de nuevo en Upata y en 1940 se pone al servicio del Seminario Indígena. Vuelve a Aragauimujo en 1942 y en 1945 a Tucupita. Es destinado el 20 de marzo de 1947 a Guayo, en 1948 —el 16 de mayo—, a Upata y en 1950 a Kavanayén.
Fue uno de los primeros religiosos en llegar a la misión del Caroní. Las crónicas del Caroní, Guayo, Araguaimujo y Kavanayén consignan los trabajos y desvelos de este hermano extraordinario.
Estaba especialmente capacitado para todo lo referente a la iglesia, catequesis, dirección de coros, organizador de festividades. En los trabajos domésticos era un «arca de Noé». Upata le nombró «hijo predilecto» por el cariño que le profesaban.
Murió fuera de las misiones (en Maracaibo), pero dejó su mente y su corazón con los indios.

P. Deogracias de la Puebla (Mariano Fernández Vicente)
Nació el 1 de agosto de 1922, en La Puebla de Valdavia (Palencia).
Llegó a la misión el 25 de enero de 1950.
Desempeñó los cargos de Vicario sustituto de la parroquia de Guasipati, Superior y Cuasi Párroco de Kavanayén, Rector y Profesor del Seminario indígena. Primer Consejero del Superior Regular por dos trienios. Superior y Cuasi Párroco de Wonkén, Superior Regular.
Ha realizado las actividades comunes a todo misionero: maestro, enfermero, apóstol ambulante por la Sabana, por campos y ríos, hasta cocinero.
Ha sido director de obras, sobre todo en la construcción de la misión de Wonkén.
Ha publicado algunos artículos en «Venezuela Misionera».

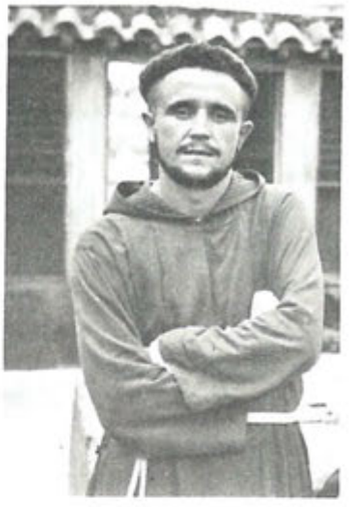
Mons. Diego Alonso Nistal (P. Bienvenido de Carucedo)
Nació el 2 de junio de 1871, en Carucedo (León).
Llegó a la Custodia de Venezuela en 1910.
Era Superior de Maracaibo cuando le encomendaron el viaje de exploración por La Guayana en 1918.
El 27 de noviembre de 1923 fue preconizado primer Vicario Apostólico del nuevo Vicariato del Caroní, siendo consagrado Obispo en la iglesia de La Merced, Caracas, el 1 de mayo de 1924.
El 1 de julio de 1924 hacía su entrada en Upata, sede del nuevo Obispo misionero. El 24 de marzo de 1938, deshecho por la enfermedad, se ve obligado a renunciar a su cargo.
Fue el organizador, con todo lo que supone de dificultades y riesgos, de la nueva misión. Hizo excursiones apostólicas, viajes de exploración, visitas pastorales, etc.
Los trabajos agotadores y los sufrimientos de toda índole afectaron su salud y entregó su vida como ofrenda a la empresa misionera.
Murió en Caracas, el 23 de mayo de 1938.



P. Diego José de Valdearenas (Nicolás Rafael Ayuso Pizarro)
Nació el 23 de diciembre de 1903, en Valdearenas (Guadalajara).
Llegó a la misión del Caroní el 15 de enero de 1945.
Desempeñó los cargos de Vicario Cooperador y Superior de Santa Elena.
Sus principales actividades han sido: Predicación, Ejercicios Espirituales, Misiones populares, Catequesis y Dirección y Planificación de la casa y templo misional de Santa Elena del Uairén.

P. Dionisio de Barajores
(Pablo Merino Luis)
Nació el 2 de marzo de 1914, en Barajores (Palencia).
Llegó a la misión el 21 de diciembre de 1944.
Ha sido Párroco de Machiques, de La Villa del Rosario, de Casigua-El Cubo. Encargado de la misión de Guarero en dos oportunidades.
Sus actividades han sido parroquiales y misionales.
Ha escrito algunos artículos para «Venezuela Misionera» y para una publicación local de Casigua-El Cubo.

P. Dionisio de Curillas
(Florencio del Río Luengo)
Nació el 7 de noviembre de 1886, en Curillas (León).
Llegó a la misión el 7 de septiembre de 1924.
Murió ahogado el 19 de abril de 1925.
Su primer destino fue Puerto Rico adonde llegó en 1919. Luego se incorporó en 1924 a la recién fundada misión del Caroní. Tomó posesión de la parroquia de Guasipati el 19 de septiembre.
Murió arrastrado por la corriente, al atravesar la quebrada Aymá montado a caballo.



P. Domingo de Bilbao (José Ignacio Zabala Mendiola)
Nació el 3 de noviembre de 1924, en Bilbao.
Llegó a Machiques en marzo de 1950.
Salió de la misión en diciembre de 1967.
Ha desempeñado los cargos de Párroco de Sinamaica. Superior de Guana. Superior de Guarero. Párroco de La Villa del Rosario.

P. Domingo Montiel
(Sacerdote secular español)
Comenzó sus estudios en el Seminario de Astorga (León) y los finalizó en el Seminario Interdiocesano de Caracas. Desde su ordenación sacerdotal, el 15 de agosto de 1934, trabajó con entusiasmo y celo en la parroquia de Guasipati, integrada en el Vicariato del Caroní, hasta que esta parroquia fue reintegrada a la Diócesis de Ciudad Bolívar.

Fr. Doroteo de la Aldea
(Román Lobo Reyero)
Nació el 9 de agosto de 1910, en La Aldea del Puente (León).
Llegó a la misión el 6 de noviembre de 1934.
Salió el 31 de octubre de 1936.
Residió en Upata hasta 1935.
Trabajó algún tiempo en Araguaimujo hasta 1936.

Eleazar Mayor García
Nació el 22 de junio de 1946, en Hornillos del Camino (Burgos).
Llegó a Guana el 18 de febrero de 1972, como Misionero Seglar.
Ha trabajado en Contabilidad del Centro, Cantina del Centro y clases de inglés en 1.º y 2.º año del Ciclo Básico Común.

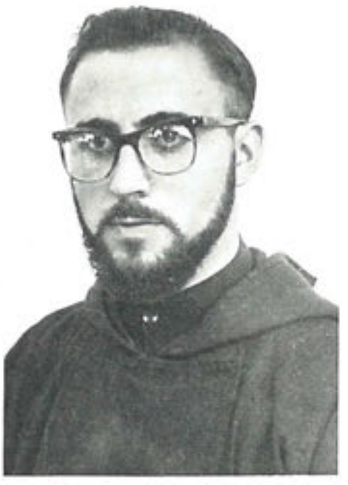
Fr. Eleuterio de Rozalén
(Félix Priego Priego)
Nació el 19 de noviembre de 1900, en Rozalén del Monte (Cuenca).
Llegó a Machiques el 20 de octubre de 1944.
Ha sido fundador de la misión. Estuvo cinco años en la Guajira, año y medio sólo con el P. Clemente, nueve años en Machiques, once años en Casigua, cuatro años en San José de Perijá y dos solo. Ha trabajado como portero y cocinero.
Tiene facultades para administrar la Comunión.

Elías Martín Ocasar
Nació el 11 de noviembre de 1944, en Población de Cerrato (Palencia).
Llegó al Bajo Orinoco el día 23 de diciembre de 1970.
Ha sido Coadjutor de la parroquia de San José Tucupita.
Sus actividades han sido la radio, la catequesis y la prensa, habiendo colaborado en «Venezuela Misionera», «La Religión», «El Santo», «El Mensajero» y «Evangelio y Vida».

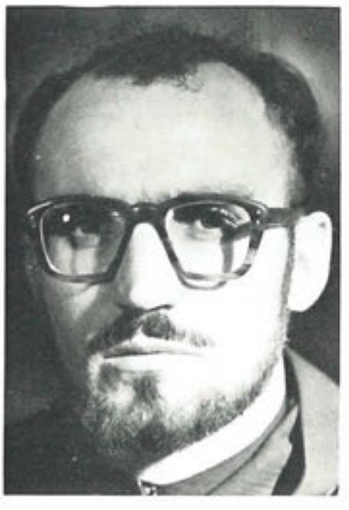
P. Eliseo de Páramo
(Sinforiano González Díez)
Nació el 22 de agosto de 1935, en Páramo (León).
Llegó a la misión de Tucupita en febrero de 1965.
Salió de la misión en julio de 1970.
Trabajó durante estos años en la misión del Bajo Orinoco.

Fr. Emiliano de Cantalapiedra (Jesús Emiliano Benito González)
Nació el 29 de enero de 1925, en Cantalapiedra (Salamanca).
Llegó a Machiques el 11 de marzo de 1952.
Ha trabajado como chófer, cocinero, visitador de rancherías.
Como constructor hizo la primera estación misional de los motilones. Iba al frente del grupo de indios cuando mataron a Pete.

P. Enrique de Cevico (Manuel Zurita Alba)
Nació el 1 de enero de 1902, en Cevico de la Torre (Palencia)
Llegó a Machiques el 12 de octubre de 1961.
Salió para la Custodia el 2 de febrero de 1969.
Fue superior y Párroco de La Villa, Guarero, Sinamaica y Machiques.
Sus actividades preferentes fueron: la Predicación, Retiros, Ejercicios Espirituales, Cursillos de Cristiandad, Conferencias de cultura religiosa, Clases de religión en varios colegios, Actos religioso-deportivos en honor a la Divina Pastora, Catequesis, Homilías, Actos litúrgicos, Devociones populares, etc.
Se le puede llamar el «constructor» y reparador de capillas. Construyó la iglesia parroquial de Guarero y parte del Internado y las capillas de Nuestra Señora de las Tres Avemarías, San Fidel de Sigmaringa, terminó las de San Antonio y San Benito en Sinamaica.

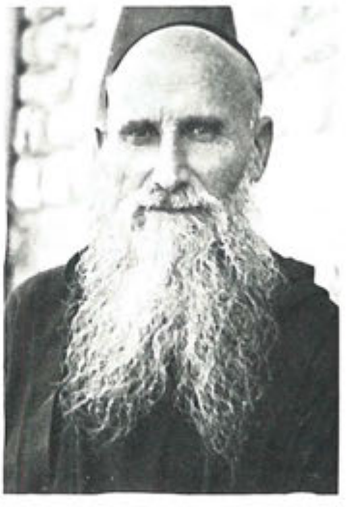


P. Enrique de Langayo (Antonio Vaquero Rojo)
Nació el 15 de agosto de 1932, en Langayo (Valladolid)
Llegó a Tucupita en septiembre de 1956.
Salió de la misión en junio de 1970.
Trabajó con gran entusiasmo y competencia en Araguaimujo, Guayo y Nabasanuka.
Fomentó en varias zonas la promoción agrícola del indígena con la iniciativa de las cooperativas arroceras.
Llegó a dominar el idioma warao, cuyo reflejo son las publicaciones siguientes: «Guanaguanautu», edición warao-castellana de los Evangelios. «Idioma warao» (morfología, sintaxis, literatura). «Textos folklóricos de los Indios Warao» (trad. al castellano).



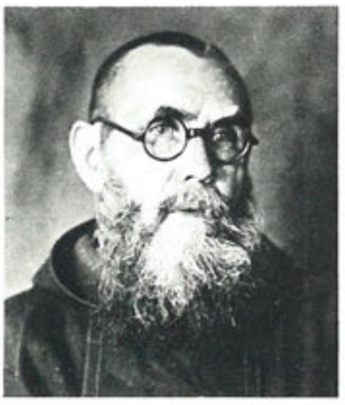
P. Epifanio de Valdemorilla (Asterio Jano Bajo)
Nació el 1 de julio de 1932.
Llegó a Machiques el 15 de octubre de 1959.
Salió de la misión en octubre de 1971.
Trabajó con gran dedicación en la evangelización de los indios yucpas de Perijá. Llegó a dominar su idioma y sobre esta lengua preparó varios estudios. Fue, con el P. Adolfo, quien entró por tierra en la famosa tribu de los indios Motilones.
Hizo estudios en Norteamérica sobre lenguas, antropología y problemática indígena.

P. Ernesto de Bilbao (Eugenio Calvo Fuente)
Nació el 16 de junio de 1936, en Bilbao.
Llegó a la misión de Tucupita en febrero de 1965.
Salió de la misión en junio de 1970.
Trabajó durante estos años en la misión del Bajo Orinoco.

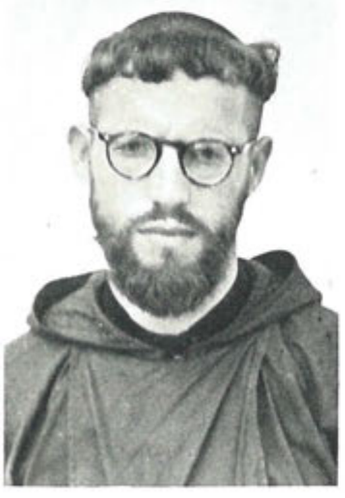


P. Eulogio de Villarrín (Gorgonio Gómez Martín)
Nació en Villarrín de Campos (Zamora) el 1 de enero de 1900.
Llegó a las misiones el 17 de diciembre de 1927.
Murió en Ciudad Bolívar el 15 de abril de 1967.
Fue Párroco de El Palmar y El Callao hasta 1931, Superior de Luepa en dos veces sucesivas y residió asimismo en Santa Elena y Kamarata.
Recorrió a pie, en excursiones apostólicas, toda la Gran Sabana y escribió numerosos relatos y colaboraciones en «Venezuela Misionera» con un estilo muy personal, con gracia y naturalidad, bajo el seudónimo de EKAREMENIN.
Era muy querido por el pueblo, el Gobierno y los indios. Cuando se enteraron de su muerte «una nube de dolor cubrió toda la misión de la Gran Sabana».
Los restos de P. Eulogio fueron exhumados en Ciudad Bolívar para llevarlos al Centro misional de Kamarata.
Su sepultura es lugar de peregrinación para todos sus hijos de la Gran Sabana que lo tenían por un gran santo.

Ezequiel Bonal
Misionero seglar.
Nació en Villoria (Salamanca)
Llegó a la misión el 18 de mayo de 1957.
Trabajó en la fundación de Guana y como catequista en las rancherías y escuelas al aire libre.
Fue preceptor de los muchachos del Internado del Tucuco.
Es maestro en zapatería y especialista en ganadería.
Entre sus datos biográficos hay que anotar que es excombatiente de la gloriosa Cruzada española de Liberación.
Fue fundador de la A.C. en la parroquia y su Presidente durante siete años. Su Párroco, don Pedro Simón, es gran animador de los ideales misioneros.



Fr. Faustino de Lieres (Faustino Portal García)
Nació en Lieres (Asturias) el 16 de febrero de 1874.
Llegó a la misión el 7 de septiembre de 1924.
Murió en Upata el 3 de diciembre de 1941.
Antes de llegar al Caroní había estado veinte años de misionero en las Islas Filipinas.
Fue destinado, con su hermano carnal el P. Angel de Lieres, a la parroquia de San Félix.
El 3 de noviembre de 1926 es trasladado a Upata como asistente de Mons. Nistal.
Pasa algún tiempo en Tucupita y vuelve a Upata. El 26 de julio es destinado a la misión de Amacuro donde cayó enfermo, como todos los que estuvieron allí. Regresa a Tucupita y el 2 de septiembre de 1934 vuelve de nuevo a Upata hasta su fallecimiento el 3 de diciembre de 1941.



P. Felicísimo de Respenda (Luis Valbuena Vega)
Nació el 10 de abril de 1929, en Respenda de la Peña (Palencia)
Llegó a Tucupita el 20 de diciembre de 1955.
Ha desempeñado los cargos de Superior Regular de la Misión y Superior de Araguaimujo.
Ha visitado todas las rancherías de su circunscripción y todos conocen su trabajo y su dedicación asidua como maestro y evangelizador de indios warao.

Felipe González González
Nació el 14 de diciembre de 1944 en Madrid.
Llegó a Tucupita el 17 de febrero de 1971.
Ha sido Vicario Coadjutor en Araguaimujo y Tucupita.

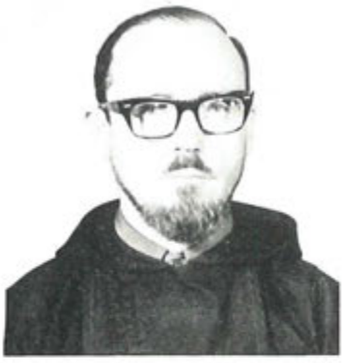
P. Félix M.ª de Vegamián (José Díaz García)
Nació el 22 de septiembre de 1899, en Vegamián (León)
Llegó al Caroní el 17 de octubre de 1924.
Ha desempeñado los cargos más diversos, como: Secretario del Vicariato Apostólico del Caroní y Machiques. Consejero de los Vicarios Apostólicos, Discreto de los Sup. Regulares del Caroní y Machiques, Superior Regular en el Caroní (dos trienios) y Machiques, Provicario en Machiques, Superior y Párroco en San Félix y Tucupita, en la Divina Pastora de Ayapa y San José de Perijá, Rector y Profesor del Seminario de Upata.
Sus actividades principales: el apostolado, la enseñanza, trabajos materiales, principalmente en Amacuro, Araguaimujo, Tucupita, Ayapa, San José y Tucuco.
Ha colaborado en varias revistas con temas indigenistas y misionales, de modo especial en «Venezuela Misionera» y ha publicado los libros siguientes:
«Como son los guajiros»
«Como es La Guajira»
«El Esequivo, frontera de Venezuela»
«Los Angeles del Tucuco»
«Nuestro Mártir Indígena, ABEL PETE».

P. Fernando de Chana (Pedro Prieto Arce)
Nació el 27 de abril de 1920, en Chana (León)
Llegó a la misión del Caroní el 21 de marzo de 1949.
Salió de la misión en 1954.
Trabajó algún tiempo en la parroquia de Upata y posteriormente en el Centro misional de Araguaimujo hasta su salida del Vicariato.

P. Fernando Zapata Morillo
Nació en el caserío de «Vuelta Triste», Tucupita (Venezuela) en 1925.
Hizo su carrera eclesiástica en el Seminario Indígena de Upata. Se ordenó de sacerdote el 19 de julio de 1953.
Fue el primer sacerdote del Delta Amacuro.
Trabajó algunos años en la misión de la Gran Sabana, especialmente en Wonkén.

P. Fidel de Benllera (Juan Bautista Gutiérrez Alvarez)
Nació el 18 de mayo de 1931, en Benllera (León).
Llegó a Tucupita en mayo de 1958.
Ha desempeñado los cargos de Asesor de A. C. y Coadjutor de Tucupita.
Entre sus actividades figura:
Profesor del Colegio de la Sagrada Familia.
Fundador del Club de Jóvenes de A. C.
Fundador de la Biblioteca Pública de A. C.
Fundador de la primera Hoja parroquial a imprenta «Camino de luz».
Fundador de Cursillos de Cristiandad en la archidiócesis de Mérida y en la de Barinas.
Director Espiritual de Cursillos.
Ha escrito durante tres años sobre «Evangelio Social», en «El luchador» de Ciudad Bolívar.

P. Fidel de Respenda (Aproniano Santos Alvarez)
Nació el 13 de noviembre de 1910 en Respenda de la Peña (Palencia)
Llegó a la misión el 5 de abril de 1940.
Desempeñó los cargos de profesor y Rector en el Seminario de Upata, Vicario Cooperador en Kamarata y en Santa Elena del Uairén, Superior de Santa María de Wonkén, Superior y Cuasi Párroco de Santa Elena, Vicario Cooperador de Wonkén.
Sus principales actividades han sido las labores parroquiales y misionales.



P. Fidel de San Feliz (Antonino Carcedo Reguero)
Nació el 1 de abril de 1926, en San Féliz de Torío (León).
Llegó a la misión en marzo de 1952.
Fue fundador del Centro misional Divina Pastora de Ayapa, Párroco de Casigua, Coadjutor de Guarero, Párroco de Paraguaipoa, Párroco de San Ignacio, Párroco de Carrasquero, Párroco de Las Piedras y San José, Superior Regular.

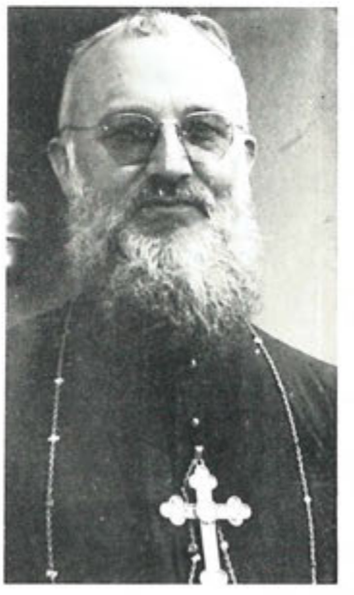
Fr. Fidel de Noja (José Manuel Teja Fernández)
Nace el 25 de enero de 1932, en Noja (Santander).
Llega a la misión de Tucupita el 13 de junio de 1961.
Fue Consejero del Superior Regular.
Presta sus servicios como perito en ganadería, mecánica, agricultura e intendencia del Centro Misional.

Fr. Fidencio Mazuelas
Nació en Lagunilla (Palencia)
Llegó a la misión del Caroní en 1974, trabajando durante este tiempo de un modo especial en Santa Elena del Uairén.

Fr. Gabino de San Román (Francisco González Rubio)
Nació el 22 de septiembre de 1895, en San Román (León).
Llegó a las misiones el 1 de junio de 1929.
Regresó a España el 6 de septiembre de 1933.
Residió en Santa Elena desde el 14 de febrero de 1931 hasta el 6 de septiembre de 1933.
Fue fundador de Santa Elena del Uairén con el P. Nicolás de Cármenes.
Excelente colaborador en las faenas escolares y maestro de las labores domésticas: cocina, sastrería, carpintería, etc. dejó discípulos aventajados entre los indios.
Atacado por terribles fiebres palúdicas y deshecha su salud tuvo que regresar a España el 6 de septiembre de 1933, por la vía de Boa-Vista-Manaos, en el Brasil.

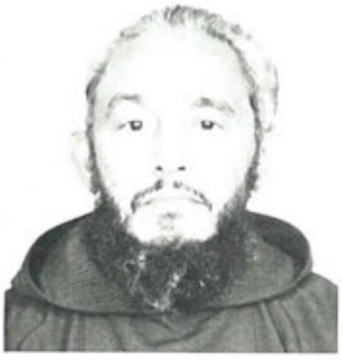
Fr. Gabriel de Villamartín
Nace en Villamartín (León).
Llega a Machiques el 21 de mayo de 1948.
Sale de la misión el 27 de febrero de 1950.
Durante dos años trabajó en esta misión, particularmente en La Guajira y en Guarero.

P. Gaspar de Ligüérzana (Rafael Fuente Roldán)
Nació el 23 de octubre de 1923, en Ligüérzana (Palencia).
Llegó a Machiques el 10 de marzo de 1952.
Salió de la misión el 18 de noviembre de 1961.
Trabajó varios años en las parroquias de Sinamaica, La Villa del Rosario y en el Centro misional de Guarero.



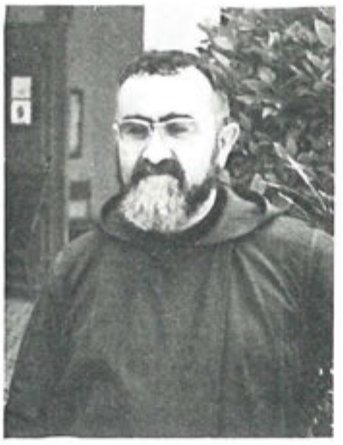
P. Gaspar de Pinilla (Mons. Angel Turrado Moreno).
Nace el 24 de diciembre de 1903, en Pinilla de la Valdería (León).
Llega a misiones el 21 de junio de 1931.
Muere en Madrid el 16 de noviembre de 1961.
Desempeña los cargos de Párroco de Guasipati, Araguaimujo, Tucupita y de nuevo Araguaimujo.
Es nombrado Vicario Apostólico de Machiques el 16 de mayo de 1944 donde permanece hasta 1954. Al poco tiempo de su nombramiento había recorrido personalmente todo el Vicariato menos la zona de los motilones. Según la crónica, confirmó unos 20.175.
Escribe numerosos artículos en «Venezuela Misionerá».
Entre sus publicaciones figuran: «Etnografía de los indios guaraunos». «Cómo son los indios guajiros».
Era de carácter sencillo, sensible y moralmente en extremo delicado.
Quebrantada su salud por el paludismo crónico, renunció al Vicariato en 1954.

Gregorio Alvarez López
Nacido el 5 de noviembre de 1947, en S. Martín de Valdetuejar (León).
Llegado a Tucupita el 6 de noviembre de 1973.
Salido de Tucupita para Machiques el 24 de julio de 1974.
Ha tenido un año de convivencia con todas las casas misionales de los tres vicariatos.
Actualmente está de misionero en Bogsí (Motilones).
Ha escrito artículos en «El Mensajero Seráfico» y en «Diálogo Franciscano».



Gregorio Delfín Tovar Zerpa
Nació el 24 de diciembre de 1931, en Guayabal (Estado Guárico. Venezuela).
Llegó a la misión de Tucupita el 20 de diciembre de 1974.
Ha sido portero y maestro de escuela.

Fr. Honorato de Villanueva (Roque Morales Franco)
Nació el 16 de agosto de 1898, en Villanueva de los Pavones (Salamanca).
Llegó a misiones el 15 de septiembre de 1946.
Ha desempeñado los cargos de sacristán, cocinero, agricultura y ganadería. En Guana estuvo a cargo de una plantación de más de doscientos árboles frutales.
Ha trabajado hasta el agotamiento y la enfermedad en Sinamaica, Guarero, el Tucuco, Guana y Machiques.



P. Honorio de Villaseco (Abilio Criado Calvo)
Nació el 5 de agosto de 1913, en Villaseco (Salamanca).
Llegó a Machiques el 13 de marzo de 1949.
Salió para la Custodia el 12 de febrero de 1955.
Además del apostolado en varias parroquias del Vicariato se destacó por su labor efectiva en los primeros años del Centro misional del Tucuco, al frente de las obras de los edificios y ampliación de la agricultura y ganadería.

P. Inocencio de la Antigua (Gregorio González González)
Nació en La Antigua (León) el 9 de mayo de 1885.
Llegó a misiones el 7 de septiembre de 1924.
Murió en Ciudad Bolívar el 2 de noviembre de 1962.
Fue uno de los fundadores de la misión y estuvo en Upata, Guasipati, Tumeremo y San Félix, algún tiempo en Araguaimujo y después en Santa Elena del Uairén y Santa Teresita de Kavanayén.
Pasó 27 años sin salir de la misión. Nunca regresó a España ni para pasar las vacaciones. «Era un surtidor inagotable de alegría y entusiasmo». Muy devoto de la Virgen y gran alfabetizador.

P. Isaac de Mondreganes (Isidro Fernández Bello)
Nació el 15 de mayo de 1907, en Mondreganes (León).
Llegó a misiones el 15 de julio de 1934.
Salió para la Custodia el 7 de julio de 1955.
Reside en Tucupita hasta el 19 de septiembre de 1937 en que es destinado a Araguaimujo donde está de Superior de las obras del Centro que él mismo dirige hasta el 16 de octubre de 1940.
Regresa nuevamente a Tucupita, ocupando el cargo de Asesor diocesano de A. C. El 20 de enero de 1945 es destinado a la fundación de la nueva misión de Machiques. Allí ejerce el cargo de Provicario, Secretario de la Curia y Consejo. Es nombrado Párroco de San José de Perijá.
Se destaca como misionero «constructor» en la Casa central de Machiques, residencia del Vicario, Centro misional de Guarero.

P. Isacio Calvo Crespo
Nació el 10 de febrero de 1934, en San Miguel de Montañán (León).
Llegó a la misión del Caroní el 6 de marzo de 1973.
Ha trabajado como Profesor de Química y Biología en el Ciclo Básico.

P. Ismael de Lugo (Fermín Asla Polo)
Nació el 26 de julio de 1916, en Lugo.
Llegó a Machiques el 14 de julio de 1955.
Ejerció el apostolado en la parroquia de Casigua. Al poco tiempo de llegar tuvo que dejar la misión por enfermedad, el 4 de septiembre de 1956, quedando agregado a la Custodia de Cuba.

Javier Niño Lozano
Nació el 6 de febrero de 1946, en Zorita de la Loma (Valladolid).
Llegó a la misión de Tucupita el 7 de noviembre de 1973.
En poco tiempo ha recorrido las tres zonas misionales. Atiende a la parroquia y a los Cursillos de Cristiandad en Machiques. También ha dado clases, sin olvidar las tareas específicamente misionales.

Joaquín Liberal Zabala
Nació el 14 de diciembre de 1921, en Bilbao.
Llegó a Machiques el 12 de febrero de 1967.
Ha trabajado como cocinero, sacristán y recadero en La Villa del Rosario durante dos años y como Auxiliar del Hno. para trabajadores y actividades en Los Angeles del Tucuco otros dos años. Ha sido igualmente chófer y mecánico.

P. Juan Evangelista de Reyero (Dacio Alonso Andrés)
Nació el 24 de abril de 1921, en Reyero (León).
Llegó a Machiques el 1 de enero de 1951.
Cargos desempeñados: Director del Centro misional Los Angeles del Tucuco. Párroco de La Villa del Rosario. Director del C. Misional «Santa María de Guana», Superior Regular. Vicario Delegado. Párroco de Paraguaipoa.
El puso a funcionar los dos centros misionales: Tucuco y Guana.
Ha escrito artículos en «Venezuela Misionera» y es autor de un «Album fotográfico» del Tucuco.

P. Julio Lavandero de Casar
Nació en Casar de Periedo (Santander) el 14 de agosto de 1930.
Llegó a Tucupita en septiembre de 1956.
Ha sido Director y Maestro del Colegio Dr. José Gregorio Hernández de Tucupita, Superior y Coadjutor de Tucupita, Rector de la capilla de Curiapo, Maestro Coordinador de la escuela de Ajotejana, Superior Regular.
Se ha dedicado a la enseñanza, al catecismo, a los ministerios y a estudios de etnología y lingüística.
Ha colaborado en «Venezuela Misionera», Cuentos y mitos guaraos y en «Antropológica».

En un viaje a Guasipati le sorprende la lluvia tropical que no le deja avanzar ni retroceder teniendo que dormir al cielo raso en plena sabana. A los pocos días aparecen las fiebres palúdicas. Se pone algunas inyecciones que se le infectan. Se le declara el tétanos y muere a las 4 de la madrugada del 21 de junio de 1927, entre tremendos dolores y en soledad abrazando el Crucifijo.

P. Justo de Turcia (Santiago Pérez Sánchez)
Nació el 3 de marzo de 1942, en Turcia (León).
Llegó a la misión el 11 de febrero de 1971.
Ha sido Coadjutor de San José y Párroco y Superior de Machiques.
Actividades principales: Parroquiales, Charla diaria por la radio, Asesor de Cursillos de Cristiandad, Orden Tercera, Retiros a jóvenes, a Religiosos y Religiosas.

P. Juan Alonso de Corbillos (Juan Alonso Aller)
Nació el 8 de febrero de 1937, en Corbillos de la Sobarriba (León).
Llegó a Tucupita el 20 de abril de 1969.
Desempeñó los cargos de Director del Centro Misional Divina Pastora de Araguaimujo y Cuasi Párroco de Araguaimujo.
Se ha dedicado a actividades parroquiales, al Internado y a la promoción social de la zona.

P. Juan Vives Suria (Sacerdote secular)
Finalizó su carrera eclesiástica en el Seminario Indígena de Upata.
Trabajó en las parroquias de Guasipati y El Callao hasta septiembre de 1950.

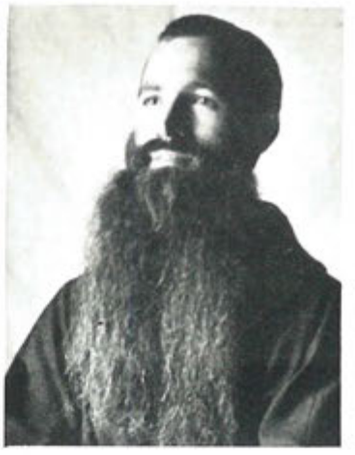
P. Justino de Villares (Gabriel Matilla Marcos)
Nace el 19 de abril de 1890, en Villares (León).
Llega a la misión el 7 de septiembre de 1924.
Muere el 21 de junio de 1927 a los 37 años.
Procedía de Puerto Rico donde estuvo tres años. Se reincorpora al Vicariato en 1924.
Fue Párroco de El Palmar donde tuvo que ganarse al pueblo con su abnegación y sencillez.

P. Ladislao de Calzada (Santiago Ferrero Nistal)
Nació en Calzada de Tera (Zamora) el 20 de enero de 1911.
Llegó a Machiques en 1962.
Salió para España en 1964.
Fue Párroco de Casigua.

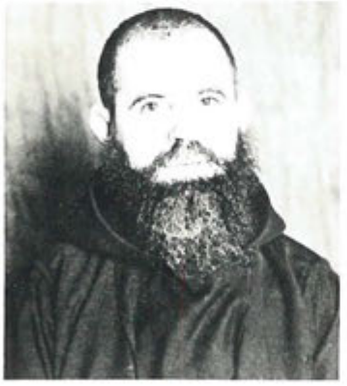
P. León de Magaz (Juan Francisco Santos Gutiérrez)
Nació el 16 de junio de 1927, en Magaz (Palencia).
Llegó a la misión de Machiques el 14 de mayo de 1948.
Salió en mayo de 1974.
Se dedicó al múltiple apostolado en la Sede central de Machiques siendo colaborador inmediato del Vicario Apostólico y como Superior y Párroco de esta casa central.
Intervino en los primeros días de la entrada a los indios motilones.

P. Lorenzo de Cansoles (Servando González García)
Nació el 23 de octubre de 1915, en San Pedro de Cansoles (Palencia).
Llegó a misiones el 8 de marzo de 1942.
Ha trabajado con plena dedicación en casi todos los centros de la misión del Caroní.
El dirigió las obras del nuevo Centro Misional de las Hermanas Franciscanas en Santa Elena del Uairén.
Ha sido el alma de la estación misional y parroquia de La Paragua donde ha promovido con entusiasmo las obras sociales.

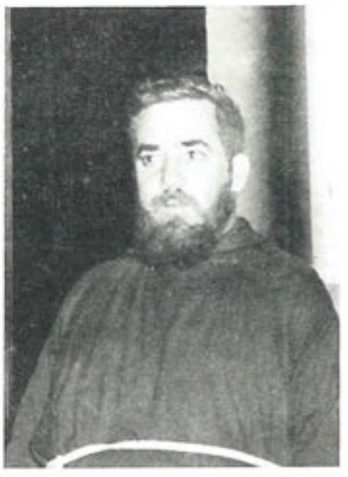
P. Lucas de Benllera (Plácido Gutiérrez Gutiérrez)
Nació el 23 de junio de 1925, en Benllera (León).
Llegó al Caroní en enero de 1952.
Salió para Roma en octubre de 1953.
(Se sabe que estuvo algún tiempo en la misión del Bajo Orinoco)



Fr. Lucio de Mellanzos (Argimiro González González)
Nació el 6 de mayo, en Mellanzos (León).
Llegó a la misión del Caroní en 1931.
Salió para España a finales de julio de 1947.
Fue fundador de Luepa y corrió con el aprovisionamiento de la Misión. Fomentó la agricultura y la ganadería en Santa Elena, Upata, Araguaimujo y Tucupita. Hizo varias excursiones apostólicas.



Fr. Liberato de Villahibiera (Andrés García Martínez)
Nació en Villahibiera (León) el 4 de febrero de 1887.
Llegó a la misión del Caroní el 21 de junio de 1931.
Salió de la misión por enfermedad en julio de 1939.
Residió en Upata, El Callao, San Félix, Tucupita, El Palmar.
Desempeñó los trabajos de albañil, portero y cocinero.
Tenía siempre el rosario en la mano. Era muy devoto de la Sma. Trinidad.
Murió el 3 de marzo de 1964.



Fr. Lorenzo de Aranjuez (Pedro Sagastume Arzaga)
Nació en Aranjuez (Madrid) el 12 de julio de 1907.
Llegó a la misión de Machiques en marzo de 1949.
Salió por enfermedad para España el 23 de mayo de 1952.
Trabajó en Guarero como especialista en albañilería y electricidad.
Escribió artículos en «Venezuela Misionera».

P. Lucio Fierro (Primer sacerdote indígena de la Gran Sabana)
Nació el 4 de marzo de 1924, en AKA (Ciudad Bolívar).
Llegó al Caroní el 3 de noviembre de 1953.
Carrera en el Seminario de Upata, Profesor en el Seminario, un año (1954). Vicario Visitador en Santa Elena para los caseríos indígenas durante ocho años. Vicario-visitador-coadjutor en Kamarata (siete años).
Ha realizado varias excursiones apostólicas por las rancherías.

P. Luis de León (Frutos Alvarez Sánchez)
Nació en León el 26 de diciembre de 1862.
Llegó a la misión el 1 de diciembre de 1924.
Murió en Maracaibo el 19 de mayo de 1929.
Antes de llegar al Caroní estuvo trabajando varios años en las misiones de las Islas Carolinas y Marianas.
Estuvo algún tiempo en Upata. Fue Párroco de Tumeremo. En abril de 1925 es nombrado Provicario y Superior del primer Centro Misional de Araguaimujo. Sale de la misión por enfermedad el 25 de enero de 1928.

P. Luis de Jabares (Alfredo Martínez Díez)
Nació el 23 de septiembre de 1911, en Jabares de los Oteros (León).
Llegó a La Guajira en octubre de 1946.
Murió en Maracaibo el 21 de agosto de 1948.
Fue destinado al recién fundado Centro de Guarero donde con su carácter afable y su espíritu servicial conquistó el cariño de los guajiros.
Por hacer una obra de caridad se vio complicado en un accidente con el camión de la misión. Fue encarcelado y calumniado en la prensa y en la radio. Por este sufrimiento moral se le declaró una enfermedad misteriosa que lo llevó al sepulcro. Puede ser considerado como un verdadero mártir de la caridad.

P. Macrino de Laredo (José María Arribas Jimeno)
Nació el 5 de noviembre de 1935, en Laredo (Santander).
Llegó al Caroní el 13 de marzo de 1963.
Salió de la misión en 1968.
Trabajó con mucho entusiasmo en todos los centros misionales de la Gran Sabana, realizando numerosas excursiones a las rancherías indígenas. Destacó su dedicación como profesor de los indios, especialmente en recoger su música y canciones para lo que tenía cualidades excepcionales.

P. Manuel Díaz Alvarez
Nació el 3 de enero de 1944, en Matachana (León).
Llegó a la misión de Machiques el 26 de diciembre de 1970.
Salió para la Viceprovincia el 17 de octubre de 1971.
Fue Coadjutor de la parroquia Nuestra Señora del Carmen (Machiques).
Realizó sus actividades con la juventud, en la prensa, en la radio y en la edición de una revista a multígrafo.
Ha escrito varias publicaciones y artículos de tema misional.

Fr. Marcos de Yudego (Eleuterio Palacios Gutiérrez)
Nació el 24 de abril de 1924, en Yudego (Burgos).
Llegó a Machiques el 4 de febrero de 1950.
Salió para Maracaibo el 6 de noviembre de 1966.
Fue Administrador del Tucuco del 50 al 54, Chófer, Mecánico, Cocinero, Dinamitero en el camino de Ayapa, Enfermero en Ayapa.
Escribió varios artículos en «Venezuela Misionera».

P. Matías de Alcobilla (Baltasar Fernández Tejedor)
Nació en Alcobilla (Zamora) el 4 de septiembre de 1879.
Llegó a las misiones en diciembre de 1926.
Salió de la misión el 1 de enero de 1931.

P. Martín de Armellada (Pedro Antonio Arias Martínez)
Nació el 3 de mayo de 1926, en Armellada (León).
Llegó a la misión del Caroní en 1953.
Ha trabajado durante estos años en varios Centros de la Gran Sabana, particularmente en Kavanayén como profesor del Internado Indígena.

P. Maximino de Castrillo (Juan Berciano Ares)
Nació el 27 de diciembre de 1896, en Castrillo (León).
Llegó a la misión de Tucupita el 3 de noviembre de 1926.
Ha desempeñado los cargos de Superior de Araguaimujo, Cuasi Párroco de El Callao, Tumeremo, El Palmar en repetidas ocasiones, Coadjutor en Tucupita, Santa Elena del Uairén, San Francisco de Luepa, en el Carmen de Ciudad Bolívar y en la misión de Guayo. Además ha sido Asistente en Tumeremo y Guasipati.
Entre sus actividades hay que resaltar las obras: construcción de la nueva iglesia de El Callao, reparación de la antigua casa e iglesia, reparación de la casa parroquial de El Palmar, continuación de la casa de Araguaimujo, comenzada por el P. Quintiliano, etcétera.
Ha escrito artículos en «Venezuela Misionera» y tiene «Relaciones» en preparación.

Mons. Miguel Aurrecoechea (P. Saturnino de Villaverde)
Nació el 1 de enero de 1904, en Villaverde de Trucíos (Vizcaya).
Llegó a Machiques el 5 de febrero de 1950.
Es nombrado Obispo Titular de Doliche y Vicario Apostólico de Machiques el 19 de diciembre de 1955 y consagrado en la Catedral de Machiques el 27 de mayo de 1956.
Llevaba seis años de misionero en esta zona y últimamente desempeñaba el cargo de Administrador Apostólico de la misión de Guajira-Perijá.

Ha trabajado denodadamente en el centro de Los Angeles del Tucuco, estando a punto de perder la vida en una de sus excursiones apostólicas por la sierra del Perijá.

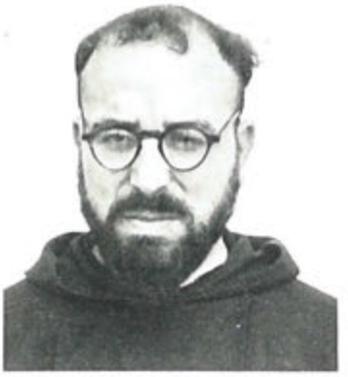
P. Narciso de Rebolledo (Aurelio Hidalgo Cuesta)
Nació el 20 de octubre de 1895, en Rebolledo (Santander).
Llegó al Vicariato el 29 de mayo de 1929.
Murió en Guasipati el 3 de septiembre de 1929.
Fue Secretario del Vicario Apostólico y Director de la O.P. de Propagación de la Fe.
«Era uno de los jóvenes más sobresalientes de la Provincia de Castilla, llamado por su fervor y sólida virtud no menos que por su ciencia, a un glorioso porvenir»
Llegó lleno de ilusión y de ansias de trabajar a tierras indígenas, pero contrajo unas raras y fuertes fiebres. «Como si tuviera previo aviso de su gravedad pidió la Unción y con una imagen de la Virgen en la mano murió como un predestinado.»

P. Nicolás de Cármenes (Saturnino Fierro García)
Nació el 25 de diciembre de 1881, en Cármenes (León).
Llegó a la misión en marzo de 1914.
Murió el 21 de marzo de 1958 en Caracas.
Es uno de los más destacados fundadores de la misión del Caroní. En esta misión desempeña los cargos de Párroco de El Callao, Tucupita y Upata, Secretario del Vicario Apostólico, Vicario parroquial de Guasipati, Superior y fundador del Centro misional de Santa Elena del Uairén Superior del Centro misional San Francisco de Luepa, Consejero del Superior Regular.
Es uno de los exploradores de la Gran Sabana en 1929. En otro viaje de exploración por la Gran Sabana se determinó fundar la primera Casa-misión en esta zona. Fue el primero que cruzó a pie la Gran Sabana, de norte a sur, de este a oeste. Hay que proclamarle el PRIMERO de la civilización de la Gran Sabana.
En un viaje de odisea sale el 27 de febrero de 1931, a pie, remontando ríos y escalando la sierra de LEMA, llega a la frontera con el Brasil el 28 de abril, después de dos meses de riesgos, peligros, hambre y toda clase de privaciones. Allí estuvo hasta 1936.

Hno. Pablo Emilio Barrios Moreno (Misionero Seglar)
Nació el 11 de mayo de 1953, en Milla (Mérida), Venezuela.
Llegó al Guana el 15 de julio de 1974.
Trabaja como catequista.

Fr. Patricio de Castrillo (Valeriano López del Río)
Nace el 23 de agosto de 1880, en Castrillo (León).
Llega a misiones el 3 de noviembre de 1926.
Muere el 29 de septiembre de 1927.
Llegó a S. Antonio del Barima el 24 de marzo de 1927.
Alto, fuerte, corpulento, al mes de estar allí se inclinaba flaco y derrotado por las fiebres palúdicas.
Murió plácidamente sin un quejido y fue enterrado en la misión de S. Antonio del Barima.

Fr. Patricio de Molina (Constantino Alonso)
Nació el 4 de abril de 1905, en Molinaferrera (León).
Llegó a la misión el 7 de enero de 1933.
Salió para la Custodia en noviembre de 1950.
Estuvo once años en Santa Elena y en Upata hasta que se dejó el Seminario en 1950.
Trabajó como: Proveedor de mercancía, artículos, ganado del Brasil. Carpintero y albañil. Maestro de esto para los indios. Realizador de la primera casa de Santa Elena. Matador especialista de tigres, con 19 tigres muertos.
Muy enfermo —y muchas veces— de paludismo. A punto de morir en el salto de Kamá, salvado por Mons. Gómez Villa cuando lo arrastraba la corriente.

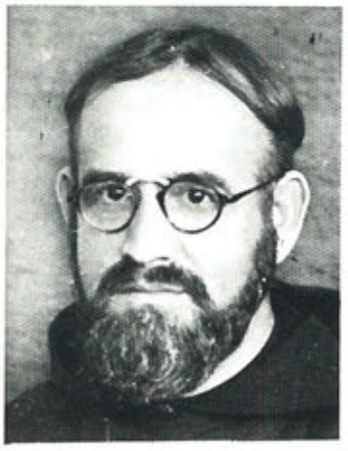


P. Pedro de Villaverde (Lorenzo Redondo Martínez)
Nació el 22 de julio de 1924, en Villaverde de la Chiquita (León).
Llegó a la misión de Tucupita el 13 de septiembre de 1956.
Falleció en Madrid el 23 de febrero de 1974.
Durante estos años se entregó a la labor apostólica y promoción de los waraos de una manera callada, sacrificada y eficaz. Fue Superior de Araguaimujo y Guayo, Coadjutor de Tucupita, Maestro del Internado y Visitador de las rancherías.
Allí contrajo la enfermedad que le llevó al sepulcro. Llevó con admirable paciencia y resignación los dolores de su enfermedad pensando siempre en los indios del Bajo Orinoco.

Fr. Pío de Noja (Antonio Fomperosa Aparicio)
Nació el 2 de agosto de 1933, en Noja (Santander).
Llegó al Caroní el 27 de febrero de 1963.
Salió de las misiones en 1965.
Trabajó algún tiempo en la misión de la Gran Sabana.

Fr. Primitivo de Nogarejas (Bernardo Santos Cadierno)
Nació el 15 de agosto de 1919, en Nogarejas (León).
Llegó a misiones el 8 de septiembre de 1945.
Salió por enfermo el 12 de julio de 1949.

Fue el fundador del Centro Misional Los Angeles del Tucuco con el P. Cesáreo de Armellada. Trabajó con entusiasmo en estos primeros años de fundación. En él se realizó el «bautismo de sangre» de la misión, pues fue el primer flechado por los indios el 30 de mayo de 1948. Tan grave fue la herida y las operaciones quirúrgicas a que tuvo que ser sometido que se vio obligado a volver a España.



P. Prudencio de Benavente
Nació el 8 de marzo de 1907, en Benavente (Zamora).
Llegó a misiones el 9 de enero de 1939.
Salió de las misiones en julio de 1945.
Reside en Tucupita. Es nombrado Párroco de San Félix el 1 de septiembre de 1939. Está algún tiempo en la misión de Luepa y regresa a la parroquia de El Callao. El 11 de abril de 1945 es destinado a Tucupita y de aquí pasa a la Custodia en el mes de julio.

P. Prudencio de Santelos (Armando Suárez Fernández)
Nació el 30 de marzo de 1929, en Santelos (Asturias).
Llegó el 10 de enero de 1954 a Machiques.
Salió el 28 de noviembre de 1964.
Trabajó en la zona de la Guajira y en Perijá. Realizó numerosas excursiones apostólicas a las rancherías de la sierra.
Colaboró asiduamente y con mucha aceptación en «Venezuela Misionera».

P. Quintiliano de Zurita (Julio Solórzano Pérez)
Nació el 25 de abril de 1907, en Zurita (Santander).
Llegó a la misión el 15 de diciembre de 1932.
Ha sido Párroco de El Callao, Superior en Luepa, Araguaimujo, Guayo, Párroco de Pedernales, Superior Regular de Tucupita, Delegado de educación de adultos en el Caroní, Superior de Kamarata.
Sus actividades son las propias de un misionero.
Ha escrito un «Catecismo Guarao-Castellano» y artículos varios.

P. Rafael de Corbillos (Isidro Aller Puente)
Nace en Corbillos (León) el 15 de mayo de 1919.
Llega a la misión el 15 de marzo de 1949.
Muere en Araguaimujo el 8 de noviembre de 1959.
Reside en Upata, Tucupita, Araguaimujo, Guayo y Pedernales durante 10 años.
Muere ahogado después de apagar la «planta de la luz». La corriente le arrastró por el río, lejos de la misión.
Es uno de los misioneros que con más cariño y veneración recuerdan los indios de Araguaimujo.

P. Ricardo de Calzada (Germán Camacho Ciudad)
Nació el 24 de diciembre de 1933, en Calzada de Calatrava (C.Real).
Llegó a Tucupita el 5 de diciembre de 1961.
Salió de la misión en mayo de 1964.
Trabajó algún tiempo en la misión del Bajo Orinoco, particularmente en el Centro misional de Araguaimujo.

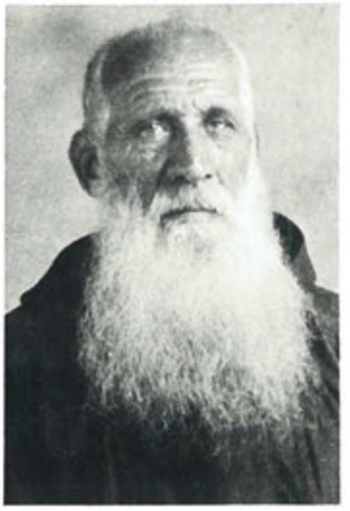
P. Ramiro de Yudego (Jorge García Palacios)
Nació el 23 de abril de 1921, en Yudego (Burgos).
Llegó a la misión el 19 de diciembre de 1972.
Ha sido Párroco de Sinamaica y Consejero del Superior Regular.
Se ha dedicado a actividades parroquiales, manuales y a la construcción de obras en la casa y en la parroquia.

P. Remigio de Zamayón (José Bajo Mateos)
Nació el 11 de septiembre de 1935, en Zamayón (Salamanca).
Llegó al Caroní el 13 de marzo de 1963.
Estuvo algún tiempo en la misión de Kavanayén donde se inició en la lengua pemón. Además de sus excursiones apostólicas por las rancherías de la Gran Sabana, ha tenido una dedicación especial a la misión de Wonkén, trabajando en la ampliación de los edificios y modernización del Centro Cultural de Indígenas.

P. Ricardo de Begoña (Carlos Fernández Vega)
Llegó a la misión el 5 de abril de 1940.
Salió de la misión el 16 de abril de 1946.
Fue Vicario cooperador de El Callao, Misionero en Santa Elena y Párroco de Tumeremo.

Fr. Roberto de Erandio (Juan Gochicoa Landaluce)
Nació el 11 de julio de 1894, en Erandio (Vizcaya).
Llegó a la misión el 5 de febrero de 1942.
Estuvo en Upata, en Kavanayén, en Tucupita y en Santa Elena.
Desempeñó los cargos de maestro y organista en Kavanayén y en Santa Elena. Escribió varios artículos en «Venezuela Misionera».

P. Rodrigo de las Muñecas (Domingo Díez del Blanco)
Nació el 10 de julio de 1915, en Las Muñecas (León).
Llegó a misiones en diciembre de 1939.
Salió en enero de 1953.
Fue Superior de Araguaimujo y Guayo.
Fue iniciador de las cooperativas indígenas.
Publicó artículos en «Venezuela Misionera».



Fr. Rogerio de Valduvieco (Pedro Pérez Llamazares)
Nació en Valduvieco (León) el 1 de diciembre de 1881.
Llegó a misiones el 2 de septiembre de 1924.
Murió en Tucupita el 17 de noviembre de 1954.
Llegó a Caracas el 20 de julio de 1919. Estuvo algún tiempo en Maracaibo. Fue uno de los fundadores de la misión del Caroní. Vivió algún tiempo en Upata. Se incorpora al recién fundado primer Centro de Araguaimujo el 20 de junio de 1925. Pasa a la misión de San Antonio del Barima y tiene que volver a Araguaimujo por enfermedad.
Fue maestro de primera enseñanza y enseñó a leer a la mayor parte de los indios de las rancherías. Murió en Tucupita donde se encontraba haciendo Ejercicios Espirituales. Allí la gente lo veneraba y asistieron a su entierro las autoridades y el pueblo en masa.

P. Romualdo de Renedo (Agustín Alvarez Rodríguez)
Nació el 11 de febrero de 1923, en Renedo de Valdetuejar (León).
Llegó a Machiques el 6 de enero de 1950.
Desempeñó los cargos de Superior de Machiques, Párroco de Machiques, Consejero del Superior Regular (2 trienios), Superior Regular (dos trienios), Vicario Episcopal de Perijá, Vicario Delegado y Provicario, Superior de Los Angeles del Tucuco.
Sus actividades son las propias de los cargos arriba mencionados y fue de los primeros que entraron en contacto pacífico con los indios motilones. Actualmente visita las 10 rancherías indígenas que dependen de la misión del Tucuco.
Ha escrito artículos en «Venezuela Misionera» y para algunos periódicos y revistas extranjeras.

Fr. Salvador de Valporquero (Domiciano Rodríguez Láiz)
Nació el 9 de agosto de 1930, en Valporquero de Rueda (León).
Llegó a la misión el 24 de febrero de 1970.
Entre las actividades principales se enumeran: Catequesis, atención al hato, despacho, conuco, alguna visita a rancherías indígenas.

P. Samuel Pinto Gómez (Sacerdote secular)
Realizó los estudios eclesiásticos con gran brillantez en el Seminario de León y en la Universidad Pontificia de Comillas (Santander).
Trabajó durante años en Guasipati, perteneciente al Vicariato del Caroní. Desde la reintegración de estas parroquias a la diócesis reside en Ciudad Bolívar.

P. Samuel de San Mateo (Pedro Sasián Quevedo)
Nació el 21 de julio de 1887, en S. Mateo (Santander).
Llegó a la misión el 18 de octubre de 1919.
Murió en Tucupita el 19 de diciembre de 1931.
Fue Párroco de El Callao y Upata y Superior de Araguaimujo desde enero de 1928 hasta su muerte.
«Verdadero héroe misionero de Tucupita y aún de todo el territorio del Delta Amacuro»

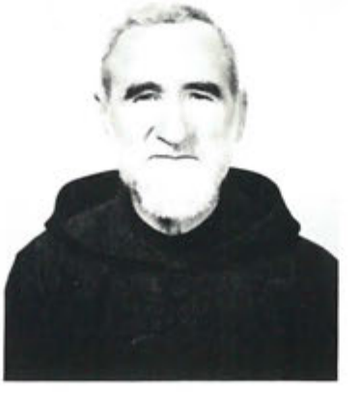
Hno. Santiago Ortega
Nace el 25 de julio de 1938, en Geria (Valladolid).
Llega a la misión de Tucupita el 17 de febrero de 1971.
Trabaja como cocinero y sacristán.
Entre sus actividades hay que resaltar la agricultura y la ganadería.

Fr. Santiago de Prioro (Eustaquio Díez Riaño)
Nació en Prioro (León).
Llegó a Machiques el 13 de enero de 1946.
Salió de la misión el 14 de junio de 1948.
Trabajó algún tiempo en la misión de La Guajira, especialmente en la fundación del Centro Misional de Guarero.

P. Santos de Abelgas (Lorenzo Alvarez Alvarez)
Nació el 10 de agosto de 1878 en Abelgas (León).
Llegó a misiones el 22 de febrero de 1923.
Murió en Caracas el 28 de diciembre de 1937.
Estuvo primeramente en Puerto Rico.
Fue el Fundador del primer Centro Misional «Divina Pastora de Araguaimujo».
Se le recuerda como verdadero campeón de excursiones misionales y evangélicas. Murió en olor de santidad.

Fr. Saturnino de Bustillo (Alejandro Franço Franco)
Nació el 26 de febrero de 1855.
Llegó a misiones el 18 de agosto de 1919.
Murió en Tucupita el 1 de mayo de 1940.
Había estado en Roma once años como Asistente del Cardenal Vives y Tutó.
En Venezuela trabajó primero en las casas de Caracas y Cumaná.
Al fundarse el Vicariato del Caroní pide con insistencia que lo destinen al campo misional y allá llega a sus 71 años, sonriente, solícito y con una entrega total.
Fue fundador de la parroquia de Tucupita con el P. Arcángel de Valdavida y recorría las calles tocando la campanilla para avisar la hora de la misa de los domingos. Ayudó asimismo a los padres en las misiones populares.

Fr. Saturnino de Villahibiera (Virgilio Díez Alonso)
Nació el 27 de noviembre de 1911, en Villahibiera (León).
Llegó a la misión en septiembre de 1946.
Pasó a la Viceprovincia el año 1972.
Llevaba en la misión la dirección de la ganadería y de la agricultura y estaba a cargo del «despacho» para proveer a las necesidades de los indios.



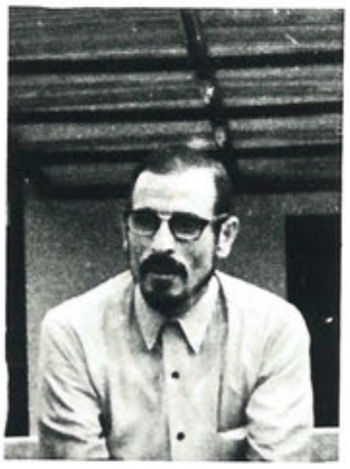
P. Tirso de Escalante (Luis Cubillas Herrería)
Nació el 10 de diciembre de 1907, en Escalante (Santander).
Llegó a la misión el 16 de diciembre de 1932.
Desempeñó los cargos de Consejero del Superior Regular, Superior Regular, Cuasi Párroco y Coadjutor, Provicario y Vicario Delegado del Vicariato Caroní.
Además de las actividades inherentes a esos cargos ha sido Delegado Diocesano de «Cáritas».
Ha escrito algún artículo para «La Religión» y para «Venezuela Misionera».

P. Tomas de Grajal (Alonso Espeso Santos)
Nació el 27 de octubre de 1890, en Grajal de Campos (León).
Llegó a misiones el 14 de octubre de 1925.
Murió en Barquisimeto.
Fue el primer misionero apostólico formado en el Seminario Seráfico de El Pardo.
En 1927 lo encontramos de Coadjutor en Tucupita y en 1930 es nombrado Párroco. En 1932 es destinado a S. José de Amacuro, donde enferma gravemente. Luego es destinado a Tumeremo (1933) y a la misión de Luepa en la Gran Sabana (1937) y Santa Elena del Uairén en 1938. En 1941 trabaja en la parroquia de El Palmar recorriendo la zona a lomo de mula. Posteriormente es nombrado Párroco de San Félix. En 1954 es agregado al Vicariato de Tucupita y el 17 de diciembre de 1954 es nombrado Párroco de Curiapo.

Fr. Valentín de Elorrio (Francisco Eguidazu Acha)
Nació el 17 de septiembre de 1914.
Llegó a Tucupita el 7 de mayo de 1948.
Salió de la misión en 1972.
Trabajó mucho y bien durante largos años en Tucupita y en los centros misionales de Guayo y Nabasanuka.

Valentín Martín Tejerina
Nació el 27 de febrero de 1944, en Cegoñal (León).
Llegó a Tucupita el 17 de febrero de 1971.
Fue Párroco en San José de Tucupita, Director del Colegio Gregorio Hernández, Consejero del Superior Regular y Superior de la casa de Tucupita.
Sus actividades han sido la parroquia y la enseñanza.

P. Venancio de Chana (Miguel Prieto Arce)
Nació en Chana (León).
Llegó a Machiques el 19 de enero de 1946.
Salió de la misión el 17 de febrero de 1950.
Fue Consejero del Superior Regular y Párroco de Machiques.
Imprimió un gran impulso a las obras de la iglesia: paredes, techo, piso de granito y todos los bancos.
Captó la vida indígena con su inspiración y belleza de expresión poética que plasmó en varias publicaciones sobre estos temas.



Fr. Vicente de Cerecinos (Vicente Rodríguez Martínez)
Nació el 8 de noviembre de 1927, en Cerecinos (Zamora).
Llegó a la misión de Tucupita en 1970.
Ha trabajado intensamente en los Centros de Araguaimujo, Guayo y en la estación Ajotejana, especialmente como enfermero.

P. Vicente de Gusendos (Braulio González Roldán)
Nació el 25 de marzo de 1931, en Gusendos de los Oteros (León).
Llegó a Machiques el 20 de septiembre de 1956.
Trabajó con gran ilusión y entusiasmo en las parroquias de La Villa del Rosario y San Ignacio.
Intervino de una manera decisiva en la famosa aventura de la entrada a los motilones, siendo uno de los que hicieron la entrada en helicóptero.
Su afición y dotes para la fotografía quedaron manifiestas en gran cantidad de reportajes fotográficos y especialmente en la filmación del primer documental sobre los indios motilones, la primera película titulada «El Bohío rebelde».
Fue el primer propagandista misional con medios modernos tanto en Venezuela como en España.

P. Vicente de Polientes (José Peña Sainz-Rozas)
Nació el 25 de noviembre de 1911, en Polientes (Santander).
Llegó a la misión en diciembre de 1946.
Salió de la misión para la Custodia en julio de 1948.
Estuvo de suplente del hoy Vicario Apostólico en Tucupita durante cuatro meses y posteriormente al servicio del Internado indígena en Araguaimujo.

P. Víctor de Carbajal (Angel Valladares Fernández)
Nació el 22 de febrero de 1913, en Carbajal (León).
Llegó a la misión del Caroní el 8 de marzo de 1942.
Desempeñó los cargos de Superior de Kavanayén y de Kamarata.
Entre sus actividades figuran: Director de las obras de Kavanayén. Turbina de Kavanayén. Iniciativa de las obras de Kamarata. Turbina, acceso de agua y planificación del pueblo. Fomento económico agrícola-ganadero.
Ha publicado «Apuntes de etnología indígena».

P. Victorino de San Martín (Joaquín Martínez López)
Nace en León el 1 de diciembre de 1884.
Llega a misiones el 20 de julio de 1919.
Sale de la misión a mediados de 1945.
Reside en Caracas, Maracaibo, Barquisimeto, Valencia, El Tucuyo y Cumaná. Luego pasa a la misión de Machiques con residencia en Maracaibo.
En 1939 acompaña al P. Félix de Vegamián en larga y penosa exploración por las regiones de Perijá y Guajira.
Tenía grandes cualidades de predicador, don de gentes y una pluma muy bien cortada como puede verse en sus colaboraciones en «Venezuela Misionera» y «El Santo».

Hno. Celerino Tapia
Nació en Yudego (Burgos).
Llegó a Machiques el 26 de julio de 1967.
Ha trabajado particularmente en los Centros misionales de La Guajira.

Hno. Fernando Martín Peña
(Hermano perpetuo)
Siempre tuvo un gran deseo de ir a las misiones. Se incorporó a la de Tucupita el 31 de marzo de 1962.
Trabajó en Pedernales pero tuvo que ser trasladado a Tucupita por enfermedad. Ayudando a misa en Tucupita le dio un infarto falleciendo el 29 de febrero de 1964.
Era muy trabajador y servicial.

Fr. Francisco de San Salvador
Nació en San Salvador (Santander).
Trabajó algún tiempo en los Centros misionales del Caroní, especialmente en la agricultura.

P. José Luis Rojo López
Nació el 21 de noviembre de 1940, en Quintanilla (Zamora).
Llegó a la misión de Machiques el 11 de octubre de 1967
Salió de la misión en 1969.
Trabajó algún tiempo en Machiques, sobre todo en la zona de los motilones.

Fr. José María Seoane Blanco de Beán
Nació el 10 de abril de 1943, en Beán (La Coruña).
Llegó al Caroní el 9 de septiembre de 1969.
Salió de la misión en abril de 1974.
Era subdiácono y estuvo en Santa Elena del Uairén de profesor del colegio.

INDICE

INDICE

	Pág.
Ofrenda a mis padres	7
Monumento a los Misioneros Capuchinos	8
El Misionero, continuador de la obra del Padre	9
Sobre las ruinas del odio	10
Antiguas Misiones en Venezuela	11
Simón Bolívar y las Misiones	12
Las Misiones y los Gobernantes	13
Rafael Caldera y las Misiones	14
Estos SI hicieron sementera	15
Venezuela: indígena y misionera	16
Un «joven» Misionero de setenta y seis años	17
Síntesis cronológica de las Misiones	23
Zona del Bajo Orinoco	24
Zona de la Gran Sabana	26
Vicariato Apostólico de Machiques	28
Zona de Indios Motilones	30
¿De dónde vienen a Venezuela los Misioneros?	31
Expediciones de Misioneros	35
Todo vuelve en el recuerdo	37
Presencia y promesa	38
A qué zonas van	39
Bajo Orinoco	40
Gran Sabana	46
Indios Yucpa	54
La Guajira venezolana	61
El mundo misterioso de los Motilones	66
La flecha del indio defiende sus tierras	69
EL MISIONERO EXPLORADOR, DESCUBRIDOR, VIAJERO	70
Primera Misión con los Warao	72
San Antonio del Barima	77
San José de Amacuro	79
Misión de Guayo	83
Exploración en el «Infierno verde»	86
Muertos de sed en plena selva,	90
Primera exploración al Tukuko	94
Viaje a las avanzadillas del Tukuko	96
EL MISIONERO, AGRICULTOR Y GANADERO	98
Los Misioneros llevaron la ganadería	99
Crónica misional de agricultura	100
Un héroe del fomento de la ganadería	101
El Misionero cazador de tigres	102
El P. Rodrigo y las siembras de arroz	103
Los Angeles del Tukuko, qué es y qué será	108
Ya tenemos camino para carro de bueyes	110
EL MISIONERO CONSTRUCTOR: INGENIERO, ALBAÑIL, PEON	111
Transporte del material de construcción	111
Construcción de los edificios del Tukuko	113
Centro Misional de Araguaimujo	115
Tucupita: central del Bajo Orinoco	116
Santa Elena del Uairén	117
Santa Teresita de Kavanayén	118
Machiques: central de Perijá	119
Santa María de Guana	120
EL MISIONERO: MAESTRO Y DISCIPULO	121
El sistema educativo de los Misioneros	124
El «gran maestro» de Tucupita	125
Los Misioneros y las escuelas de rancherías	126
EL MISIONERO EVANGELIZADOR	127
Los Misioneros y el Evangelio	128
Evangelización y Sacramentos	130
Primeros cristianos Yucpa de Perijá	136
La Virgen del Camino hacia los Motilones	137
«Evangelizado y evangelizador»: P. Lucio Fierro	138
Diario de un Misionero	140
CALVARIO DEL MISIONERO	141
Así te quiero, Hermano	142
Persecución y calumnia en Perijá	143

Pág.

Bautismo de sangre en la Misión del Tukuko 144
Madrugada sangrienta: flechamiento del P. Clemente 146
Pasión y muerte del P. Luis de Jabares. 148
Los bandoleros asaltan la Misión de Guana. 151
Heroínas en silencio 153
Conjura contra la Misión 155
Los Misioneros calumniados en el Congreso 156
Crónica a nivel de agua 158
Muerte y sepultura del Misionero 160

EL MISIONERO: CIENTIFICO Y ESCRITOR 161
Los Misioneros de Dios y los estudios.... 162
Los Misioneros y las lenguas indígenas... 163
Literatura indígena 165
El ágape teúrgico de las «Noguara» 166
El patriarca Araya dice 168
Nuestros primeros padres nos maleficiaron. 170
El cántico de la palmera 171
Los Misioneros y la Antropología 172
Plegaria a Cristo crucificado..... 173
Publicaciones de los Misioneros Capuchinos 174
Carta de un Misionero veterano a un Misionero jóven 176
Misioneros condecorados..... 178

LA MUJER IMPRESCINDIBLE: LA MISIONERA 181
Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia 186
Franciscanas del Sagrado Corazón 187
Hermanas de la Caridad de Santa Ana... 188

Pág.

Misioneras de la Madre Laura 189
Misioneras Dominicas 190
Misioneras de la Divina Pastora..... 191
Las Terciarias Capuchinas «Maestras» en Tucupita 192
Enfermeras misioneras a todo riesgo..... 193
Labor asistencial en los Dispensarios misionales 200
Epidemia en el Bajo Orinoco 201
Muerte de la Hna. Carmen Lacy 202
Religiosas indígenas, ... 203
Caballeros y Damas del indigenismo..... 204
Madres misioneras 206

MISIONEROS SEGLARES 208
Un día en el Tukuko 210
Vacaciones de carnaval en un Centro misional 214

PROGRESO TEMPORAL Y MISION RELIGIOSA 208
Estadística de la Gran Sabana..... 220
Ch. F. Lummis y los Misioneros..... 223
Indigenismo España-América:..... 224
Indigenismo igual a «amor plenus» al indio. 225
A los que miraron a otro lado 229
Contentos para hoy, insatisfechos para mañana 230
Nombres de los integrantes de las expediciones misionales 232
Galería fotográfica de Misioneros Capuchinos 233
INDICE 253